LIBRO dot.com

POQUITA COSA

ALPHONSE DAUDET



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

I
LA FÁBRICA

Nací el 13 de mayo de 18... en una ciudad del Languedoc, donde se encuentra como en todas las ciudades del Mediodía mucho sol, una cosa regular de polvo, un convento de carmelitas y dos o tres monumentos romanos.

Mi padre, el señor Eyssette, que por aquella época era comerciante de tejidos de seda tenía a las puertas de la ciudad una gran fábrica en una nave de la cual se hizo construir una habitación cómoda sombreada por altos plátanos y separada de los talleres por un vasto jardín. Allí fue donde yo vine al mundo y pasé los primeros, los únicos años buenos de mi vida. Por eso mi memoria reconocida ha conservado del jardín, de la fábrica y de los plátanos un recuerdo imperecedero, y cuando después de la ruina de mis padres me fue preciso separarme de esas cosas, su pérdida la he sentido como si se tratara de personas.

Para empezar, debo decir, que mi nacimiento no trajo la dicha a la casa Eyssette. La vieja Ana nuestra cocinera me ha contado más tarde muchas veces que mi padre, en viaje entonces recibió a un mismo tiempo la noticia de mi aparición en el mundo y la

de la desaparición de uno de sus clientes de Marsella que se le llevaba más de cuarenta mil francos; hasta el punto de que el señor Eyssette, alegre y desolado a un mismo tiempo, se preguntaba como el otro, si había de llorar por la desaparición del cliente de Marsella o reír por el feliz advenimiento del pequeño Daniel... Lo prudente era llorar, mi buen señor Eyssette, lo prudente era llorar doblemente.

No es posible negarlo, yo fui la mala estrella de mis padres. Desde el día de mi nacimiento, increíbles desdichas les persiguieron por veinte lados diferentes. En primer lugar, lo del cliente de Marsella; luego, dos incendios en un año; después, la huelga de urdidores; más tarde nuestra riña con el tío Bautista; en seguida un pleito muy costoso con los comerciantes de colores, y por último, la revolución de 18.. que fue el gol de gracia.

A partir de ese momento, la fábrica no voló más que con un ala; poco a poco, los talleres fueron vaciándose; cada semana un telar menos, cada mes una mesa de estampado que desaparecía. Daba lástima ver cómo se iba la vida de nuestra casa como de un cuerpo enfermo, lentamente, un poco cada día. Llegó un momento en que ya no se entró en las salas del segundo. Algo después el patio del fondo fue condenado. Así continuaron las cosas dos años todavía; dos años duró la agonía de la fábrica; hasta que, por fin, un día los obreros no volvieron, la campana de los talleres no sonó, la rueda del pozo no rechinó, el agua de los grandes tanques donde se lavaban los tejidos permaneció inmóvil, y no tardaron en quedar tan sólo en toda la fábrica el señor la señora Eyssette, la vieja Ana, mi hermano Jaime y yo, y bajo, allá en el fondo, para guardar los talleres el conserje Colombo y su hijo el pequeño Rouget[1].

Decididamente, estábamos arruinados.

Tenía yo entonces seis o siete años. Como me criaba muy desmedrado y enfermizo, mis padres no habían querido enviarme a la escuela. Mi madre me enseñó a leer y escribir únicamente unas cuantas palabras en español y dos o tres piezas de

[1] Juego de palabras, intraducible en castellano, ya que Rouget significa a la vez salmonete y rojizo.

guitarra gracias a lo, cual entre la familia se me había creado una reputación de niño prodigio. Debido a tal sistema de educación no me movía nunca de casa y he aquí porqué hube de asistir en todos sus detalles a la agonía de la casa Eyssette. El espectáculo no me conmovió lo más mínimo, lo confieso; y hasta encontré a nuestra ruina el lado agradable de que podía corretear a mi gozo y capricho por toda la fábrica lo cual, cuando había obreros, no me estaba permitido más que los domingos. Gravemente le decía yo al pequeño Rouget: «Ahora la fábrica es mía; me, la han dado para jugar» Y el pequeño Rouget me creía. Creía todo lo que le decía.

En casa no todos tomaron, sin embargo, nuestra catástrofe tan alegremente. Súbitamente el señor Eyssette se convirtió en un hombre terrible. Por sus hábitos y maneras se le hubiera creído una naturaleza fogosa violenta, exagerada, aficionado a los gritos, al estruendo; pero en el fondo era un hombre excelente, que únicamente tenía la mano pronta la expresión altiva y la imperiosa necesidad de aterrorizar a todo cuanto le rodeaba. La mala fortuna en vez de abatirlo, lo exasperó. De la noche a la mañana se le desencadenó una cólera formidable que, no sabiendo contra quién desfogarse contra todo arremetía contra el sol, el mistral (viento maestral), Jaime, la vieja Ana la Revolución ¡oh, sobre todo contra la Revolución!.. Si se oía a mi padre, cualquiera habría jurado que aquella revolución de 18... que nos dejo tan maltrechos, se había fraguado especialmente contra nosotros. Se me creerá, pues, si digo que los revolucionarios no estaban en olor de santidad en la casa Eyssette. Dios sabe lo que dijimos de esos señores en aquellos tiempos... Aun hoy, cuando el viejo papá Eyssette (que Dios me lo conserve) siente los síntomas de uno de sus accesos de gota se extiende penosamente en su chaise-longue y murmura casi imperceptiblemente: «¡Oh! ¡esos re-

volucionarios!.. »

En la época de que os hablo, el señor Eyssette aún no tenía gota, y la pesadumbre de verse arruinado había hecho de él un hombre terrible al que nadie podía aproximarse. En cierta ocasión hubo que sangrarle dos veces en quince días. A su lado, todos se callaban; le teníamos miedo. En la mesa, casi no nos atrevíamos a pedir pan. Así, desde que había vuelto las espaldas, no se oía más que un sollozo de un extremo al otro de la casa; mi madre, la vieja Ana, mi hermano Jaime y también mi hermano mayor, el abate, cuando venía a vernos, todos ayudábamos. Mi madre, naturalmente, lloraba al ver desgraciado a su marido; el abate y Ana por ver llorar a mi madre, y en cuanto a Jaime, demasiado niñopara comprender nuestras desgracias -tenía apenas dos años más que yo-, lloraba por necesidad, por placer.

Mi hermano Jaime era un niño bien singular... ¡tenía el don de las lágrimas! Por muy remoto que sea mi recuerdo, le veo siempre con los ojos encarnados y las mejillas chorreantes. Por la mañana por la tarde de día de noche en casa en la escuela de paseo... lloraba siempre y en todas partes. Cuando se le preguntaba: «¿Qué tienes?», respondía sollozando:

«No tengo nada» Y lo más curioso es que no tenía nada. Algunas veces el señor Eyssette, exasperado, decía a mi madre: «Ese niño es ridículo, ¡mírale!..

parece un río» A lo que contestaba la señora Eyssette con su voz dulce:

«¿Qué quieres, amigo mío?

Eso le pasará a medida que vaya creciendo; a su edad yo era igual»

Mientras tanto, Jaime iba creciendo; crecía mucho, y eso no le pasaba. Al contrario, la singular aptitud que tenía aquel raro muchacho para derramar sin motivo alguno verdaderos chaparrones de lágrimas, iba en aumento cada día. Así la desolación

de la familia fue una gran fortuna para él... porque podía pasarse los días enteros sollozando a sus anchas sin que nadie fuese a decirle «¿Qué tienes?»

En suma que tanto para Jaime como para mí, nuestra ruina tenía su lado bueno.

Por mi parte, yo era muy dichoso. Nadie se ocupaba de mí. Y yo me aprovechaba para jugar todo el día con Rouget en los talleres desiertos, donde nuestros pasos resonaban como en una iglesia y en los grandes patios abandonados, que la hierba invadía ya.. El tal Rouget, hijo del conserje Colombe, era un chico robusto de unos doce años, fuerte como un toro, fiel como un perro, bestia como una oca y notable por su rojo, cabellera a la cual debía su apodo de Rouget. Solamente que, voy a decíroslo, Rouget no era para mí Rouget. Sucesivamente era mi fiel viernes, una tribu de salvajes, una tripulación sublevada todo, en fin, lo que yo quería. Yo mismo, no me llamaba Daniel Eyssette en aquellos tiempos: yo era aquel hombre singular, vestido de pieles de animales, del cual me acababan de dar la relación de las aventuras, master Crusoe en persona. ¡Dulce locura!

Por la noche después de cenar, releía mi Robinsón hasta aprendérmelo de memoria; durante el día lo representaba y lo representaba con encarnizamiento; haciendo tornar parte en mi comedia a todo lo que m rodeaba. La fábrica no era la fábrica; era mi isla desierta. Los depósitos del agua se habían convertido en el Océano, el jardín en una selva virgen.

Hasta las cigarras que había en los plátanos, tomaban parte en mi comedia sin saberlo.

Rouget no sospechaba tampoco la importancia dé su papel. Si le hubiesen preguntado quién era Robinsón, le hubieran puesto en un aprieto; no obstante, en honor a la verdad debo decir que representaba su parte con la más grande convicción y que para imitar los rugidos de los salvajes no había otro como él. ¿Cómo lo había aprendido? Lo ignoro. Lo que sé es que aquellos grandes rugidos que sacaba de lo más profundo de su garganta, habrían hecho estremecer al más valeroso. A mí, al propio Robinsón, me producían algunas veces mi sobresalto y tenía que decirle en voz baja: «No tan fuerte, Rouget, me das miedo»

Desgraciadamente, si Rouget era maestro en la imitación de los rugidos de los salvajes, no lo era menos en repetir las palabrotas de los chicos callejeros y en proferir los más atroces juramentos. Jugando con él, aprendí también a jurar, y un día en plena mesa se me escapó uno de los más formidables, sin darme cuenta. ¡Consternación general! «¿Quién te ha enseñado eso? ¿Dónde lo ha oído?» Fue un acontecimiento. El señor Eyssette no se conformaba de momento con menos que con encerrarme en una casa de corrección; mi hermano mayor, el abate, dijo que antes que nada era necesario llevarme a confesar, puesto que ya tenía edad para ello. ¡Grave negocio! Tuve que recoger en todos los rincones de mi conciencia un montón de vicios pecados que permanecían allí desde siete años antes. No dormí en dos noches; y el que tenía un cesto bien lleno de

aquellos malditos pecados; había puesto los más pequeños encima pero, era igual, porque los otros también se veían y, cuando, arrodillado ante el pequeño confesionario de encina fue preciso enseñárselos al cura de Recoletos, creí que moría de miedo y confusión...

Aquello había terminado. Ya no quise jugar más con Rouget; yo ya sabía lo había dicho primero San Pablo y luego el cura de Recoletos me lo repitió, que el demonio da vueltas eternamente a nuestro alrededor como un león quaerens quem devoret. ¡Oh! ¡qué impresión me hizo aquel quaerens quem devoret! Yo sabía también que él muy intrigante de Lucifer podía tomar todos los aspectos que quisiera para tentarnos y nadie me hubiera podido quitar la idea de que se había ocultado en la piel de Rouget para

enseñarme tan feos juramentos. Así, pues, mi primer cuidado, al volver a la fábrica, fue advertir a Viernes que en lo sucesivo debía permanecer en su casa. ¡Infortunado Viernes! Aquel ukase le partió el corazón, pero se conformó sin una queja. Algunas veces le veía de pie, junto a la entrada de la portería al lado de los talleres; no podía ocultar su tristeza y cuando notaba que yo le miraba el desgraciado lanzaba sus más espantosos rugidos y, al mismo tiempo agitaba su brillante cabellera pero: cuanto más rugía más me alejaba yode él. Y es que le encontraba demasiado parecido al famoso quaerens y le gritaba: «¡Vete! Me causas horror»

Rouget se obstinó en rugir así durante algunos días, hasta que una mañana su padre, fatigado de sus rugidos a domicilio, le envió a rugir a un taller y ya no volví a verle más...

No se crea por eso que mi entusiasmo por Robinsón decayó ni un instante. Justamente, entonces el se aburrió de su loro y me lo regaló. El loro, reemplazó a Viernes. Le instalé en una hermosa jaula en el fondo de mi residencia de invierno; y héteme aquí, más Crusoe que nunca pasando mis días frente a aquel interesante volátil e intentando hacerle decir:

«¡Robinsón, mi pobre Robinsón!» ¡Y cosa incomprensible! Aquel loro, que el tío Bautista me había regalado para desembarazarse de su eterna charla se obstinó en no hablar desde que le tuve yo. Ni «mi pobre Robinsón» ni nada; nunca pude sacarle una palabra. Esto no obstante, yo le amaba mucho y le cuidaba como mejor sabía.

Así vivíamos, mi loro y yo, en la más austera soledad, cuando una mañana ocurrió una cosa verdaderamente extraordinaria. Aquel día había abandonado mi cabaña muy temprano y hacía armado hasta los dientes, un viaje de exploración a través de mi isla. De pronto vi venir hacia mí un grupo de tres o cuatro personas, que hablaban casi a gritos y gesticulaban vivamente. ¡Dios mío! ¡Hombres en mi isla! No tuve tiempo más que para ocultarme detrás de un macizo de arbustos y me tendí con él vientre contra el suelo... Los hombres pasaron cerca de mí sin verme... Creí reconocer la voz del portero Colombe, y esto me tranquilizó un poco; pero, de todos modos, cuando se hubieron alejado los seguí a distancia para ver en qué pararía todo aquello.

Aquellas gentes extrañas permanecieron largo tiempo en mi isla... La visitaron de un extremo a otro y le fijaron en todos los pormenores. Les vi entrar en mis grutas y sondear con sus bastones la profundidad de mis océanos. De cuando en cuando se detenían y meneaban la cabeza. Mi mayor temor era que al fin llegasen a descubrir mis residencias...

¡Qué hubiera sido de mí, gran Dios! Afortunadamente no ocurrió nada y a la media hora se marcharon aquellos hombres.

II
LAS CUCARACHAS

¡Oh recuerdos de infancia qué impresión habéis dejado en mí! Me parece cosa de ayer aquel viaje por el Ródano. Veo aún el barco, sus pasajeros, su tripulación; oigo aún el ruido de las ruedas y el silbido de la máquina. El capitán se llamaba Genies y el cocinero Montelimart. Esas cosas no se olvidan nunca.

La travesía duró tres días. Yo pasé aquellos tres días sobre el puente, bajando al salón el tiempo justo para comer y dormir. El resto del tiempo me iba a la punta extrema de la embarcación, cerca del áncora. Había allí una gran campana que tocaba cada vez que llegábamos a una población; yo me sentaba al lado de aquella campana entre montones de cuerdas, ponía la jaula del loro entre mis piernas y dejaba vagar la mirada

en el horizonte. El Ródano era tan ancho que apenas, si se veían sus orillas. Yo aún lo hubiese querido más ancho, y que se hubiese llamado: ¡el mar! El cielo reía sobre las aguas verdes. Grandes barcazas descendían. Marineros, vadeando el río a lomos de sus mulas, pasaban cerca de nosotros cantando. Algunas veces el vapor costeaba una isla frondosa cubierta de juncos y de sauces. «¡Oh! ¡una isla desierta!», le decía devorándola con los ojos.

Hacia el fin del tercer día creí que íbamos a tener tempestad. El cielo se había obscurecido súbitamente; una niebla espesa se agitaba sobre el río; en la proa del buque se había encendido una gruesa linterna y, a fe mía en presencia de tales síntomas comenzaba ya a asustarme... En aquel momento alguien dijo cerca de mí: «¡Estamos en Lyón!» Al mismo tiempo la gruesa campana comenzaba a tocar. Era Lyón Confusamente, a través de la niebla vi luces que brillaban en las dos orillas; pasamos por debajo de un puente y después de otro. A cada momento el enorme tubo de la máquina arrojaba torrentes de un humo negro que hacía toser... En el barco había un barullo espantoso. Los pasajeros buscaban sus equipajes, los marineros empujaban, jurando, toneles en la obscuridad. Llovía...

Me apresuré a reunirme con mi madre, Jaime y la vieja Ana que estaban al otro extremo de la embarcación... y henos a los cuatro apretados, los unos contra los otros bajo el gran paraguas de Ana mientras que el vapor iba a colocarse a lo largo del muelle y comenzaba el desembarque.

Verdaderamente, si el señor Eyssette no hubiese venido a sacarnos de allí, creo que no hubiésemos salido nunca. Venía hacia nosotros, a tientas, y gritando: «¡Quién vive! ¡quién vive!», cuando a aquel ¡quién vive!, tan conocido, respondimos: «¡amigos!», los cuatro a la vez, con una alegría y una satisfacción indecibles... El señor Eyssette nos besó rápidamente, tomó a mi hermano de una manó, a mide la otra dijo a las mujeres : «¡Seguidme!», y en marcha... ¡Ah! Era todo un hombre.

Avanzábamos con trabajo ; anochecía y el puente estaba resbaladizo. A cada paso tropezábamos con las cajas u otros objetos... De pronto, del extremo opuesto del barco, una voz estridente, desconsolada llegó hasta nosotros: «¡Robinsón! ¡Robinsón!», decía la voz.

–¡Ah! ¡Dios mío! -exclamé yo, al mismo tiempo que forcejeaba. para desasirme de la mano de mi padre, quien creyendo que había resbalado, apretó aún más.

La voz repitió, más estridente y más desconsolada: «¡Robinsón! ¡mi Pobre Robinsón!» Hice un nuevo esfuerzo para que mi padre me soltase gritando: «¡Mi lorito! ¡mi lorito!»

-¿Es que ahora ya habla? -dijo Jaime. Ya lo creo que hablaba; se le oía de una legua..., En mi turbación yo le había olvidado allá bajo, en el sitio en que acostumbraba sentarme, y desde allí me llamaba gritando con todas sus fuerzas: «¡Robinsón! ¡Robinsón! ¡mi pobre Robinsón!»

Desgraciadamente estábamos lejos y el capitán daba prisa a todo el mundo.

-Mañana volveremos a buscarlo -dijo el señor Eyssette-; en estos barcos, no se pierde nada.

Y, a pesar de mis lágrimas, tuve que abandonar al lorito. ¡Pecado! Al día siguiente enviamos a buscarle y ya había desaparecido... Juzgad de mi desesperación ni Viernes, ni loro, ¿cómo era posible ya Robinson Además, ¿quién era capaz, con la mejor voluntad del mundo, de forjarse una isla desierta en un cuarto piso de una casa húmeda y sucia de la calle de la Linterna?

¡Horrible casa! Toda mi vida la recordaré; la escalera rezumaba; el patio parecía un pozo; el conserje, un zapatero remendón, tenía un quiosco al lado de la. bomba... Aquello era horroroso.

La noche de nuestra llegada Ana al instalarse en su cocina lanzó un grito de angustia:

¡Las cucarachas! ¡las cucarachas! Corrimos todos. ¡Qué espectáculo! La cocina estaba llena de aquellos asquerosos animales; los había en las alacenas, por las paredes, en los cajones, en la chimenea en todas partes. Sin querer, las aplastábamos ¡Puaf! Ana había ya matado muchas, pero tas más mataba más se presentaban. Entraban por el vertedero de las aguas y lo tapamos; pero al siguiente, habían entrado por otro sitio. Fue necesario buscar un gato para que las matase, y todas las noches se desarrollaba en la cocina una espantosa carnicería.

Las cucarachas me hicieron odiar Lyón desde el primer día. Pero no fue esto solo. Era necesario adoptar nuevas costumbres; las horas de comer fueron cambiadas. Los panes no tenían la misma forma que en nuestro país. Se les llamaba «coronas». ¡Vaya un hombre!

En las carnicerías, cuando Ana pedía una carbonada[2], se le reían en sus narices; no sabían lo que era una carbonada ¡los muy salvajes!.. ¡Ah! Cuánto llegué a aburrirme...

El domingo, para distraernos un poco, nos íbamos a pasear a los muelles del Ródano, y siempre teníamos que llevar paraguas. Instintivamente nos dirigíamos el Mediodía. «Me parece que así nos acercamos nuestra tierra», decía mi madre que aún languidecía más que ya... Aquellos paseos en familia eran bien ubres. El señor Eyssette nos reñía siempre, Jaime cesaba de llorar y yo me quedaba continuamente rezagado, no sé por qué, me daba vergüenza pasar par la calle sin duda porque éramos pobres.

Al cabo de un mes, Ana cayó enferma. Las nieblas la mataban y tuvimos que enviarla al Mediodía.

La pobre muchacha que amaba a mi madre con pasión., no podía decidirse a abandonarnos. Nos suplicaba que la dejásemos quedar con nosotros, prometiendo que no se moriría. Fue necesario embarcarla a la fuerza y al llegar al Mediodía de puro desesperada se casó.

Al marchar Ana, no tomamos nueva criada lo que me pareció el colina de la miseria... La portera subía a hacer las faenas más pesadas; mi madre, a la lumbre del hornillo, calcinaba sus blancas y hermosas manos, que tanto me gustaba besar; en cuanto a las provisiones. Jaime se encargaba de adquirirlas.

Le ponían un cesto debajo del brazo y le decían:

«Comprarás esto y aquello», y él compraba esto y aquello muy bien pero sin dejar de llorar, por supuesto.

¡Pobre Jaime!, no era tampoco feliz. El señor Eyssette, del verle eternamente con las lágrimas en los ojos, le había tomada aversión y le abrumaba continuamente... Todo el día se le oía decir: «Jaime, eres un ganso. Jaime, eres un asno» Lo cierto es que, cuando su padre estaba allí, el desgraciado Jaime perdía los estribos. Los esfuerzos que hacía, además, para retener las lágrimas, le afeaban mucho.

Como demostración de que la presencia del señor Eyssette no le permitía hacer nada a derechas, os contaré la escena del cántaro.

Una noche, en el momento de ir asentarnos a la mesa nos dimos cuenta de que en casa no había ni una gota de agua.

-Si queréis, yo iré a buscarla -dijo el bueno de Jaime.

Y sin esperar contestación, cogió el cántaro, un hermoso cántaro de arcilla. El señor Eyssette se encogió de hombros.

-Si es Jaime el que va -dijo-, de seguro que rompe el cántaro.

[2] Carne para asar a la parrilla.

-Ya lo oyes, Jaime -observó la señora Eyssette con su voz tranquila-, fíjate bien y no lo rompas.

El señor Eyssette:

-Lo mismo da que le digas una cosa que otra; no por eso dejará, de romperlo.

Aquí, la voz quejumbrosa de Jaime: Pero, en fin, ¿por qué quiere usted que lo rompa?

-Yo no quiero que lo rompas; lo que digo yo ese lo romperás -respondió el señor Eyssette en un o que no admitía réplica.

Jaime no replicó: tomó el cántaro con mano febril y salió como si quisiera decir:

-¿Conque lo romperé? Bueno, ya lo veremos.

Pasaron cinco minutos, diez, y Jaime no volvía.

La señora Eyssette empezaba a inquietarse.

-¡Mientras no le haya ocurrido nada!

-¡Voto a tal! ¿qué quieres que le haya ocurrido? -dijo el señor Eyssette en un tono áspero-. Es que oto el cántaro y no se atreve a entrar.

Y diciendo esto -pues a pesar de: su aire malhumorado era el mejor hombre del mundo -se levantó

y fue a abrir la puerta para ver si realmente le había ocurrido algo a Jaime. No tuvo que ir muy lejos; Jaime estaba en el rellano, ante la puerta, con las manos vacías, silencioso, petrificado. Al ver al señor Eyssette, palideció, y con voz afligida y débil, tan que casi no se oía dijo: «Lo he roto...» ¡Lo había roto!»...

En los anales de la familia Eyssette, aquel episodio es conocido por la «escena del cántaro»

Hacía ya unos dos meses que estábamos en Lyón, cuando nuestros padres comenzaron a preocuparse de nuestros estudios. Ellos hubieran querido ponernos n un colegio, pero esto era demasiado caro. «¿Y si os hiciéramos monaguillos?» -dijo la señora Eyssete-; creo que allí los niños están muy bien» La idea ó a mi padre y como San Nazario era la iglesia próxima a San Nazario nos enviaron.

¡Oh! ¡era muy divertido aquello! En lugar de llenarnos la cabeza de griego y de latín, como en otras instituciones, nos enseñaban a ayudar misa a cantar las antífonas, ¡hacer genuflexiones y a incensar con elegancia, lo cual es muy difícil. También dedicábamos algunas horas del día a las declinaciones y al Epítome, pero esto era lo accesorio. Antes que todo, nosotros estábamos allí para el servicio de la iglesia.

Al menos una vez por semana el abate Micou, con aire solemne y entre dos tomas de rapé, nos decía:

«Mañana señores, no hay clase por la mañana. Tenemos entierro.

Esto era lo que más dichosos nos hacía. Después, también eran otros tantos acontecimientos para nosotros los bautizos, las bodas, la visita pastoral, el Viático que se llevaba a un enfermo. ¡Sobre todo el Viático! ¡Qué orgulloso iba aquel de nosotros que podía acompañarlo! ... Bajo un pequeño palio de terciopelo rojo, marchaba el sacerdote, llevando la Hostia y los Santos Oleos. Dos monaguillos sostenían el palio, otros dos lo escoltaban con gruesos faroles dorados y, otro iba delante, agitando una carraca. Ordinariamente, éstas eran mis funciones... Al paso del Viático, los hombres se descubrían y las mujeres se persignaban. Cuando pasábamos por delante de un cuerpo de guardia el centinela gritaba:

«¡ A formar!», y los soldados acudían presurosos y se ponían en fila. ¡Presenten armas! -decía el oficial... Y se oía el ruido de los fusiles y el redoble de los tambores. Yo agitaba tres veces mi carraca como en el Sanctus, y pasábamos.

Cada uno de nosotros tenía en un pequeño armario, un equipo completo de sacerdote una sotana negra con su largo, cola un alba una sobrepelliz, con grandes

mangas rígidas, medias. de seda negras, dos pares de pantalones, uno de paño y el otro de terciopelo, alzacuellos bordados, en fin, todo lo necesario.

Y, además, parece que aquella ropa me sentaba muy bien. «Está que no cabe dentro de su traje», decía la señora Eyssette. Desgraciadamente yo era muy pequeño, y esto me desesperaba. Figuraos que, aun levantándome sobre las puntas de los pies, no era mucho más alto que las medias blancas del señor, Caduffe, nuestro suizo, ¡y además tan débil! Una vez, durante la misa, al cambiar los Evangelios de sitio, el peso del libro me arrastró y caí tan largo como era sobre las gradas del altar. Rompí el facistol y la misa quedó interrumpida. Era un día de Pascua.. ¡Qué escándalo!.. Aparte de estos pequeños inconvenientes producidos por mi corta estatura yo estaba muy contento de mi suerte, y con frecuencia al acostarnos por la noche nos debíamos Jaime y yo:

«Es muy divertido ser monaguillo.» Por desgracia aquello duró poco. Un amigo de la familia rector de una Universidad del Mediodía escribió un día a mi padre diciéndole si quería una plaza gratuita para uno de nosotros en un colegio de Lyón.

-Será para Daniel -dijo el señor Eyssette.

-¿Y Jaime? -observó mi madre. -Se quedará conmigo; me será muy útil. Además, observo que tiene afición al comercio. Haremos de él un negociante.

Verdaderamente, no sé cómo el señor Eyssette había podido notar la afición de Jaime por el comercio. En aquellos tiempos, el pobre muchacho no tenía gusto más que por las lágrimas, y si se le hubiese consultado... Pero no se le consultó, ni a mí tampoco.

Lo que me impresionó más, a mi llegada al colegio, es que yo era el único que llevaba blusa. En Lyón, los hijos de los ricos no llevan blusa; eso se queda para los chicos callejeros, los golfos, como les llamaban, Yo llevaba una blusita a cuadros, de la época de la fábrica, y tenía con ella el aire de uno de aquellos golfitos... Cuando entré, en la clase los alumnos me acogieron con una sonrisa burlona.

«¡Toma! ¡lleva blusa!», se decían entre ellos.. El profesor hizo una mueca y en el mismo instante me cobró aversión. Desde entonces, siempre me habló en tono despectivo. Nunca me llamaba por mi nombre; siempre me decía: «¡Eh! ¡ése de ahí, Poquita Cosa!» Y no obstante yo le había dicho más de veinte veces que me llamaba Daniel Eyssette... Al final, mis camaradas me llamaron también Poquita Cosa y me quedó el apodo...

No era solamente mi blusa lo que me distinguía de los otros chicos... Ellos tenían bonitas carteras de cuero amarillo, tinteros de boj que olían muy bien cuadernos forrados, libros nuevos con letras doradas, mis libres, en cambio, eran viejos libracos comprados en los muelles, amarillos enmohecidos, oliendo a rancio, con las cubiertas a jirones y muchas veces con páginas de menos. Jaime empleaba toda su habilidad para encuadernarlos con gruesos cartones y cola fuerte, pero ponía demasiada cola y olían mal. También me había hecho una cartera con una infinidad de departamentos, muy cómoda pero que tenía demasiada cola. La necesidad de encolar y de encuadernar, había degenerado en Jaime en una manía como la necesidad de llorar. Tenía constantemente al fuego varios pucheritos con cola, y en cuanto podía escaparse un momento del almacén, se dedicaba con furia a encolar y a encuadernar. El resto del tiempo, repartía paquetes por la ciudad, escribía al dictado, iba a comprar las provisiones... en fin, ejercía el comercio.

En cuanto a mí, había comprendido que cuando se tiene una plaza gratuita se lleva blusa y se es llamado Poquita Cosa hay que trabajar el doble que los demás para ser igual que ellos Y ¡a fe mía!, Poquita Cosa trabajaba con todo su ador.

¡Bravo, Poquita Cosa! Aun le veo, en invierno, en su habitación, sin un mal brasero, sentado a su mesa e trabajo, las piernas envueltas en una manta. Por fuera, la escarcha azotaba los vidrios. En el almacén, se oía al señor Eyssette que dictaba:

-He recibido su muy apreciada del 8 del corriente.

Y la voz llorosa de Jaime que repetía:

-He recibido su muy apreciada del 8 del corriente.

De cuando en cuando se abría dulcemente la puerta de mi cuarto; era la señora Eyssette que entraba. Se aproximaba de puntillas a Poquita Cosa y le preguntaba en voz baja.

–¿Estudias?

-Sí, mamá.

-¿No tienes frío?

-¡Oh! ¡no!

Poquita Cosa no decía la verdad, al contrario, porque tenía mucho frío.

Entonces la señora Eyssette se sentaba cerca de él, con su media y allí permanecía largas horas, contando los puntos en voz baja y suspirando de cuando en cuando.

¡Pobre señora Eyssette! Pensaba siempre en aquel querido país que no esperaba volver a ver...

¡Ay! por su desgracia por la de todos, iba a verlo bien pronto...

III
¡HA MUERTO! ¡ROGAD POR ÉL!

Era un lunes del mes de julio.

Aquel día al salir del colegio, me había dejado conducir por mis compañeros a jugar a la barra y cuando me decidí a volver a casa era mucho más tarde de lo que yo hubiera querido. Desde la plaza en que jugábamos, hasta la calle de la Linterna, corrí sin detenerme, con los libros atados a la cintura y la gorra entre los dientes. No obstante, como tenía un miedo horroroso a mi padre, tomé aliento en la escalera el tiempo justo para inventar una historia que justificase mi retraso. Seguro ya por este lado, llamé decidido a la puerta.

El propio señor Eyssette en persona salió a abrirme. «¿Cómo vienes tan tarde?», me dijo. Yo comencé a declamar mi historia temblando, pero el buen hombre no me dejó terminar y, atrayéndome a su pecho, me besó larga y silenciosamente.

Yo, que por lo menos esperaba una agria reprimenda quedé sorprendido de semejante acogida. Mi primera idea fue la de que teníamos al cura de San Nazario a comer; sabía por experiencia que en tales días no nos reñía. Pero, al entrar en el comedor, vi enseguida que me había equivocado. No había más que dos cubiertos en la mesa el de mi padre y el mío.

-¿Y la mamá? ¿Y Jaime? -pregunté extrañado.

Mamá y Jaime han partido, Daniel; tu hermano el abate está muy enfermo.

Después, viendo, que me había puesto muy pálido, añadió casi alegremente para tranquilizarme:

-Al decir muy enfermo, no es que esté grave, es mi manera de hablar. Nos han escrito que estaba en cama; tú ya conoces a tu madre... ha querido mar-

charse enseguida y se ha llevado a Jaime para que la acompañe... Total, eso no será nada... Y ahora vamos a comer; me muero de hambre.

Me senté a la mesa sin decir nada; tenía el corazón oprimido y hacía los mayores esfuerzos para retener las lágrimas, al pensar que mi hermano el abate estaba muy enfermo. Comimos tristemente, en silencio, el uno enfrente del otro. El señor Eyssette comía deprisa bebía a grandes sorbos y después se detenía súbitamente Y se quedaba

pensativo... En cuanto a. mí, inmóvil a un extremo de la mesa y como herido de estupor, me acordaba de las bonitas historias que me contaba cuando venía a la fábrica.

Yo le veía remangando briosamente su sotana., para evitarlos charcos... Me acordaba también del día de su primera misa a la que asistió toda la familia... ¡qué hermoso estaba cuando se volvía hacia nosotros, con los brazos abiertos, diciendo Dominus vobiscum, con una voz tan dulce que la señora Eyssette lloraba de alegría!... Después me lo figuraba allá bajo, acostado, enfermo (¡oh! ¡muy enfermo! el corazón me lo decía); y lo que redoblaba mi disgusto al verle así, era una voz que me decía en tono que me llegaba hasta el corazón: «¡Dios te castiga es culpa tuya!

¡Debías haber vuelto a tu casa enseguida! ¡No debías haber mentido!» Y lleno del horrible pensamiento de que Dios, para castigarle haría morir a su hermano, Poquita Cosa, en el colmo de la desesperación, se decía: «¡Jamás, jamás, cuando salga del colegio jugaré a la barra!»

Terminada la cena encendimos la luz y comenzó la velada. Sobre el mantel, entre los restos del postre, el señor Eyssette había colocado sus gruesos libros de comercio y hacía las cuentas en alta voz.

Finet, el gato de las cucarachas, maullaba tristemente dando vueltas alrededor de la mesa... Yo había abierto la ventana y estaba con los codos apoyados en ella... La noche era muy obscura y el aire pesado... Se oía a las gentes de la calle reír y hablar sentadas a las puertas... a lo lejos batían los tambores del fuerte Loyasse... Yo estaba allí desde hacía algunos instantes, pensando en cosas tristes y mirando distraído, cuando un violento campanillazo me arrancó bruscamente de mi meditación. Miré a mi padre con espanto y creí ver pasar por su rostro el estremecimiento de angustia y de terror que me habían invadido. A él también le había dado miedo aquel

campanillazo.

–¡Llaman! -me dijo con voz casi imperceptible.

–No se levante, papá, ya iré yo.

Y me lancé hacia la puerta.

En el umbral había un hombre de pie. Le entreví en la sombra y me tendió una cosa que yo vacilaba en tomar.

un telegrama -dijo.

-¡Un telegrama, Dios mío! ¿Qué dirá?

Lo tomé temblando y ya iba a cerrar la puerta cuando aquel hombre lo evitó con el pie y me dijo fríamente:

-Hay que firmar.

Yo no lo sabía; era el primer telegrama que recibía.

-¿Qué es eso, Daniel? -me preguntó el señor Eysesette con voz trémula.

Yo respondí

-Nada... es un pobre...

Y haciendo señas a aquel hombre de que me esperase, corrí a mi habitación, mojé a tientas la pluma el tintero y volví a la puerta...

El hombre me dijo:

-Firme aquí.

Poquita Cosa firmó con mano trémula a la luz de la lámpara de la escalera y enseguida cerró la puerta ocultando el telegrama bajo su blusa.

¡Oh! sí, yo te tenía bien oculto, ¡mensajero de desgracia! No quería que te viese el señor de Eyssette, porque ya sabía por anticipado que nos habías de anunciar algo muy terrible y cuando te abrí, no me dijiste nada de nuevo, telegrama maldito...

Nada que mi corazón no hubiese ya adivinado.

-¿Era un pobre? -me preguntó mi padre, mirándome.

Yo contesté sin vacilar: «Sí, era un pobre» y para desviar sus sospechas, volví a la ventana.

Allí permanecí algún tiempo, sin moverme, sin decir nada apretando contra mi pecho aquel papel que me quemaba.

Momentáneamente, intentaba razonar, darme valor, y me decía: «¿Qué sabes tú?, tal vez es una buena noticia. Tal vez dice que está ya bien...» Pero en el fondo, yo sabía que eso no era verdad, que me engañaba a mí mismo, que el telegrama no diría. Que ya estaba bueno. Al fin me decidí a pasar a mi habitación para saber de una vez a qué atenerme. Salí del comedor despacio, para que mi padre no se fijase pero al llegar a ella ¡con qué febril rapidez encendí la lámpara! ¡Y cómo temblaban mis manos al abrir el telegrama malhadado!.. ¡Y con qué lágrimas tan ardientes lo regué cuando lo hube abierto!.. Lo releí veinte veces, esperando siempre haberme equivocado, pero ¡pobre de mí! por mucho que lo leyese y volviese a leerlo y le diese mil vueltas entre mis manos, no hacerle decir otra cosa que lo que había dicho al principio y que lo que yo sabía perfectamente que diría:

¡Ha muerto! ¡Rogad por él!

¿Cuánto tiempo estuve allí, de pie, llorando ante el telegrama abierto? Lo ignoro. Me acuerdo únicamente de que los ojos me escocían mucho y que antes de salir de la habitación, me lavé la cara repetidas veces. Después, entré en el comedor, llevando en mi mano crispada el telegrama tres veces maldito.

Y, una vez allí ¿qué debía hacer? ¿Cómo me arreglaría para anunciar a mi padre la horrible nueva que una ridícula puerilidad me había llevado a guardar para mí solo? Un poco más pronto, un poco más tarde ¿es que al fin no había de saberlo? ¡Qué locura! Al menos, si cuando llegó el telegrama se lo hubiese dado, lo hubiésemos abierto los dos juntos y ya estaría todo resuelto.

Mientras que me hacía todas estas reflexiones, me acerque a la mesa y fui a sentarme al lado del señor Eyssette, precisamente a su lado. El pobre hombre había cerrado sus libros y se entretenía en hacer cosquillas con la pluma a Finet. Esto me apenó mucho. Veía su rostro bondadoso, iluminado a medias por la luz de la lámpara animarse y sonreír, y sentía fuertes deseos de decirle: «¡Oh! no sería usted, no se ría yo se lo ruego»

Entonces, como yo le miraba tristemente y con el telegrama en la mano, el señor Eyssette levantó la cabeza. Nuestras miradas se encontraron y yo no sé qué vio él en la mía pero sé que su cara antes tan alegre, se descompuso, que un gran grito desgarró su pecho, que dijo con una voz que me llegó hasta el alma. «Ha muerto, ¿no es cierto?» que el telegrama se deslizó al suelo, que yo cal en sus brazos sollozando y que lloramos largo rato, desatinados, abrazados siempre mientras Finet, a nuestros pies, jugaba con el telegrama el horrible telegrama causa de todas nuestras lágrimas.

Escuchadme, no miento, no; hace mucho tiempo que pasaron aquellas cosas, hace mucho tiempo que duerme debajo de la tierra mi pobre abate, al que yo amaba tanto; pues bien, aun hoy, cuando recibo un telegrama no puedo abrirlo sin un estremecimiento de terror. ¡Me parece que voy a leer que ha muerto y que hay que rogar por él!

IV
EL CUADERNO ROJO

En los viejos misales se encuentran ingenuas estampas, en las que Nuestra Señora de los Dolores aparece representada con un profundo surco en cada una de sus mejillas, cicatriz divina que el artista ha puesto allí para decirnos: «¡Mirad cuánto ha llorado!» Aquel surco -surco producido por las lágrimas-, yo os juro que lo vi en las mejillas de la señora Eyssette, cuando volvió a Lyón, después de haber enterrado a su hijo.

¡Pobre madre! desde entonces ya no quiso son reír más. Sus ropas siempre fueron negras y su rostro siempre apareció desolado. Luto riguroso en los vestidos y en el corazón, que ya no debía abandonarla... Por lo demás, nada cambió en la casa Eyssette; un poco más lúgubre que antes, y eso fue todo... El cura de San Nazario dijo unas cuantas misas por el reposo del alma de mi hermano. A los niños se les confeccionaron dos vestidos de un viejo vestido de padre, y reanudamos la vida la triste vida.

Ya hacía algún tiempo que nuestro querido abate había muerto, cuando una noche a la hora de acostarnos, quedó muy extrañado al ver a Jaime echar la llave con doble vuelta tapar cuidadosamente las rendijas de la puerta y después venir hacia mí con un aire enfático de solemnidad y de misterio.

Antes de pasar adelante, debo decir qué desde su regreso del pueblo, se había verificado un singular cambio en las costumbres del amigo Jaime. En primer lugar, y esto pocas personas querrán creerlo, ya no lloraba nunca; además, su loco amor por la encuadernación le había pasado. Los pucheritos de la cola aun reaparecerían de cuando en cuando, pero no con el entusiasmo de antes, y si uno tenía necesidad de una cartera había que pedírsela de rodillas para obtenerla... ¡Ocurrían cosas increíbles! Una caja de cartón para los sombreros que lo había encargado la señora Eyssette, permanecía desde ocho días antes en su taller... Los de casa no se habían fijado en nada pero yo me daba cuenta perfectamente de que a Jaime le ocurría algo. Muchas veces, le había sorprendido en el almacén hablando solo y dando manotazos. Por la noche no dormía; se le oía refunfuñar entre dientes y de pronto saltaba de la cama y daba paseos agitados por la habitación... todo aquello no era natural y me daba miedo cuando lo pensaba. Temía que Jaime se volviese loco.

Aquella noche cuando le vi cerrar tan cuidadosamente la puerta de nuestra habitación, la idea de la locura se presentó con más fuerza que nunca en mi cerebro y tuve un momento de pánico; mi pobre Jaime no se dio cuenta de ello y, tomando gravemente una de mis manos entre las suyas, me dijo:

–Daniel, voy a confiarte una cosa pero es necesario que me lo jures que no lo repetirás a nadie.

Comprendí enseguida que Jaime no estaba loco y le respondí sin vacilar:

-Te lo juro, Jaime.

-¡Pues bien! ¿tú no sabes?... ¡chist!.. Estoy haciendo un poema un gran poema.

-¡Un poema Jaime, tú haces un poema!

Por toda respuesta Jaime sacó de debajo de su chaqueta un enorme cuaderno rojo, que había encuadernado él mismo y en cuya cubierta había escrito con más hermosa letra:

¡RELIGIÓN! ¡RELIGIÓN!
Poema en doce cantos

POR

EYSSETTE (JAIME)

Era tan estupendo aquello, que me dio como un vértigo.

¿Concebís cosa igual?... ¡Jaime, mi hermano Jaime, un muchacho de trece años el Jaime de los sollozos y de los pucheros de cola escribiendo:

¡Religión! ¡Religión!, poema en doce cantos!

¡Y nadie lo sospechaba! ¡Y continuaban enviándole a las verdulerías con su cesto debajo del brazo!

¡y su padre le gritaba más que nunca: «¡Jaime, eres

un asno!..»

¡Ah! pobre querido Eyssette (Jaime), cómo te hubiese saltado al cuello si me hubiese atrevido. Pero no me atreví... ¡Ya lo comprenderéis!.. ¡El autor de ¡Religión!, ¡Religión! Poema en doce cantos. No obstante, la verdad me obliga a confesar que aquel poema en doce cantos estaba lejos de estar terminado y hasta creo que no tenía más que los cuatro primeros versos del primer canto; pero ya sabéis que en esta clase de obras, la preparación es siempre lo más difícil, y como decía Eyssette (Jaime) con mucha razón: «Ahora que ya tengo mis cuatro primeros versos, el resto es coser y cantar; no es más que cuestión de tiempo»[3] .

Aquel resto que no era más que cuestión de tiempo, Eyssette (Jaime) no pudo verle jamás termina de... ¿Qué queréis? los poemas también tienen su destino y parece que el destiño de ¡Religión! ¡Religión!, poema en doce cantos, era el de no llegar nunca a tenerlos. El poeta tenía muy buenos deseos, pero no podía pasar de los cuatro primeros versos. Era una cosa fatal. Al fin, el desgraciado muchacho, impaciente, envió su poema al diablo y despidió a la Musa (en aquellos tiempos aún se decía la Musa). El mismo día volvieron a llenarse sus ojos de lágrimas y la lumbre volvió a estar llena de los pucheritos de cola... ¿Y el cuaderno rojo?.. ¡Oh! el cuaderno rojo también tuvo su destino.

Jaime me dijo: «Te lo doy para que pongas en él lo quieras» ¿Y sabéis lo que puse en él?.. Mis poesías ¡ay! las poesías de Poquita Cosa. Jaime me había contagiado su mal.

Y ahora si el lector no ha de tomarlo a mal, mientras Poquita Cosa se dispone a la caza de sus rimas, franquearemos de un salto cuatro o cinco años de su vida. Ardo en deseos de llegar a cierta primavera del 18... cuyo recuerdo aun no se ha perdido en la casa Eyssette. Además, nada perderá, el lector con no conocer aquel período de mi vida.. Era siempre la misma canción, ¡lágrimas y miseria!, los negocios, de mal en peor; alquileres que se retrasan, acreedores que arman escándalo, los diamantes de mamá vendidos, los cubiertos en el Montepío, las ropas de la Cama agujereadas, los pantalones remendados, las privaciones de todas clases, las humillaciones de todos los días, el eterno «¿qué haremos mañana?», los campanillazos insolentes de los alguaciles, la sonrisa del portero al pasar y después los préstamos, los protestos y después y... ¡qué sé yo!..

Llegamos así al 18...

Aquel año Poquita Cosa terminaba su filosofía.

[3] He aquí esos primeros versos, tal como yo los vi aquella noche moldeados en hermosa letra redondilla en la primera página del cuaderno rojo:

¡Religión! ¡Religión!

¡Palabra sublime y misteriosa!

Voz conmovedora y portentosa

¡Compasión! ¡Compasión!

No os riáis porque eso le hubiera disgustado mucho.

En aquella época sí mal no recuerdo, era un muchacho presumido, cine tenía el más elevado concepto de sus dotes como filósofo y como poeta; por lo demás, no era más alto que una bota y no tenía ni un pelo en la barba.

Pues bien, una mañana que el famoso filósofo de Poquita Cosa se disponía a ir a clase el señor Eyssette, padre, le llamó al almacén, y así que lo vio entrar, dijo con su áspera voz:

-Daniel, puedes tirar tus libros, porque, ya no irás más al colegio.

Después, el señor Eyssette se puso a pasear, a grandes zancadas, por la habitación, sin añadir una palabra. Parecía muy emocionado, y Poquita Cosa también, os lo aseguro... Transcurrido así algún tiempo, el señor Eyssette continuó:

-Hijo mío, voy a darte una mala noticia ¡oh! Muy mala... vamos a tener que separarnos todos, ya te diré por qué.

Al llegar aquí, un sollozo desgarrador resonó detrás de la puerta entreabierta.

-¡Jaime, eres un asno! -gritó el señor Eyssette sin volverse.

Después continuó:

-Cuando llegamos a Lyón, hace ocho años, arruinados por los revolucionarios, yo esperaba a fuerza de trabajo, reconstituir mi fortuna; pero el demonio se ha enredado en esto. No he conseguido más que hundirnos hasta el cuello en las deudas y en la miseria... Para salir de aquí, ahora que ya. sois mayores, no tenemos más que un partido que tomar; vender lo ,poco que nos queda y cada uno que se gane la vida por su lado.

Un nuevo sollozo del invisible Jaime vino a interrumpir otra vez al señor Eyssette, pero él mismo estaba tan conmovido, que no se enfadó, limitándose solamente a hacer una señal a Daniel para que cerrase la puerta y una vez cerrada continuó:

-Ya verás lo que he decidido; hasta nueva orden tu madre Irá a vivir al pueblo, al lado de su herma no, el tío Bautista. Jaime se quedará en Lyón, colocado en el Montepío. Yo he encontrado una plaza de viajante en la Sociedad Vinícola... En cuanto a ti, pobre hijo mío, será necesario también que te ganes la vida...

Precisamente he recibido una carta del rector que te ofrece una plaza en un colegio; ¡toma, lee!

Poquita Cosa cogió la carta.

-Por lo que veo -dijo mientras leía, no hay tiempo que perder.

-Tendrás que marchar mañana.

-Está bien mañana partiré...Después, Poquita Cosa dobló la carta y la devolvió a su padre con una mano que no temblaba. Era un gran filósofo, como podéis ver.

En aquel momento, la señora Eyssette entró en el almacén y detrás de ella tímidamente, Jaime... Los dos se acercaron a Poquita Cosa y le besaron, silenciosamente; desde la noche anterior ya estaban al corriente de todo.

–¡Arregladle el equipaje! -dijo bruscamente el señor Eyssette-; marchará mañana temprano en el vapor.

La señora Eyssette lanzó un profundo suspiro, Jaime bosquejó un sollozo, y todo acabó.

En la mañana de aquel memorable día toda la familia acompañó a Poquita Cosa. Por una coincidencia singular, hube de hacer el viaje en el mismo vapor que ocho años antes había conducido a los Eyssette a Lyón. ¡El capitán se llamaba Genies, el cocinero Montelimart! Naturalmente, recordamos el paraguas de Ana el lorito de Robinsón, y otros episodios del desembarque... Aquellos recuerdos alegraron un poco ¡a triste partida y llevaron como la sombra de una sonrisa al rostro de la señora Eyssette.

De pronto sonó la campana. Era la señal de marcha.

Poquita Cosa desprendiéndose de los brazos de los suyos, atravesó resueltamente el puente de tablas que unía al barco con el muelle.

-Sé serio -le gritó su padre.

-Procura no caer enfermo -dijo la señora Eyssette.

Jaime también quiso hablar, pero no pudo; lloraba demasiado.

Cosa en cambio, no lloraba. Como he tenido el honor de deciros, era un gran filósofo, y positivamente los filósofos no deben enternecerse...

Y, no obstante, Dios sabe si amaba a aquellas queridas criaturas, que dejaba allí, envueltas en la niebla, Dios sabe si hubiese dado a gusto por ellas toda la sangre de sus venas... Pero, ¿qué queréis? La alegría de dejar Lyón, el movimiento del barco, la embriaguez del viaje, el orgullo de sentirse hombre, hombre hecho y derecho, que viajaba y sabía ganarse la vida-, todo esto exaltaba a Poquita Cosa y le impedía pensar, como hubiese debido, en los tres seres queridos que quedaban allá sollozando, de pie en los muelles del Ródano...

¡Ah! ¡Ciertamente no eran filósofos aquellos tres! Con la mirada ansiosa y llena de ternura seguían la marcha asmática del vapor, y su penacho, de humo, no era mayor que una golondrina en el horizonte, cuando aún gritaban: «¡Adiós! ¡adiós!», y agitaban, sus pañuelos.

Durante aquel tiempo, el señor filósofo se paseaba en todas direcciones sobre el puente, con las manos en los bolsillos y la cabeza descubierta. Silbaba escupía a lo lejos, miraba con impertinencia a las damas, inspeccionaba las maniobras, levantaba los hombros y se encontraba en fin, encantado de la vida. Antes de que hubiésemos llegado a Vienne, ya había dicho al maestro Montelimart y a sus dos marmitones que estaba colocado en la Universidad y que se ganaba muy bien la vida... Aquellos señores le hicieron sus más finos cumplidos, lo que le llenó de orgullo, mientras se paseaba de un extremo al otro del barco, nuestro filósofo tropezó con el pie, cerca de la campana con un montón de cuerdas, sobre el cual, algunos años antes, Robinsón Crusoe había permanecido largas horas sentado, con la jaula del loro entre las piernas. Aquellas cuerdas le hicieron reír mucho y le avergonzaron un poco.

-¡Qué ridículo debía estar –pensaba- llevando siempre y a todas partes aquella gran jaula pintada de azul y aquel loro fantástico..!

¡Pobre filósofo! no sospechaba que durante toda su vida estaba condenado a arrastrar ridículamente aquella jaula pintada de azul, color de la ilusión, y aquel lorito verde color de la esperanza.

¡Ay! a la hora en que escribo estas líneas, el desgraciado muchacho aún lleva su gran jaula azul. Solamente que de día en día se van destiñendo los barrotes azules y el lorito está ya casi sin plumas.

¡Cuidado!

Apenas llegó Poquita Cosa a su ciudad natal, se apresuró a dirigirse a la Academia para presentarse al señor rector.

Este rector, amigo de Eyssette, padre, era un viejo alto, seco, de aspecto vivo y nada pedante, ni cosa que se le pareciese. Acogió a Eyssette, hijo, con la mayor benevolencia. No obstante, al verle no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

-¡Ah! ¡Dios mío! -dijo -, ¡qué pequeño es!

En efecto, Poquita Cosa era ridículamente pequeño; y después, tenía un aspecto tan infantil, tan ingenuo...

La exclamación del rector fue un golpe terrible

para él. «No me quieren», pensó, y ante este pensamiento se dio a temblar.

Afortunadamente, como si hubiese adivinado lo que, pasaba en mi interior, añadió:

-Acércate, muchacho... Vamos a hacer de ti todo un señor profesor... A tu edad, con esa estatura y esa cara de niño, el oficio te será más difícil que a otro cualquiera...

Pero, en fin, puesto que es preciso, puesto que necesitas ganarte la vida mi querido niño, ya arreglaremos eso lo mejor posible... De momento, te enviaremos a un colegio municipal, a algunas leguas de aquí, a Sarlande en plena montaña... Allí harás tu aprendizaje de hombre, te acostumbrarás al oficio, crecerás y te saldrá la barba; después, cuando tengas pelo en la cara ya veremos...

Sin dejar de hablar, el señor rector escribía al director, del colegio de Sarlande para presentarle a su protegido. Terminada la carta la entregó a Poquita Cosa recomendándole que partiese el mismo día; le dio algunos consejos muy juiciosos y le despidió dándole una amistosa palmada en la mejilla y prometiéndole acordarse de él.

Ya tenéis a Poquita Cosa loco de contento. Bajó de cuatro en cuatro las escaleras seculares de la Academia y sin respirar apenas fue a encargar un asiento para Sarlande.

La diligencia no salía hasta por la tarde; le quedaban, pues, cuatro horas, que Poquita Cosa aprovechó para tomar el sol en la explanada y mostrarse a sus compatriotas. Este primer deber cumplido, pensó en tomar algún alimento y se echó a buscar una taberna al alcance de su portamonedas... Precisamente, frente a los cuarteles, advirtió una muy limpia reluciente, con una bonita muestra nueva.

AL COMPAÑERO DE LA VUELTA DE FRANCIA

-He aquí lo que necesito -se dijo.

Y después de algunos momentos de vacilación -era la primera vez que Poquita Cosa entraba en un restaurant-, atravesó resueltamente la puerta.

En aquellos momentos la taberna estaba desierta resaltando más sus paredes, blanqueadas de cal... aquí y acullá unas cuantas mesas de encina... En un rincón largos bastones para los compañeros, con conteras de latón, adornados de cintas multicolores...

En el mostrador, un gordinflón roncando, con la nariz hundida en un periódico.

–¡Hola! ¡quién hay por aquí! –dijo golpeando las mesas con su puño cerrado, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa que recorrer tabernas.

El gordinflón del mostrador no hizo ni el más ligero movimiento, pero la tabernera salió apresuradamente de la trastienda... Al ver al nuevo cliente que, el ángel Azar le enviaba lanzó un grito:

-¡Misericordia! ¡señor Daniel!

-¡Ana! ¡mi vieja Ana! -respondió Poquita Cosa mientras que ambos se abrazaban estrechamente.

¡Dios mío! sí, es Ana la buena Ana antiguamente criada de los Eyssette, ahora tabernera madre de los compañeros, casada con Juan Peyrol, el gordo que ronca en el mostrador... ¡Y si supieseis qué dichosa era en aquellos momentos la querida Ana al volver a ver al señor Daniel! ¡y cómo le besaba! cómo le abrazaba hasta ahogarle!

En medio de estas efusiones, se despierta el hombre del mostrador. De momento se extraña un poco de la calurosa acogida que su mujer hace al joven desconocido, pero cuando le dicen que el joven desconocido es el señor Daniel Eyssette en persona Juan Peyrol se vuelve rojo de placer y se apresura ase para todo a su ilustre visitante.

-¿Ya se ha desayunado usted, señor Daniel?

-A fe mía que no, mi buen Peyrol... precisamente eso es lo que me ha hecho entrar aquí.

¡Justicia divina!.. ¡El señor Daniel no se ha desayunado aun!.. La vieja Ana corre a su cocina, Juan Peyrol se precipita en la bodega una famosa bodega al decir de los compañeros.

En un abrir y cerrar de ojos queda puesta la mesa; Poquita Cosa no tiene más que sentarse y empezar a funcionar... A su izquierda Ana le corta molletes de pan para los

huevos, huevos del mismo día, blancos, cremosos y de un sabor exquisito... A su derecha Juan Peyrol le escancia un viejo Château-Nufdes-Papes, que parece un puñado de rubíes arrojados en el fondo del vaso... Poquita Cosa es muy dichosa; bebe como un Templario, bebe como un Hospitalario, y aun encuentra el medio de contar, entre trago y bocado, que ha entrado en la Universidad, lo que le permitirá ganarse honradamente la vida. ¡Hay que ver el aire con que dice ganarse honradamente la vida! La vieja Ana queda pasmada de admiración.

El entusiasmo de Juan Peyrol no es tan vivo. Por lo visto, encuentra muy sencillo que el señor Daniel se gane la vida puesto que está en edad de hacerlo.

Cuando Juan Peyrol tenía la del señor Daniel, ya corría el mundo desde cuatro o cinco años antes y no costaba ni un céntimo a la familia al contrario...

Naturalmente, el digno tabernero guarda; sus reflexiones para él solo. ¡Atreverse a comparar a Juan Peyrol con Daniel Eyssette!.. Ana no lo toleraría.

Mientras tanto, Poquita Cosa no para un instante.

Habla, bebe, come, se anima; sus ojos brillan, sus mejillas están encendidas. ¡Hola! ¡maestro Peyrol! que traigan vasos! Poquita Cosa va a brindar... Juan Peyrol llena los vasos y brindamos... primero por la señora Eyssette, a continuación por el señor Eyssette, después por Jaime, por Daniel, por Ana por el marido de Ana por la Universidad... ¿y por quién más?

De pronto Poquita Cosa se levante para partir...

-¿Ya? -dice tristemente Ana.

Poquita Cosa se excusa; tiene que ver a alguien en la ciudad antes de marcharse una visita muy importante.... ¡Qué lástima! ¡tan bien que estábamos¡

¡Tantas cosas que aún teníamos que contar!.. En fin, puesto que es necesario, puesto que el señor Eyssette tiene que hacer una visita sus amigos de la Vuelta de Francia no quieren retenerle por más tiempo... «¡Buen viaje, señor Daniel! ¡Que Dios le acompañe nuestro querido amo!» Y Juan Peyrol y su esposa le siguen con sus bendiciones hasta mitad de la calle.

Y ahora ¿sabéis cuál es la visita que Poquita Cosa tenía que hacer antes de abandonar la población?

La fábrica aquella fábrica que tanto amaba y que tanto le había hecho llorar... El jardín, los talleres, los grandes plátanos, todos los amigos de su infancia todas las alegrías de sus primeros años... ¿Qué queréis? El corazón del hombre tiene sus debilidades y ama todo cuanto puede amar, hasta. la madera hasta las piedras, hasta una fábrica... Además, ahí está la historia para deciros que el viejo Robinsón, de regreso en Inglaterra se había embarcado de nuevo y había hecho qué sé yo cuántos miles de leguas para volver a ver su isla desierta.

No tiene, pues, nada de extraño que por volver a ver la suya Poquita Cosa caminase algunos pasos.

Ya los grandes plátanos, cuya cabeza empenachada mira por encima de las casas, han reconocido a su antiguo amigo que se acerca a ellos con toda la ligereza de sus piernas. De lejos le hacen señas y se inclinan los unos hacía los otros como para decirse:

¡Aquí tenemos a Daniel Eyssette! ¡Daniel Eyssette está devuelta!

Y él, cada vez se aproxima más deprisa más de prisa; pero, al llegar delante de la fábrica se detiene estupefacto.

El edificio está rodeado de grandes muros grises, sin que un laurel ni un granado asome por ellos...

En lugar de ventanas, lumbreras; los talleres han sido sustituidos por una capilla. ¡Encima de la puerta una gran cruz de asperón rojo, con una inscripción en latín alrededor!..

-¡Oh dolor! la fábrica ya no es fábrica; es un convento de Carmelitas en el que los hombres no tienen entrada.

V
GANARÁS TU PAN

Sarlande es una pequeña ciudad de las Cevennes, construida en el fondo de un estrecho valle que la montaña rodea por todas partes como un gran muro. Cuando da el sol es una hornaza: cuando sopla la tramontana una nevera...

La noche de mi llegada la tramontana hacía de las suyas desde por la mañana y aunque estuviésemos en la primavera Poquita Cosa, encaramado en la imperial de la diligencia sintió, al entrar en la ciudad, que el frío le penetraba hasta el corazón.

Las calles estaban negras, de tan obscuras, y desiertas... En la plaza de armas, algunas personas esperaban el coche paseándose ante el despacho mal iluminado. Apenas descendí de mi imperial, me hice conducir al colegio, sin perder un minuto. Tenía prisa de entrar en funciones.

El colegio no estaba lejos de la plaza; después de haberme hecho atravesar dos o tres anchas calles silenciosas, el hombre que conducía mi equipaje se detuvo ante un inmenso caserón, en el que todo parecía muerto desde muchos años antes.

–Aquí es -dijo levantando el enorme aldabón de la puerta.

El aldabón volvió a caer pesadamente, muy pesadamente... la puerta se abrió sin que viésemos nadie detrás... Entramos...

Aguardé un momento en el portal, en la sombra.

El hombre dejó mi equipaje en el suelo, le pagué y se marchó bien deprisa. Detrás de mí se cerró la puerta pesadamente... Poco después, un portero somnoliento, que llevaba en la mano uno gran linterna se aproximó a mí.

-¿Usted es seguramente uno de los nuevos? –me dijo con su aire medio dormido.

-Me tomaba por un alumno...

-No soy precisamente un alumno, al contrario, vengo aquí como maestro; lléveme ante el director...

El portero pareció sorprendido; se quitó ligeramente su casquete y me hizo entrar en su habitación; el señor director estaba en aquellos momentos en la iglesia con los niños y tardaría un cuarto de hora en salir; así que acabase ya me conducirían ante él. En la portería terminaban de cenar. Un mocetón de bigotes rubios paladeaba un vaso de aguardiente, al lado de una mujercita delgada de aspecto miserable, amarilla como un membrillo y envuelta hasta las orejas en un mantón descolorido.

–¿Quién es, pues, señor Cassagne? -preguntó el de los bigotes.

-Es el nuevo maestro -contestó el conserje designándome-. El señor es tan pequeño, que al pronto lo había tornado por un alumno.

-Efectivamente -dijo el hombre de los bigotes mirándome por encima de su vaso-, tenemos aquí alumnos mucho más altos y aun de más edad que el señor... Veillon el mayor, por ejemplo.

-Y Crouzat -añadió el conserje.

-Y Soubeyrol -dijo la mujer.

Después, se pusieron a hablar en voz baja con la nariz metida en el asqueroso aguardiente y mirándome, con el rabillo del ojo... De fuera venían los ronquidos de la tramontana y las voces chillonas de los chicos que recitaban letanías en la capilla.

De pronto sonó una campana y se oyó un, estruendo de pasos en los vestíbulos.

-Ha terminado la oración -me dijo el señor Cassagne, levantándose-; subamos a la habitación del director.

Cogió su linterna y yo la seguí.

El colegio me pareció inmenso... Interminables corredores, grandes pórticos, amplias escaleras con sus peldaños bordeados de tiras de hierro... y todo viejo, negro, ahumado... El portero me dijo que antes del 1789, la casa había sido una escuela de marina y que había contado con más de ochocientos alumnos, todos de la más rancia nobleza.

Cuando acababa de darme tan preciosos detalles, llegamos ante el despacho del director... El señor Cassagne empujó suavemente una puerta acolchada por ambos lados y dio dos golpecitos en la ensambladura.

Una voz respondió «¡Adelante!», y nosotros entramos.

Era un gabinete de trabajo muy espacioso, tapiza do de verde. En el fondo, ante una larga mesa el director escribía a la pálida luz de una lámpara.

-Señor director -dijo el portero empujándome hasta delante de la mesa -, aquí está el nuevo maestro, el que ha de substituir al señor Serrieres.

-Está bien -dijo el director sin levantar la cabeza.

El portero se inclinó y salió. Yo me quedé de pie, en medio de la habitación, dándole vueltas al sombrero entre mis manos.

Cuando hubo terminado de escribir, el director se volvió hacia mí y yo pude contemplar a mi antojo su pequeña cara pálida y beca iluminada por dos ojos fríos, sin color definido. El, por su parte, levantó la pantalla de la lámpara para verme mejor y afirmó las lentes sobre su nariz.

-¡Pero si es un niño! -exclamó dando un brinco sobre el sillón-. ¿Qué quieren que haga de un niño?

Al pronto, Poquita Cosa tuvo un miedo terrible ya se veía en la calle sin recursos... Apenas si tuvo fuerzas para balbucear dos o tres palabras y entregar al señor director la carta de presentación, que le habían dado para él.

El director tomó la carta, la leyó, la volvió a leer, la dobló, la desdobló, la leyó una vez más y acabó por decirme que gracias a la recomendación especial del rector y a la honorabilidad de mi familia consentía en admitirme en su casa aunque no del todo tranquilo debido a mi excesiva juventud. Después me endilgó una serie de largas declamaciones sobre la gravedad de mis nuevos deberes; pero yo no le oía ya. Lo esencial era qué no me despidiese... No me despedía; pues yo me consideraba dichoso, muy dichoso. Hubiese querido que el señor director tuviese mil manos y besárselas todas.

Un formidable ruido de hierro viejo me detuvo en mis efusiones. Me volví vivamente y me encontré en frente de un personaje de elevada estatura con patillas rojas, que había entrado sin que le oyesen; era el inspector general.

Con la cabeza inclinada sobre un hombro, a lo Ecce homo, me miraba con la más dulce de sus sonrisas, sacudiendo un manojo de llaves de todas dimensiones, suspendido de su índice. La sonrisa me hubiera prevenido en su favor, pero las llaves rechinaban con un ruido tan terrible -¡ trinc! ¡trinc! ¡trinc! -que me dio miedo.

-Señor Viot -dijo el director-, aquí tiene usted al substituto del señor Serrieres que acaba de llegar.

El señor Viot se inclinó y me dirigió una de sus más dulces sonrisas. Sus llaves, en cambio, se agitaron con un sonido irónico y malévolo, como diciendo: «¿Este pequeñín ha de sustituir al señor Serrieres? ¡Vamos, hombre, vamos!»

El director comprendió, tan bien como yo que las llaves habían dicho y añadió con un suspiro: «Ya sé que la marcha del señor Serrieres es una pérdida casi irreparable (aquí las llaves lanzaron un verdadero sollozo); pero yo estoy seguro de que si el señor

Viot quiere tomar al nuevo maestro bajo su tutela especial e incurable sus preciosas ideas sobra la enseñanza el orden y la disciplina de la casa no sufrirán mucho con la partida del señor Serrieres»

El señor Viot, siempre sonriente y amable, respondió que desde luego podía contar con su benevolencia y que me ayudaría gustosamente con sus consejos; pero las llaves no se mostraban tan benévolas. Había que oírlas agitarse y rechinar con frenesí: «Si te escurres, bicho raro, pobre de ti»

-Señor Eyssette -continuó el director-, puede usted retirarse. Por esta noche será preciso que duerma en el hotel... Mañana a las ocho esté aquí... Puede retirarse.

Y me despidió con un gesto digno.

El señor Viot, más dulce y más sonriente que nunca me acompañó hasta la puerta pero antes de dejarme, me deslizó, en la mano un cuadernito.

-Es el reglamento de la casa -me dijo-. Léalo y medite...

Después abrió la puerta y la volvió a cerrar así que yo hube traspuesto el umbral, agitando sus llaves de un modo... ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc!

Aquellos señores se habían olvidado de alumbrarme. Erré un momento por los inmensos corredores obscuros, tentando los muros y tratando de encontrar mi camino. De cuando en cuando un rayito de luna entraba por el enrejado de una alta ventana y me ayudaba a orientarme. De pronto, en las sombras dos las galerías, un punto luminoso brilló y vino a mi encuentro... Di algunos pasos más, la luz se hizo mayor, se aproximó a mí, pasó a mi lado, se alejó y desapareció. Fue como una visión; pero por rápida que hubiese sido, pude fijarme en sus menores detalles.

Figuraos dos mujeres, no, dos sombras... La una vieja arrugada avellanada encorvada con unos enormes, anteojos que le ocultaban la mitad de la cara; la otra joven esbelta un poco delgada como todos los fantasmas, pero que tenía -lo que no acostumbran tener los fantasmas en general -dos ojos negros, muy grandes, y tan negros, tan negros...

La vieja llevaba en la mano una pequeña lámpara de cobre; los ojos negros, no llevaban nada... Las dos sombras pasaron cerca de mí, rápidas, silenciosas, sin verme, y ya hacía rato que habían desaparecido y yo aún permanecía en el mismo sitio, inmóvil, bajo una doble impresión de encanto y de terror.. Reanudé mi camino a tientas, pero el corazón me latía fuertemente y yo veía siempre delante de mí a la horrible vieja de los anteojos, al lado de los ojos negros... Tenía no obstante, que buscar un albergue para pasar la noche lo que no era un asunto baladí.

Afortunadamente, el hombre de los bigotes, a quien encontré sentado delante de la portería fumando su pipa se puso enseguida a mi disposición y se ofreció a llevarme a un hotel barato, en el que se me serviría como a un príncipe. Ya supondréis si aceptaría de buena gana.

El hombre de los bigotes tenía el aspecto de un buen muchacho; por el camino me dijo que se llamaba Roger, que era profesor dé equitación, de esgrima de gimnasia y de baile del colegio de Sarlande, que había servido largo tiempo en los cazadores de África. Esto acabó de hacérmele simpático. Ya es sabido que los niños siempre se muestran dispuestos a amar a los soldados. Nos separamos a la puerta del hotel con numerosos apretones de manos y con la promesa formal de ser amigos.

Y ahora lector, me resta una confesión que hacerte.

Cuando Poquita Cosa se encontró solo en aquella habitación fría ante aquella Cama ole posada desconocida y trivial, lejos de los que amaba su corazón estalló, y

aquel gran filósofo lloró como un niño. La vida le espantaba; sentíase débil y desarmado, ante ella y lloraba, lloraba. .. De pronto, a través de sus lágrimas, la imagen de los suyos pasó ante, sus ojos; vio la casa desierta la familia dispersada, la madre aquí, el padre allá... ¡ni techo, ni hogar! y entonces, olvidando su propia angustia para no pensar más que en la miseria común, Poquita Cosa tomó una grande y hermosa resolución: la de reconstituir la casa Eyssette y reconstruir el hogar sin auxilio de nadie. Después, orgulloso de haber encontrado un tan noble objeto a su vida enjugó aquellas lágrimas, indignas de un hombre, de un reconstructor de hogares, y sin perder un minuto, comenzó la lectura del reglamento del señor Viot, para ponerse al corriente de sus nuevos deberes.

Aquél reglamento, copiado con amor por la propia mano del señor Viot, su autor, era un verdadero tratado, dividido metódicamente en tres partes:

1º Deberes del profesor hacia sus superiores.

2º Deberes del profesor hacia sus colegas.

3º Deberes del profesor hacia los alumnos.

Todos los casos estaban provistos, desde el vidrio roto hasta las dos manos que se elevan al mismo tiempo en clase; todos los detalles de la vida de los profesores estaban consignados, desde el importe de sus sueldos hasta la media botella de vino que les correspondía por comida.

El reglamento terminaba por un hermoso fragmento de elocuencia un discurso sobre la utilidad del repetido reglamento, pero, a pesar de su respeto por la obra del señor Viot, Poquita Cosa no tuvo fuerzas para llegar hasta el final, y –precisamente en el más bello pasaje del discurso –se durmió.

Aquella noche dormí mal. Mil pesadillas fantásticas turbaban mí sueño... Tan pronto eran las llaves del señor Viot que yo creía oír con su ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc!, o bien el hada de los anteojos que venía a sentarse a mi cabecera y me despertaba sobresaltado; otras veces eran los ojos negros ¡oh! ¡y qué negros eran! que se instalaban a los pies de mi cama y me miraban con una extraña obstinación...

Al día siguiente, a las ocho, llegaba al colegio. El señor Viot, de pie a la puerta con su manojo de llaves en la mano, vigilaba la entrada de los externos:

Cuando me vio, me dirigió una de sus más dulces sonrisas.

-Espere en el soportal -me dijo -, cuando hayan entrado todos los alumnos, le presentaré a sus colegas.

Esperó en el soportal, paseándome en todas direcciones e inclinándome hasta el suelo al paso de los señores profesores que iban llegando sofocados.

Sólo uno de aquellos señores devolvió mi saludo; era un sacerdote, el profesor de filosofía; «un original», según me dijo el señor Viot... Aquel original se captó inmediatamente mis simpatías.

Sonó la campana. Las clases se llenaron... Cuatro cinco mozos de veinticinco a treinta años, mal vestidos, de cara vulgar, llegaron a grandes pasos y se detuvieron cohibidos ante el aspecto del señor Viot.

-Señores -dijo el inspector general señalándome con un gesto -, les presento al señor Daniel Eyssette, su nuevo colega.

Dicho esto, hizo una profunda reverencia y se retiró, siempre sonriente, siempre con la cabeza inclinada sobre el hombro y siempre agitando las horribles llaves.

Mis colegas y yo nos miramos un momento en silencio.

El más alto y más corpulento de ellos tomó la palabra: era el señor Serrieres, el famoso Serrieres, al que yo iba a reemplazar.

-¡Voto a tal! -exclamó alegremente -. Nunca como ahora se puede decir que los maestros se suceden, pero no se parecen.

Era una alusión a la prodigiosa diferencia de estatura que. existía entre nosotros. Nos reímos mucho, yo el primero; pero os aseguro que en aquellos momentos, Poquita Cosa hubiese vendido muy a gusto su alma al diablo, a cambio de algunas pulgadas de más.

-Eso no importa -añadió el gigante Serrieres tendiéndome la mano-; aunque no estemos hechos para pasar por debajo del mismo techo, podemos igualmente vaciar algunas botellas juntos... Venga usted con nosotros, compañero... palo un ponche de despedida en el café Barbette y quiero que usted sea de los .nuestros... bebiendo nos conoceremos mejor.

Sin dejarme tiempo para contestar, se apoderé de mi brazo y me arrastró a la calle.

El café Barbette, al que mis nuevos colegas me llevaban, estaba situado en la plaza de armas. Sus más asiduos concurrentes eran los suboficiales de la guarnición, y al entrar, lo que primero llamaba la atención, era la cantidad de shakos y de cinturones colgados en las paredes...

Aquel día la partida de Serrieres y su ponche de despedida habían atraído a la plana mayor de los habituales... Los suboficiales, a los que Serrieres me presentó al llegar, me acogieron con gran cordialidad. No obstante, a decir la verdad, la llegada de Poquita Cosa no hizo la mayor sensación, y yo quedé bien pronto olvidado en un rincón de la sala en el que me habla refugiado tímidamente... Mientras que los vasos se llenaban, el corpulento Serrieres había venido a sentarse a mi lado; se había quitado el redingot y sostenía entre los dientes una larga pipa de barro, con su nombre. grabado en letras de porcelana. Todos los maestros tenían, en el café Barbette, una pipa igual.

-Pues bien, compañero -me dijo Serrieres -, ya ve usted que también tenemos buenos ratos en el oficio... En resumen usted ha caído bien en Sarlande.

Por de pronto, la absenta del café Barbette es excelente, y después, allá abajo, en la caja no estará usted del todo mal.

La caja era el colegio.

-Usted tendrá la clase de los pequeños, unos galopines que se les puede llevar con una varilla. ¡Hay que ver cómo los he enderezado! El director no es malo; los compañeros son buenos muchachos... y si no fuese por la vieja y el padre Viot...

-¿Qué vieja? -pregunté estremeciéndome.

–¡Oh! pronto la conocerá usted. A todas horas del día y de la noche se la encuentra rondando por el colegió, con unos enormes anteojos... Es una tía del director y desempeña las funciones de administradora. ¡Ah! ¡la pícara! sí no nos morimos de hambre, no es por su culpa.

Por las señas que me daba Serrieres, yo había reconocido al hada de los anteojos, y a mi pesar me ruboricé. Diez veces estuve a punto de interrumpir a mis colegas y preguntarles «¿Y los ojos negros?» Pero no me atreví. ¡Hablar de los ojos negros en el café Barbette!..

Mientras tanto, el ponche circulaba los vasos llenos se vaciaban, los vasos vacíos se llenaban, y se oían brindis, exclamaciones, voces atropelladas, carcajadas, chistes, confidencias...

Poco a poco, Poquita Cosa fue perdiendo su timidez. Había abandonado su rincón y se paseaba por el café, hablando alto, con el vaso en la mano.

Los suboficiales ya eran amigos suyos; con el mayor descaro había contado a uno de ellos que pertenecía a una familia muy rica y que como consecuencia de algunas calaveradas, le habían echado de la casa paterna poder vivir se habla hecho maestro, pero no para permanecer mucho tiempo en el colegio... ¡Siendo de una familia tan rica!..

¡Ah! si los de Lyón hubiesen podido oírle en aquel momento.

Y, no obstante, el mundo es así. Cuando se supo, en el café Barbette que yo era hijo de una familia de la nobleza un perdido, una mala persona y no, como se hubiera podido creer, un pobre muchacho condenado por la miseria a la pedagogía todos me miraron con mejores ojos. Los más antiguos de los suboficiales no se desdeñaron de dirigirme la palabra y aun se fue más lejos: en el momento de partir, Roger, el maestro de armas, mi amigo de la noche antes, se levantó y brindó por Daniel Eyssette. Podéis pensar si Poquita Cosa se sentiría orgulloso... El brindis en honor de Daniel Eyssette, dio la señal de partida.

Eran las diez menos cuarto, es decir, hora de volver al colegio.

El hombre de las llaves nos esperaba a la puerta.

-Señor Serrieres -dijo a mi robusto colega a quien el ponche de despedida hacía temblar-, vaya usted por última vez a llevar a los niños a clase; así que hayan entrado, iremos el señor director y yo dar posesión al nuevo maestro.

Efectivamente, algunos minutos, después, el director, el señor Viot y el señor Eyssette, hacían su entrada solemne en la clase.

Todos se levantaron.

El director me presentó a los alumnos con un discurso, un poco largo, pero lleno de dignidad; después se retiró seguido del gran Serrieres, a quien el ponche de despedida atormentaba cada vez más.

El último en marcharse fue el señor Viot. Este no pronunció ningún discurso, pero sus llaves, hablaron por él de una manera tan terrible ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc!, tan amenazadora ¡trinc! ¡trinc! ¡trinc!, que todas las cabezas se ocultaron en los pupitres y el mismo nuevo maestro no quedó tranquilo del todo...

Tan pronto como las terribles llaves se hubieron alejado, un montón de caras maliciosas salieron de detrás de los pupitres; todas las plumas subieron a los labios, y todos aquellos ojitos brillantes, burlones, asustados, se fijaron en mí, mientras qué un largo cuchicheo corría de mesa en mesa.

Un poco turbado, subí gravemente los peldaños de mi estrado; intenté dirigir una mirada feroz a mi alrededor y, después, ahuecando la voz, grité entra dos puchetazos descargados sobre la mesa:

-¡A trabajar, señores, a trabajar!

Así es cómo Poquita Cosa comenzó su primera lección.

VI
LOS PEQUEÑOS

Estos no eran malos, no; eran los otros. Nunca me hicieron daño y yo les amaba mucho, porque aún no habían aprendido las picardías del colegio y toda su alma se podía leer en sus ojos.

Nunca les castigaba. ¿Por qué? ¿Es que se castiga a los pájaros?.. Cuando piaban demasiado alto, no tenía más que gritar: «¡Silencio!» e inmediatamente mis pajaritos se callaban... lo menos por cinco minutos.

El mayor tenía once años. ¡Once años! ¡Y el gordinflón Serrieres que se alababa de llevarlos a golpes de varilla!

-Yo nunca tuve que hacer uso de ella. Lo único que intenté es ser siempre bueno.

Algunas veces, cuando habían sido juiciosos, les contaba un cuento... ¡Un cuento!.. ¡Qué dicha! Plegaban los cuadernos, cerraban los libros; tinteros, reglas plumas, todo revuelto iba a parar al fondo, de los pupitres; después, con los brazos

cruzados sobre la mesa y los grandes ojos muy abiertos, escuchaban. Yo había compuesto para ellos cinco o seis pequeños cuentos fantásticos: La primera salida de una cigarra, Los infortunios de Juan Consejo, etc. Entonces, como ahora el bueno de La Fontaine era mi santo de predilección en el calendario literario y mis cuentos no hacían más que comentar sus fábulas; solamente que yo ni mezclaba en ellos mi propia historia. Había siempre un pobre grillo obligado a ganarse la vida como Poquita Cosa, una coccinela que encuadernaba sollozando como Eyssette (Jaime) Esto divertía mucho a mis pequeños, y también a mi. Desgraciadamente, el señor Viot no creyó del caso que nos divirtiésemos así.

Tres o cuatro veces por semana el terrible hombre de las llaves giraba una visita de inspección por el colegio, para ver si todo iba de acuerdo con el reglamento... pues bien, uno de esos días, llegó a nuestra clase precisamente en el momento más patético de la historia de Juan Consejo. Al ver entrar al señor. Viot, todos se estremecieron. Los pequeños, azorados, se miraron. El narrador se detuvo en seco. Juan Conejo, intimidado, permaneció con una pata en el aire y enderezó con terror sus grandes orejas.

De pie, ante mi mesa el sonriente señor Viot dirigió una mirada de extrañeza a los vacíos pupitres.

No decía nada pero sus llaves se agitaban con aire feroz: «¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! ¡atajo de gandules! ¿es que ya no se trabaja más aquí?»

Yo intenté, trémulo de emoción, apaciguar a las terribles llaves.

-Esos señores han trabajado mucho estos días, -balbuceé-, y he querido recompensarles contándoles un cuento.

El señor Viot no contestó. Se inclinó sonriente, hizo rechinar sus llaves una última vez, y salió.

Por la tarde durante el recreo de las cuatro, vino hacia mí y puso en mis manos, siempre sonriente y siempre mudo, el cuaderno del reglamento, abierto por la página 12: Deberes del profesor hacia los alumnos.

Comprendí que no debía volver a contar más cuentos y no volví a contarlos.

Durante algunos días, mis pequeños estuvieron inconsolables. Echaban de menos a Juan Consejo, y a mí se me oprimía el corazón por no poder devolvérselo. ¡Amaba tanto a aquellos galopines! Nunca me separaba de ellos... El colegio estaba dividido en tres departamentos bien separados: los grandes, los medianos y los pequeños; cada departamento tenía su patio, su dormitorio y su clase; los pequeños eran míos, bien míos. Se me figuraba que tenía treinta y cinco hijos.

Aparte de esto, ni un amigo. El señor Viot se esforzaba en sonreírme, en cogerme del brazo durante el recreo, en darme consejos acerca del reglamento pero yo no le amaba no le podía amar; sus llaves me producían demasiado miedo. Al director no le veía nunca. Los profesores despreciaban a Poquita Cosa y le miraban con aire de superioridad. En cuanto a los auxiliares, mis colegas, la simpatía que me demostraba el hombre de las llaves, parecía haberme enajenado la suya; además, desde mi presentación a los suboficiales, yo no había vuelto a poner los pies en el café Barbette, y esto no me lo perdonaban aquellas buenas gentes.

No había nadie, desde el portero Cassagne hasta el maestro de armas Roger que estuviesen de mi parte. El maestro de armas, sobre todo, parecía tenerme la más mala voluntad del mundo. Cuando pasaba por mi lado, se atusaba el bigote con aire feroz y giraba los ojos, como si hubiese querido acuchillar a un centenar de árabes. Una vez dijo en voz muy alta a Cassagne, mirándome, que a él no le gustaban los espías. Cassagne no contestó nada; pero ya comprendí yo que tampoco a él le gustaban...

¿De qué espías se trataba?...)Esto me dio mucho que pensar.

Ante aquella antipatía universal, yo había tomado valientemente mí partido. El pasante de la clase de los medianos compartía conmigo una pequeña habitación en el tercer piso, bajo el alero; allí es donde yo me refugiaba durante las horas de clase. Como mi colegio pasaba todo el tiempo en él café Barbette, la habitación me pertenecía; era mi habitación, mi casa.

Apenas entraba me encerraba con llave, arrastraba mi baúl -no había sillas en mi habitación –ante una vieja mesa llena de manchas de tinta y de inscripciones hechas a punta de cortaplumas, instalaba allí mis libros, ¡y a la obra!..

Entonces era la primavera... Cuando levantaba la cabeza veía el cielo completamente azul y los árboles ya cubiertos de hojas. Fuera ni el más leve ruido.

De cuando en cuando la voz monótona de un alumno recitando su lección; una exclamación del profesor encolerizado, una disputa de los gorriones entro el follaje... después todo volvía al silencio, y el colegio parecía dormido.

Poquita Cosa no dormía. Ni siquiera soñaba lo que es una adorable manera de dormir. Trabajaba, trabajaba sin descanso, atiborrándose de griego y de latín, hasta que lo saltaba la cabeza.

Algunas veces, en lo más espinoso de su árida tares, un dedo misterioso llamaba a la puerta.

–¿Quién va?

-Soy yo, la Musa, tu antigua amiga, la mujer del cuaderno rojo, ábreme pronto, Poquita Cosa.

Pero Poquita Cosa se guardaba muy bien de abrir.

Ya sabia cómo las gastaba la Musa. ¡Al diablo el cuaderno rojo! De lo que sé trataba ahora era de hacer muchos temas griegos, de tomar la licenciatura de ser nombrado profesor y de reconstruir lo más pronto posible un hermoso hogar, completamente nuevo, para la familia Eyssette.

El pensamiento de que trabajaba para la familia me daba un gran valor y me hacía la vida más agradable. ¡Hasta mi habitación me parecía embellecida!

¡Oh! mi querida bohardilla qué hermosas horas lo pasado entre tus cuatro paredes! ¡Cómo trabajaba! ¡Qué animoso me sentía!..

Pero si tenía buenos ratos, también los tenía muy malos. Dos veces por semana el domingo y el jueves, había que llevar a los muchachos a paseo.

Aquel paseo era un suplicio para mi.

Habitualmente, íbamos a la Pradera un gran espacio cubierto de césped, que se extendía como un tapiz al pie de la montaña a una media legua de la población. Algunos enormes castaños tres o cuatro merenderos pintados de amarillo y una fuente viva corriendo por entre la hierba alegraban y encantaban la vista... Las tres clases acudían separadamente: una vez allí se las reunía bajo la vigilancia de un solo pasante, que siempre era Poquita Cosa. Mis dos colegas iban a hacerse convidar por los chicos mayores en los merenderos vecinos, y como nadie me invitaba me quedaba solo para guardar a los demás... ¡Un oficio bien feo en lugar tan hermoso!

¡Hubiera sido tan agradable tenderme sobre aquella verde hierba bajo los castaños, y emborracharme de los olores silvestres, oyendo cantar la fuentecilla!.. En lugar de eso, tenía que vigilar, gritar, castigar... Todo el colegio dependía de mí. Aquello era terrible...

Pero más terrible aún que vigilar a los niños en la Pradera era atravesar la ciudad con mi división, la división de los pequeños. Las otras marcaban el paso a maravilla y taconeaban fuerte, como si fuesen veteranos; allí se adivinaba la disciplina y el tambor.

Mis pequeños, en cambio, no entendían nada de todo aquello. No iban en filas y, cogidos de la mano, atronaban las calles con su charla. Yo ya tenía buen cuidado de

gritarles: «¡Guardad las distancias!», pero ellos no me oían y continuaban marchando de través.

Estaba bastante satisfecho de mi cabeza de columna formada por los mayores, los más serios, los mejor vestidos, pero la retaguardia ¡qué escándalo! ¡qué desorden! ¡Una chiquillería loca cabellos desgreñados, manos puercas, pantalones llenos de remiendos!

No me atrevía ni a mirarles.

Desinit in piscem, me decía el sonriente señor Viot, hombre de talento a ratos. Lo cierto es que, la cola de la columna tenía el más triste aspecto.

¡Comprendéis mi desesperación, al tener que exhibirme por las calles de Sarlande en semejante compañía sobre todo el domingo!... Volteaban las campanas, las calles estaban llenas de gente. Pasaban las señoritas de los pensionados que iban a vísperas, modistas con sombreros color de rosa elegantes llevando pantalones gris perla.. Y era necesario atravesar por entre toda aquella gente con un traje raído y una división ridícula... ¡Qué vergüenza!

Entre todos aquellos diablillos desgreñados que yo paseaba dos veces a la semana por la ciudad, había uno sobre todo, un medio pensionista que me desesperaba por su fealdad y por lo sucio.

Imaginad un horrible pequeño engendro, tan pequeño que era ridículo; además, desgarbado, sucio, mal peinado, mal vestido, mal oliente, y, para que nada le faltase horrorosamente patizambo.

Jamás tal alumno, sí es permitido darle ese nombre, figurará en las hojas de inscripción de la Universidad. ¡Era la vergüenza del colegio!

Por mi parte, le había tomado aversión; y cuando, los días de paseo, le veía bambolearse a la cola de la columna con la gracia de un joven pato, me entraban unos deseos furiosos de arrojarle a puntapiés por el honor de mi división.

-Bamban -lo llamábamos así a causa de su marcha más que irregular-, Bamban estaba lejos de pertenecer a una familia aristocrática. Esto se veía sin

esfuerzo en sus maneras, en su lenguaje y sobre todo en las distinguidas relaciones que tenía la población.

Todos los pilluelos de Sarlande le conocían.

Gracias a él, cuando salíamos, siempre nos velamos perseguidos por una nube de galopines que nos pisaban los talones, llamaban a Bamban por su nombre, lo señalaban con el dedo, lo arrojaban cortezas de castañas, y hacían, en fin, otras mil monerías. Mis pequeños se divertían mucho, pero yo no me reía, no, y cada semana elevaba al director una memoria circunstanciada sobre el alumno Bamban y los numerosos desórdenes que su presencia promovía.

Desgraciadamente, mis memorias quedaban sin respuesta y yo me veía obligado de continuo mostrarme en las calles, en compañía del señor de Bamban, más sucio y más patizambo que nunca.

Un domingo entre otros, un hermoso domingo lleno de sol, se reunió a nosotros en un estado tal, que todos quedamos consternados. Nunca habéis soñado nada parecido. Las manos negras, los zapatos sin cordones, con cieno hasta en los cabellos casi sin pantalones... Un monstruo.

Lo más risible es que evidentemente le habían puesto muy elegante antes de enviármelo. Su cabeza mejor peinada que de ordinario, aún presentaba trazas de pomada, el nudo de la corbata tenía un no sé qué que denotaba los dedos maternales. ¡Pero había tantos charcos antes de llegar al colegio!..

Bamban se había revolcado en todos.

Cuando le vi colocarse en la fila apacible y sonriente, como si nada hubiese hecho, hice un movimiento de horror y de indignación.

-¡Vete -le grité.

Bamban se figuró que yo bromeaba y continuó sonriendo. ¡Se debía creer que estaba muy hermosos!

Yo le grité de nuevo: «¡Vete! ¡vete!»

Me miró entonces con aire triste y sumiso, con sus ojos suplicantes; pero yo fui inexorable y la división se alejó dejándole solo, en medio de la calle.

Ya me creía libre de él para toda la tarde, cuando al salir de la población, unas risas y unos cuchicheos me hicieron volver la cabeza.

A cuatro o cinco pasos de distancia Bamban nos seguía gravemente.

-Redoblad el paso -dije a los dos primeros.

Los pequeños comprendieron que se trataba de hacer una jugarreta al patizambo y la división emprendió un paso del demonio.

De cuando en cuando se volvían para ver si Bamban podía seguirles, y reían al verle muy lejos, del tamaño de un puño, trotando en el polvo del camino, entre los vendedores de pasteles y limonada.

El muy endiablado llegó a la Pradera casi al mismo tiempo que nosotros. Solamente que estaba pálido por la fatiga y arrastraba las piernas penosamente.

Sentí el corazón conmovido, y, algo avergonzado de mi crueldad, le llamé a mi lado dulcemente.

Llevaba una blusita descolorida a cuadros rojos, la blusa de Poquita Cosa cuando iba al colegio deLyón.

Reconocí enseguida aquella blusa y me dije interiormente: ci Miserable! ¿no te da vergüenza? Eres tú, es Poquita Cosa a quien te diviertes martirizando así» Y lleno de remordimientos, decidí amar con todo mi corazón al pobre desgraciado.

Bamban se había sentado en el suelo a causa de lo doloridas que tenia las piernas. Yo me senté a su lado, y lo hablé.. Después le compré una naranja...

Hubiera querido lavarle los pies.

A partir de aquel día Bamban fue amigo mío, Entonces me enteré de cosas conmovedoras...

Era hijo de un albéitar que, habiendo oído a todo el mundo ponderar los beneficios de la educación, se abstenía hasta de lo más preciso ¡el pobre hombre! para tener a su hijo como medio pensionista en el colegio. Pero ¡ay! Bamban no había nacido para el colegio y no le aprovechaba gran cosa.

El día de su llegada le dieron un modelo de palotes y le dijeron: «Haz palotes». Y Bamban hacía palotes desde un año antes. ¡Y qué palotes, Dios santo!.. torcidos, chapuceros, cojos como si renqueasen... ¡en fin, palotes de Bamban!

Nadie se ocupaba de él. No formaba parte, especialmente de ninguna clase; en general, se colaba en la que veía abierta. Un día se le encontró haciendo sus palotes en la clase de filosofía... ¡Famoso Bamban!

Yo le miraba algunas veces, en clase encorvado sobre el papel, sudando, bufando, con la lengua fuera, teniendo la pluma con toda la fuerza de sus manos y apoyándose con gran energía como si hubiese querido atravesar la mesa... A cada palote, mojaba la pluma y a cada línea metía la lengua en la boca y descansaba frotándose las manos.

Bamban trabajaba con más voluntad desde que éramos amigos...

Cuando había terminado una página se apresuraba a subir a mi estrado a cuatro patas y ponía ante mí su obra maestra sin decir nada.

Yo le daba una afectuosa palmadita en la mejilla y le decía: «¡Está muy bien!» Era horroroso, pero yo no quería desanimarle.

Lo cierto era que los palos comenzaban a salir más derechos, la pluma no crujía tanto y en los cuadernos había menos tinta... Yo creo que al cabo hubiese terminado por

aprender algo; desgraciadamente, el destino nos separó. El pasante de los medianos abandonaba el colegio, y como se acercaba el final de curso el director no quiso tomar uno nuevo. Instalaron a un retórico barbudo en la clase de los pequeños y me encargué yo de la de los medianos.

Consideré aquel cambio como una catástrofe.

Por de pronto, aquellos chicos me asustaban. Ya había tenido que lidiar con ellos en la Pradera y la idea de que en lo sucesivo tendría que estar siempre con ellos me oprimía el corazón.

Además, sería preciso abandonar a mis pequeños, a mis queridos pequeños que yo amaba tanto...

¿cómo se portaría con ellos el retórico barbudo?..

¿Qué sería de Bamban?... Realmente me sentía muy desgraciado.

Y mis pequeños también quedaron desolados al verme partir. El día en que les di mi última lección, hubo un momento de emoción al sonar la campana... Todos quisieron besarme... Algunos, os lo juro, hasta encontraron cosas muy bonitas que decirme.

¿Y Bamban?

Bamban no dijo nada. Únicamente, en el momento en que yo salía se aproximó a mí, rojo como un pavo y me puso en la mano, con aire solemne, un soberbio cuaderno de palotes que me había dedicado.

¡Pobre Bamban!

VII
EL PEÓN[4]

Tomé, pues, posesión de la clase de los medianos. Encontró allí medio centenar de perversos bribones, montañeses mofletudos entre doce y catorce años, hijos de colonos enriquecidos, a quienes sus padres enviaban al colegio para hacer de ellos pequeños burgueses, a razón de ciento veinte francos por trimestre.

Groseros, insolentes, orgullosos, hablaban entre ellos la ruda jerga de su país, de la cual no entendía yo ni una palabra y tenían casi todos aquella fealdad especial de la infancia de la época de transición, grandes manos rojas con sabañones, voz de gallo acatarrado, mirada embrutecida y sobre todo el olor del colegio... Me odiaron desde el primer día sin conocerme. Yo era para ellos el enemigo, el peón, y desde que me senté ante mi pupitre, estalló la guerra entre nosotros, una guerra encarnizada sin tregua de todos los instantes.

¡Ah! ¡cuánto me hicieron sufrir aquellos crueles niños!

Yo quisiera hablar sin rencor de aquellas tristezas tan alejadas ya... ¡Pues bien!, no puedo; y ahora mismo, en el momento de escribir estas líneas, mi mano tiembla de fiebre y de emoción. Me parece que aún estoy con ellos.

Ya me figuro que ellos no acuerdan de sí. Seguramente ya no se acuerdan de Poquita Cosa ni de hermosos anteojos que se compró para aparentar un aire más grave...

Mis antiguos alumnos son hombres a la hora actual, hombres serios. Soulbeyrol debe ser notario de cualquier pueblo de las Cevennes ; Veillon, el pequeño, escribano; Loupi, farmacéutico, y Bouzanquet, veterinario. Son, por lo tanto, hombres de posición, con su barriga y todo.

[4] Nombre despectivo que dan los escolares en Francia a los pasantes y celadores de los colegios.

Alguna vez, no obstante, cuando se encuentren en el círculo o en la plaza de la iglesia recordarán los buenos tiempos de[colegio, y entonces, quizá, se les ocurra hablar de mí.

-Oye, escribano, ¿te acuerdas del pequeño Eyssette, nuestro pasante de Sarlande con sus largas melenas y su cara de papel moscado? ¡Qué malas partidas le jugábamos!

Es verdad, señores. Vosotros le habéis jugado muy malas partidas y vuestro antiguo pasante no las ha olvidado aún.

¡Ah! ¡desgraciado peón! ¡bastante os ha hecho reír!.. ¡Y bastante le habéis hecho llorar!.. ¡Sí, llorar!..

Vosotros le hacíais llorar y esto es lo que daba mayor aliciente a vuestras jugarretas...

¡Cuántas veces, al final de una jornada de martirio, el pobre diablo, agazapado en su camastro, mordía el cobertor para que vosotros no oyeseis sus sollozos!..

Es tan terrible vivir rodeado de malevolencia tener siempre miedo, estar siempre alerta siempre con las armas en la mano... es tan terrible castigar –se cometen injusticias sin querer-, es tan terrible dudar, ver asechanzas en todas partes, no comer ni dormir tranquilo y preguntarse siempre, hasta en los instantes de tregua: «¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué me prepararán ahora?»

No, aunque viviese cien arios, el peón Eyssette no olvidaría nunca todo lo que sufrió en el colegio de Sarlande desde el triste día en que entró en la clase de los medianos.

Y no obstante -no quiero mentir-, había ganado algo al cambiar de clase: veía a los ojos negros.

Dos veces por día en las horas de recreo, los veía de lejos. trabajando detrás de una ventana del primer piso que daba al patio de los medianos... Allí estaban los ojos negros, más grandes que nunca inclinados desde la mañana a la noche sobre una costura interminable; porque los ojos negros cosían, cosían incesantemente. Precisamente para coser, nada más que para coser, la vieja bruja de los anteojos los había sacado de la Inclusa -los ojos negros no conocían padre ni madre-, y del principio al fin del año, cosían, cosían sin descanso, bajo la mirada implacable de la horrible hada de los anteojos que hilaba su rueca.

Mirándolos el recreo me parecía corto. Me hubiera pasado la vida debajo de la bendita reja detrás de la cual trabajaban los ojos negros.

Ellos también sabían que yo estaba allí. De cuando en cuando se levantaban de la costura y entonces hablábamos sin hablarnos, pero nos entendíamos perfectamente.

-¿Es usted muy desgraciado, señor Daniel Eyssette?

–¿Y usted también, pobres ojos negros?

–No tengo padre ni madre.

-Yo sí, pero están muy lejos.

-El hada de los anteojos es terrible; ¡si usted supiera!

-Los niños me hacen sufrir mucho.

-Valor, señor Eyssette

-Valor, bellos ojos negros.

Nuestras conversaciones eran cortas. Yo temía siempre ver aparecer al señor Viot con sus Rayes¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! -y allá arriba detrás de la ventana los ojos negros también tenían su señor Viot. Después de un diálogo de un minuto volvían a inclinarse y reanudaban su costura bajo la mirada feroz de los grandes anteojos con monturas de acero.

¡Caros ojos negros! jamás pudimos hablar más que a largas distancias y siempre por miradas furtivas, y, sin embargo, los amaba con toda mi alma.

El abate Germán, la otra persona a quien yo amaba en el colegio, era como antes he dicho, el profesor de filosofía. Pasaba por un original, y en el colegio todos le temían, incluso el director y el propio señor Viot. Hablaba poco, con voz breve y áspera nos tuteaba a todos, daba largos pasos al andar, con la cabeza inclinada hacia atrás, la sotana remangada haciendo sonar, como un dragón, los tacones de sus zapatos de hebillas. Siempre había creído que era muy, hermoso, pero un día mirándole de más cerca pude ver que aquel noble rostro de león había sido horriblemente desfigurado por la viruela. No había ni el menor espacio en su cara que no tuviese un punto, un costurón o una cicatriz; era un Mirabeau de sotana.

El abate vivía sombrío y solo, en una pequeña habitación que ocupaba la extremidad de la casa la parte llamada el colegio viejo. Nadie entraba en su cuarto, a excepción de sus dos hermanos, dos picaros holgazanes que estaban en mi clase y a los que él pagaba la educación... Por la noche cuando atravesaba los patios para ir al dormitorio, veía allá arriba en las construcciones viejas y arruinadas del colegio viejo, una pálida lucecita que velaba; era la lámpara del abate Germán. Muchas veces, por la mañana cuando bajaba para la clase de las seis, veía a través de la bruma, lucir aun la lámpara; el abate Germán no se había acostado... Decían que estaba escribiendo, una importante obra de filosofía.

Por mi parte, aun antes de conocerle sentía una viva simpatía por aquel original abate. Su horrible y a la vez hermoso rostro, resplandeciente de inteligencia me atraía. Únicamente que me habían asustado tanto con el relato de sus extravagancias y de sus

brutalidades, que no me atrevía. a dirigirme a él. Y, no obstante, lo hice, por dicha mía...

Ya veréis en qué circunstancias...

Antes es necesario que os diga que en aquellos tiempos yo estaba sumergido hasta el cuello en la historia de la filosofía... ¡Un trabajo bien rudo para Poquita Cosa!

Bueno, pues, cierto día tuve el deseó de leer a Condillac. Aquí, inter nos, el buen hombre no vale la pena de que se le lea, es un filósofo de baratillo, y todo su bagaje filosófico cabría en la contera de un bastan de cinco reales; pero, ya lo sabéis, cuando se

es joven se tienen ideas bien equivocadas sobre los hombres y sobre las cosas.

Quedamos, pues, en que yo quería leer a Condillac. Necesitaba un Condillac, costase lo que costase.

Desgraciadamente, la biblioteca del colegio era bien pobre y los libreros de Sarlande no tenían semejante artículo. Resolví dirigirme al abate Germán. Sus hermanos me habían dicho que en su habitación tenía más de dos mil volúmenes, y no dudaba que entre ellos encontraría el libro de mis sueños. Pero aquel diablo de hombre me atemorizaba y para decidirme a subir a su reducto tuve que echar mano de todo mi amor por el señor de Condillac.

Al llegar delante de su puerta mis piernas temblaban... Llamé dos veces muy suavemente.

-¡Adelante! -me respondió una voz de titán.

El terrible abate Germán estaba sentado a horcajadas en una silla baja las piernas extendidas, la sotana remangada dejando ver unas piernas musculosas que resaltaban vigorosamente debajo de sus medias de seda negra. De codos sobre el respaldo de lasilla leía un infolio, y fumaba a grandes chupadas una pequeña pipa corta y negra de las llamadas «quema-gargantas»

-¡Eres tú! -me dijo -levantando apenas los ojos de su infolio-. ¡Buenos días! ¿Cómo estás?.. ¿Qué quieres?

Su voz penetrante, el aspecto severo de la habitación tapizada dé libros, el modo caballeresco como estaba sentado, y aquella pipa que tenía entre los dientes, todo me intimidaba mucho.

Conseguí, no obstante, explicarle el objeto de mi visita y le pedí el famoso Condillac.

-¡Condillac! ¡tú quieres leer Condillac! –me respondió el abate Germán sonriendo -. ¡Vaya una idea rara! ¿No preferirías fumar una buena pipa conmigo?.. Descuelga esa tan bonita que hay colgada allá abajo, contra la pared, y enciéndela... ya verás cómo es mejor que todos los Condillacs de la tierra.

Me excusé con el gesto, ruborizándome.

-¿No quieres?.. A tu gusto, muchacho... Tu Condillac está allá arriba en el tercer estante de la izquierda... puedes llevártelo, te lo presto. Sobre todo no lo estropees, si no te cortaré las orejas.

Alcancé el Condillac del tercer estante de la izquierda y me disponía a retirarme, pero el abate me detuvo.

-¿Te ocupas, pues, de filosofía? -me dijo mirándome en los ojos-. ¿Es que por casualidad crees enesas cosas?..

-Son historias, querido, nada más que historias... ¡Y pensar que han querido hacer de mí un profesor de filosofía! Y yo pregunto: ¿A qué enseña eso? A nada... cero... Lo mismo me hubieran podido nombrar inspector general de las estrellas o interventor del humo de las pipas... ¡Ah! ¡mísero de mí! Es necesario a veces desempeñar singulares oficios para ganarse la vida... Tú ya sabes lo que es eso ¿ verdad?.. ¡Oh! no hay que ruborizarse amigo. Ya sé que no eres dichoso, pobrecito peón mío, y que los chicos te hacen pasar una arrastrada vida.

Al llegar aquí el abate Germán se interrumpió un momento. Parecía muy encolerizado y sacudía la pipa sobre su uña con furor. Al oír aquel digno hombre condolerse de mi suerte, me sentí tan conmovido, que tuve que ponerme el Condillac ante los ojos para disimular las gruesas lágrimas de que estaban llenos.

Casi inmediatamente continuó el abate:

-¡A propósito! me olvidaba de preguntártelo...

¿Amas a Dios?.. Es preciso amarle ¿sabes, querido?, y tener confianza en él y rogarle con firmeza; si no lo haces así, nunca saldrás de apuros... En los grandes sufrimientos de la vida yo no conozco más que tres remedios: el trabajo, la oración y la pipa la pipa de barro, bien corta acuérdate de lo que te digo... En cuanto a los filósofos, no cuento para nada con ellos; nunca te darán el menor consuelo. Yo ya he pasado por eso, puedes creerme.

-Le creo a usted, señor abate.

-Y ahora vete, me fatigas... Cuando quieras libros, no tienes más que venir a cogerlos... La llave de mi cuarto está siempre puesta en la cerradura y los filósofos siempre están en el tercer estante de la izquierda... No hablemos más... ¡Adiós!

Y allí se quedó, enfrascado de nuevo en su lectura y me dejó salir sin mirarme siquiera.

A partir de aquel día tuve todos los filósofos del universo a mi disposición; entraba en el cuarto del abate Germán sin llamar, como en mi casa. Lo más frecuente, a las horas en que yo iba el abate daba su clase y la habitación estaba vacía. La pequeña pipa dormía sobre el borde de la mesa en medio de los infolios y de innumerables papeles cubiertos de patas de mosca... Algunas veces estaba allí el abate Germán, se encontraba leyendo, escribiendo, paseándose a grandes zancadas por la habitación. Si era así, al entrar decía con voz trémula:

-¡Buenos días, señor abate!

La mayoría de las veces no me contestaba... Yo tomaba mi filósofo del tercer estante de la izquierda y me iba sin que ni siquiera tuviese el aire de haber advertido mi presencia... Hasta fin de año no cambiamos, con seguridad, veinte palabras; pero ¡no importa!, una voz interior me decía que éramos grandes amigos...

Se aproximaban las vacaciones. Se oía a todas horas a los alumnos dé la música repitiendo, en la clase de dibujo, poleas y marchas para el acto de la distribución de premios. Aquellas poleas alegraban a todo el mundo. Por la noche en la última clase se veían salir de los pupitres una infinidad de pequeños calendarios, y cada niño rayaba en el suyo el día que acababa de transcurrir: «¡Un día menos!» Los patios estaban llenos de tablas para el estrado; se golpeaban los sillones, se sacudían los tapices... no más trabajo ya, no más disciplina. Lo que no cedía ni siquiera al final, era el odio al peón, ni las jugarretas, las terribles jugarretas.

Por fin llegó el gran día. Ya era hora; no podía resistir más.

Se hizo la distribución de premios en mi patio, el patio de los medianos... aun lo veo con su toldo pintarrajeado, las paredes cubiertas de colgaduras blancas, sus grandes árboles verdes llenos de banderas, y en el fondo un conjunto abigarrado de quepis, de chacos, de cascos, de sombreros adornados con plumas, de cintas, de pompones, de penachos...

Más al fondo un largo estrado en el que estaban instaladas las autoridades del colegio, en sillones de terciopelo granate. ¡Oh! ¡Qué pequeño se sentía uno ante aquel estrado! ¡Qué majestuoso aire de desdén y de superioridad daba a los que estaban debajo de él! Ninguno de aquellos señores tenía su fisonomía habitual.

El abate Germán también estaba bajo el estrado, pero él ni parecía sospecharlo. Derribado en su sillón, la cabeza echada hacia atrás, escuchando a sus vecinos distraídamente, parecía seguir con la mirada a través del follaje, el humo de una pipa imaginaria.

Al pie del estrado, la música con sus trombones y, oficleidos, relucía al sol; las tres divisiones amontonadas sobre los bancos, con los maestros en apretada fila; después, la cohorte de los parientes, el profesor de segunda ofreciendo el brazo a las señoras y gritando: «¡Sitio! ¡sitio!», y en fin, perdidas entre la multitud, las llaves del señor Viot que corrían de un extremo del patio al otro y a las que se oía -¡trinc! ¡trinc! ¡trinc! -a derecha a izquierda aquí, allá, en todas partes al mismo tiempo.

La ceremonia comenzó. Hacía calor... El aire no penetraba bajo el toldo... había gruesas damas, a las que la sofocación había puesto de color carmesí, que dormitaban a la sombra de sus en -tout-cas y señores calvos que se enjugaban la cabeza con sus encarnados pañuelos de seda. Todo era de color rojo:

las caras, los tapices, las banderas, los sillones... Tuvimos tres discursos, que aplaudieron mucho, pero yo no los entendí. Allá arriba detrás de la ventana del primer piso, los ojos negros cosían en su sitio habitual, y mi alma volaba hacia ellos... ¡Pobres ojos negros! ni siquiera aquel día los dejaba holgar la bruja de anteojos.

Cuando el último nombre del Último accésit de la última clase hubo sido proclamado, la música rompió a tocar una marcha triunfal, que fue la señal de la desbandada. Dispersión general. Los profesores descendían del estrado; los alumnos saltaban por encima de los bancos para reunirse con sus familias. Se besaban, se llamaban unos a otros: «¡ Por aquí! ¡por aquí!» Las hermanas de los laureados se marchaban, orgullosamente con las coronas de sus hermanos. Los vestidos de seda crujían entre las sillas... Inmóvil detrás de un árbol, Poquita Cosa miraba pasar a las hermosas damas, avergonzado de verse tan raquítico dentro de su traje raído.

Poco a poco se fue vaciando el patio. A la puerta principal, el director y el señor Viot despedían a todos, acariciando a los niños al pasar, saludando a los padres, hasta tocar el suelo.

–¡Hasta el año que viene, hasta el año que viene! –decía el director con una sonrisa zalamera mientras que las llaves del señor Viot tintineaban acariciadoras: «¡Trinc! ¡trinc! ¡trinc! Volved, amiguitos, volved el año que viene»

Los niños se dejaban besar negligentemente y franqueaban la escalera de un brinco.

Los unos subían en herniosos coches blasonados en los que las madres y las hermanas arrugaban sus amplias faldas de seda para hacerles sitio... ¡Clic! ¡clic!.. ¡En marcha! ¡al castillo!.. Vamos a ver de nuevo nuestros parques, nuestras praderas, el columpio debajo de las acacias, las pajareras llenas de aves raras, el estanque con sus dos cisnes y la gran terraza con sus balaustradas, en la que se toman sorbetes por la noche.

Los otros trepaban en los carros, al lado de lindas muchachas que reían alegremente debajo de sus cofias blancas. La madre guiaba con su cadena de oro al cuello... ¡Arre, Maturina!.. A la alquería a comer mantecadas, a beber vino moscatel, a cazar con reclamo todo el día y a revolcarse en el heno oloroso...

¡Dichosos niños! Se marchaban, partían todos...

¡Ah! si yo me hubiese podido marchar también...

VIII
LOS OJOS NEGROS

El colegio quedó desierto... Todos se habían ido... De un extremo al otro de los dormitorios, escuadrones de enormes ratas daban cargas de caballería en pleno día. Los tinteros se secaban en el fondo de los pupitres. En los árboles de los patios, la división de los gorriones estaba de fiesta; aquellos señores habían invitado a todos los camaradas de la ciudad, a los del obispado, a los de la subprefectura y desde la mañana hasta la noche era una algarabía ensordecedora.

Desde su habitación, bajo las buhardillas Poquita Cosa los escuchaba sin dejar de trabajar. Le habían permitido, por caridad,, quedarse en la casa durante las vacaciones, que aprovechaba para estudiar con furia los filósofos griegos. Únicamente que la habitación era demasiado caliente y el techo demasiado bajo... Se abogaba uno allí... Las ventanas no tenían cortinas. El sol entraba como una antorcha y lo incendiaba todo- El enyesado de las vigas cruje, se desprende... enormes moscas, aturdidas por el calor, duermen pegadas a los vidrios... Poquita Cosa hace grandes esfuerzos para no dormirse también. Su cabeza le pesa como el plomo; sus párpados se cierran.

¡Trabaja , pues, Daniel Eyssette!.. Es necesario reconstruir el hogar... ¡Pero no! no puede... Las letras de sus libros danzan ante sus ojos, después es el mismo libro el que da vueltas, después la mesa y por último la habitación. Para arrojar fuera aquella modorra Poquita Cosa se levanta y da algunos pasos; al llegar frente a la puerta vacila y cae como una masa arrollado por el calor.

Fuera los gorriones pían, las cigarras cantan que se las pelan, los plátanos, blancos por el polvo, se resquebrajan al sol estirando sus mil ramas.

Poquita Cosa tiene un sueño singular; le parece que golpean su puerta y que una voz fuerte le llama por su nombre: «¡Daniel, Daniel! ... » Ha podido reconocer aquella voz. Es la misma que gritaba otras veces: «¡Jaime, eres un asno!»

Los golpes se redoblan a la puerta: «Daniel, Daniel mío, soy tu padre, abre pronto»

¡Oh! ¡qué pesadilla tan espantosa! Poquita Cosa quiere responder e ir abrir. Se incorpora sobre el codo, pero su cabeza lo pesa demasiado, vuelve a caer y pierde el conocimiento...

Cuando Poquita Cosa volvió en sí, se extrañó mucho de verse en una camita muy blanca rodeada de grandes cortinas azules que le dejaban en una agradable penumbra... Una luz dulce, una habitación tranquila y ningún ruido, a excepción del tic-tac: del reloj y del tintineo de una cucharilla en la porcelana... Poquita Cosa no sabe dónde está, pero se encuentra muy bien. Al entreabrirse las cortinas, el señor Eyssette, padre, con una taza en la mano, el rostro sonriente y los ojos llenos de lágrimas, se inclina hacia él. Poquita Cosa cree estar soñando aún.

-¿Pero es usted, padre? ¿Es usted, padre?

-Sí, Daniel mío, -si, mi querido niño, Soy yo.

-¿Dónde estoy?

–En la enfermería, desde hace una semana... ahora ya estás bien pero has estado muy enfermo...

-Pero usted, padre mío... ¿cómo es que está aquí? ¡Béseme otra vez!... Ya ve usted, me parece que aun estoy soñando.

El señor Eyssette, padre, le besa.

-Vamos, abrígate, sé juicioso... El médico no quiere que hables.

Y para impedir que el niño hablase el buen hombre habla continuamente.

–Figúrate tú que hace ocho días, la Compañía Vinícola me mandó que hiciese un viaje por las Cevennes. Ya comprenderás si estaría contento... ¡una ocasión de ver a mi Daniel! Llego al colegio... te llaman, te buscan... Daniel no parece por ninguna parte. Me hago conducir a tu habitación: la llave estaba por fuera... Llamo... y nada. Entonces ¡plam! Hundo la puerta de una patada y te encuentro allí por el suelo, con una fiebre como un caballo... ¡Ah! pobre niño ¡qué enfermo has estado! ¡Cinco días de delirio! Excuso decirte que no te he abandonado ni un minuto...

Continuamente decías desatinos; hablabas de reconstruir el hogar. ¿Qué hogar?, te preguntaba...

gritabas: «¡Fuera llaves! ¡quitad las llaves de la cerradura!.. » ¿Te ríes? Te juro que yo no me reía.

¡Dios! ¡qué noches me has hecho pasar!.. Pues, ¿y el señor Viot? -creo que es el señor Viot, ¿verdad?-, quería impedirme que me quedase en el colegio...

Para ello invocaba el reglamento... ¡El reglamento! ¿Es que conozco yo, por ventura su reglamento? El muy estúpido se creía darme miedo metiéndome las llaves por debajo de la nariz. Y yo le he despedido bonitamente... ¡no faltaría más!

Poquita Cosa se estremeció ante la audacia del señor Eyssette; después, olvidando bien pronto las llaves del señor Viot: «¿Y mi madre?», preguntó extendiendo los brazos como si su madre estuviese allí, al alcance de sus caricias.

-Si te destapas no sabrás nada -contestó el señor Eyssette incomodado-. ¡Vamos! abrígate... Tu madre está bien vive en casa del tío Bautista.

-¿Y Jaime?

–¡Jaime es un asno!.. Bueno, no hagas caso... es costumbre... Jaime, al contrario, es un excelente muchacho... ¡Vaya! no te destapes, ¡voto a mil diablos!..

Tiene una posición muy bonita. Llora siempre, desde luego; pero, por lo demás, está muy contento. Su director le ha tomado como secretario... No tiene más que escribir al dictado... Una situación muy agradable.

–¡El pobre Jaime estará condenado siempre a escribir al dictado!..

Al decir esto, Poquita Cosa se echó a reír de muy buena gana y el señor Eyssette rió también al verle reír, riñéndole siempre por la maldita ropa de la cama que se empeñaba en irse hacia bajo...

¡Oh! ¡Bienaventurada enfermería! ¡Qué horas tan dulces pasó Poquita Cosa entre los cortinajes azules de su camita!.. El señor Eyssette no le deja un momento; allí está todo el día sentado cerca de su cabecera... y Poquita Cosa quisiera que estuviese allí

siempre... pero ¡ay! eso es imposible. La Compañía Vinícola necesita a su viajante. Es preciso partir, es preciso reanudar el viaje por las Cevennes.

Después de la partida de su padre, el niño queda solo, completamente solo, en la enfermería silenciosa. Pasa los días leyendo, en el fondo de un gran sillón que le colocaban delante de la ventana. Mañana y tarde la amarillenta señora Cassagne le lleva su comida. Poquita Cosa bebe el tazón de caldo, chupa el alón de pollo y dice «¡ Gracias, señora!» Después nada más. A aquella mujer no le gusta el olor de la fiebre; él ni siquiera la mira.

Una mañana que acababa de pronunciar su «¡ gracias señora!» , tan seco como de ordinario, sin levantar los ojos del libro, quedó muy extrañado al oír una voz dulcísima que le preguntaba: «¿Cómo se encuentra usted hoy, señor Daniel?»

Poquita Cosa levanta la cabeza y... adivinad lo que vio... ¡A los ojos negros, los ojos negros en persona, inmóviles y sonrientes ante él!..

Los ojos negros anuncian a su amigo que la mujer amarilla está enferma y que en lo sucesivo se encarga ella de servirle. Añaden después, ruborizándose que experimentan mucha alegría al ver al señor. Daniel restablecido; después se retiran, con una profunda reverencia diciendo que volverán la misma noche. Efectivamente, la misma noche han

vuelto los ojos negros, y al día siguiente por la mañana también, y por la noche. Poquita Cosa está enajenado. Bendice su enfermedad, la enfermedad de la mujer, amarilla, todas las enfermedades del mundo; si nadie hubiese estado enfermo nunca se habría encontrado frente a frente de los ojos negros.

¡Oh! ¡Bienaventurada enfermería! ¡Qué horas tan dulces pasó Poquita Cosa en su sillón de convaleciente colocado delante de la ventana!.. Por la mañana los ojos negros tienen bajo sus grandes pestañas un montón de lentejuelas de oro que brillan al sol ; por la noche resplandecen dulcemente y despiden entre la sombra que les rodea una luz de estrella... Poquita Cosa no duerme... piensa en los ojos negros toda la noche. Así que apunta el alba ya está en pie para prepararse a recibirlos: «¡tiene tantas confidencias que hacer!.. Después, cuando llegan los ojos negros, no dice nada.

Los ojos negros parecen muy extrañados de aquel silencio. Van y vienen por la enfermería y encuentran mil pretextos para no separarse del lado del enfermo, esperando siempre que se decida a hablar; pero el condenado de Poquita Cosa no se decide.

No obstante, algunas veces se arma de todo su valor y comienza así, valientemente: «¡Señorita!.. »

Enseguida los ojos negros se iluminan y le miran sonrientes. Pero al verles sonreír así, el desgraciado pierde la cabeza y con voz trémula añade: «Le doy las gracias por lo bondadosa que es conmigo», o bien «el caldo está excelente hoy»

Entonces los ojos negros hacen una linda muequecita que significa: «¡ Cómo! ¡no era más que eso!»

Y se van suspirando.

Cuando han partido, Poquita Cosa se desespera.

«¡Oh! mañana mismo, mañana sin falta la hablaré» .

Y al día siguiente, la canción de siempre.

Al fin, cansado de tales maniobras y comprendiendo que nunca tendrá valor para decir a los ojos negros, lo que piensa Poquita Cosa decide escribir...

Una noche pide tinta y papel para una carta importante, ¡oh! muy importante... Los ojos negros han adivinado, sin duda de qué carta se trata; ¡son tan malignos los ojos negros!.. Prestamente van a buscar la tinta y el papel, los colocan delante del enfermo y se marchan risueños.

Poquita Cosa se pone a escribir; se pasa toda la noche escribiendo, y después, cuando ha llegado la mañana; advierte que aquella carta interminable no contiene más que tres palabras; creo que me comprenderéis perfectamente; pero esas tres palabras son las más elocuentes del mundo y él está seguro de que producirán un gran efecto.

¡Ahora atención!.. Los ojos negros están a punto de llegar... Poquita Cosa está muy emocionado; tiene ya preparada su carta y se ha jurado entregarla en el momento en que llegue... Ya estoy viendo la escena:

los ojos negros entrarán y después de dejar el caldo y el pollo sobre la mesa dirán: «¡Buenos días, señor Daniel!.. » Entonces el señor Daniel, sin esperar un momento más, dirá: «Gentiles ojos negros, he aquí una carta para vosotros...»

Pero ¡chist!.. En el corredor se oye un paso de pájaro... Los ojos negros se aproximan... Poquita Cosa tiene la carta en la mano. Su corazón late con violencia; le parece que está a punto de morir...

La puerta se abre... ¡Horror!..

En lugar de los ojos negros, aparece la vieja hada la horrible, hada de los anteojos.

Poquita Cosa no se atreve a pedir explicaciones; pero está consternado... ¿Por qué no han vuelto los ojos negros?.. Espera la noche con impaciencia...

¡Ay! tampoco volvieron por la noche ni al día siguiente, ni los otros días, tampoco.

Han despedido a los ojos negros. Los han enviado de nuevo a la Inclusa donde permanecerán cuatro años, hasta su mayoría de edad... ¡Los ojos negros robaban el azúcar!..

¡Adiós, hermosos días de la enfermería! Los ojos negros se han ido, y para colmo de desdichas, he aquí que los alumnos ya regresan... ¡Oh! ¡qué cortas han sido las vacaciones!

Por primera vez, después de seis semanas, Poquita Cosa baja al patio, pálido, delgado, más Poquita Cosa que nunca... Todo el colegio se despierta... Se le lava de arriba abajo. Los corredores parecen arroyuelos.

Ferozmente, como siempre, las llaves del señor Viot se agitan. El terrible señor Viot ha aprovechado las vacaciones para añadir algún articulo a su reglamento y algunas llaves a su llavero. Poquita Cosa sabe a qué atenerse.

Cada día llegan alumnos... ¡Clic! ¡Clac! Se vuelven a ver ante la puerta los carros y las berlinas del día de la distribución de premios. Algunos de los antiguos faltan al llamamiento, pero son reemplazados por otros nuevos. Las divisiones se reforman.

Como el año anterior, Poquita Cosa tendrá a su cargo la clase de los medianos. El pobre maestro tiembla al pensarlo. Después de todo, ¿quién sabe?.. ¡quizá los muchachos no sean tan malos como el año pasado!..

El día de la llegada tenemos música en la capilla.

Es la misa del Espíritu Santo... Veni, creator Spiritus!...

Ved al señor director con su hermoso traje negro y la palma de plata en la solapa. Detrás de él, el estado mayor de los profesores en traje de ceremonia; los de ciencias llevan el distintivo amarillo, los de humanidades, blanco. El profesor de segunda un chisgarabís, se ha puesto unos guantes de un color delicado y un chaleco de fantasía... El señor Viot no parece contento. Veni, creator Spiritus!.. En el fondo de la iglesia confundido con los alumnos, Poquita Cosa mira con envidia las togas majestuosas y las palmas de plata... ¿Cuándo será profesor él también? ¿Cuándo podrá reconstruir el hogar? ¡Ay! ¡cuánto tiempo y cuántas penas antes de conseguirlo! Veni, creator Spiritus! Poquita Cosa siente inmensa tristeza en el alma; el órgano le da ganas de llorar...

De pronto, allá abajo, en un rincón del coro, advierte un hermoso rostro asolado que le sonríe...

Aquella sonrisa es un gran consuelo para Poquita Cosa ¡y ahí le tenéis, después de ver al abate Germán, lleno de valor y muy alegre! Veni, creator Spiritus!..

Dos días después de la misa del Espíritu Santo, nueva solemnidad. Era la fiesta del director... Aquel día -desde tiempo inmemorial-, todo el colegio se trasladaba al campo, con gran refuerzo de fiambres y de vinos de Limoux. Esta vez, como de costumbre, el señor director no escatima nada para dar esplendor a la fiesta de familia que satisface los instintos generosos de su corazón, sin perjudicar, no obstante, los intereses del colegio. Desde el alba, asaltamos todos, alumnos y maestros, grandes carretelas empavesadas con los colores municipales, y el convoy parte al galope, llevando a retaguardia en dos enormes furgones, las banastas de vino espumoso y las cestas de las vituallas... A la cabeza en el primer coche la música. Orden a las trompetas de tocar fuerte. Los látigos chasquean, los cascabeles suenan, las pilas de latos chocan contra los cubos de porcelana... Todo Sarlande, en gorro de dormir, se asoma a la ventana para ver pasar la comitiva.

La Pradera es el lugar indicado para la fiesta.

Apenas llegados, quedan extendidos los manteles sobre la hierba y los niños se revientan de risa al ver a los señores profesores sentados al fresco entre las violetas como simples colegiales... Circulan las rebanadas de pastel. Los capones saltan... El único, en medio de la animación general, que aparece preocupado, es Poquita Cosa. De pronto se le ve enrojecer...

El señor director acaba de levantarse con un papel en la mano: «Señores, en este instante me han entregado unos versos que me ha dedicado un poeta anónimo. Parece que a nuestro Píndaro ordinario, el señor Viot, le ha salido un émulo este año. Aunque estos versos sean harto lisonjeros para mí, os pido permiso para leerlos.

-¡Sí... sí..! ¡que los lea! ¡que los lea!..

Y con su mejor voz, la voz de los días de reparto de premios, el señor director da principio a la lectura.

Es un cumplido, bastante bien versificado, lleno de rimas amables para el director y para todos aquellos señores. Para cada uno una flor. Ni siquiera el hada de los anteojos es olvidada. El poeta la llama «el ángel del refectorio», lo que es el colmo.

Se laude calurosamente. Algunas veces piden al autor. Poquita Cosa se levanta encarnado como una amapola y se inclina modestamente. Aclamaciones generales. Poquita Cosa se convierte en el héroe de la fiesta. El director quiere besarle. Los más antiguos profesores le estrechan la mano con aire de protección. El regente de la segunda le pide los versos para publicarlos en el periódico. Poquita Cosa está muy contento; todo aquel incienso se le sube a la cabeza con los vapores del vino de Limoux. Únicamente, y esto le vuelve un poco a la realidad, cree oír murmurar al abate Germán: «¡Qué imbécil!», y a las llaves de su rival que rechinan ferozmente.

Pasado el primer entusiasmo, el señor director da unas palmadas reclamando silencio.

-Ahora Viot, le toca a usted. Después de la Musa juguetona la Musa severa.

El señor Viot saca gravemente de su bolsillo un cuaderno, rico en promesas, y empieza su lectura después de haber mirado de soslayo a Poquita Cosa.

La obra del señor Viot es un idilio, un idilio completamente virgiliano, en honor del reglamento.

El alumno Menalco y el alumno Dorilas sostienen un diálogo en estrofas alternas... El alumno Fenalco pertenece a un colegio en el que florece el reglamento; el alumno Dorilas a otro colegio del que el reglamento ha sido desterrado... Menalco canta los austeros placeres de una rigurosa disciplina; Dorilas las infecundas alegrías de una insensata libertad.

Al final es vencido Dorilas que pone entre las manos del vencedor el premio de la lucha y ambos, al unísono, entonan un canto de alegría a la gloria del reglamento.

Ha terminado el poema... ¡Silencio de muerte!..

Mientras ha durado la lectura los chicos se han llevado sus platos al otro extremo de la pradera y comen sus pasteles tranquilamente, lejos, bien lejos del alumno Menalco, y del alumno Dorilas. El señor Viot los mira sonriendo con amargura... En cuanto a los profesores, han oído el poema de cabo a rabo, pero ni uno ha tenido valor para aplaudir... ¡Infortunado señor Viot! Es una verdadera derrota.. El director trata de consolarle: «El asunto es muy árido, señores, pero el poeta ha sacado gran partido de él»

-Pues yo le encuentro muy bonito -dice descaradamente Poquita Cosa a quien su triunfo comienza ya a dar miedo.

¡Inútil adulación! El señor Viot está inconsolable. Se inclina sin responder, y conserva su amarga sonrisa que no le abandonó en todo el día... Por la noche al volver, en medio de los cantos de los alumnos, de los estampidos del metal de la música y del estruendo de los coches rodando sobre el pavimento de la ciudad dormida Poquita Cosa oía en la

sombra casi a sus oídos, las llaves de su rival que

murmuraban malévolamente: «¡Trinc! ¡trinc! ¡trinc!

¡Ya nos veremos las caras, señor poeta!»

IX
EL ASUNTO BOUCOYRAN

Con la fiesta del director, enterramos las vacaciones. Los días siguientes fueron tristes, como los que vienen después de Carnaval. Nadie tenía ganas de hacer nada ni los maestros ni los alumnos. Después de dos meses largos de reposo, el colegio parecía resistirla a reanudar su movimiento habitual. Las ruedas funcionaban mal, como las de un viejo reloj al que no se hubiese dado cuerda en mucho tiempo.

No obstante, poco a poco, gracias a los esfuerzos del señor Viot, todo fue adquiriendo regularidad.

Cada día, a las mismas horas, al son de la misma campana, se abrían las puertas de los patios y se veían hileras de niños, rígidos como soldados de madera, desfilar de dos en dos bajo los árboles; después la campana volvía a sonar -¡din! ¡don! –y los mismos niños entraban por las mismas puertas.

Y luego ¡din! ¡don! Levantaos. ¡Din! ¡don! Acostaos. ¡Din! ¡don! Estudiad. ¡Din! ¡don! Jugad. Y así todo el año.

¡Oh triunfo del reglamento! ¡Cuán dichoso hubiese sido el alumno Menalco de vivir bajo la férula del señor Viot, en el colegio de Sarlande!

Yo era el único que hacía sombra a aquel cuadro encantador. Mi clase era una nota discordante. Los terribles medianos habían vuelto de sus montañas mas feos, más rudos, más feroces que nunca. Por mi parte, tampoco yo era el de antes la enfermedad me había vuelto nervioso e irritable no podía soportar nada... Demasiado tolerante el año anterior, era ahora demasiado severo... Esperaba así quebrantar a aquellos bribones, y a la menor travesura fulminaba contra ellos los aumentos de lección y los arrestos...

Aquel sistema fue contraproducente. Mis castigos, a fuerza de prodigarlos sufrieron una depreciación y cayeron tan bajos como los asignados del año IV... Un día sobre todo, me sentí exasperado. Mi clase estaba en plena revuelta y ya no disponía de más municiones para hacer frente al motín. Aun me veo en mi mesa debatiéndome como un energúmeno, en medio de los gritos; de los sollozos, de los gruñidos, de los silbidos, de los «¡Ki-ki-ri-ki! ¡abajo los tiranos! ¡A la calle! ¡Fuera! ¡Fuera!.. » Y llovían los tinteros, las bolas de papel mascado se aplastaban contra mi pupitre y todos aquellos pequeños monstruos -con el pretexto de hacer alguna reclamación -se colgaban a racimos de mi mesa aullando como macacos.

Alguna vez, de puro desesperado, llamaba al señor Viot en mi auxilio. ¡Figuraos qué humillación!

Desde el día del santo del director, el hombre de las llaves me tenía mala voluntad y se gozaba en mi desdicha... Cuando entraba en la sala bruscamente, con sus llaves en la mano, producía el efecto que una piedra arrojada en un estanque de ranas; en un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo se encontraba en su sitio, con la nariz metida en el libro. No se hubiera oído volar una mosca.. El señor Viot se paseaba un instante, agitaba su llavero, en medio de un gran silencio, me dirigía una mirada irónica y se marchaba sin decir nada.

Yo era muy desgraciado. Los pasantes, mis colegas, se burlaban de mí. El director, cuando le encontraba me trataba con, despego; aquélla sin duda era la obra del señor Viot... Para acabarlo de arreglar surgió el asunto Boucoyran.

¡Oh! ¡el asunto Boucoyran! Estoy seguro de que ha quedado en los anales del colegio y de que las gentes de Sarlande aun hablan de él... también yo quiero hablar de aquel terrible incidente. Es hora de que el público conozca la verdad...

Quince años, enormes pies, Ojos de buey, grandes manazas y todo el aspecto de un mozo de labranza: tal era el señor marqués de Boucoyran, terror del patio de los medianos y único representante de la nobleza de las Cevennes en el colegio de Sarlande. El director hacia mucho aprecio de aquel alumno, en consideración al barniz aristocrático que su presencia daba al establecimiento. En el colegio, no le llamaban más que «el marqués» Todo el mundo le temía y yo mismo sufría la influencia general y no le hablaba más que con toda suerte de contemplaciones.

Durante algún tiempo vivimos en bastantes buenas relaciones.

El señor marqués, es verdad, me miraba a veces de una manera impertinente o me dirigía la palabra en un tono que recordaba demasiado el antiguo régimen pero yo hacía ver que no advertía nada comprendiendo que tenía las de perder.

Un día no obstante, el faquín del marqués se permitió replicarme, en plena clase con una insolencia tal, que perdí los estribos.

-Señor de Boucoyran -le dije tratando de aparentar sangre fría-, coja usted sus libros y salga inmediatamente.

Era un acto de autoridad inaudito para aquel bergante. Se quedó estupefacto y sin moverse de su sitio, me miró estúpidamente.

Comprendí que me metía en un mal negoció, pero había avanzado demasiado para retroceder.

–¡Salga usted, señor de Boucoyran! -le ordené de nuevo.

Los alumnos esperaban, ansiosos. Era la primera vez que había conseguido imponer silencio.

A mi segunda intimación, el marqués, vuelto de su sorpresa me respondió más insolentemente aún:

«¡ No saldré!»

Hubo un murmullo de general admiración. Yo me levanté mi silla indignado.

-¿Que no saldrá usted?... Ahora enseguida lo veremos.

Y bajé...

Dios es testigo de que en aquel momento no abrigaba ninguna idea de violencia quería únicamente intimidar al marqués por la firmeza de mi actitud; pero, cuando me vio bajar del estrado, empezó a reír de una manera tan despectiva que yo hice ademán de cogerle del cuello para hacerle salir del banco...

El miserable llevaba oculta bajo sus vestidos una regla de hierro. Apenas hube levantado la mano, me asestó un golpe terrible sobre el brazo. El dolor me arrancó un grito.

Todos los colegiales palmotearon.

-¡Bravo, marqués!

El golpe me hizo perder la cabeza. De un salto me plantó sobre la mesa y de otro sobre el marqués; y entonces, cogiéndole del cuello, jugué tan bien los pies, los puños, los dientes, todo, en fin, que le arranqué de su sitio y fue rodando hasta el centro del patio... Cuestión de un segundo; yo mismo no me hubiera creído jamás tan vigoroso.

Los alumnos estaban consternados. Ya no gritaban: «¡Bravo, marqués!» Tenían miedo. ¡Boucoyran, el fuerte entre los fuertes, humillado por aquel alfeñique! ¡Vaya unas bromas!.. Yo había ganado en autoridad lo que el marqués acababa de perder en prestigio.

Cuando volví a subir a mi sitio, pálido aún y trémulo de emoción, todas las caras se inclinaron sobre los pupitres. La jauría estaba amansada. Pero, ¿qué pensarían el director y el señor Viot dé aquel asunto? ¡Cómo! ¡yo había osado levantar la mano a un alumno! ¡al marqués de Boucoyran! ¡al noble del colegio! ¿Es que quería hacerme expulsar?

Estas reflexiones, que llegaban un poco tarde me amargaban el triunfo y a mi vez tuve miedo. «Seguramente, el marqués habrá ido a quejarse», me decía.

Y de un. minuto al otro esperaba ver entrar al director. Estuve temblando hasta terminar la clase no obstante, nadie se presentó.

Durante el recreo, me extrañó mucho ver a Boucoyran reír y jugar con los otros. Esto me tranquilizó un poco y como todo el día pasó sin incidentes, llegué a creer que mi insolente no diría nada y que mi temor había sido injustificado.

Por desgracia el jueves siguiente era día de paseo.

Al regreso, el señor marqués no entró en el dormitorio. Yo tuve como un presentimiento y no dormí en toda la noche.

Al día siguiente, durante la primera clase los alumnos cuchicheaban mirando el sitio de Boucoyran que permanecía vacío. Aparentando la mayor indiferencia me estaba muriendo de inquietud.

Hacia las siete, la puerta se abrió con violencia.

Todos los niños se pusieron de pie.

Estaba perdido...

Primero entró el director, después el señor Viot y en último lugar un viejo alto, abotonado hasta la barba en un largo redingot, y rodeado de un cuello de crin de cuatro dedos de alto. A este individuo no le conocía pero comprendí inmediatamente que era

el señor de Boucoyran, padre. Retorcía su largo bigote y lo mordía de cuando en cuando.

No tuve ni siquiera valor para descender de mi estrado y hacer los honores a mis visitantes; tampoco ellos me saludaron al entrar. Se situaron los tres en medio de la sala y, hasta la salida no miraron ni una sola vez hacia mi sitio.

El director fue el que abrió el fuego.

-Señores -dijo dirigiéndose a los alumnos-, venimos aquí a desempeñar una misión penosa muy penosa. Uno de vuestros maestros se ha hecho culpable de una falta tan grave, que no tenemos más remedio que infligirle una corrección pública.

Y vedlo ocupado en infligirme una corrección pública que duró su buen cuarto de hora. Todos los hechos aparecían desnaturalizados: el Marqués era el mejor alumno, del colegio; yo la había tratado violentamente sin razón, sin excusa. En fin, había faltados a todos mis deberes.

¿Qué responder a semejantes acusaciones?

De vez en cuando intentaba defenderme. «¡Perdone, señor director!..» Pero el director no me oía y me endilgaba su reprimenda hasta el fin.

Después, el señor Boucoyran, padre, tomó la palabra ¡y de qué manera!.. Una verdadera requisitoria... ¡Desgraciado padre! Casi le habían asesinado a su hijo. Sobre aquel pobre ser indefenso, se habían ensañado como... como... ¿cómo diría?.. como un búfalo, como un salvaje búfalo. El niño hacía dos días que estaba en cama dos días que su madre, con los ojos llenos de lágrimas, le velaba.

¡Ah! ¡sí se hubiese tratado de un hombre, sería él, el señor Boucoyran, padre, el que se encargaría de vengar a su hijo! Pero no era más que un galopín, del que había que tener lástima. Ahora bien y que se tuviese por avisado. «Si llegaba a tocar un solo cabello de su hijo, le cortaría las orejas, irremisiblemente.»

Mientras que Boucoyran pronunciaba su lindo discurso, los alumnos se reían disimuladamente y las llaves del señor Viot se agitaban de placer. De pie, en su estrado, el pobre Daniel, pálido de rabia escuchaba todas aquellas injurias, devoraba todas aquellas humillaciones y se guardaba muy bien de contestar. Si hubiese respondido, le habrían arrojado del colegio y entonces, ¿dónde ir?

En fin, al cabo de tres horas, cuando aquellos se flores hubieron agotado toda su elocuencia se retiraron, y apenas hubieron salido se oyó un prolongado murmullo en la clase. Intenté, en vano, obtener un poco de silencio, pero los niños se me reían en las narices. El asunto Boucoyran había acabado, con mi autoridad.

¡Oh! ¡fue un asunto terrible!

Toda la ciudad se conmovió... En el Pequeño Círculo, en el Gran Círculo, en los cafés, en la plaza no se hablaba de otra cosa. Las gentes bien informadas daban detalles; que ponían el cabello de punta. El tal maestro era un monstruo, un ogro.

Había torturado al niño con detalles inauditos de crueldad. Hablando de él no se decía más que «el verdugo»

Cuando el joven Boucoyran se aburrió, de estar en la cama sus padres le instalaron en una chaise-longue, en el lugar más visible del salón, y durante ocho días fue aquello una procesión interminable. La interesante víctima era objeto de todas las atenciones.

Veinte veces seguidas se le hacía contar su historia y a cada vez, el miserable inventaba nuevos detalles. Las madres se estremecían; las solteronas le llamaban, «¡pobre ángel!» y le daban bombones. El periódico de la oposición se aprovechó de la

aventura y fulminó contra el colegio un artículo furibundo en provecho de un establecimiento religioso de los alrededores...

El director estaba furioso, y si no me despidió, lo debí únicamente a la protección del rector... ¡Ay! Más hubiese valido que me despidiesen enseguida.

Mi vida en el colegio se había hecho imposible. Los alumnos ya no me escuchaban y a la menor observación me amenazaban con hacer como Boucoyran y quejarse a sus padres. Acabó por no ocuparme en absoluto de ellos.

En medio de todo aquello, no tenía más que una idea fija: vengarme de los Boncoyran. Veía siempre la cara impertinente del viejo marqués y mis orejas se habían quedado encarnadas ante la amenaza que él las hiciera. Además, aunque hubiese querido olvidar tales afrentas, no hubiese podido dos veces por semana los días de paseo, cuándo las divisiones pasaban por delante del café del Obispado, estaba seguro de encontrar al señor de Boucoyran, padre, de pie ante la puerta entre un grupo de oficiales, todos con la cabeza descubierta y un taco de billar en la mano. Ya de lejos nos veían venir con risas burlonas; después, cuando la división estaba al alcance de la voz, el marqués gritaba muy fuerte, envolviéndome en una mirada provocativa: «¡Buenos días, Boucoyran!»

-¡Buenos días, padre mío! -aullaba el horroroso muchacho de entre la fila.. Y los oficiales, los alumnos, los mozos del café, todo el mundo reía...

El «buenos días, Boucoyran» se había convertido en suplicio para mí y no veía el medio de substraerme a él. Para ir a la Pradera era absolutamente necesario pasar por delante del café, del Obispado y ni una sola vez dejaba mi perseguidor de acudir a la cita.

A veces sentía unos locos deseos de ir hacia él y de provocarle; pero dos razones me contenían; primero, el temor de ser despedido, y después el espadón del marqués, un arma terrible que había hecho numerosas víctimas en los tiempos en que su dueño estaba en los guardias de corps.

No obstante, un día decidido a todo, fui en busca de Roger, el maestro de armas, y, sin más ni más, le declaró mi resolución de medir mis armas con el marqués. Roger, a quien no hablaba desde hacia mucho tiempo, me escuchó al principio con cierta reserva pero después, cuando hube terminado, tuvo un movimiento de efusión y me apretó calurosamente las dos manos.

-¡Bravo, señor Daniel! Ya sabía yo muy bien que con ese aspecto no podía ser usted un soplón. Pero, ¿por qué diablos está usted siempre agarrado a su señor Viot? Pero, en fin, la volvemos a encontrar a usted, todo queda olvidado. ¡Venga esa mano! ¡Es usted un noble corazón!.. Ahora vamos a su asunto.

¿Usted ha sido insultado? ¡Bien! ¿Usted quiere exigir una reparación? ¡Muy bien! ¿Usted no sabe ni

como se coge un arma? ¡Bien!, ¡bien! ¡muy bien!

¡muy bien! ¿Usted quiere que yo le evite ser ensartado por ese viejo tonto? ¡Perfectamente! Venga usted a la sala y, en seis meses, será usted el que le ensarte a él.

Al ver que aquel excelente hombre abrazaba mi causa con tanto ardor, me ruboricé de placer. Convinimos el número de lecciones: tres horas por semana y convinimos también el precio que sería excepcional (excepcional, ¡en efecto! porque más tarde me enteré de que me hacia pagar el doble que a los otros). Cuando todos los detalles quedaron ultimados, Roger pasó familiarmente su brazo por debajo del mío.

-Señor Daniel -me dijo -, es demasiado tarde para empezar hoy nuestra primera lección, pero nadie nos impide ir a cerrar nuestro trato al café Barbette... ¡Vamos! ¡vamos! ¡déjese de niñerías! ¿Es que por ventura le da miedo el café Barbette?.. Venga usted, ¡voto a tal! y abandone ese aire de pedante.

Allí encontrará amigos, buenos muchachos, ¡hombre de Dios! y nobles corazones y a su lado perderá pronto esas maneras de señorita que tanto le perjudican.

¡Ay! me dejé tentar. Fuimos al café Barbette. Era siempre el mismo, lleno de gritos, de humo, de pantalones amarillos, los mismos chacos y los mismos cinturones pendían de las mismas paredes.

Los amigos de Roger me recibieron con los brazos abiertos. Tenía razón; ¡eran unos nobles corazones! Cuando conocieron mi incidente con el marqués, y la resolución que yo había adoptado, vinieron, el uno después del otro, a estrecharme la mano «¡Bravo, joven! ¡Muy bien!»

Yo también era un noble corazón. Hice traer un ponche, bebimos por mi triunfo y quedó decidido entre los nobles corazones que yo mataría al marqués de Boucoyran al final del curso escolar.

X
LOS MALOS TIEMPOS

Había llegado el invierno, un invierno seco, terrible y negro, como todos los de aquel país de montañas. Con sus grandes árboles sin hojas y el piso helado, duro como una piedra los patios daban tristeza de verlos. Nos levantábamos antes de amanecer, con luz aún; hacía frío; en los lavabos habla nieve... Los alumnos no acababan de decidirse a levantarse; la campana tenía que llamarlos muchas veces. «¡ Deprisa señores!», gritaban los maestros dando apresurados paseos para entrar en calor... Se formaban las filas en silencio y bajábamos a través de la grande escalera apenas iluminada y de los largos corredores donde soplaban los mortales vientos del invierno.

¡Un mal invierno para Poquita Cosa! Entonces ya no trabajaba. En clase el calor malsano del brasero me hacía dormir, y en los intermedios encontraba mi buhardilla demasiado fría y corría a encerrarme en el café Barbette, de donde no salía hasta el instante preciso. Era allí donde Roger me daba sus lecciones; el rigor del tiempo nos había arrojado de la sala de armas y esgrimíamos en medio del café con los tacos del billar, bebiendo ponche. Los suboficiales daban su parece sobre los golpes; todos aquellos nobles corazones me habían decididamente, admitido en su intimidad, y cada día me enseñaban una nueva estocada infalible para matar al pobre marqués de Boucoyran. También me enseñaban el modo de edulcorar una absenta y cuando aquellos señores jugaban al billar, era yo el que marcaba los puntos...

¡Un mal invierno para Poquita Cosa!

Una mañana de aquel triste invierno, cuando yo entraba en el café Barbette, Roger vino a mi encuentro, precipitadamente: «¡Dos palabras, señor Daniel!», y me llevó a la sala del fondo con aire misterioso.

Se trataba de una confidencia amorosa... Ya podéis figuraros si me enorgullecería ser confidente de un hombre como aquél. Esto me daba más importancia a mis ojos.

He aquí la historia. Aquel pendenciero de maestro de armas, había encontrado en la ciudad, en un cierto sitio que no podía nombrar, cierta persona de la que se había enamorado locamente. Aquella persona ocupaba en Sarlande una posición talmente elevada -¡hum! ¡hum! ¡creo que me comprenderéis!-, talmente extraordinaria que el maestro de armas aún se preguntaba cómo se había atrevido a levantar los ojos tan alto. Y, no obstante, a pesar de la situación de la persona -situación talmente elevada talmente, etcétera-, no desesperaba de ser correspondido y hasta creía llegado el

momento de lanzar algunas declaraciones epistolares. Desgraciadamente, los maestros de armas no son muy diestros en los ejercicios de la pluma. Pase aún si se tratase de una modistilla; pero para una persona de una situación talmente, etc; no era el estilo de cantina el más apropiado, y aun un buen poeta no estaría de más.

-Ya veo de que se trata –dijo Poquita Cosa con un aire de inteligencia -; usted tiene necesidad que le redacten una retahila de frases galante enviárselas a esa persona y se ha acordado de mí.

-Precisamente -respondió el maestro de armas.

-¡Pues bien! yo soy el hombre que usted necesita y empezaremos cuando usted quieta; únicamente que para que nuestras cartas no parezcan copiadas del Perfecto secretario, será preciso que me dé algunos pormenores de esa persona...

El maestro de armas miró a su alrededor con aire de desconfianza y después, en voz muy baja, me dijo, metiéndome sus bigotes en la oreja:

-Es una rubia de París. Huele como una flor y se llama Cecilia.

Y no pudo decirme ni una palabra más, a causa de la situación de la dama situación talmente, etcétera; pero con aquellos detalles me bastaban, y la misma tarde durante la clase escribí mi primera carta a la rubia Cecilia.

Aquella singular correspondencia entro Poquita Cosa y la misteriosa dama duró un mes. Durante aquel mes escribí, por término medio, dos apasionadas cartas por día. De aquellas cartas, unas eran tiernas y vaporosas, como las de Lamartine a Elvira las otras inflamadas y rugientes como las de Mirabeau a Sofía. Había algunas que comenzaban por estas palabras: «¡Oh Cecilia algunas veces sobre un peñasco salvaje!.. » y que acababan: «Dicen que se puede morir... ¡intentémoslo!» Otras veces intervenía la Musa:

¡Oh! ¡tus labios, tus ardientes labios!

¡Dámelos! ¡que quiero besarlos!

Hoy, al hablar de estas cosas, me río; pero en aquella época Poquita Cosa no se reía, os lo juro, y conducía con mucha seriedad el asunto, de Roget.

Cuando había terminado una carta se la daba al maestro de armas que se iba corriendo a copiarla con su hermosa letra de suboficial; él, por su parte, cuando recibía las respuestas (porque la desgraciada contestaba), me las entregaba enseguida y yo basaba mis operaciones sobre ellas.

En resumidas cuentas, el juego me agradaba; quizá me agradaba demasiado. Aquella rubia invisible perfumada como una lila blanca no me salía del pensamiento. En algunos momentos llegaba a figurarme que escribía por mi cuenta y llenaba mis cartas de confidencias; absolutamente personales, de maldiciones contra el destino, contra aquellos seres viles y malvados, en medio de los cuales estaba obligado a vivir: «¡Oh Cecilia! ¡si tú supieses cuánta necesidad tengo de tu amor!»

Algunas veces, cuando el gran Roger venía a decirme atusándose el mostacho: «¡Muerde!.. ¡muerde!.. continúe usted», tenía secretos movimientos de despecho y pensaba: ¿Cómo puede creer que sea ese gran bergante, ese Fanfán la Tulipa el que la escriba esas obras maestras de pasión y de melancolía?

Y lo creía no obstante, lo creía tanto, que un día el maestro de armas, con aire de triunfo, me entregó un papelito que acababa de recibir: «Esta noche a las nueve, detrás de la subprefectura.»

¿Es a la elocuencia de mis cartas o a la longitud de sus mostachos a lo que Roger debió su triunfo?

Dejo a las señoras el cuidado de decidir. Sea como fuere, aquella noche Poquita Cosa en su dormitorio melancólico, tuvo un sueño muy agitado. Soñó que era muy alto, que tenía bigote y que las damas de Paris -ocupando, naturalmente, posiciones extraordinarias-, le daban citas detrás de las subprefecturas...

Lo más cómico es que, al día siguiente, tuve que escribir una carta de agradecimiento, dando las gracias a Cecilia por la dicha que me había proporcionado: «Ángel que has consentido en pasar una noche en la tierra...»

Aquella carta lo confieso, Poquita Cosa la escribió con la rabia en el corazón. Afortunadamente, la correspondencia se detuvo en este punto y durante algún tiempo no oí hablar de Cecilia ni de su alta situación.

XI
MI AMIGO EL MAESTRO DE ARMAS

Aquel día el 18 de febrero, como había caído mucha nieve durante la noche los niños no pudieron bajar a jugar a los patios. Tan pronto como terminó el repaso, habían ido todos revueltos a la sala para jugar allí al abrigo del mal tiempo, mientras esperaban la hora dé las respectivas clases.

El encargado de vigilarles; era yo.

Lo que se llamaba la sala era el antiguo gimnasio del colegio de Marina. Imaginaos cuatro grandes paredes desnudas con pequeñas aberturas enrejadas; aquí y allá, garfios casi arrancados, trazas aún visibles de escaleras, y, balanceándose de la viga central del techo, una enorme argolla de hierro suspendida de una cuerda.

Los niños parecían divertirse mucho allí dentro.

Corrían alrededor de la sala ruidosamente y levantaban nubes de polvo. Algunos ensayaban alcanzar la argolla; otros, suspendidos por las manos, gritaban; cinco o seis, de temperamento más tranquilo, comían su pan delante de las ventanas, mirando la nieve que cubría las calles y los hombres armados de palas que se la llevaban en enormes bolas.

Pero yo no oía nada de todo aquel estruendo.

Solo, en un rincón, con los ojos llenos de lágrimas, leía una carta y los niños hubieran podido en aquellos momentos demoler el gimnasio por completo, sin que yo lo hubiese advertido siquiera. Era una carta de Jaime que acababa de recibir; estaba fechado, en París -¡Dos mío, sí, en París!-, y he aquí lo que decía:

«Querido Daniel:

»Esta carta te sorprenderá mucho. Tú no sospecharías ¿eh? que yo estuviese en París desde hace quince días. He abandonado Lyón, sin decir nada a nadie, una calaverada... ¿qué quieres?, me aburría demasiado en aquella horrible ciudad, sobre todo desde tu partida:

»Llegué a París con treinta francos y cinco o seis cartas del señor cura de San Nazario. Afortunadamente, la Providencia me ha protegido enseguida haciéndome encontrar a un viejo marqués que me ha tomado como secretario. Está poniendo en orden sus memorias; yo no tengo más que escribir al dictado y me da por esto cien francos al mes. No es una cosa del otro mundo, como tú ves, pero así y todo, espero poder enviar algo a casa de cuando en cuando.

»¡Ah! mi querido Daniel ¡qué ciudad tan hermosa es París! Aquí, al menos, no hace siempre niebla, y no es que no llueva también con frecuencia pero es una lluvia alegre, mezclada con rayos de sol y como no la había visto jamás. También yo he cambiado completamente y ya no lloro nunca ¿sabes?...

Es increíble.

»Al llegar aquí, se oyó de pronto, debajo de las sordo de un coche rodando sobre la aje se detuvo delante dé la puerta del colegio y yo oí gritar a los niños con alborozo: «¡El subprefecto! ¡El subprefecto!»

Una visita del señor subprefecto presagia evidentemente, algo extraordinario. Apenas si venía dos o tres veces cada año, al colegio de Sarlande y sus visitas eran un acontecimiento. Pero en aquel momento lo que me interesaba antes que todo, lo que me hacía latir el corazón, más que el subprefecto de Sarlande y que Sarlande toda era la carta de mi hermano Jaime. Así, mientras los alumnos, alegres por la novedad, se abalanzaban a las ventanas para ver bajar al señor subprefecto del coche yo, volví a mi rincón y reanudó la lectura.

«Creo que sabrás, mi buen Daniel, que, nuestro padre está ahora en Bretaña donde se dedica al comercio de sidra por cuenta de una Compañía. Al enterarse de que yo era secretario de un marqués, quiso que colocase en su casa algunas toneladas de sidra. Por desgracia el marqués no bebe más que vino, y aun vino de España y cuando lo escribí así a papá, ¿sabes lo que me contestó? «¡Jaime, eres un asno!», como siempre. Pero es igual, mi querido, Daniel, yo creo que en el fondo me ama mucho.

»En cuanto a la mamá, no ignorarás que ahora está sola. Deberías escribirla con más frecuencia pues se queja de tu silencio.

»Me olvidaba de decirte una cosa que seguramente te causará el mayor placer: Tengo mi habitación en el barrio Latino... ¡en el barrio Latino!

¡figúrate!.. una verdadera habitación de poeta, como en las novelas con su pequeña ventana y un mar de tejados que se pierden de vista. La cama no es muy grande, pero en casa de necesidad, cabríamos los dos; después, en un rincón, hay una mesa de trabajo que parece puesta allí a propósito para hacer versos.

»Estoy seguro de que, si vieses esto, querrías venir en seguida; por mi parte, también te querría cerca de mí, y el día menos pensado recibes una carta mía diciéndote que vengas.

»Mientras tanto, quiéreme siempre mucho y no trabajes demasiado en tu colegio, para no caer enfermo.

»Te abraza tu hermano,
»JAIME»

¡Excelente Jaime! ¡Qué mal tan delicioso me hizo con su carta! Lloraba y reía al mismo tiempo. Toda mi vida de los últimos meses, el ponche el billar, el café Barbette, me hacían el efecto de una pesadilla y yo pensaba: «¡Vamos! todo ha terminado. Ahora a trabajar y a ser un hombre como Jaime. »En aquel momento sonó la campana. Mis alumnos se pusieron en fila sin dejar de hablar del subprefecto y enseñándose unos a otros, al pasar, el coche detenido ante la puerta. Yo los dejé en manos de loa profesores y, después, cuando me hube desembarazado de ellos me lancé corriendo por la escalera. ¡Me tardaba tanto quedarme solo en mi habitación con la carta de mi hermano Jaime!

-¡Señor Daniel! Le esperan a usted en el despacho del director.

¿En el despacho del director?.. ¿me querría el buen hombre?... El portero me miraba con aire irónico. De pronto me acordé del subprefecto.

-¿Es que el señor subprefecto está ahí arriba? -pregunté.

Y con el corazón palpitante de esperanza sus peldaños de la escalera de cuatro en cuatro.

Hay días en que uno parece loco. Al oír que el subprefecto me esperaba ¿sabéis qué es lo que me imaginé? Pues me imaginé que el subprefecto se había fijado en mi distinguido aspecto el día de la distribución de premios, y que venía al colegio

expresamente para ofrecerme su secretaría. Aquello me parecía lo más natural del mundo. La carta de Jaime con sus historias del marqués, me había trastornado el cerebro, de seguro.

Sea lo que fuere, a medida que subía la escalera mi esperanza se iba convirtiendo en certeza: secretario del subprefecto; era para volverse loco de alegría...

Al atravesar el corredor, encontré a Roger. Estaba muy pálido; me miraba como si quisiera hablarme; pero yo no me detuve; el subprefecto no podía perder el tiempo esperando:

Cuando llegué a la puerta del director, el corazón me latía muy fuerte, os lo juro. ¡Secretario del subprefecto! Tuve, que detenerme un instante para tomar aliento; arregló mi corbata me alisé los cabellos con la mano y empujó dulcemente la puerta.

¡Si hubiese sabido lo que me esperaba!

El señor subprefecto estaba de pie, apoyado negligentemente en el mármol de la chimenea y sonriendo a través de sus rubias patillas. El señor director, metido en una bata estaba humildemente cerca de él, con su gorro entre las manos, y el señor Viot, llamado apresuradamente, permanecía casi oculto en un rincón.

Desde el momento en que entré, el subprefecto tomó la palabra.

-¿Es, pues, el señor -dijo señalándome-, el que se entretiene en seducir a mis camareras?

Había pronunciado estas palabras con voz clara, irónica y sonriendo sin cesar. Al principio creí que bromeaba y no respondí nada; pero el señor subperfecto no bromeaba; después de un momento de silencio, continuó sin dejar de sonreír:

-¿No es al señor Daniel Eyssette a quien tengo el honor de hablar, al señor Daniel Eyssette que ha seducido a la camarera de mi mujer?

Yo no sabía de qué se trataba; pero al oír la palabra camarera que me lanzaban a la cara por segunda vez, me sentí enrojecer de vergüenza y exclamó con verdadera indignación:

–¡Una camarera yo!.. ¡nunca he seducido a ninguna camarera!

A esta respuesta vi brillar un relámpago de desprecio en los anteojos del director y oí que las llaves

murmuraban en su rincón: «¡Qué desvergüenza!»

El subprefecto no dejaba de sonreír; tomó de encima de la chimenea un paquetito de papeles, que yo no había visto al principio, y después se volvió hacia mí agitándolos con negligencia y diciendo:

-Señor, aquí tiene usted las pruebas, bien graves, por cierto, que le acusan. Son cartas que hemos sorprendido a la mujer en cuestión. No están firmadas, es verdad, y a demás ella no ha querido dar ningún nombre. Pero, en cambio, en estas cartas se habla con frecuencia del colegio y, desgraciadamente para usted, el señor Viot ha reconocido la letra y el estilo de usted...

las llaves gruñeron ferozmente y el subprefecto, sonriente siempre, añadió:

-Y no todo el mundo es poeta en el colegio de Sarlande.

A estas palabras, una idea fugitiva pasó por mi cerebro: quise ver de cerca aquellos papeles. Me lancé hacia ellos; el director temió un escándalo e hizo un gesto para detenerme, pero el subprefecto el paquete me tendió tranquilamente.

–¡Mire usted! -dijo.

¡Misericordia! Mi correspondencia con Cecilia...

Allí estaban todas, todas! Desde la que comenzaba:

«¡Oh Cecilia algunas veces sobre una noche salvaje!... hasta el cántico en acción de gracias: «Ángel que has consentido en pasar una noche en la tierra...» ¡Y pensar que todas aquellas bellas flores retóricas de amor las había deshojado yo al paso de una

camarera!.. ¡Y pensar que aquella mujer, de una situación talmente elevada talmente, etc... limpiaba todas las mañanas el calzado de la subprefecta!.. Os podréis figurar mi rabia mi confusión.

–¡Y bien! ¿qué dice usted a esto, señor don Juan? -dijo burlonamente el subprefecto después de un momento de silencio-. ¿Son de usted o no, estas cartas?

En lugar de responder, bajé la cabeza. Una sola palabra podía. disculparme; pero yo no pronunció aquella palabra. Estaba dispuesto a sufrirlo todo, antes que denunciar a Roger... Porque, fijaos bien, en medio de toda aquella catástrofe, Poquita Cosa no había sospechado ni un momento de la lealtad de su amigo. Al reconocer las cartas se había dicho: «Roger habrá tenido pereza de copiarlas y habrá preferido hacer una partida de billar más, enviándolas tal como estaban.» ¡Qué inocencia la de Poquita Cosa!

Cuando el subprefecto vio que yo no quería contestar, volvió a guardar las cartas en su bolsillo y dirigiéndose al director y a su acólito, dijo:

-Ahora señores, ya saben ustedes lo que les toca hacer.

A esto, las llaves del señor Viot se agitaron con aire lúgubre y el director respondió inclinándose hasta el suelo «que el señor Eyssette había merecido ser arrojado inmediatamente; pero que a fin de evitar todo escándalo, permanecería aún ocho días en el colegio.» El tiempo preciso para buscar un nuevo pasante.

A esta terrible palabra «arrojado», me abandonó todo mi valor. Saludé sin decir nada y salí precipitada mente. Apenas estuve fuera estallé en lágrimas...

Corrí sin alentar hasta mi cuarto, ahogando mis sollozos en el pañuelo...

Roger me esperaba; tenía el aire muy inquieto y se paseaba agitadamente.

Al verme entrar, se precipitó hacía mí.

-¡Señor Daniel!.. -me dijo al mismo tiempo que me interrogaba con la mirada.

Yo me dejé caer en una silla sin contestar.

-¡Nada de lágrimas, ni de niñerías! -continuó el maestro de armas en tono brusco-. Eso no quiero decir nada. ¡Veamos!.. ¡pronto!.. ¿Qué ha pasado?

Entonces le conté en todos; sus detalles la horrible escena del gabinete.

A medida que hablaba veía despejarse la fisonomía de Roger; no me miraba ya con aquel aire arrogante, y al final, cuando oyó cómo por no hacerle traición, yo me había dejado despedir del colegio, me tendió sus dos manos abiertas y me dijo sencillamente:

-Daniel, es usted un noble corazón.

En aquel momento, oímos en la calle el rodar de un coche; era el subprefecto que se marchaba.

-Es usted un noble corazón -continuó mi buen amigo el maestro de armas, apretándome las manos hasta deshacérmelas-, es usted un noble corazón, no le digo más... Pero ya comprenderá usted que yo no puedo permitir a nadie que se sacrifique por mí.

Mientras hablaba se había aproximado a la puerta.

–No llore usted, señor Daniel ahora voy a buscar al director y le juro que no será usted el despedido.

Dio aún otro paso para salir y después, volviendo sobre sus pasos como si se olvidase de decirme algo, añadió en voz baja:

-Solamente, oiga usted bien esto antes de que marche... El gran Roger no está solo en el mundo; tiene allá bajo una madre enferma en un rincón...

¡Una madre!.. ¡pobre santa mujer!.. Prométame que le escribirá cuando todo haya terminado.

Esto lo dijo gravemente, tranquilamente, en un tono que me horrorizó.

-Pero, ¿que quiere usted hacer? -gritó.

Roger no respondió; se limitó a entreabrir su chaqueta y me dejó ver en su bolsillo la brillante culata de una pistola.

Yo me abalancé a él, conmovido.

-¿Usted quiere matarse desgraciado, usted quiere matarse?

Y él, muy fríamente:

-Querido, cuando estaba en el servicio, me había jurado, que si alguna vez, por mi mala cabeza llegaba el caso de que me degradasen no sobreviviría a mi deshonor. Ha llegado el momento de cumplir mi palabra... Dentro de cinco minutos, seré arrojado del colegio; una hora después, ¡buenas noches!, tragará mi última píldora.

Al oír esto, me planté resueltamente delante de la puerta.

–¡Pues bien! ¡no! Roger, usted no saldrá... Prefiero perder mi colocación que ser causa de su muerte.

-Déjeme que cumpla mi deber -me dijo con aire feroz, y a pesar de mis esfuerzos, consiguió entreabrir la puerta.

Entonces se me ocurrió la idea de hablarle de su madre, de aquella pobre madre que tenia allá bajo, en un rincón. Le demostré que debía vivir para ella, que yo estaba seguro de encontrar otra colocación, y que, además, en último caso, aún teníamos ocho días por delante y que lo menos que podía hacer era esperar hasta el último momento antes de tomar una resolución tan terrible. Estas últimas, reflexiones, parecieron convencerle y consintió en aplazar por algunas horas la visita al director y lo que debía seguir a ella.

Mientras tanto, sonó la campana nos besamos y yo descendí a mi clase.

¡Lo que somos los hombres! Había entrado en mi cuarto desesperado, y salía casi alegre... Poquita Cosa estaba muy orgulloso de haber salvado la vida a su buen amigo el maestro de armas.

No obstante, es preciso decirlo, una. vez que me hube sentado en mí silla y pasado el primer movimiento de entusiasmo, comencé a hacerme reflexiones. Roger consentía en seguir viviendo, era cierto; pero, ¿y yo? ¿qué iba a ser de mí después que mi generoso rasgo me hubiese puesto de patitas en la calle?

La situación no era muy agradable, y ya veía el hogar seriamente comprometido, a mi madre llorando y a mi padre sumamente encolerizado. Por fortuna me acordé de Jaime; ¡qué feliz coincidencia que su carta hubiese llegado precisamente el mismo día! La cosa era bien sencilla después de todo; ¿no me escribía él que en su cama había sitio para los dos? Además, en Paris se encuentra siempre, para vivir...

Al llegar aquí, un pensamiento horrible me detuvo: para partir se necesitaba dinero; dinero para el billete del tren después cincuenta y ocho francos que debía al portero, diez que me había prestado un alumno y sobre todo, sumas enormes inscritas a mi nombra en los libros de cuentas del café Barbette.

¿Cómo procurarme todo ese dinero?

–¡Bah! -dije, después de estar un rato pensativo- soy muy tonto de preocuparme por tan poca cosa; ¿acaso no tengo a Roger? Roger es rico, da lecciones en la ciudad y se dará por muy contento prestándome algunos centenares de francos, a mí, que le acabo de salvar la vida.

Arreglados ya mis negocios, me olvidé de todas las catástrofes del día, para no pensar más que en mi gran viaje a París. Yo estaba muy contento y libre de preocupaciones; el señor Viot, que bajó a la clase para saborear mi desesperación, se quedó muy decepcionado al ver mi cara alegre. En la mesa comí con apetito y deprisa; en el patio perdonó a los alumnos que había arrestado. Finalmente, soné, la hora de la clase.

Lo más interesante era ver a Roger de un brinco me plantó en su cuarto; estaba desierto «¡Bueno –me dije a mí mismo-, habrá ido al café Barbette, o, pasar un rato», y aquello no me extrañó en circunstancias tan dramáticas.

En el café Barbette, tampoco había nadie: «Roger, me dijeron, ha ido a la Pradera con los oficiales». ¿Qué diablos podrían hacer allá abajo con un tiempo semejante? Comenzaba a estar muy inquieto, y así, sin querer aceptar una partida de billar a que

me invitaban, me remangué los bajos de los pantalones y me lancé por entre la nieve, hacia la Pradera en busca de mi buen amigo el maestro de armas.

XII
LA ARGOLLA DE HIERRO

De las puertas de Sarlande a la Pradera hay su buena media legua; pero, con la velocidad que yo llevaba aquel día debí hacer el trayecto en menos de un cuarto de hora. Temblaba por Roger. Tenía miedo de que el pobre muchacho, a pesar de su promesa, no lo hubiese contado todo al director; aun creía estar viendo relucir la culata de su pistola. Aquel lúgubre pensamiento me daba alas.

No obstante, de distancia en distancia advertía sobre la nieve huellas de numerosos pasos en dirección a la Pradera y, al pensar que el maestro de armas no estaba solo, me sentía un poco más tranquilo.

Entonces, aminoraba la carrera y pensaba en París, en Jaime, en el viaje... Pero al cabo de un instante, mii terrores volvían a comenzar.

-Roger va a matarse evidentemente. ¿Qué vendría a buscar, si no, en este lugar desierto, lejos de la ciudad? Si ha llevado con él a sus amigos del café Barbette, ha sido para despedirse para beber el último ponche el estribo, como ellos dicen... ¡Oh, los militares!..

Y vedme corriendo otra vez desalentado.

Afortunadamente, me iba aproximando a la Pradera y ya veía los grandes árboles cubiertos de nieve. «Pobre amigo, me decía ¡mientras llegue a tiempo!»

Las huellas de los pasos me condujeron hasta el merendero de Esperón.

Aquel merendero era un lugar obscuro de malísima reputación, donde los libertinos de Sarlande iban a hacer sus orgías. Yo había ido más dé una vez en compañía de los nobles corazones, pero jamás le había encontrado un aspecto tan siniestro como aquel día. Amarillo y sucio, en medio de la blancura inmaculada de la tierra se ocultaba con su puerta baja, sus paredes decrépitas y sus ventanas con los cristales mal lavados, detrás de un soto de pequeños olmos. La casita tenía el aspecto vergonzoso del villano, oficio a que se dedicaba.

Al acercarme, oí un ruido alegre de voces, de risas y de vasos que chocaban entre sí.

-¡Dios mío! -me dije estremeciéndome-, es el estribo.

Y me detuve para tomar aliento.

Me encontraba entonces en la parte trasera del merendero; empujé una puerta de madera y entré en el jardín. ¡Y qué jardín! Una gran haya desnuda macizos de lilas montones de basura en la nieve, pabellones completamente blancos, que parecían chozas de esquimales. Era tan triste aquello, que daba ganas de llorar.

Un estruendo salía de la sala del primer piso y la francachela debía calentar los ánimos porque, a pesar del frío, estaban completamente abiertas las dos ventanas.

Ya ponía el pie en el primer peldaño de la rústica escalinata cuando oí algo que me detuvo en seco y me heló la sangre en las venas: era mi nombre pronunciado en medio de grandes risotadas. Roger hablaba de mí, y cosa singular, cada vez que pronunciaba el nombre de Daniel Eyssette, los otros se desternillaban de risa.

Llevado de una curiosidad dolorosa y comprendiendo que iba a oír algo extraordinario, retrocedí un poco y sin ser advertido de nadie que amortiguaba mis pasos como si fuese una alfombra, me deslicé en una de las glorietas, muy apropósito para enterarme de todo.

Me acordaré toda mi vida de aquella glorieta; veo aún la verdura muerta que la tapizaba un suelo cenagoso y sucio, su mesita pintada de verde y sus bancos chorreando agua... A través de la nieve de que estaba cargada apenas si pasaba la claridad del día; la nieve se fundía lentamente y caía gota a gota sobre mi cabeza.

Fue allí, en aquel pabellón negro y frío como una tumba donde yo supe cuánta puede ser la maldad y la cobardía de los hombres; es allí donde aprendí a dudar, a despreciar, a odiar... Vosotros, los que me leéis, ¡Dios os libre de entrar jamás en aquel pabellón!.. De pie, reteniendo el aliento, rojo de vergüenza y de cólera escuchaba lo que se decía en casa de Esperón.

Mi buen amigo, el maestro de armas, continuaba en el uso de la palabra.:. Contaba la aventura de Cecilia la correspondencia amorosa la visita del señor subprefecto al colegio, todo esto con adornos y gestos que debían ser muy cómicos, a juzgar por los transportes del auditorio.

-Ya comprenderéis, queriditos míos -dijo con su voz chocarrera-, que no en balde he representado tres años en el teatro de los zuavos... Pero, ¡tan cierto como ahora estoy hablando! hubo un momento en que creí la partida perdida y me dije que ya no podría venir más a beber con nosotros el buen vino del padre Esperón... El pequeño Eyssette

no había dicho nada es verdad; pero aún podía hablar; y, entre nosotros, yo creo que quería solamente dejarme el honor de denunciarme a mí mismo. Entonces me dije «¡Ojo, Roger, y adelante con la gran escena!»

Entonces, mi buen amigo el maestro de armas se puso a representar la que él llamaba la gran escena, es decir, la que había tenido lugar por la mañana en mi cuarto entre él y yo. ¡Ah! ¡el miserable! no olvidó nada... Roger gritaba: ¡Mi madre, mi pobre madre! -con dramática entonación. Después imitaba mi voz:

«¡No, Roger, no! ¡usted no saldrá!..» La escena era realmente muy cómica y el auditorio se desternillaba de risa. Yo sentía que gruesas lágrimas descendían por mis mejillas temblaba y las orejas me zumbaban; adiviné toda la odiosa comedia de la mañana y comprendí vagamente que Roger, al enviar mis cartas, lo había hecho para ponerse al abrigo de todo contratiempo, que su madre, su pobre madre, había muerto veinte años antes y que lo que yo había tomado por la culata de una pistola era el estuche de su pipa.

-¿Y la bella Cecilia? -preguntó uno de los nobles corazones.

-Cecilia no ha hablado; ha hecho sus baúles y se ha marchado; es una buena chica.

-¿Y qué será del pequeño Daniel?

-¡Bah! -respondió Roger con un gesto que hizo reír a todo el mundo.

Aquellas risas me pusieron fuera de mí. Tuve deseos de salir de la glorieta y de presentarme súbita mente ante ellos como un espectro; pero me contuve bastante había hecho ya el ridículo.

Llegaba el asado, los vasos chocaban.

-¡Por Roger! ¡por Roger! -gritaban.

No podía más, sufría demasiado. Sin preocupar-me de si alguien podría verme, me lancé a través del jardín. De un salto franqueé la puerta y eché a correr, camino adelante, como un loco.

La noche caía silenciosa y aquel inmenso campo de nieve tomaba en la semiobscuridad no sé qué aspecto de profunda melancolía.

Corrí así algún tiempo como un cervatillo herido; y si los corazones que se rompen y sangran fuesen otra cosa que frases retóricas para uso de los poetas, yo os aseguro que se hubiera podido encontrar detrás de mí, sobre la blanca sábana de nieve, un largo reguero de sangre.

Me veía irremisiblemente perdido. ¿Dónde encontrar dinero? ¿Cómo salir de allí? ¿Cómo reunirme con mi hermano Jaime? Denunciar a Roger, tampoco me hubiese servido de nada... Podía negar, puesto que Cecilia había partido.

En fin, anonadado, rendido por la fatiga y el dolor, me dejé caer en la nieve al pie de un castaño.

Allí hubiese permanecido hasta el día siguiente, quizá, llorando y sin fuerzas siquiera para pensar, cuando de pronto, muy lejos, muy lejos, del lado de SarIande oí el sonido de una campana. Era la campana del colegio.

Yo lo había olvidado todo y aquella campana me llamó a la vida; era necesario volver y vigilar el recreo a los niños en la sala... Y pensando en la sala me vino repentinamente una idea. Inmediatamente se secaron mis lágrimas, me sentía más fuerte, más tranquilo. Me levanté y con el paso resuelto del hombre que ha tomado una irrevocable decisión, reanudé el camino de Sarlande.

Si queréis saber qué irrevocable decisión acababa de tomar Poquita Cosa seguidle hasta Sarlande a través de la gran llanura blanca; seguidle por las calles sombrías y cenagosas de la ciudad; seguidle bajo los pórticos del colegio; seguidle en la sala durante el recreo y notad con qué singular persistencia mira la argolla de hierro que se balancea en el centro; terminado el recreo, seguidle aún hasta clase subid con él hasta su estrado y leed por encima de su hombro, esta carta dolorosa que está escribiendo en medio del estruendo de los niños amotinados.

«Señor Jaime Eyssette, calle Bonaparte, en París.»

Perdóname, mi queridísimo Jaime, el dolor que voy a causarte. A ti, que ya no lloras, voy a hacerte llorar aún otra vez: será la última desde luego...

Cuando recibas esta carta tu pobre Daniel habrá muerto...

»Aquí el estruendo aumenta; Poquita Cosa se interrumpe y reparte algunos castigos a derecha e izquierda pero gravemente, sin cólera. Después continúa:

«¡Ya ves, Jaime! era demasiado desgraciado. No podía hacer otra cosa que matarme. Mi porvenir perdido, echado del colegio -es una historia de mujeres, cosas demasiado largas para contártelas-; además, estoy lleno de deudas, he perdido la afición

al trabajo, estoy avergonzado, aburrido, disgustado, la vida me da miedo... Prefiero irme...

»Poquita Cosa se ve, obligado a. interrumpirse de nuevo: «¡Quinientas líneas a Soubeyrol, Fouque y Loupi no saldrán de paseo el domingo» Dicho esto, termina la carta:

«¡Adiós, Jaime! Aun tendría muchas cosas que decirte, pero estoy a punto de llorar y los chicos me miran: Di a mamá que he resbalado en tina roca yendo de paseo, o bien que me he ahogado patinando. En fin inventa una historia; ¡pero que la pobre mujer ignore siempre la verdad!.. Dale muchos besos dé mí parte; dáselos también a papá y

trata de reconstruirles pronto un hermoso hogar... ¡Adiós! Acuérdate de Daniel que tanto te ha querido.»

Terminada esta carta Poquita Cosa comienza otra inmediatamente, concebida en los siguientes términos:

«Señor abate: Le ruego haga llegar a manos de mi hermano Jaime la carta adjunta; además, le suplico corte un mechón de mis cabellos y haga con ellos un paquetito para mi madre.

»Le pido perdón por el disgusto que seguramente le ocasiono. Me mato porque aquí era muy desgraciado. Solamente usted, señor abate, solamente usted se ha mostrado siempre muy bueno para mí. Le doy las gracias.

»DANIEL EYSSETTE»

Después de lo cual, Poquita Cosa mete esta carta y la de Jaime en un mismo sobre, con la siguiente inscripción: «Se ruega a la persona que encuentre mi cadáver, que entregue este pliego al abate Germán»

Luego, arreglados ya todos sus asuntos, espera tranquilamente que termino la clase.

La clase ha terminado. Cenamos, hacemos oración y subimos al dormitorio.

Los alumnos se acuestan; Poquita Cosa se pasea esperando que se duerman. El señor Viot hace su ronda; se oye el tintineo misterioso de sus llaves y, el ruido sordo de sus zapatillas sobre el entarimado.

«Buenas noches, señor Viot», murmura Poquita Cosa.

«Buenas noches, señor», responde el celador en voz baja; después se aleja y sus pasos se pierden en el corredor.

Poquita Cosa está solo. Abre dulcemente la puerta y se detiene un instante en el rellano temiendo que los chicos se hayan despertado; pero todo está tranquilo en el dormitorio.

Entonces baja la escalera y se desliza cautelosamente pegado a las paredes. La tramontana sopla tristemente por debajo de las puertas. Ya abajo, al pasar ante el peristilo, advierte el patio, blanco por la nieve, entre sus cuatro grandes cuerpos del edificio perdidos en la sombra.

Allá arriba cerca de los tejados, vela una luz; es el abate Germán que trabaja en su grande obra. Desde el fondo de su corazón, Poquita Cosa envía un último saludo, bien sincero, el buen abate; después entra en la sala...

El viejo gimnasio de la escuela de marina está lleno de una sombra fría y siniestra. Por el enrejado de una ventana desciende un poco de luz dando de lleno en la grande argolla de hierro -¡oh! aquella argolla en la que Poquita Cosa piensa continuamente, hace horas-, en la gran argolla de hierro, que reluce como si fuera de plata... en un rincón, duerme un

viejo escabel. Poquita Cosa se apodera de él, lo arrastra hasta debajo de la argolla y se sube en él; no se había equivocado; tiene justamente la altura necesaria Entonces desata su corbata una larga corbata de seda violeta que lleva arrollada alrededor de su cuello, como una cinta. Ata la corbata a la argolla y hace un nudo corredizo... Es la una de la madrugada.

¡Vamos! hay que morir... Con mano trémula abre el nudo corredizo. Una especie de fiebre le transporta.

¡Adiós, Jaime! ¡Adiós, señora Eyssette!..

De pronto, cae sobre él una mano de hierro. Se siente asido por la mitad del cuerpo y colocado, de pie, en el suelo, frente al escabel. Al mismo tiempo una voz ruda y picaresca que conoce muy bien, le dice «¡Vaya una idea la de hacer títeres a estas horas!»

Poquita Cosa se vuelve, estupefacto.

Es el abate Germán, el abate Germán sin sotana con pantalones cortos, con su alzacuello flotando sobre el chaleco. Su horrible y hermoso rostro, alumbrado a medias por la luna sonríe tristemente...

Una sola mano le ha bastado para poner al suicida en el suelo; en la otra aun lleva su garrafa que había ido a llenar a la fuente del patio.

Al ver la cara azorada y los ojos llenos de lágrimas de Poquita Cosa el abate Germán, ha cesado de sonreír y repite, pero esta vez con una voz dulce y casi enternecida

-¡Qué rara idea mi querido Daniel, la de hacer títeres a estas horas!

Poquita Cosa ruborizado y cohibido:

-No hago títeres, señor abate; es que quiero morir. ¡Cómo!.. ¿morir?.. ¿Tan desgraciado eres?

-¡Oh!.. -respondió Poquita Cosa mientras ardientes lágrimas caen por sus mejillas.

-Daniel, ven conmigo -dijo el abate. El pequeño Daniel hace un signo de denegación

y enseña la argolla de hierro con la corbata al abate...

Este le toma de la mano: «¡Vamos! sube a mi cuarto; si quieres matarte, ¡perfectamente! ¡te matarás allí!, por lo menos hay fuego y se está bien.»

Pero Poquita Cosa se resiste. «Déjeme morir, señor abate. Usted no tiene el derecho de impedírmelo»

Un relámpago de cólera pasó por los ojos del sacerdote. ¡Ah! ¡esas tenemos!», dijo, y tomando a Poquita Cosa por la cintura lo lleva consigo debajo del brazo, como un paquete, a pesar de su resistencia y de sus súplicas...

Ya estarnos en la habitación del abate Germán una hermosa hoguera brilla en la chimenea; cerca de ella, una mesa y encima de la mesa para encendida pipas y un montón de papeles de patitas de mosca.

Poquita Cosa se sienta a uno de los chimenea. Está muy agitado, habla mucho, cuenta sus desgracias; su vida y expone los motivos que tiene para acabar. El abate le escucha sonriendo; después, cuando el niño ha dicho todo lo que tenía que decir, ha llorado todo lo que tenía que llorar: y ha desahogado su pobre corazón, el excelente hombre le toma las manos y le dice tranquilamente:

-Todo eso no es nada chiquillo, y hubieras sido bien tonto en quitarte, la vida por tan poca cosa. Tu historia no puede ser más sencilla: te han echado del colegio, lo que, entre paréntesis, es una suerte para ti... y bien es necesario partir, partir enseguida sin esperar los ocho días... Al fin y al cabo no eres una cocinera ¡qué caramba!.. En cuanto a tu viaje y tus deudas, ¡no te preocupes!, yo me encargo de todo...

Yo te dejaré el dinero que querías pedir a ese bribón. Mañana lo arreglaremos todo... Ahora ¡ni una palabra más! tengo necesidad de trabajar, y tú de dormir... Pero no quiero que vuelvas a tu antipático dormitorio: tendrías frío y miedo; así, te acostarás en mi cama... esta mañana han mudado las sábanas...

Yo, escribiré toda la noche y si tengo sueño, me dejaré caer sobre el sofá... ¡Buenas noches! Ya hemos hablado bastante.

Poquita Cosa se acuesta; ya no opone resistencia alguna... Todo lo que le pasa le hace el efecto de un sueño. ¡Cuántas cosas en un mismo día! ¡Haberse encontrado tan cerca de la muerte y encontrarse ahora en una buena cama, en una habitación tranquila y

tibia!.. ¡Qué bien está Poquita Cosa!.. De cuando en cuando abre los ojos... Ve, bajo la dulce claridad de la pantalla al buen abate Germán fumar, hace correr su pluma, de arriba abajo, de las blancas hojas...

...Al día siguiente me despertó el abate Germán, que me daba golpes sobre el hombro. Durmiendo, me olvidado de todo, lo que hizo reír mucho a mi salvador.

-¡Vamos! Chiquillo -me dijo -la campana suena; date prisa; nadie habrá advertido nada; ve a buscar a tus alumnos, como de costumbre, y durante el recreo sube y hablaremos.

Entonces me acordé de todo. Quise darle las gracias, pero el buen abate me plantó bonitamente en la puerta.

Me creeréis si os digo que la clase me pareció eterna... Aun no estarían los alumnos en el patio, cuando yo llamaba a la puerta del abate Germán. Le encontré ante su mesa que tenía los cajones abiertos, ocupado en contar monedas de oro, que iba colocando cuidadosamente en pequeñas pilas.

Al ruido que hice al entrar, volvió la cabeza y después reanudó su tarea sin decirme nada; cuando terminó, cerró los cajones y sonriendo cordialmente me enseñó el dinero con un signo y me dijo:

-Todo eso es para ti. Ya te he hecho la cuenta.

Aquí tienes para el viaje, aquí para el portero, aquí para el café Barbette, aquí para el alumno que te prestó los diez francos... Yo destinaba este dinero para comprar un substituto a mi hermano, pero aun le faltan seis años para ser sorteado; y en ese tiempo ya nos habremos vuelto a ver.

Yo quería hablar, pero aquel diablo de hombre no me dejaba. «Ahora chiquillo, despidámonos... ya me llaman para mi clase; y cuando vuelva no quiero encontrarte aquí... El aire de esta Bastilla no te sienta bien... Conque, a París y a trabajar mucho; ruega siempre a Dios, fuma buenas pipas y procura ser un hombre... Ya me entiendes; procura ser un hombre, porque ¡ya lo ves! mi querido Daniel, ahora no eres más que un niño y me temo mucho que en toda tu vida no seas otra cosa.»

Me abrió entonces sus brazos con una sonrisa divina; pero yo me eché a sus pies sollozando. El me levantó y me besó en las dos mejillas.

La campana daba el último toque.

-¡Bueno! veo que me he retrasado -dijo recogiendo apresuradamente sus libros y sus cuadernos.

Cuando iba a salir se volvió nuevamente hacia mí.

-Yo también tengo un hermano en París, un buen hombre que es sacerdote y al que podrías ir a ver...

Pero ¡bah! con lo distraído que eres, no harías más que olvidar sus señas...

Y sin decir nada más comenzó a bajar la escalera a grandes pasos; su sotana flotaba detrás de él; en la mano derecha llevaba su casquete y debajo del brazo izquierdo un paquete de papeles y libracos...

¡Buen abate Germán! Antes; de marcharme dirigí una mirada alrededor de su habitación; contemplé por última vez su gran biblioteca la mesita el fuego de la chimenea casi extinguido, el sillón donde tanto había llorado yo, la cama donde tan bien había dormido; y pensando en aquella existencia misteriosa en la que adivinaba tanto valor, tanta bondad oculta tanta resignación y abnegación, no pude me-

nos que avergonzarme de mis cobardías y me juré acordarme siempre del abate Germán.

Mientras tanto, el tiempo pasaba... Tenía aún que hacer mi equipaje, pagar mis deudas y encargar mi asiento en la diligencia.

En el momento de salir, advertí en un rincón de la chimenea muchas pipas, viejas y renegridas. Tomé a la más vieja, la más negra , la más corta y la coloqué en mi bolsillo como una reliquia; después bajé.

La puerta del viejo gimnasio aun estaba abierta. Al pasar, no pude menos que mirar, y lo qué vi, me hizo estremecer.

Vi la gran sala sombría y fría la argolla de hierro que relucía y mi corbata violeta con su nudo corredizo, que el aire hacía balancear encima del escabel, derribado por el suelo.

XIII
LAS LLAVES DEL SEÑOR VIOT

Cuándo salía del colegio precipitadamente, emocionado aún por el horrible espectáculo que acababa de ver, la vidriera de la portería se abrió bruscamente, y, oí queme llamaban:

-¡Señor Eyssette! ¡señor Eyssette!

Eran el dueño del café Barbette y su digno amigo el señor Cassagne, con el aire azarado; casi insolentes.

El cafetero fue el primero en hablar:

-¿Es verdad que se marcha usted, señor Eyssette?

-Sí, señor Barbette -respondí tranquilamente-, me marcho hoy mismo.

El señor Barbette dio un salto y el señor Cassagne otro; pero el salto del señor Barbette fue mayor que el del señor Cassagne, porque debía más dinero a aquél.

-¡Cómo! ¡hoy mismo!

-Sí, hoy mismo, y ahora voy corriendo despacho a encargar el asiento para la diligencia.

Creí que me iban a saltar a la garganta.

-¿Y mi dinero? -dijo el señor Barbette.

-¿Y el mío? -aulló el señor Cassagne.

Sin contestar, entré en la portería y sacando con gravedad, a puñados, las hermosas monedas de oro del abate Germán, me puse a contar, sobre un extremo de la mesa lo que debía a ambos.

¡Fue un efecto teatral! Las dos caras ceñudas se desarrugaron como por encanto... Cuando se hubieron guardado su dinero, algo avergonzados de la desconfianza que me. habían demostrado y muy alegres de haber cobrado, se deshicieron en cumplidos y en protestas de amistad:

-Pero, señor Eyssette, ¿es de veras que usted nos deja?.. ¡Oh! ¡qué lástima! ¡Qué, pérdida para la casa!

Y después una retahila de exclamaciones, de suspiros, de apretones de mano, de lágrimas contenidas...

La noche antes aún hubiera creído en aquellos transportes de amistad; pero entonces les oía como quien oye llover.

El cuarto de hora pasado en el pabellón me había enseñado a conocer a los hombres -al menos así lo creía yo-, y cuando más afables se mostraban aquellos desvergonzados bodegoneros, más repugnancia me inspiraban. Así, cortando en seco sus ridículas efusiones salí del colegio y me fui corriendo a avisar mi asiento para la diligencia qué me había de llevar lejos de todos aquellos monstruos.

Al volver de la administración, pasé por delante del café Barbette, pero no quise entrar; aquel sitio me daba horror. No obstante, llevado por una curiosidad malsana miré a través de los vidrios... El café estaba lleno; aquel día había partida de billar. Se veía entre el humo de las pipas relucir los pompones de los roses y los cinturones colgados de las paredes. Los nobles corazones estaban todos, a excepción del maestro de armas.

Miré un momento aquellas abultadas, caras que los espejos multiplicaban, la absenta bailando en los vasos, las botellas de aguardiente desportilladas; y al pensar que yo había vivido en aquella cloaca sentí que los colores me subían al rostro... Veía a Poquita Cosa dando vueltas alrededor del billar, marcando los puntos, pagando el ponche humillado, despreciado, depravándose de día en día y mascullando entre sus dientes el tubo de una pipa o una expresión cuartelera... Aquella visión me espantó aún más que la de la sala del gimnasio, y huí...

Cuando me encaminaba al colegio, seguido del hombre que había de conducir mi baúl, vi venir por la plaza al maestro de armas, vivaracho, con un junquillo en la mano, el sombrero de fieltro sobre la oreja y las botas tan relucientes que podía mirarse en ellas su sedoso bigote... De lejos le miraba con admiración y me decía: «¡Qué lástima que hombre tan hermoso tenga un alma tan villana!.. » El, por su parte, me había visto y venía hacia mí con los brazos abiertos y una franca y leal sonrisa... ¡Oh! ¡la glorieta!

-Le buscaba a usted -me dijo -. ¿Es cierto lo que me acaban de decir? Usted...

Se detuvo en seco. Mi mirada le clavó sus frases mentirosas en los labios. Y en aquella mirada el miserable debió leer muchas cosas, porque lo vi, repentinamente, palidecer, balbucear, perder la serenidad: pero esto no duró más que un instante; bien pronto recobró su aire altanero, fijó en los míos dos ojos fríos y brillantes como el acero y metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón, con aire resuelto, se alejó murmurando que el que no estuviese contento, no tenía más qué ir a decírselo...

¡Bandido!

Cuando llegué al colegio, los alumnos estaban en clase. Subimos a mi buhardilla. El hombre cargó con mi equipaje y bajó.

Yo me quedé aún algunos instantes en aquella habitación glacial, mirando las paredes desnudas y sucias, el pupitre negro y destrozado y, por la estrecha ventana los plátanos de los patios que mostraban sus cabezas cubiertas de nieve... En mi interior, decía adiós a todo aquel mundo.

En aquel momento, oí una voz de trueno que re-tumbaba en las clases: era la voz del abate Germán.

Aquella voz me dio calor al corazón y me hizo derramar dulces lágrimas.

Después, descendí con lentitud, mirando atentamente todo lo que había a mi alrededor, como si quisiera llevarme en mis ojos la imagen una imagen lo más completa posible de todos aquellos lugares que jamás debía volver a ver. Así atravesé los largos corredores con sus altas ventanas enrejadas, donde los ojos negros se me habían aparecido por primera vez. ¡Dios os proteja mis queridos ojos negros!.. Pasé también por delante del despacho del director, con su doble puerta misteriosa; después, algunos pasos más lejos, por delante del gabinete del señor Viot... Allí me detuve súbitamente... ¡Oh alegría! ¡oh delicia! Las llaves, las terribles llaves, pendían de la cerradura y el viento las agitaba dulcemente. Las miré con una especie de terror religioso; después, de pronto, se me ocurrió una idea de venganza. Traidoramente, con mano sacrílega retiré el llavero de la cerradura y, ocultándolo bajo mi gabán, bajé la escalera de cuatro en cuatro.

A un extremo del patio había un pozo muy profundo. Corrí hasta él sin tomar aliento... A aquella hora, el patio estaba desierto; el hada de los anteojos aún no había levantado su cortina. Todo, pues, favorecía mi crimen. Entonces, sacando las llaves,

aquellas miserables llaves que tanto me habían hecho sufrir, las arrojé al pozo con todas mis fuerzas...

¡Trinc! ¡trinc! ¡trinc! Las oí voltear, rebotar contra las paredes y caer pesadamente en el agua que se cerró sobre ellas; cometida aquella mala acción, me alejé corriendo.

Bajo los pórticos, al salir del colegio, la última persona a quien encontré, fue al señor Viot, pero un señor Viot sin, llaves, huraño, azorado, corriendo de un lado a otro. Cuando pasó cerca de mí, me miró un momento con angustia. El desgraciado sentía deseos de preguntarme si las había visto... Pero no se atrevió. En aquel momento, el portero le gritó desde lo alto de la escalera: «¡Señor Viot, no las encuentro!» Y oí al hombre de las llaves decir en voz baja: «¡Oh! ¡Dios mío!» Y partió como un loco perseguido.

Yo hubiese sido muy dichoso de gozar por más largo tiempo de aquel espectáculo, pero el clarín de la diligencia sonaba en la plaza de Armas, y yo no quería que partiese sin mí.

Y ahora ¡adiós para siempre, gran colegio ahuma do, hecho de hierro viejo y de piedras negras!

¡adiós, villanos alumnos! ¡adiós, reglamento feroz!

Poquita Cosa se va y no volverá más. Y usted, marqués de Boucoyran, dése por muy dichoso; se va sin largarle aquella famosa estocada tanto tiempo meditada con los nobles corazones del café Barbette...

¡Arrea; cochero! ¡Suena, trompeta! Vieja diligencia saca fuego de tus cuatro ruedas, lleva a Poquita Cosa al galope de tus tres caballos... Llévale pronto a su ciudad natal para que pueda abrazar a su madre en casa del tío Bautista y de allí a París, a reunirse con Eyssette (Jaime) en su habitación del barrio Latino...

XIV
EL TÍO BAUTISTA

¡Era un tipo bien singular de hombre este tío Bautista el hermano de la señora Eyssette! Ni bueno ni malo, casado desde muy joven con una especie de gendarme, avara y delgada que le dominaba por completo, aquel niño viejo no tenía más que una pasión en el mundo: la de iluminar estampas. Desde hacía cuarenta años vivía rodeado de tarritos, pinceles, colores, y pasaba el tiempo iluminando los grabados de los periódicos ilustrados. La casa estaba llena de antiguas Ilustraciones, viejos Charivaris, Museos Pintorescos y cartas geográficas fuertemente iluminados. Aun en sus días de penuria cuando la tía le negaba dinero para periódicos ilustrados, podía dar rienda suelta a su pasión iluminando libros.

Esto es histórico; yo he tenido en mis manos una gramática española que mi tío había iluminado del principio al fin, los adjetivos en azul, los substantivos, en rosa...

Desde hacía seis meses, la pobre señora Eyssette se veía obligada a vivir entre, aquel viejo maníaco y su feroz mitad. La desgraciada se pasaba todo el día en la habitación de su hermano, sentada a su lado y procurando serle útil. Secaba los pinceles, ponía agua en los tarritos... Lo más triste, es que, desde nuestra ruina el tío Bautista sentía profundo despreció por el señor Eyssette, y de la mañana a la noche la pobre mujer estaba condenada a oírle decir: «¡Eyssette no es un hombre serio! ¡Eyssette no es un hombre serio!» ¡El viejo imbécil! ¡Había que ver el aire sentencioso y convencido con que decía esto, mientras iluminaba su gramática española! Después, me he encontrado frecuentemente en la vida a muchos de esos hombres que se dicen sensatos,

que se pasan la vida iluminando gramáticas españolas y no encuentran serios a los demás.

Todos estos detalles sobre el tío-Bautista y sobre la vida lúgubre que la señora Eyssette llevaba en su casa no los he sabido hasta más tarde; no obstante, desde mi llegada a la casa comprendí, sin necesidad de que me dijese nada que mi madre no debía de ser dichosa... Cuando yo entré, acababan de sentarse a la mesa. La señora Eyssette saltó de alegría al verme y, como podéis suponer, abrazó a Poquita Cosa con todas sus fuerzas. No obstante, la pobre madre tenía el aire cohibido; hablaba poco, con su vocecita dulce y trémula y no levantaba los ojos del plato. Daba pena verlo, con su vestido mezquino y negro.

La acogida que me hicieron mis tíos fue muy fría.

Mi tía me preguntó con aire asustado si había comido ya. Me apresuré a contestar que sí; la tía respiró, había temido por su comida. ¡Valiente comida! guisantes y bacalao.

El tío Bautista me preguntó si estábamos de vacaciones... Le respondí que abandonaba la Universidad y que iba a Paris, a reunirme con mi hermano Jaime, que me habla encontrado una buena colocación. Inventé esta historia para tranquilizar a la pobre señora Eyssette sobre mi porvenir y al mismo tiempo para pasar por un hombre serio a los ojos de mi tío.

Al oír que Poquita Copa tenía una buena colocación, la tía abrió unos ojos de a palmo.

-Daniel -dijo -, será necesario que os llevéis a tu madre a París... La pobre mujer se aburre lejos de sus hijos... después, ya lo comprenderás, es una carga para nosotros, y tu tío no puede ser siempre la vaca lechera de la familia.

–Efectivamente -dijo el tío Bautista con la boca llena -; yo soy la vaca lechera...

Esta expresión de la vaca lechera lo había encantado, y la repitió muchas veces con la misma gravedad...

La comida fue larga como entre personas de edad. Mi madre comía poco, me dirigía algunas palabras y me miraba a hurtadillas; mi tía la vigilaba.

-¡Mira tu hermana! -le decía a su marido. La alegría de volver a ver a Daniel le ha quitado el apetito.

Ayer tomó dos veces pan, hoy nada más una.

¡Ah! querida señora Eyssette! ¡cómo hubiera querido llevarte aquella misma noche! ¡cómo hubiera querido arrancarte a aquella implacable vaca lechera y a su esposa! pero ¡ay! yo mismo iba al azar, teniendo lo justo para pagar mi billete y pensaba que la habitación de Jaime no era bastante grande para los tres. Al menos hubiera podido hablarla besarla a mi placer, ¡pero no! No nos dejaron solos ni un instante... Acuérdese usted; después de terminada la comida el tío volvió a su gramática española la tía se puso a secar los cubiertos y los dos nos espiaban con el rabillo del ojo... Llegó la hora de la partida sin que nos hubiésemos podido decir nada.

Poquita Cosa tenía el corazón bien oprimido al salir de casa del tío, Bautista; y mientras caminaba solo, en la sombra de la gran avenida que conduce a la estación, se juró dos o tres veces solemnemente, portarse como un hombre en lo sucesivo y no pensar más que en la reconstrucción del hogar.

SEGUNDA PARTE

I
MIS CHANCLOS DE GOMA

Aunque viviese tan largos años como el tío Bautista que a estas horas debe tener tantos como un viejo baobab del África central, jamás olvidaría mi primer viaje a París en coche de tercera clase.

Era en los últimos días de febrero; aún hacía frío.

Fuera., un cielo gris, el viento, el granizo, colinas peladas, praderas inundadas, largas hileras de vides muertas; dentro, marineros borrachos que cantaban, fornidos campesinos que dormían con la boca abierta como pescados muertos, viejecitas con sus cestos, niños, pulgas, nodrizas, todo el aparato de los coches de los pobres, con su olor de pipa de aguardiente, de salchicha condimentada con ajo, de paja enmohecida. Aun me parece estar allí.

Al partir, me había instalado en un rincón, cerca de la ventanilla para ver el cielo; pero al poco tiempo, un enfermero militar me tomó mi sitio, con el pretexto de estar enfrente de su mujer, y ya tenéis a Poquita Cosa demasiado tímido para quejarse condenado a hacer doscientas leguas entre aquel gordinflón de enfermero que olía a linaza y una mujerona delque, durante todo el trayecto, estuvo roncando sobre su hombro.

El viaje duró dos días; yo pasó los dos días en el mismo sitio, inmóvil entre mis dos verdugos, con la cabeza clavada en la madera y los dientes apretados.

Como no tenía dinero ni provisiones, no comí nada en el camino. ¡Dos días sin comer son bien largos!

Me quedaba aún una moneda de cuarenta sueldos, pero la guardaba preciosamente para el caso de que, al llegar a París, no encontrase al amigo Jaime en la estación, y a pesar del hambre tuve el valor de no tocarla. Y lo peor es que a mi alrededor se comía continuamente. Debajo de mis piernas tenía un demonio de cesto muy pesado, del cual mi vecino el enfermero sacaba embutidos a cada instante, que partía con su dama. La vecindad de aquel. cesto me hizo muy desgraciado, sobre todo el segundo día y no obstante, no fue el hambre lo que me hizo sufrir más en aquel viaje. Había salido de Sarlande sin zapatos y sólo llevaba unos chanclos de goma muy endebles, que me servían para hacer mi ronda en el dormitorio. Muy bonitos los chanclos; pero en invierno y en tercera... ¡Dios mío! ¡y qué frío llegué a tener! Me hacía llorar. Por la noche cuando todo el mundo dormía cogía dulcemente mis pies entre mis manos, y así los teñía horas enteras Para calentarlos.

¡Ah! si la señora Eyssette me hubiese visto...

¡Pues bien! a pesar del hambre que le producía retortijones y de aquel frío cruel que le arrancaba lágrimas, Poquita Cosa era muy dichoso y por nada del mundo hubiera cedido aquel asiento, aquel medio asiento que ocupaba entre la champenoise y el enfermero. Al final de tantas desventuras, como premio, estaba Jaime, estaba París.

En la noche del segundo día, hacia las tres la madrugada, me despertó sobresaltado. El tren acababa de detenerse; en el vagón todo era movimiento.

Oí al enfermero que decía a su mujer:

–Ya estamos.

–¿Dónde? -pregunté yo restregándome los ojos.

–¡En París, ¡pardiez!

Me precipité hacia la portezuela. No se veían casas. Únicamente un campo desnudo, algunos. faroles de gas y aquí y allá grandes montones de carbón; después, en la lejanía una enorme luz roja y un rumor confuso semejante al ruido del mar. Un hom-

bre, con una pequeña linterna en la mano, iba de portezuela en portezuela gritando: «¡París! ¡París! ¡Los billetes!» A pesar mío, retiré, la cabeza con un movimiento de terror. Aquello era París.

¡Ah! ¡grande y feroz ciudad, cuánta razón tenía Poquita Cosa al temerte!

Cinco minutos después, entrábamos en los andenes. Jaime estaba allí desde una hora antes. Le vi desde lejos, con su elevada estatura un poco encarnado, y sus largos brazos como postes de telégrafos, que me hacían señas detrás de la verla. De un salto estuve a su lado.

-¡Jaime! ¡hermano mío!..

-¡Ah! ¡querido niño!

Y nuestras dos almas se abrazaron con toda la fuerza de nuestros brazos. Desgraciadamente, las estaciones no están organizadas para estas dulces expansiones. Hay sala de equipajes, pero no de abrazos. Por todas partes nos empujaban y nos pisaban.

-¡Circulad! ¡circulad! -gritaban los mozos.

Jaime me dijo: «Vámonos. Mañana enviaré a buscar tu baúl.» Y cogidos del brazo, ligeros como nuestros portamonedas, nos pusimos en marcha para el barrio Latino.

Más tarde he intentado muchas veces recordar la impresión que me hizo París aquella noche; pero las cosas, lo mismo que los hombres, adquieren la primera vez que los vemos, una fisonomía particular, que después ya no vuelve a presentarse. Jamás he podido reconstruirme el París de mi llegada. Es como una ciudad brumosa que hubiese atravesado de niño, hace muchos años, y a la cual ya no hubiese vuelto.

Me acuerdo de un puente de madera sobre un río negro, después de un gran muelle desierto y de un inmenso jardín a lo largo de aquel muelle. Nos detuvimos un momento ante aquel jardín. A través de la verja que lo bordeaba se veían confusamente chozas, praderas, charcos de agua árboles cubiertos de escarcha.

-Es el Jardín de Plantas -me dijo Jaime-. Ahí hay gran número de osos blancos, de leones, de boas, de hipopótamos...

Efectivamente, se adivinaba allí la selva y de cuando en cuando un grito agudo, un ronco rugido salía de aquella sombra.

Apretado contra mi hermano, miraba fijamente a través de la verja y, mezclando en un mismo sentimiento de terror aquel París desconocido, al que llegaba de noche y el jardín misterioso, me parecía que acababa de desembarcar en una gran caverna negra llena de bestias feroces, que iban a arrojarse sobre mí. Afortunadamente, no estaba solo; allí tenía a Jaime para defenderme. ¡Ah! ¡Jaime! ¡Jaime! ¿por qué no te he conservado siempre a mi lado?

Anduvimos aún largo tiempo por calles obscuras, interminables; de pronto Jaime se detuvo en una pequeña plaza en la cual había una iglesia.

-Aquí tienes a San Germán de los Prados –me dijo-. Nuestra habitación está ahí arriba.

-¡Cómo Jaime!.. ¿en el campanario?

-En el campanario mismo... Es muy cómodo para saber la hora.

Jaime exageraba un poco. Habitaba en la casa de al lado de la iglesia una buhardilla del quinto o sexto

piso, y su ventana daba al campanario de San Germán, precisamente a la altura del reloj.

Al entrar, lancé un grito de alegría: «¡Lumbre! ¡qué dicha!» Y corrí a la chimenea presentando los pies a la llama aun a riesgo de que se fundiesen mis chanclos de goma. Hasta entonces, Jaime no había advertido la originalidad de mi calzado. Esto le hizo, reír mucho.

-Querido -me dijo-. Hay una porción de hombres célebres que han llegado a París con zuecos y se alaban de ello. Tú podrás decir que has llegado en chanclos; eso es bastante más original. Mientras tanto, ponte estas zapatillas y entablaremos relación con el pastel.

Diciendo esto, el buen Jaime arrastró hasta la chimenea una mesita que esperaba en un rincón, cubierta de manjares.

II
DE PARTE DEL CURA DE SAN NAZARIO

¡Gran Dios! ¡Qué bien se estaba aquella noche en la habitación de Jaime! ¡Qué alegres y claros reflejos enviaba la chimenea sobre los manteles! ¡Y aquel añejo vino lacrado con su perfume de violetas!

¡Y, el pastel con su corteza de oro obscuro! ¡Ah! ¡ahora ya no se hacen pasteles como aquellos! ¡ni beberás ya más vinos iguales, mi pobre Eyssette!

Al otro lado de la mesa enfrente de mí, Jaime me echaba de beber; y cada vez que levantaba mis ojos, veía su mirada tierna como la de una madre, dulcemente risueña. Yo me consideraba tan dichoso, que seguramente tenía fiebre. Y hablaba, hablaba sin cesar...

-¡Come! -me decía Jaime llenándome el plato; pero yo hablaba siempre y no comía.

Entonces, para hacerme callar, empezó él a charlar y me contó largamente, sin tomar aliento, todo lo que había hecho en el año que habíamos estado, sin vernos.

-Cuando tú te marchaste -y las cosas más tristes las contaba siempre con su divina sonrisa resignada-, cuando tú te marchaste, la casa aún se quedó más desolada. Papá ya no trabajaba y se pasaba todo el día en el almacén jurando contra los revolucionarios, y llamándome asno, lo que no hacía adelantar gran cosa los negocios. Letras protestadas todas las mañanas, visitas del alguacil día sí y día no, ¡cada campanillazo nos hacía saltar el corazón! ¡Ah! Te fuiste bien oportunamente.

»Al cabo de un mes de aquella terrible existencia papá marchó a Bretaña por cuenta de la Compañía Vinícola y la señora Eyssette a casa del tío Bautista.

Acompañé a los dos al muelle... Puedes figurarte las lágrimas que llegué a derramar... Detrás de ellos, todo nuestro pobre mobiliario fue vendido, sí, querido, vendido en la calle ante mis ojos, a la puerta de casa; es bien triste, ¡caramba! ver marchar así al hogar, pieza por pieza. Hasta que llega el momento de separarse de ellas no puede uno figurarse de qué modo forman parte de sí mismo todas esas cosas de madera o de tela que tenemos en nuestras casas. ¡Ya ves! cuando se llevaban el armario ropero, ya sabes, aquel que tenia unos amorcillos de color, de rosa en los tableros, sentí deseos de correr detrás del comprador y gritar con todas mis fuerzas: «¡Detenedle!»

¿Verdad que comprendes esto?

»De todo nuestro mobiliario, no conservé más que una silla un colchón y una escoba; esta escoba me fue muy útil, como tú verás. Instaló todas aquellas riquezas en un rincón de nuestra casa de la calle de La Linterna de la que aún teníamos dos meses de alquiler pagados, y ya me tienes ocupando yo solo aquel gran departamento desnudo, frío, sin cortinas.

¡Ah! ¡amigo mío, que tristeza! Cada noche cuando volvía del despacho, era un nuevo disgusto, como si no supiese que me encontraba solo entre aquellas cuatro paredes. Iba de una habitación a la otra, golpeaba fuertemente las puertas para hacer ruido. Algunas veces me parecía que me llamaban desde el almacén y gritaba: «¡Ya voy!» Cuando entraba en la habitación de mamá, creía que la encontraría siempre allí, haciendo media tristemente en su sillón, cerca de la ventana...

»Para colmo de desdicha reaparecieron las cucarachas. Los horribles animalitos, que tanto nos había costado combatir a nuestra llegada a Lyón, conociendo sin duda vuestra partida intentaron una nueva invasión, mucho más terrible que la primera.

Al principio intentó resistir. Pasaba las noches en la cocina con la bujía en una mano y la escoba en la otra batiéndome como un león, pero siempre llorando. Desgraciadamente estaba solo y tenía que multiplicarme; no era como en tiempos de Ana.

Además, las cucarachas llegaban en mucho mayor número. Estoy seguro que todas las de Lyón -¡y Dios sabe si las hay en aquella grande y húmeda ciudad! -se habían levantado en masa para poner sitio a nuestra casa... La cocina estaba completamente que abandonarla. Algunas veces las miraba con terror por el ojo de la cerradura. La había a millones... ¿crees quizá que los malditos animales se conformaron con que les dejase la cocina libre? Sí, sí, no conoces a la gente del Norte. Es invasora por naturaleza. De la cocina a pesar de puertas y cerraduras, pasaron al comedor donde yo dormía. Después trasladé la cama al almacén y de allí al salón.

¿Te ríes? Allí te hubiera querido ver.

»De habitación en habitación, las condenadas me empujaron hasta nuestra antigua alcoba en el fondo del corredor. Allí, me dejaron dos o tres días de respiro; después, una mañana al despertarme, advertí un centenar de ellas que trepaban silenciosamente a lo largo de mi escoba mientras que otro cuerpo de ejército se dirigía ordenadamente hacia mi cama... Privado de armas, batido en mi último reducto, no me quedaba otro recurso que la fuga. Es lo que yo hice huir. Abandoné a las cucarachas el colchón, la silla y la escoba y me marché de aquella horrible casa de la calle de la Linterna para no volver jamás.

»Pasé aún algunos meses en Lyón, pero muy tristes, muy largos, muy negros. En el despacho no me llamaban más que Santa Magdalena. No iba a ningún lado. No tenía ni un amigo; mi única distracción era leer tus cartas... ¡Ah! ¡Qué manera más bonita de decir las cosas tienes, mi querido Daniel!

Estoy seguro de que, si quisieras, podrías escribir en los periódicos. Al contrario que yo. Figúrate que a fuerza de escribir al dictado he llegado a ser tan inteligente como una máquina de coser. Soy incapaz de pensar nada por cuenta propia. El señor Eyssette tenía razón al decirme: «¡Jaime, eres un asno!» Después de todo, no es un mal del todo ser un asno.

Son unos buenos animales, pacientes, fuertes, laboriosos, con un corazón bondadoso y unos sólidos remos... Pero volvamos a mi historia.

«En todas tus cartas me hablabas de la reconstrucción del hogar, y, gracias a tu elocuencia, me sentía tan entusiasmado como tú por tan grandiosa idea. Desgraciadamente, lo que yo ganaba en Lyón apenas si me bastaba para comer. Entonces fue cuando se me ocurrió la idea de venir a París. Me parecía que aquí estaría

en mejor situación para ayudar a la familia y que tendría más a mano todos los materiales para nuestra famosa reconstrucción. Mi viaje pues, quedó decidido; únicamente que tomé mis precauciones. No quería caer en las calles de París como un gorrión sin plumas. Eso está bien para ti, mi querido Daniel: los niños bonitos caen bien en todas partes; ¡Pero un grandullón lloroso como yo!..

»Fui, pues, a pedir algunas cartas de recomendación a nuestro amigo el cura de San Nazario, que es hombre muy bien relacionado en el barrio de San Germán. Me dio dos cartas, una para un conde y la otra para un duque. No me puse por poco. De allí fui a casa de un sastre quien por mi buena cara consintió en hacerme a crédito un hermoso traje negro con sus dependencias, chaleco, pantalón, etcétera.

Puse las cartas de recomendación en mi traje, mi traje en una maleta y ya me tienes en camino con tres luises en el bolsillo: 5 francos para el viaje y 25 para esperar los acontecimientos.

»Al día siguiente de mi llegada a París, a las siete de la mañana ya estaba yo por esas calles, con mi traje negro, y guantes amarillos. Para tu gobierno, Danielito, te diré que lo que yo hacía era muy ridículo. A las siete de la mañana en París, todos los trajes negros están en la cama o deben estarlo. Yo no lo sabía y lo paseaba orgullosamente por las grandes calles, taconeando con mis zapatos nuevos.

Creía que cuanto más temprano saliese, más probabilidades tendría para encontrar a la Fortuna. Otro error: la Fortuna, en París, se levanta tarde.

»Heme, pues, con mis cartas de recomendación en el bolsillo, trotando por el barrio de San Germán.

»Fui primeramente a casa del conde en la calle de Lille; después a casa del duque, en la de San Guillermo. En los dos sitios encontré a los criados que estaban lavando los patios y sacando lustre a los hierros. Cuando dije a aquellos faquines que quería hablar a sus dueños de parte del cura de San Nazario, se me echaron a reír en las narices y me salpicaron de agua... ¿qué quieres, querido? también fue culpa mía; no hay más que los pedícuros que vayan a las casas a tales horas.

»Con tu carácter, estoy seguro de que en mi lugar no hubieras vuelto a aquellas casas a afrontar las miradas burlonas de la servidumbre. ¡Pues bien! Yo volví tranquilamente el mismo día por la tarde y al igual que por la mañana pregunté a aquellas gentes si podía ver a sus dueños, siempre de parte del cura de Iban Nazario. Mi obstinación fue recompensada esta vez; los dos señores estaban visibles y fui conducido a su presencia. Encontré dos hombres y dos acogidas bien diferentes. El conde de la calle de Lille me recibió con mucha frialdad. Su cara larga delgada, seria hasta la solemnidad, me intimidó no poco, y no encontré cuatro palabras que decirle. El, por su parte, apenas si me habló. Miró la carta del cura de San Nazario, la guardó en su bolsillo, me pidió mis señas; y me despidió con un gesto glacial, diciéndome: «Ya me ocuparé de usted; es inútil que vuelva. Sí le encuentro alguna cosa ya se lo escribiré»

«¡El diablo del hombre! Me dejó frío. Afortunadamente la recepción que me, hicieron en la calle de San Guillermo me ensanchó el corazón. No puedes figurarte un duque más alegre, más simpático, agradable ni más campechano. ¡Y cómo amaba a su buen cura de San Nazario!.. no faltaría más, ¡todo el que viniese de su parte podía estar seguro de ser bien recibido en la calle de San Guillermo!.. ¡Ah! ¡excelente duque! Nos hicimos amigos en el acto.

Me ofreció una pulgarada de tabaco perfumado a la bergamota, me tiró de la oreja y me despidió con una palmadita en la mejilla y palabras llenas de promesas:

»-Me encargo de su asunto y dentro de poco tendré lo que usted necesita. Mientras tanto, puede venir a verme con tanta frecuencia como quieras.

»Salí contentísimo.

»Pasé dos días sin volver, por discreción. Al tercero me presenté en el hotel de la calle de San Guillermo. Un jayán vestido de azul y con galones dorados como un guacamayo, me preguntó mi nombre.

»Yo respondí con aire de suficiencia:

»-Diga usted que es de parte del cura de San Nazario.

»Volvió al cabo de un momento.

»-El señor duque está muy ocupado y ruega al señor que le dispense y que tenga la bondad de pasar otro día.

»¡Figúrate si yo le dispensaría! ¡no faltaba más!

»Al día siguiente volví a la misma hora. Encontré al mismo guacamayo, azul y oro del día anterior, posado, con las piernas en arco, en la escalinata. Así que me vio, me dijo gravemente:

»-¡El señor duque ha salido!

»-¡Ah! ¡muy bien! -respondí-, ya volveré.

Haga el favor de decirle que ha estado la persona que viene de parte del cura de San Nazario.

»Al día siguiente volví y los demás días también; pero siempre con el mismo éxito. Una vez el duque estaba en el baño, otra había ido a misa, un día había ido al juego de pelota, otro tenía gente... ¡tenía gente! ¿Es que por ventura no soy también gente?

»Al final, me encontraba tan ridículo con mi eterno «de parte del cura de San Nazario», que ya no me atrevía a decir de parte de quien iba; pero el guacamayo del vestíbulo no me dejaba ir una sola vez sin gritarme, con su imperturbable gravedad:

»-El señor es sin duda la persona que viene de parte del cura de San Nazario.

»Esto hacía reír mucho a los otros guacamayos que correteaban por el patio. ¡Bribones! ¡Si hubiese podido les hubiese largado unos cuantos latigazos, pero no de parte del cura de San Nazario, sino de la mía!

»Ya hacía unos diez días que estaba en Paris, cuando una noche al volver con las orejas gachas de una de esas visitas -y me había jurado volver hasta que me pusieran en la puerta-, encontró en la portería de mi casa una carta ¿Adivina de quién?.. ¿Adivina de quién?.. una carta del conde, querido, del conde de la calle de Lille que me invitaba a presentarme sin demora en casa de su amigo el marqués de Hacqueville, que necesitaba un secretario... ¡Puedes figurarte qué alegría! ¡Y también qué lección! Aquel hombre frío y seco, con el que yo ya no contaba era precisamente el que se ocupaba de mí, mientras que el otro, que tan cordial acogida me dispensaba me exponía diariamente, lo mismo que al cura de San Nazario a las risas insolentes de sus guacamayos azul y oro... Esta es la vida querido; y en París se aprende bien pronto a vivir.

»Sin perder un minuto, corrí a casa del marqués de Hacqueville. Me encontré con un viejecito inquieto, seco, un manojo de nervios, ágil y alegre como una abeja. Ya verás qué tipo tan original. Una cabeza aristocrática pálida y fina los cabellos tiesos y un solo ojo (el otro lo perdió de una estocada) pero el que queda es tan brillante, tan vivo, tan expresivo, tan penetrante, que no se puede decir que el marqués sea tuerto. Es que tiene los dos ojos en uno.

Cuando me presenté ante aquel singular viejecillo, empecé a soltarle las banalidades propias de tales circunstancias; pero él me interrumpió en seco:

»-¡Nada de frases! No me gustan. Vamos al grano. Yo me ocupo en escribir en mis memorias. Desgraciadamente he empezado un poco tarde y no tengo tiempo que perder; me voy haciendo demasiado viejo. He calculado que no desperdiciando ni un instante, necesito tres años aún para terminar mi obra. Tengo setenta años; las piernas no me obedecen ya pero aún conservo firme la cabeza. Puedo, pues, esperar que viviré

esos tres años y que llevaré a buen fin mis memorias. Pero, como antes le he dicho, no tengo ni un momento que perder, y esto es lo que mi secretario ha comprendido, el imbécil -un muchacho muy inteligente, a fe mía y del cual estaba encantado-, se le ha metido en la cabeza enamorarse y casarse. Hasta aquí, menos mal. Pero figúrese usted que esta mañana el muy bribón ha venido a pedirme dos días de licencia para su viaje de bodas.

¡Sí! sí dos días de licencia!.. Ni un minuto.

»-Pero, señor marqués...

»-No hay «señor marqués» que valga... Si usted se va por dos días, ya puede irse para siempre.

»-Pues me voy, señor marqués.

»-¡Buen viaje!

»Y, efectivamente, se ha marchado... y es con usted, mi querido joven con quien cuento para reemplazarle. Las condiciones son las siguientes: El secretario viene a mi casa a las ocho de la mañana y trae su desayuno; yo le dicto hasta el mediodía. Al mediodía se desayuna solo, porque, yo no tomo nada. Después del desayuno del secretario, que debe ser muy corto, reanudamos el trabajo. Si salgo, el secretario me acompaña provisto de lápiz y papel, porque yo dicto siempre: en el coche de paseo, durante las visitas, ¡en todas partes!; por la noche, el secretario come conmigo y después de comer releemos lo que he dictado durante el día. A las ocho me acuesto, y el secretario queda libre hasta el día siguiente. Le daré cien francos al mes y la comida.

No es una fortuna pero dentro de tres años, cuando las memorias estén terminadas, pienso hacerle un regalo, un regalo regio ¡a fe de Hacqueville!; lo único que pido es puntualidad, que no se case y que escriba con ligereza al dictado. ¿Sabe usted escribir al dictado?

»-¡Oh! perfectamente, señor marqués -le respondí, casi sin poder contener mis deseos de reír.

»¡Era muy cómico, en efecto, aquel encarnizamiento del destino de hacerme escribir al dictado toda mi vida!..

»-¡Pues bien! entonces, siéntese -continuó el marqués-. Ahí tiene papel y tinta... Vamos a trabajar enseguida. Estoy en el capítulo XXIV, Mis diferencias con M. de Villète. Escriba...

»Y comienza a dictarme con su vocecita de cigarra, dando saltitos de un extremo al otro de la habitación.

» Así es, mi querido Daniel, cómo entré yo en casa del original marqués, un excelente hombre en el fondo. Hasta ahora estamos muy contentos el uno del otro; anoche cuando supo tu llegada, quiso que tomase para ti esta botella de vino añejo. Con decirte que nos sirven una como ésa todos los días, te harás cargo de lo bien que comemos. Por la mañana en cambio, yo llevo mi desayuno; y te haría mucha gracia verme comer mis dos sueldos de queso de Italia en un magnífico plato de Moustier y un mantel blasonado; pero no creas que es por avaricia: es por evitar a su viejo cocinero, el señor Pilois, la fatiga de preparar mi desayuno. En resumen mi vida no es del toldo desagradable. Las memorias del marqués son muy instructivas, y yo aprendo, una porción de cosas de los señores Decases y Villète que algún día pueden serme útiles. A las ocho de la noche, quedo libre; y entonces voy a leer los periódicos a un gabinete de lectura o bien a darle las buenas noches a nuestro amigo Pierrotte... ¿Te acuerdas del amigo Pierrotte? Pierrotte de las Cevennes, el hermano de leche de mamá. Actualmente Pierrotte ya no es Pierrotte, es el señor Pierrotte, y está grueso como un tonel. Tiene un hermoso almacén de porcelanas en el pasaje del Salmón; y como quería mucho a la señora Eyssette, he encontrado las puertas de su casa abiertas de par en par. Durante las

noches de invierno, era un recurso... Pero ahora que te tengo a ti, ya no me preocupan mis veladas... Ni a ti tampoco, ¿verdad, hermanito?, ¡Oh Daniel! ¡Daniel mío, qué contento estoy! ¡Qué felices vamos a ser!.. »

III
MAMÁ JAIME

Jaime ha terminado su odisea y ahora toca el turno a la mía. La hoguera casi extinguida nos hace señas y nos dice: «¡Idos a acostar, niños!», las bujías nos gritan: «¡A la cama! ¡a la cama! Estamos consumidas hasta las arandelas» «No os escuchamos», dice Jaime riendo, y nuestra velada continúa.

Cómo comprenderéis, lo que cuento a mi hermano me interesa mucho. Es la vida de Poquita Cosa en el colegio de Sarlande; aquella triste vida que el lector no habrá olvidado. Son los niños feos y feroces, los odios, las humillaciones, las llaves del señor Viot siempre encolerizadas, el cuartito del sotabanco donde se alojaba, las traiciones, las noches en lágrimas; y después también -porque Jaime es tan bueno que se puede decir todo-, las orgías del café Barbette, la absenta con los sargentos, las deudas, el abandono de sí mismo, todo, en fin, hasta el suicidio y la terrible predicción del abate Germán: «Serás un niño toda tu vida»

Con los codos sobre la mesa y la cabeza entre sus manos, Jaime oye hasta el final mi confesión, sin interrumpirla... Únicamente veo que de cuando en cuando se estremece y le oigo murmurar: «¡Pobre niño! ¡pobre niño!

»Cuando he terminado, me toma la mano y me dice con una voz dulce y trémula: «El abate Germán tenía razón: ya lo ves, Daniel, eres un niño, un niño pequeño incapaz de manejarse solo en la vida, y has hecho muy bien al refugiarte a mi lado. Desde hoy no serás solamente mi hermano, serás también mi hijo, y puesto que nuestra madre está lejos, seré yo quien la reemplace, ¿Lo quieres? ¡di, Daniel! ¿quieres que sea tu mamá, Jaime? No, te aburriré mucho, ya verás. Todo lo que te pido es que me dejes marchar siempre a tu lado y llevarte de la mano. De ese modo, puedes estar tranquilo y mirar la vida frente a frente, como un hombre: no te comerá»

Por toda respuesta salté a su cuello:

-«¡Oh mamá Jaime, que bueno eres!»

-Y ya me tenéis llorando a lágrima viva sin que nada pudiera consolarme, como el antiguo Jaime de Lyón. El Jaime de ahora ya no llora; el pozo, está, seco, como él dice, y que pase no llorará.

En aquel momento dan las siete. Los vidrios se iluminan. Una luz pálida y trémula entra en la habitación.

-Ya es de día, Daniel -dijo Jaime-. Es hora de irse a dormir. Acuéstate pronto... debes tener necesidad de ello.

-Y tú, Jaime?

–¡Oh! yo no llevo doscientas leguas de ferrocarril en el cuerpo... Además, antes de ir a casa del marqués, tengo que devolver algunos libros al gabinete de lectura y no tengo tiempo que perder... ya sabes cómo las gasta el de Hacqueville... Volveré a la no che a las ocho... Cuando hayas descansado bien puedes salir un poco. Sobre todo te recomiendo...

Aquí mamá Jaime comienza a hacerme una serie de recomendaciones muy importantes para un recién llegado como yo; por desgracia, mientras me las hace, me he

tendido en la cama y, sin dormir precisamente, mis ideas son ya muy confusas. La fatiga, el pastel, las lágrimas... Estoy casi amodorrado... Oigo como en sueños a alguien que me habla de un restaurant próximo, de dinero en el bolsillo de mi chaleco, de puentes a atravesar, de calles a seguir, de agentes de policía a preguntar y del campanario de San Germán como resumen de todo. En el estado en queme hallo, lo que más me impresiona es el campanario de San Germán. Veo dos, cinco, diez campanarios de San Germán, alineados alrededor de mi cama como postes indicadores. Entre todos aquellos campanarios, alguien va y viene por la habitación, atiza la lumbre; echa las cortinas sobre las ventanas, después se acerca a mí, me pone una manta a los pies, me besa en la frente y se aleja dulcemente...

Dormí algunas horas y creo que hubiese dormido hasta el regreso de mamá Jaime, cuando el sonido de una campana me despertó súbitamente. Era la campana de Sarlande, la horrible campana de hierro que sonaba como entonces: «¡Din! ¡don! ¡despertaos! ¡din! don! ¡vestíos!» De un salto me planté en medio del cuarto, con la boca abierta para gritar como en el dormitorio: «¡Vamos, señores!» Después, cuando advertí que estaba en casa de Jaime, me eché a reír y me puse a dar grandes zancadas, como un loco, por la habitación. Lo que había tomado por la campana de Sarlande era la campana de un taller de las inmediaciones, que sonaba seca y feroz como la de allá bajo. No obstante, la campana del colegio tenía un algo más malévolo, sonaba más a hierro. Afortunadamente, estaba a doscientas leguas de distancia y por fuerte que tocase no corría el peligro de oírla.

Me acerqué a la ventana y la abrí. Casi estaba seguro de ver debajo de ella el patio de los grandes con sus árboles melancólicos y el hombre de las llaves deslizándose pegado a los muros.

En aquel momento sonaba mediodía. El alto campanario de San Germán fue el primero en dar las doce campanadas del Angelus, casi en mis oídos.

Por la ventana abierta las graves y pesa-das notas calan en la habitación de Jaime, estallando al caer como grandes pompas sonoras, y llenaban de ruido la estancia. Al Angelus de San Germán, respondieron todos los demás Angelus de París, con sus timbres variados... Allá abajo, París gruñía invisible... Permanecí un momento mirando brillar en la luz las cúpulas las agujas, las torres; después, de pronto, el ruido de la ciudad subió hasta mí, y me entraron unos deseos locos de sumergirme, de arrojarme en aquel ruido, entre aquella multitud, llena de vida y de pasiones, y me dije con embriaguez: «¡Vamos a ver París!»

IV
LA DISCUSIÓN DEL PRESUPUESTO

Aquel día, al volver a su casa para sentarse a la mesa más de un parisién se diría: «¡Vaya un hombrecillo singular que he visto hoy! La verdad es que con sus cabellos demasiado largos, su pantalón demasiado corto, sus chanclos de goma sus medias de seda su olor provinciano y aquella solemnidad en el paso, peculiar a todos los seres demasiado pequeños, Poquita Cosa debía estar muy ridículo.

Era precisamente un día de fines del invierno, uno de esos días tibios y luminosos, primaverales, que en París son más frecuentes aún que en la mismo, primavera. Había mucha gente por las calles.

Algo aturdido por el ruidoso movimiento callejero, iba camino adelante, tímido, sin separarme de la pared. Cuando alguien me tropezaba, le decía ¡dispense! y me ruborizaba. Además, me guardaba muy bien de detenerme delante de los escaparates y, por nada del mundo, hubiese preguntado a nadie mi camino. Después de una calle desembocaba en otra después en otra siempre en línea recta.. La gente me miraba y esto me molestaba mucho. Había personas que se volvían al ruido de mis pasos y ojos risueños al pasar por mi lado; una vez oí que una mujer decía a otra: «Mira ése» Esto me azaró... Lo que también me incomodaba mucho, eran las miradas inquisitivas de los agentes de policía. Desde todos los rincones de la calle aquella endiablada mirada caía sobre mí silenciosamente; y, cuando ya había pasado aún la sentía, como si me quemase la espalda. En el fondo estaba algo inquieto.

Anduve así, casi una hora hasta llegar a un, gran bulevard plantado de árboles. Había allí tanto ruido, tanta gente y tantos coches, que me detuve casi asustado.

-¿Cómo salir de aquí? -pensaba-. ¿Cómo volver casa? Si pregunto por el campanario de San Germán, se burlarán de mí. Se figurarán tal vez que soy una campana extraviada que vuelve de Roma el día de Pascua.

Para tomarme tiempo de adoptar un partido, me detuve ante los carteles de teatros, con el aire preocupado de un hombre que hace su programa para la noche. Desgraciadamente, los carteles, muy interesantes por lo demás, no me dieron el menor detalle sobre el campanario de San Germán, y me exponía a permanecer allí hasta que sonase el trompetazo del Juicio Final, cuando veo a mi lado a mamá Jaime. Estaba tan sorprendido como yo.

-¡Cómo! ¡eres tú, Daniel! ¿Qué diablos haces? Yo le respondí con cierto aire de negligencia:

-Ya lo ves, me paseo.

El bueno de Jaime me miró con admiración.

-¡Pero si está hecho un parisiense!

En el fondo, me sentía muy dichoso de tenerle a mi lado y me colgué de su brazo con una alegría infantil, como en Lyón, cuando el señor Eyssette, padre, había venido a buscarnos al barco.

-¡Es una suerte que nos hayamos encontrado! -me dijo Jaime-. ¡Mi marqués está afónico, y como, afortunadamente, no se puede dictar por gestos, me ha dado permiso hasta mañana... Lo aprovecharemos para dar un buen paseo...

Me llevó casi a rastras y henos por las calles de París, bien apretados el uno contra el otro y muy orgullosos de ir juntos.

Teniendo a mi hermano, ya no me da miedo la calle. Yo voy con la cabeza erguida con el aplomo de un corneta de zuavos y ¡ay del primero que se ría de mí! No obstante, me inquieta una cosa. Mientras caminamos, Jaime me mira muchas veces con aire compasivo. Yo no me atrevo a preguntarle por qué.

-¿Sabes que son muy bonitos tus chanclos? -me dice al cabo de un instante.

-¿Verdad que sí, Jaime?

-Sí, ¡a fe mía! muy bonitos...

Después añade sonriendo:

-No importa, cuando sea rico, te compra par de buenos zapatos para que los pongas dentro.

-¡Pobre Jaime! había dicho esto sin malicia, pero no hacía falta más para desconcertarme. Todos mis temores y todas mis vergüenzas volvieron. Me sentía ridículo con mis chanclos en aquel gran bulevard inundado de sol, y por más cosas amables que me dijese Jaime en favor de mi calzado, quise volver en seguida a casa.

Librodot

Al llegar, nos instalamos al lado del fuego y el resto del día se pasa alegremente, charlando cómo dos gorriones en un alero... A la caída de la tarde llaman a la puerta. Es un criado del marqués con mi equipaje.

-¡Muy bien! -dice mamá Jaime-. Vamos a inspeccionar tu guardarropas.

¡Pobre, guardarropas mío!

Comienza la inspección. Hay que ver nuestra cara cómicamente compasiva mientras hacemos el menguado inventario. Jaime, de rodillas ante mi baúl, saca los objetos uno después del otro y los anuncia a medida que los va sacando.

-Un diccionario... una corbata... otro diccionario... ¡por lo visto fumas! Otra pipa... ¡Bondad divina! ¡cuántas pipas!.. Si al menos tuvieses tantos pares de calcetines... Y este libro, ¿qué es? ¡Oh! ¡oh!.. Cuaderno de castigos... Boucoyran, 500 líneas... Soubeyrol, 400 líneas... Boucoyran 500 líneas... Boucoyran...

Boucoyran... ¡Pardiez! no lo economizabas el nombre de Boucoyran... de todos modos, para nuestro asunto nos hubieran venido mejor dos o tres docenas de camisas.

Al llegar aquí del inventario, mamá Jaime lanzó un grito de sorpresa.

-¡Misericordia divina!.. Daniel... ¿qué es lo que veo? ¡Versos! sí, son versos... ¿Es que aún los haces? ¡Vaya con el misterioso! ¿por qué no me has hablado nunca de ellos en tus cartas? Y, sin embargo, ya sabes que no soy un profano... También yo he hecho poemas en otros tiempos... Acuérdate de ¡Religión! ¡Religión! poema en doce cantos... Vamos, señor poeta ¡veamos esos versos!..

-¡Oh! no, Jaime, te lo ruego. Eso no vale la pena.

-Todos estos poetas son lo mismo -dijo Jaime riendo-. ¡Vamos! a leer tus versos o si no los leo yo mismo. ¡Y ya sabes lo mal que lo hago!

Esta amenaza me decidió y empecé mi lectura.

Eran versos que yo había escrito en Sarlande bajo los castaños de la Pradera, mientras vigilaba a los chicos... ¿Buenos? ¿malos? No me acuerdo; ¡pero con qué emoción los leí!.. ¡Figuraos, pues! Eran poesías que no habla enseñado a nadie. Y, además, el autor de ¡Religión! ¡Religión! no era un juez ordinario. ¿Se burlaría de mí? No obstante, a medida que leo, la música de las rimas me exalta y mi voz es más firme. Sentado delante de la ventana Jaime, impasible me escucha. Detrás de él, en el horizonte, se esconde el sol, enorme, rojo, incendiando las vidrieras. Al borde del tejado, un gato flaco se lame y se estira mirándonos; tiene el aspecto enfurruñado de un societario de la Comedia Francesa mientras escucha una tragedia... Yo veo todo esto con el rabillo del ojo, sin interrumpir mi lectura.

¡Triunfo inesperado! Apenas concluyo, Jaime, entusiasmado, se levanta y me salta al cuello.

-¡Oh! ¡Daniel! ¡qué hermoso es eso, qué hermoso!

Yo le miro con un poco de desconfianza.

-¿De veras, Jaime, crees tú..?

–¡Magnífico, querido, magnífico!.. ¡pensar que tenías todas esas riquezas en tu baúl y no me habías dicho nada! ¡es increíble!..

Y ya tenéis a mamá Jaime que da grandes pasos por la habitación, hablando solo y gesticulando.

De pronto, se detiene adoptando un aire solemne.

-No hay que hablar más; Daniel, tú eres poeta y es necesario que continúes siéndolo y que te busques la vida sin dejar de serlo.

-¡ Oh! Jaime, eso es muy difícil... Sobre todo al principio. Se gana tan poco...

-¡Bah! yo ganaré para los dos, no tengas cuidado...

-¿Y el hogar, Jaime, el hogar que queremos reconstruir?

–¡El hogar! me encargo yo. Me siento con fuerzas para reconstruirlo por mí solo. Tú, por tu parte, le darás lustre, ¡y figúrate lo orgullosos que estarán nuestros padres de sentarse en un hogar célebre!..

Intenté aún algunas objeciones, pero, Jaime tenía respuestas para todo. Después, hay que decirlo, ya no me defendí más que débilmente. El entusiasmo fraternal empezaba a contagiárseme. La fe poética se apodera de mí y ya siento en todo mi ser un prurito lamartiniano... Hay, un punto, en cambio, sobre el, Jaime y yo no estamos completamente de acuerdo.

Mi hermano quiere que a los 35 años entre en la Academia Francesa. Yo me niego enérgicamente.

¡Nada de Academias! Eso es anticuado, pasado de moda.

–¡Razón de más para que entres! -me dice Jaime.

Tú les pondrás un poco de sangre en las venas a esos vejestorios del Palacio Mazarino... Y después será tan dichosa la señora Eyssette!

¿Qué responder a esto? El nombre de la señora Eyssette es un argumento sin réplica. Será preciso resignarse a vestir la casaca verde. ¡Vaya pues, por la Academia! Si mis colegas me aburren demasiado, haré lo que Merimée, no asistir jamás a las sesiones.

Durante la discusión, se ha. hecho de noche y las campanas de San Germán voltean alegremente, como para celebrar la entrada de Daniel Eyssette en la Academia Francesa. «¡Vamos a comer!», dice mamá Jaime; y muy orgulloso de exhibirse en compañía de un académico, me conduce a una chocolatería de la calle de San Benito.

Es un pequeño restaurant para gente pobre, con una mesa redonda en el fondo para los clientes.

Comimos en la primera sala entre gentes raídas y hambrientas, que rebañaban sus platos en silencio.

«Casi todos son literatos», me dijo Jaime en voz baja lo que me llevó, mal de mi grado, a hacerme algunas reflexiones melancólicas; pero me guardé muy bien de comunicarlas a Jaime, por miedo de enfriar su entusiasmo.

La comida fue muy alegre. El señor Daniel Eyssette, (de la Academia Francesa) mostró mucha locuacidad y aun más apetito. Al terminar, se apresuran a subir a su campanario, y mientras que el señor académico fuma su pipa a horcajadas sobre la ventana Jaime, sentado ante su mesa está absorto en un gran trabajo financiero que parece inquietarle mucho. Se muerde las uñas, se agita febrilmente en su silla, cuenta con los dedos; después, de pronto, se levanta con aire de triunfo:

-¡Bravo!.. ya lo tengo...

-¿El qué, Jaime?

-Nuestro presupuesto. Y yo te respondo que no es cosa fácil. ¡Figúrate! ¡Sesenta francos al mes para vivir dos!..

-¡Cómo! ¿sesenta?.. Creía que ganabas cien.

-Sí, pero de ésos hay que separar cuarenta que envío todos los meses a la señora Eyssette para la reconstrucción del hogar... Quedan, pues, sesenta.

La habitación cuesta quince; ya ves que no es cara... sólo que tengo que hacerme la cama yo mismo.

-Ya la haré yo, Jaime.

-No, no. No estaría bien para un académico. Pero volvamos al presupuesto... Quince francos de habitación, cinco de carbón -solamente cinco, porque voy a buscarlo todos los meses al almacén-; quedan cuarenta francos. Pongamos treinta para tu comida. Comerás en el restaurant a donde hemos ido esta noche; quince sueldos el cubierto, sin,

postres, y ya ves que no está del todo mal. Te quedan cinco sueldos para el desayuno. ¿Tienes bastante?

-¡Ya lo creo!

-Nos quedan aún diez francos. Cuento siete, para lavandera... ¡Qué lástima que no tenga tiempo! Iría yo mismo al lavadero... Bueno, quedan tres francos que empleo así: treinta sueldos para mis desayunos...

tengo bastante, porque como todos los días hago una buena comida en casa del marqués, no necesito un desayuno tan substancial como el tuyo. Los últimos treinta sueldos son para los gastos menudos como tabaco, sellos y otros. Total, sesenta francos...

¡Eh! Creo que no se puede calcular mejor.

Y Jaime, entusiasmado, comienza a pasear agitadamente por el cuarto; pero, de repente, se detiene consternado.

-¡Buena la hemos hecho! Tengo que rehacer el presupuesto... He olvidado algo.

-¿Qué?

-¿Y la luz?.. ¿Cómo te arreglarías para trabajar por las noches si no tuvieses luz? Es un gasto indispensable y un gasto, al menos, de cinco francos mensuales... ¿De dónde los podría sacar esos cinco francos?... El dinero del hogar es sagrado, y bajo ningún pretexto... ¡Vaya! ya los tengo. Ahora viene él mes de marzo y con él la primavera el calor, el sol.

-¿Y qué?

-Pues bien, Daniel, cuando hace calor, el carbón es inútil: de modo que los cinco francos de carbón los transformamos en cinco francos de bujías, y ya tienes el problema resuelto... Decididamente, he nacido para ministro de Hacienda... ¿Qué te parece?

Ahora el presupuesto está completo y no creo que hayamos olvidado nada... Claro que aún queda la cuestión del calzado y del vestido, pero ya sé lo que tengo que hacer... Como a partir de las ocho tengo la noche libre, buscaré una plaza de tenedor de libros en casa de cualquier pequeño comerciante.

Estoy seguro de que el amigo Pierrotte me la encontrará fácilmente.

-Por lo que, veo, Jaime, estás en muy buenas relaciones con el amigo Pierrotte... ¿Es que vas con frecuencia?

-Sí, con mucha frecuencia. Por las noches se hace música.

-¡Toma! ¿Es músico Pierrotte?

-No, él no; su hija.

–¡Su hija!.. ¿Tiene, pues, una hija?.. ¡Eh! ¡eh! Jaime... ¿Y es bonita la señorita Pierrotte?

-Preguntas demasiado para una sola vez, Danielín... Ya te contestaré otro día. Ahora es tarde; vamos a acostarnos.

Y para ocultar el embarazo que le causan mis preguntas, Jaime se pone a hacer activamente la cama, con el cuidado de una vieja criada.

Es una cama de hierro de un cuerpo, igual al en que dormíamos los dos en Lyón, en la calle de la Linterna.

–Te acuerdas, Jaime, de nuestra camita de la calle de la Linterna cuando leíamos novelas a escondites y el señor Eyssette nos gritaba desde el fondo de su habitación con su voz más fuerte: «¡Si no apagáis la luz, me levanto!.. »

Jaime se acuerda de esto y también de otras cosas... De recuerdo en recuerdo, dan las doce en el campanario de San Germán, y aún no pensamos en dormir.

-¡Vamos!... ¡buenas noches! -dice Jaime resueltamente.

Pero al cabo de cinco minutos le oigo que se ahoga de risa bajo la ropa.

-¿De qué te ríes, Jaime?...

-Del abate Micou, ya sabes, del abate Micou, nuestro jefe cuando éramos monaguillos... ¿Te acuerdas?

-¡Pardiez!..

Y venga otra vez reír y charlar... Ahora soy yo el que impone juicio y digo:

-¡A dormir!..

Pero un momento después, vuelvo yo a comenzar:

-¿Y Rouget, Jaime, Rouget el de la fábrica?.. Te acuerdas?..

Nuevas carcajadas y más preguntas y respuestas... De pronto un gran, puñetazo en la pared, o sea del lado que duermo yo. Consternación general.

-Es Cucu-Blanc... -me dice Jaime al oído.

-¡Cucu-Blanc!.. ¿Y qué es eso?

–¡Chist!... más bajo... Cucu-Blane es nuestra vecina... Se queja sin duda de que no la dejamos dormir.

–¡Caramba Jaime! ¡vaya un nombre raro el de nuestra vecina!.. ¡Cucu-Blanc! ¿Y es joven?

–Ya podrás juzgar por ti mismo, querido. Un día u otro la encontrarás en la escalera... Mientras tanto, durmamos porque Cucu-Blanc podría enfadarse otra vez.

Al fin, Jaime sopla la bujía y el señor Daniel Eyssette (de la Academia Francesa) se duerme sobre el hombro de su hermano como cuando tenía diez años.

V
CUCU-BLANC Y LA DAMA DEL PRIMERO

En la plaza de San Germán de los Prados, en el rincón que forma la iglesia a la izquierda y casi a la altura del tejado, hay una pequeña ventana que me oprime el corazón cada vez que la veo. Es la ventana de nuestra antigua habitación; y aun hoy, cuando paso por allí, me figuro que el Daniel dé entonces está siempre allá arriba sentado a su mesa contra la vidriera y que se sonríe piadosamente al ver en la calle al Daniel de ahora triste y ya encorvado.

¡Ah! ¡viejo reloj de San Germán, qué bellas horas las que dabas entonces, cuando yo habitaba ahí arriba en compañía de mamá Jaime!.. ¿Es que no podrías repetir algunas de esas horas de ilusión y de juventud? ¡Era tan dichoso en aquellos tiempos!

¡Trabajaba con tanta voluntad!..

Nos levantábamos muy temprano, con el día.

Jaime se ocupaba de la limpieza. Iba a buscar agua barría la habitación, arreglaba mi mesa. Yo no tenía el derecho de tocar nada. Si le decía: «Jaime, ¿quieres que te ayude?»

Jaime se echaba a reír y respondía: «Ni pensarlo, Daniel. ¿Y la dama del primero?» Con estas dos palabras, llenas de alusiones, me cerraba la boca.

He aquí por qué.

Durante los primeros días de mi estancia en París, era yo el encargado de bajar por agua al patio. A cualquiera otra hora del día no me hubiera atrevido; pero por la mañana todos dormían en la casa y mi vanidad no se exponía a ser visto de nadie, en la escalera con un cántaro en la mano. Bajaba al levantarme, casi sin vestir. A aquella hora el patio estaba desierto. Algunas veces, algún palafrenero con chaleco rojo, limpiaba sus arneses cerca de la bomba.

La presencia de aquel hombre bastaba para intimidarme; cuando estaba allí, yo tenía vergüenza y con el cántaro medio vacío me apresuraba a subir. Una vez en casa encontraba ridícula mi conducta lo que no impedía que al día siguiente, volviese a hacer lo mismo si advertía al chaleco rojo en el patio... pues bien, una mañana; que yo había tenido la suerte de evitar al formidable chaleco rojo, subía alegremente con mi cántaro lleno, cuando a la altura del primer piso, me encontró frente a frente con una señora que bajaba. Era la dama del primero...

Erguida y orgullosa los ojos clavados en un libro, descendía lentamente envuelta en un oleaje de seda.

A primera vista me pareció hermosa aunque un poco pálida; pero lo que, mal me llamó la atención de ella fue una pequeña cicatriz blanca que tenía junto al labio. Al pisar ante mí, la dama levantó los ojos.

Yo estaba de pie contra la pared, con mi cántaro en la mano, rojo de vergüenza.

¡Figuraos! ¡haber sido sorprendido como un aguador, despeinado, chorreante, el cuello desnudo la camisa entreabierta!.. ¡qué humillación! Hubiera querido que se abriese la pared... La dama me miró un momento con un aire de reina indulgente, son-

riendo, y pasó... Cuando subí, estaba furioso. Conté

mi aventura a Jaime, que se burló mucho de mi vanidad, pero al día siguiente tomó el cántaro sin decir una palabra. Desde entonces, bajó todas las mañanas, y yo, a pesar de mis remordimientos, le dejaba hacer; tenía demasiado miedo de volver a ver a la dama del primero.

Terminada la limpieza Jaime se iba a casa de su marqués y no volvía hasta por la noche. Yo pasaba el día solo, en coloquio con la Musa o lo que yo llamaba la Musa. De la mañana a la noche la ventana permanecía abierta con mi mesa delante, y en aquel

lugar, de la mañana a la noche enhebraba mis rimas.

De cuando en cuando, un gorrión se posaba en el alero, frente de mí, me miraba un momento con aire desvergonzado y después iba a decir a los otros lo que yo hacía... También las campanas de San Germán venían a visitarme muchas veces al día. Entraban ruidosamente por la habitación y llenaban la habitación de música. Tan pronto los repiques alegres y locos precipitaban sus dobles corcheas; tan pronto las campanadas negras, lúgubres, cuyas notas caían una a una como lágrimas. Después los Angelus:

el Angelus del mediodía, un arcángel con vestidos de sol que entraba resplandeciente de luz; después el Angelus de la tarde un serafín melancólico que des-

cendía en un rayo de luna y que, al sacudir sus grandes alas, impregnaba de humedad toda la habitación...

La musa, los gorriones, las campanas: he ahí las únicas visitas que recibirá ¿Quién había de venir a verme? Nadie me conocía. En la chocolatería de calle de San Benito, tenía buen cuidado dé ponerme en una mesita separado de todo el mundo; comía deprisa, sin levantar los ojos del plato; después, terminada la comida tomaba mi sombrero furtivamente, y me volvía a casa con toda la ligereza de mis piernas. Jamás una distracción, ni un paseo; ni siquiera a oír la música del Luxemburgo. Esta timidez enfermiza, que había heredado de la señora Eyssette, se aumentaba aún por el deterioro de mi traje y por aquellos malditos chanclos de goma que aun no había podido reemplazar. La calle me daba miedo; me sentía como avergonzado. No hubiera querido descender nunca de mi campanario. No obstante, algunas veces, en esos encantadores anocheceres húmedos de la primavera parisiense encontraba al volver del restaurant, bandadas de alegres estudiantes, y al verlos cogidos del brazo, con sus grandes sombreros, sus pipas y sus amantes, me entraban unas ideas... Entonces subía bien deprisa mis cinco pisos y me entregaba al trabajo rabiosamente, hasta la llegada de Jaime.

Cuando llegaba Jaime, la habitación cambiaba de aspecto. Entonces todo era alegría ruido, movimiento. Mi hermano cantaba reía me preguntaba noticias de la jornada: «¿Has trabajado mucho, preguntaba; «¿adelantan tus poemas?» Después me contaba alguna invención de su original marqués, sacaba del bolsillo algunas frioleras que había guardado para mí y gozaba viendo cómo yo las comía.

Después, yo volvía al banco de las rimas, Jaime daba dos o tres vueltas por la habitación, y cuando ya

me creía absorto en el trabajo, escurría el bulto diciéndome: «Puesto que tú trabajas, voy un momento allá abajo» Allá abajo quería decir a casa de Pierrotte, y si no habéis adivinado ya por qué Jaime iba con tanta frecuencia allá abajo, es porque no sois muy sagaces. Yo lo comprendí todo desde el primer día sólo con verle alisarse el cabello delante del espejo y comenzar tres o cuatro veces el nudo de la corbata; pero, para no molestarle, aparentaba no sospechar nada y me contentaba con reírme interiormente pensando unas cosas...

Una vez Jaime fuera ¡adelante con las rimas! A aquellas horas, no llegaba hasta mí ni el menor ruido; los gorriones, los Angelus, todos mis amigos estaban acostados. No me quedaba. más que la Musa...

Hacia las nueve, oía alguien que subía la escalera una escalerilla de madera que empalmaba con la grande-. Era la señorita Cucu-Blanc, nuestra vecina que volvía a casa. A partir de aquel momento, no trabajaba más. Mi cerebro emigraba descaradamente a casa de la vecina y no se movía de allí... ¿Quién podría ser aquella misteriosa Cucu-Blanc?.. Me era imposible obtener el menor detalle sobre ella. Si preguntaba a Jaime, me respondía: «¡Cómo!.. ¿Aun no has encontrado a nuestra soberbia vecina?» Pero nunca me decía nada más. «Es que no quiere que la conozca pensaba yo... Sin duda es alguna griseta del barrio Latino» Y esta idea me abrasaba la cabeza.

Yo me figuraba una mujercita fresca joven, alegre una griseta ¡caramba! Hasta aquel hombre de Cucu-Blanc, me parecía lleno de sabor, uno de esos lindos apodos de amor como Musette o Mimí Pinson. En todo caso mi vecina era una Musette bien juiciosa y bien ordenada una Musette de Nanterre, que entraba todas las noches a la misma hora y siempre sola.

Yo sabía esto por haber aplicado muchos días mi oído a la cerradura a la hora que llegaba... Invariablemente he aquí lo que yo oía: primero como un ruido de botella que se destapa y se tapa muchas veces; después, al cabo de un momento, ¡puf!, la caída de un cuerpo muy pesado en el suelo y casi inmediatamente una vocecita cascada muy aguda una voz de grillo enfermo, que entonaba no sé qué aire de tres notas solas triste hasta hacer, llorar. Era un canto con palabras que yo no entendía a excepción de estas incomprensibles sílabas: ¡Tolocototiñán! ¡Tolocototiñán!, que se repetían de cuando en cuando en la canción como un refrán más acentuado que el demás texto. Esta singular música duraba cerca de una hora; después, sobre un postrero tolocototiñán, la voz se detenía de repente y ya no oía más que una respiración lenta y pesada... Todo esto me intrigaba mucho.

Una mañana mamá Jaime, que había ido a buscar agua entró vivamente en la habitación y, acercándose a mí con aire de misterio, me dijo en voz baja:

-Si quieres ver a nuestra vecina... ¡chist!.. está ahí.

De un salto me plantó en el rellano... Jaime no me había engañado... Cucu-Blanc estaba en su habitación, y la puerta de ésta abierta de par en par; por fin podía contemplarla... ¡Santo Dios! Aquello fue realmente una visión ¡pero qué visión!.. Imaginaos una pequeña buhardilla completamente desnuda en el suelo un jergón, sobre la chimenea una botella de aguardiente, y encima del jergón una enorme herradura

colgada a la pared como una pila de agua bendita. Ahora en medio de aquella pocilga figuraos una horrible negra con unos grandes ojos de nácar, cabellos cortos, lanudos y rizados como un vellón de oveja negra y por todo vestido una camisola descolorida y un viejo miriñaque rojo, sin nada más encima... Es así como se me apareció por primera vez, mi vecina Cucu-Blane, la Cucu-Blanc de mis ensueños, la hermana de Mimí Pinson y de Musette... ¡Oh!, provincia novelesca que esto te sirva de lección!

-Y bien -me dijo Jaime viéndome entrar-. Y bien ¿cómo encuentras..?

No acabó su frase y ante mi cara desconcertada soltó una carcajada inmensa. Yo tuve el buen acuerdo de hacer como él, y aquí nos tenéis a los dos riendo, con todas nuestras fuerzas, el uno en frente del otro, y sin poder hablar. En aquel momento, por la puerta entreabierta se deslizó uña enorme cabeza negra en la habitación para desaparecer casi enseguida gritando: «Blancos burlarse negra no está bien» Figuraos sí reiríamos de buena gana.

Cuando nuestra hilaridad se hubo calmado un tanto, Jaime me dijo que la negra Cucu-Blanc estaba al servicio de la dama del primero; en la casa se la acusaba de ser algo bruja y en prueba de ello citaban la herradura que pendía encima de su jergón. Se decía también que todas las noches, cuando su señora había salido, Cucu-Blanc se encerraba en su bohardilla bebía aguardiente hasta ponerse borracha perdida y pasaba una parte de la noche cantando canciones alegres. Esto me daba una explicación de todos los ruidos que venían de casa de mi vecina; la botella destapada la caída sobre el entarimado y el aire monótono de tres notas. En cuanto al tolocototiñán, parece, que era una especie de onomatopeya muy extendida entre los negros del Cabo, algo así como nuestro Ion, lan, la; los Pedro Dupont de ébano usan el tolocototiñán en todas sus canciones, como los de aquí el lon, lan, la.

A partir de aquel día no creo tener que decir que la vecindad de Cucu-Blanc no me dio tantas preocupaciones. Por la noche cuando subía mi corazón no latía tan vivamente: ya no volví a dejar mis versos para ir a poner la oreja en la cerradura. No obstante, algunas veces, en el silencio de la noche, los tolocototiñán llegaban a mi mesa y yo experimentaba un vago malestar al oír el triste estribillo; se hubiese dicho, que presentía el papel que iba a representar en mi vida...

Mientras tanto, mamá Jaime encontró una plaza de tenedor de libros, a razón de cincuenta francos al mes, en una ferretería a la cual debía ir todas las noches ad salir de casa del marqués. El pobre muchacho me dio la buena noticia mitad contento, mitad disgustado. «¿Cómo te las arreglarás para ir allá abajo?, le dije. Él me respondió con los ojos llenos de lágrimas: «Tengo los domingos. Y desde entonces, como había dicho, no fue allá abajo más que los domingos, lo cual era un gran sacrificio para él, estoy seguro.

¿Qué era, pues aquel allá abajo tan seductor y que tanta sugestión ejercía en mamá Jaime?... No me hubiera disgustado conocerlo... Desgraciadamente no me proponía nunca que le acompañase y yo era demasiado orgulloso para pedírselo. Además, ¿cómo podía yo pensar en ir a ningún sitio con mis chanclos?... Un domingo, no obstante, en el momento de partir, me dijo Jaime con cierto embarazo:

-¿Es que no te gustaría acompañarme allá abajo, Danielín? Seguramente les proporcionarías un gran placer.

-Pero, querido, tú bromeas...

--Sí, sí, ya lo sé.,.. El salón de Pierrotte no es el lugar más a propósito para un poeta...

–¡Oh! no es por eso, Jaime; lo digo solamente por mi traje...

-¡Toma! es verdad... no me acordaba.

Y partió, como encantado de encontrar una verdadera razón para no llevarme.

Apenas ha bajado la escalera vuelve a subir y me dice casi ahogado por la fatiga:

--Daniel, si tuvieses zapatos y una chaqueta presentable ¿me acompañarlas a casa de Pierrotte?

-¿Por qué no?

-Entonces, ven... voy a comprarte todo eso e iremos allá abajo.

Le miré estupefacto. «Es fin de mes y tengo dinero», añadió para convencerme. Estaba tan contento ante la idea de llevar algo nuevo, que no notó la emoción de Jaime ni el tono singular en que me hablaba. Fue más tarde cuando me di cuenta. En aquel momento le salté al cuello y partimos a casa de Pierrotte pasando antes por el Palais-Royal, donde me vestí de nuevo en un bazar.

VI
LA NOVELA DE PIERROTTE

Cuando Pierrotte tenía veinte años, si le hubiesen dicho que un día sucedería al señor Lalouette en el comercio de porcelanas, que tendría doscientos mil francos en casa de su notario -¡ Pierrotte, un notario!

-y una magnífica tienda en el ángulo del pasaje del Salmón, se habría quedado muy extrañado.

Pierrotte a los veinte años no había salido jamás de su aldea usaba gruesos esclots[5] de pino de las Cevennes, no sabía una palabra de francés y ganaba cien escudos al año por criar gusanos de seda; por lo demás era un obrero resistente, famoso danzarín de bourrée[6], amaba la risa y el canto, pero siempre de una manera honrada y sin molestar mucho a los taberneros. Como todos los muchachos de su edad, Pierrotte tenía una buena amiga a la que iba a esperar los domingos, a la salida de las vísperas, para ir a bailar gavotas juntos, bajo los morales. La buena amiga de Pierrotte se llamaba Roberta la gran Roberta. Era una hermosa mocetona de diez y ocho años, huérfana como él, pobre como él, pero que sabía; leer y escribir muy bien lo cual, en las aldeas de las Cevennes, es aún más raro que una dote. Muy orgulloso de su Roberta Pierrotte contaba casarse con ella tan pronto como hubiese salido del cuidado de la quinta; pero el día del sorteo sacó el número 4, de que había metido tres veces la mano en agua bendita antes de ir a la urna... Era necesario partir.

¡Qué desesperación! Afortunadamente, la señora Eyssette, que había sido criada casi educada por la madre de Pierrotte, acudió en socorro de su hermano de leche y le prestó dos mil francos para comprar un substituto. ¡Entonces eran ricos los Eyssette! El feliz Pierrotte no partió, y pudo casarse con su Roberta; pero como aquellas buenas gentes no querían dejar de devolver su dinero a la señora Eyssette y sabían que quedándose en el país no lo conseguirían nunca tuvieron el valor de expatriarse y marchar a París para tentar la fortuna.

Durante un año, no se oyó hablar de nuestros montañeses, pero después, una mañana la señora Eyssette recibió una carta conmovedora firmada por «Pierrotte y su mujer», que contenía 300 francos, primeros frutos de sus economías. El segundo año, nueva carta de «Pierrotte y su mujer», con un envío de 500 francos. Él tercer año, nada. Sin duda, los negocios no iban bien. El cuarto año, tercera carta, el último envío de 1.200 francos y bendiciones para toda la familia Eyssette. Desgraciadamente, cuando

[5] Zuecos.
[6] Danza de Auvernia

llegó la última carta en casa estábamos en pleno desastre; habíamos vendido la fábrica y también nosotros nos disponíamos a emigrar... En su pesadumbre, la señora Eyssette se olvidó de contestar «Pierrotte y su mujer» Desde entonces, no volvimos a tener noticias de ellos hasta el día en que Jaime, a su llegada a París, encontró al buen Pierrotte -¡ay! a Pierrotte sin su mujer -instalado en el despacho de la antigua casa Lalouette.

Nada menos poético, pero nada de más conmovedor que la historia de esta fortuna. Al llegar a París, la mujer de Pierrotte se había puesto valientemente a servir en varias casas. Los Lalouette eran ricos comerciantes avaros y maniáticos, que nunca habían querido tomar ni un dependiente ni una criada porque es preciso hacerlo todo por sí mismo («Señor, hasta los cincuenta años, me he hecho yo mis pantalones», decía él padre Lalouette con orgullo) y que en su vejez, únicamente, se permitían el lujo deslumbrante de una asistenta de a doce francos al mes. ¡Dios sabe si los valía la obra encomendada a ella! ¡La tienda la trastienda un departamento del cuarto piso, dos cubos de agua para la cocina todas las mañanas! Era necesario venir de las Cevennes para aceptar semejantes condiciones; pero ¡bah! Roberta era joven ágil, ruda en el trabajo y fuerte de remos como un novillo; en dos manotazos despachaba su pesada tarea y, de propina obsequiaba a los viejos con su alegre risa, que por si sola valía más de los doce francos... A copia de buen humor y de valentía la animosa montañesa acabó por seducir a sus dueños... Se interesaron por ella la hicieron hablar, y un día espontáneamente -los corazones, más áridos tienen a veces esas repentinas floraciones de bondad -el viejo Lalouette ofreció algún dinero a Pierrotte para que pudiera emprender un negocio por su cuenta.

He aquí cuál fue la idea de Pierrotte; se procuró una burra vieja y un carrito y se fue de un extremo al otro de París gritando con todas sus fuerzas:

«¡Deshaceos de lo que os incomoda!» Nuestro perillán de cevenolés, no vendía, compraba... ¿qué?.. todo. Pucheros rotos, hierros viejos, papeles, cascos, de botella muebles estropeados que no valían ni la molestia de venderlos cintajos y trapos, todo aquello, que no vale nada y que se guarda por hábito, por negligencia porque no se sabe qué hacer de ello, todo, en fin y lo que incomoda... Pierrotte no hacía ascos a nada lo compraba todo, o por lo menos lo aceptaba todo; porque lo más frecuente era no que le vendiesen sino que se lo diesen que se deshicieran de aquello. ¡Deshaceos de lo que os incomoda!

En el barrio de Montmartre, el cevenolés era muy popular. Como todos los pequeños comerciantes ambulantes que quieren no pasar inadvertidos en el bullicio de la calle había adoptado una melopea personal y extravagante, que las dueñas de casa conocían bien... Primero venía a plenos pulmones, el formidable: «¡Deshaceos de lo que os incomoooda!» Después, en un tono lento y quejumbroso, dirigía largos discursos a su borriquita a su Anastagilia como él la llamaba. Creía decir Anastasia. ¡Vamos! Ven, Anastagilia; ¡vamos! Ven hija, mía...» Y la buena Anastagilia seguía con la cabeza baja trotando sobre el empedrado con aire melancólico; y de todas las casas llamaban: «¡Pst! ¡Pst! ¡Anastagilia!..» El carrito se llenaba; había que ver, cuando estaba bien lleno, a Anastagilia y Pierrotte dirigirse a Montmartre, a depositar la carga en casa de un trapero que pagaba pronto y bien todos aquellos «deshaceos de que os incomoda», que había adquirido por nada, nada.

En aquel oficio singular, Pierrotte no hizo fortuna pero se ganó la vida holgadamente. Ya el primer año devolvió el dinero a los Lalouette y envió los 300 francos a la señorita -así llamaba Pierrotte a la señora Eyssette, como cuando era soltera y no se había decidido a llamarla de otro modo-. El tercer año, en cambio, no fue afortunado. Era en pleno 1830. Pierrotte no cesaba en sus gritos de «¡Deshaceos de lo que os incomoda!», pero los parisienses, ocupados en deshacerse de un viejo rey que les

Librodot

incomodaba permanecían sordos a los gritos de Pierrotte y dejaban que se desgañitase en la calle; el carrito volvía vacío todas las noches. Para colino de desdichas, murió Anastagilia. Fue entonces cuando los Lalouette, que empezaban ya a no poderlo hacer todo, por sí mismos, propusieron a Pierrotte que entrase en su casa como mozo. Pierrotte aceptó, pero no pasó mucho tiempo desempeñando tan modestas funciones. Desde su llegada a París, su mujer le daba todas las noches lecciones de lectura y escritura; sabia ya redactar una carta y se expresaba en francés de una manera comprensible. Al entrar en la casa Lalouette, redobló sus esfuerzos y asistió a una clase de adultos para aprender el cálculo, con tan buen éxito, que al cabo de algunos meses ya podía suplir al señor Lalouette, que se había quedado casi ciego, en el escritorio, y en la venta a la señora Lalouette, que apenas se sostenía sobre sus piernas, aunque conservaba joven el corazón. Después vino al mundo la señorita Pierrotte y desde entonces la fortuna del cevenolés fue siempre en aumentó. Primero, los Lalouette le interesaron en el negocio, y más tarde le hicieron su asociado; después, un día el padre Lalouette amaneció completamente ciego, se retiró del comercio y cedió las existencias a Pierrotte, que le había de pagar, en varias anualidades. Una vez solo, el cevenolés dio tal extensión a los negocios, que entres años pudo pagar a los Lalouette y se encontró, libre de toda deuda al frente de una hermosa tienda admirablemente provista... Precisamente entonces, como si hubiese esperado para morir a que su marido no la necesitase la gran Roberta cayó enferma y murió de agotamiento.

Esta es la novela de Pierrotte, tal como Jaime mela contó aquella misma noche mientras íbamos al pasaje del SaImón; y como el camino era largo -habíamos tomado el más largo para mostrar a los parisienses mi chaqueta nueva-, conocía a mi cevenolés a fondo antes de llegar a su casa. Sabía que el buen Pierrotte tenía dos ídolos a los que no se podía tocar, su hija y el señor Lalouette. Sabía también que era algo parlanchín y que su conversación resultaba fatigosa porque hablaba con lentitud, buscaba las frases, las repetía y no podía pronunciar tres palabras seguidas sin añadir: «Es el caso de decirlo...»

Esto tenía su explicación; el cevenolés no había podido hacerse del todo a nuestra lengua. Todo lo que pensaba le llegaba a la lengua en el patuá del Languedoc, y como tenía que poner en francés su pensamiento, los «Es el caso de decirlo...» con que esmaltaba sus discursos, le daban tiempo para cumplir interiormente su tarea. Como decía Jaime, Pierrotte no hablaba, traducía... En cuanto a la señorita Pierrotte, todo lo que pude saber es que se llamaba Camila y tenía diez y seis años, nada más; sobre este capítulo mi Jaime permaneció mudo como un esturión.

Eran aproximadamente las nueve cuando hicimos nuestra entrada en la antigua casa Lalouette. En aquel momento iban a cerrar. Pernos, postigos, barras de hierro, todo un formidable aparato de cierre, yacía amontones sobre la acera ante la puerta entreabierta... Las luces estaban apagadas y todo el almacén en la sombra excepto el escritorio, sobre el cual había una lámpara de porcelana que iluminaba montoncitos de escudos y una gruesa cara roja y risueña. En el fondo, en la trastienda alguien tañía la flauta...

-¡Buenas noches, Pierrotte! -dijo Jaime inclinándose hacia el escritorio... (Yo estaba a su lado y la luz me daba de lleno)-. ¡Buenas noches, Pierrotte!

Pierrotte, que hacía arqueo, levantó los ojos a la voz de Jaime; después, al verme, lanzó un grito, juntó las manos y permaneció allí estupefacto, con la boca abierta mirándome.

-¿Qué le parece? -dijo Jaime con aire de triunfo-. ¿No se lo había dicho?

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! –murmuró el buen Pierrotte -, me parece que... Es el caso de decirlo...

Me parece que la estoy viendo.

-Los ojos sobre todo -dijo Jaime -, fíjese en los ojos, Pierrotte.

-Y la barba señor Jaime, la barba con su hoyuelo -respondió Pierrotte, que, para examinarme mejor, había quitado la pantalla.

En cuanto a mí, no comprendía nada. Allí estaban los dos mirándome, guiñando el ojo, haciéndose señas... De repente, Pierrotte se levantó, salió del escritorio y vino hacia mí con los brazos abiertos.

-Con su permiso, señor Daniel, es necesario que le abrace a usted... Es el caso de decirlo... Me parece que estoy abrazando a la señorita.

Esta última palabra me dio la clave. A aquella edad yo me parecía mucho a la señora Eyssette, y para Pierrotte, que no había visto a la señorita desde hacía veinticinco años, aquel parecido era aún más sorprendente. El buen hombría yo dejaba un momento de estrecharme las manos, de abrazarme, de mirarme riendo con sus ojos llenos de lágrimas; después, comenzó a hablarnos de nuestra madre, de los dos mil francos, de su Roberta de su Camila de su Anastagilia y todo esto con tantos rodeos, con tantos períodos que aún estaríamos allí -es el caso de decirlo -de pie en el almacén, oyéndole sí Jaime no le hubiese dicho con impaciencia: «¿Y su caja Pierrotte?»

-Tiene usted razón, señor Jaime; estoy aquí charlando... charlando... y después la pequeña... es el caso de decirlo... se enfadará de que suba tan tarde.

-¿Es que Camila está arriba? -preguntó Jaime con un afectado aire de indiferencia.

-Sí... si, señor Jaime... la pequeña está arriba... Se muero... Es el caso de decirlo... se muere de ganas de conocer al señor Daniel. Suban, pues, a verla...

voy a hacer m¡ arqueo y enseguida me reúno con ustedes... Es el caso de decirlo.

Sin oír nada más, Jaime me tomó por el brazo y me arrastró hacia el fondo, del lado donde se oía la flauta... El almacén de Pierrotte era grande y estaba bien provisto. En la sombra se veía reflejar el vientre de las anchas botellas de cristal, los globos de ópalo, el oro de los vasos de Bohemia las grandes copas, las soperas rechonchas, y después, a derecha e izquierda altas pilas de platos qué subían hasta el techo. Como si dijéramos el Palacio del hada Porcelana visto de noche. En la trastienda un mechero de gas abierto a medias, velaba aún, dejando salir con aire aburrido la punta de la lengua... No hicimos más que atravesar. Allí había sentado, al borde de un sofá, un mocetón rubio, joven que tañía melancólicamente la flauta Jaime, al pasar, dijo un «buenos días» muy seco, al cual el joven rubio contestó con dos trinos, que debe ser el modo de saludarse entre flautas que no se lleven bien.

-Es el dependiente -me dijo Jaime cuando estuvimos en la escalera-. El muy animal nos rompe la cabeza con su flauta todo el día... ¿Te gusta a ti la flauta Daniel?

Yo estuve a punto de preguntarle: «¿Y a la pequeña le gusta?» Pero tuve miedo de disgustarle y le respondí con mucha seriedad: «No, Jaime, a mí no me gusta la flauta.

El departamento de Pierrotte estaba en el cuarto piso, en la misma casa que el almacén. La señorita Camila demasiado aristocrática para exhibirse en la tienda permanecía todo el día arriba y no veía a su padre más que a la hora de las comidas. «Ya verás, me decía Jaime mientras subíamos, todo está montado a lo grande. Camila tiene una señora de compañía la viuda Tribou, que no la abandona nunca...

No sé de dónde ha salido la tal señora Tribou, pero Pierrotte, que la conoce, pretende que es una dama de gran mérito... Llama Daniel... ya hemos llegado»

Yo llamé y salió a abrirme una cevenolesa, con su gran cofia que sonrió a Jaime como a un antiguo conocido, y nos introdujo en el salón.

Cuando entramos, la señorita Pierrotte estaba al piano. Dos señoras viejas, pero aún fuertes, la señora Lalouette y la viuda Tribou, jugaban a las cartas en un rincón. Al vernos, todos se levantaron. Hubo un momento de confusión y de barullo; después de cambiados los saludos reglamentarios y de hechas las presentaciones de rigor, Jaime

invitó a Camila -la llamaba así, Camila a secas-, a que volviese al piano; invitación que también aprovechó la dama de gran mérito para continuar su partida con la señora Lalouette. Jaime y yo nos habíamos sentado a ambos lados de la señorita Perrotte, que, sin dejar de hacer correr sus dedecitos sobre el teclado hablaba y reía con nosotros. Yo la miraba mientras charlaba. No era bonita. Blanca rosada las orejas pequeñas, el pelo fino, pero demasiadas mejillas demasiada salud; además, tenía las manos rojas y una gracia algo fría como, una pensionista en vacaciones. Verdaderamente era la hija de Pierrotte, una flor de montaña que había crecido bajo la vitrina del pasaje del Salmón.

Tal fue al menos mi primera impresión; pero de pronto, a una palabra que yo le dije, la señorita Pierrotte, que hasta entonces habla tenido los ojos bajos, los levantó lentamente hasta mí, y, como por ensalmo, desapareció la burguesita. No vi más que sus ojos, dos negros ojos deslumbrantes que reconocí al punto...

¡Oh milagro! Eran los mismos ojos negros que tan dulcemente había visto relucir allá bajo, en los muros fríos del viejo colegio, los ojos negros que acompañaban al hada de los anteojos, los ojos negros, en fin... Creía soñar. Estuve a punto de gritar:

«Hermosos ojos negros, ¿sois vosotros? ¿Es que os vuelvo a. encontrar en otra cara?» Y de que eran ellos no cabía la menor duda. Era imposible equivocarse. Las mismas pestañas el mismo brillo, la misma luz negra y velada. ¡Qué locura pensar que

hubiese unos ojos negros iguales! Y, sin embargo, la prueba de que eran los ojos negros y no otros parecidos, es que ellos también me habían reconocido a mí, e íbamos a reanudar, sin duda uno de nuestros agradables diálogos mudos, como antes cuando oí cerca de mí, casi a mí oído, unos dientecitos de ratón que mascullaban. A este ruido, volví la cabeza y vi en un sillón, en uno de los ángulos del piano, a un personaje en el cual no me había fijado hasta entonces... Era un viejo seco y descolorido, con cabeza de pájaro, frente abombada nariz puntiaguda ojos redondos y sin vi demasiado alejados de la nariz, casi en las sienes... Sin un terrón de azúcar que el buen hombre tenía en la mano y se llevaba de cuando en cuando a la boca se le hubiera creído dormido. Algo turbado por aquella aparición, hice al viejo fantasma un profundo saludo, que no me devolvió... «No te ha visto, me dijo Jaime, es el ciego... es el padre Lalouette...»

«Vaya un nombre bien puesto... pensé[7]. Y para no ver más al horrible viejo de cabeza de pájaro, me volví del lado de los ojos negros; pero ¡ay! el encanto se habla deshecho, los ojos negros habían desaparecido. En su lugar había quedado una burguesita muy tiesa en su taburete...

En aquel momento se abrió la puerta del salón y entró Pierrotte, ruidosamente. Detrás de él el flautista con su flauta debajo del brazo. Jaime, al verle descargó Pobre él una mirada fulminante capaz de aturdir a un búfalo, pero le debió fallar porque el hombre de la flauta ni siquiera vaciló.

-¡Y bien pequeña! -dijo el cevenolés besando ruidosamente a su hija en las mejillas-, ¿estás contenta? ¿ya te han traído a tu Daniel?.. ¿Cómo le encuentras? Es muy lindo, ¿verdad? Es el caso de decirlo... el retrato clavado de la señorita.

Y ya tenéis al buen Pierrotte que vuelve a comenzar la escena del almacén y me conduce casi a rastras al centro del salón, para que todo el mundo pueda ver los ojos de la señorita... la nariz de la señorita la barba de la señorita... La exhibición me molestaba mucho. La señora Lalouette y la dama de gran mérito habían interrumpido su partida y casi inclinadas fuera de sus sillones, me examinaban con la mayor sangre fría criticando o elogiando en alta voz tal o cual rasgó de mi cara; lo mismo que si fuese un pollito, de venta en el mercado.

[7] Por alusión a alouette, alondra.

Aquí entre nosotros, me parece que la dama de gran mérito debía ser muy inteligente en volatería joven.

Afortunadamente, Jaime vino a poner fin a mi suplicio, pidiendo a la señorita Pierrotte que tocase algo bonito. «Eso es, toquemos algo bonito», dijo vivamente el flautista dispuesto a lucir sus habilidades. Jaime gritó: «¡No, no, nada de dúos, nada de

flauta!» El flautista dirigió a mi hermano con sus ojos azules claros una mirada envenenada como un a flecha de caribe, pero Jaime no pestañeó y siguió gritando: «¡Nada de flauta!..» A final de cuentas, fue Jaime quien obtuvo la victoria y la señorita Pierrotte tocó, sin auxilio de ningún acompañante, uno de esos trémolos tan conocidos con el nombre de Réveries de Rosellen... Mientras tocaba el señor Pierrotte lloraba de admiración, Jaime estaba sumido en éxtasis, el flautista silencioso, pero con la flauta en los dientes, llevaba la medida con los hombros y tocaba interiormente.

Acabado el Rosellen la señorita Pierrotte se volvió hacia mí.

-¿Y usted, señor Daniel? -me dijo bajando los ojos-. ¿Es que no le oiremos? Ya sé que es usted poeta.

-¡Y buen poeta! -dijo el indiscreto de Jaime.

A mí no me hacía muy feliz la idea de recitar versos delante de todos aquellos Amalecitas. Si al menos se hubiesen estado allí los ojos negros... ¡pero no! desde una hora antes los ojos negros se habían ocultado y yo los buscaba en vano... Había que oír el tono desabrido con que respondí a la joven Pierrotte:

-Dispénseme usted por esta noche señorita; no he traído mi lira.

-No la olvide usted la próxima vez -me dijo -el buen Pierrotte que tomó aquella metáfora al pie de la letra.

El pobre hombre creía sinceramente que yo tenía una lira y que la tocaba como su dependiente tocaba la flauta... ¡Ah! ¡Si Jaime me hubiese prevenido que iba a encontrarme entre una sociedad tan divertida!

Hacia las once, sirvieron el te, La señorita Pierrotte iba y venía ofreciendo azúcar, sirviendo la leche con la sonrisa en los labios. Fue en aquel momento cuando volví a ver los ojos negros. Se aparecieron repentinamente ante mí, luminosos y simpáticos, pero se eclipsaron de nuevo, antes de que yo hubiese podido hablarles... Entonces solamente advertí una cosa y es que en la señorita Pierrotte había dos seres muy distintos: uno la señorita Pierrotte, una burguesita con los cabellos aplastados sobre las sienes, y muy a propósito para reinar en la antigua casa Lalouette; el otro, los ojos negros, aquellos grandes ojos poéticos que se abrían como dos flores de terciopelo y que no tenían más que aparecer para transformar aquel interior de quincalleros grotescos. A la señorita Pierrotte, por nada del mundo la hubiera querido; pero a los ojos negros... ¡oh! ¡a los ojos negros!..

Al final llegó la hora de la partida. Fue la señora Lalouette la que dio la señal. Envolvió a su marido en un gran abrigo y se lo llevó cogido del brazo, como una vieja momia cubierta de tela. Después Pierrotte nos tuvo aún largo tiempo en el rellano dirigiéndonos discursos interminables: «¡Ah! Señor Daniel, ahora que ya conoce la casa espero que usted volverá... No tenemos nunca mucha gente, pero sí una sociedad escogida... es el caso de decirlo... En primer lugar los señores Lalouette, mis antiguos principales; después la señora Tribou, una dama del mayor mérito con la que usted puede hablar; además mi dependiente, un buen muchacho que toca muy bien la flauta...es el caso de decirlo.. Podrán hacer dúos los dos. Eso será muy bonito.

Yo le objeté tímidamente que estaba siempre muy ocupado y que no podría ir con la frecuencia que deseara. Esto le hizo reír.

-¡Vamos, hombre! ¡ocupado, señor, Daniel!.. ya sabemos qué clase de ocupaciones se tienen en el barrio Latino... es el caso de decirlo... seguramente debe de tener alguna griseta por allí.

-Efectivamente -dijo Jaime riendo también-, la verdad es que la señorita Cucu-Blanc no carece de atractivos.

El nombre de Cucu-Blanc aumentó la hilaridad de Pierrotte.

Cómo dice usted, señor Jaime? ¿Cucu-Blanc?

se llama Cucu-Blanc... ¡Vaya! ¡vaya! con el joven... a su edad...

Al advertir que su hija escuchaba se detuvo, pero ya estábamos abajo y aún oíamos su ruidosa risa que, hacía retemblar la escalera...

-Bueno, ¿y qué te parecen? -me dijo Jaime así que estuvimos en la calle.

-Querido, el señor Lalouette es muy feo, pero la señorita Pierrotte es encantadora.

-¿Verdad que sí? -me dijo el pobre enamorado

con tal vivacidad que no pude por menos de reírme.

-Vamos, Jaime, te has descubierto -le dije tomándole la mano.

Aquella noche nos paseamos hasta bien tarde a lo largo de los muelles. A nuestros pies, en el río tranquilo y negro, se reflejaban millares de estrellas.

Las amarras de las barcazas crujían. Era un verdadero placer para mí caminar dulcemente en la sombra y oír a Jaime hablar de su amor... El la amaba con toda su alma pero no era correspondido: estaba bien seguro de ello.

-Entonces, Jaime, es que ama a otro, indudablemente.

-No, Daniel; no creo que antes de esta noche haya amado a nadie.

–¡Antes de esta noche Jaime! ¿qué quieres decir?

-¡Caramba! si ya te quieren todos, Daniel, no tendría nada de particular que ella te quisiera también.

¡Pobre y querido Jaime! ¡Con qué aire tan triste y tan resignado pronunció aquellas palabras!.. Para tranquilizarle me eché a reír estrepitosamente, más estrepitosamente aún de lo que yo mismo hubiera querido.

-¡Diablo! vas muy de prisa querido... Entonces es que yo soy irresistible o la señorita Pierrotte muy inflamable... ¡Pero no! tranquilízate, mi querida mamá Jaime. La señorita Pierrotte está tan lejos de mi corazón como yo del suyo; te aseguro que no es a

mí a quien has de temer.

Al hablar así lo hacía con entera sinceridad. La señorita Pierrotte no existía para mí... Los ojos negros, en cambio, eso ya es distinto.

VII
LA ROSA ENCARNADA Y LOS OJOS NEGROS

Después de aquella primera visita a la antigua casa Lalouette, estuve bastante tiempo sin volver allá abajo. Jaime, en cambio, continuaba fielmente sus peregrinaciones dominicales, y cada vez inventaba algún nuevo nudo en su corbata lleno de seducciones. La corbata de Jaime era todo un poema un poema de amor ardiente y contenido, algo así como un selam de Oriente, uno de esos ramos de flores emblemáticas que los bajaes ofrecen a sus amadas y a los cuales saben hacer expresar todos los matices de la pasión.

Si yo hubiese sido mujer, la corbata de Jaime, con sus mil nudos que él variaba hasta lo infinito, me hubiera conmovido más que una declaración. Pero, ¿qué queréis? las mujeres no entienden de eso... Todos los domingos, antes de partir, el pobre enamorado no dejaba ni una sola vez de decirme: «Voy allá abajo, Daniel... ¿quieras venir?» Y yo le respondía invariablemente: «No, gracias, Jaime; me quedo a trabajar...» Entonces se marchaba rápidamente y yo me quedaba solo, inclinado sobre el potro de las rimas.

Esto era por mi parte, una resolución seriamente tomada. Tenía miedo de los ojos negros y me había dicho: «Si los vuelves a ver, estás perdido...» pero como si no... porque tenía metidos en la cabeza aquellos diablos de ojos negros. En todas partes me encontraba con ellos y siempre tenía el pensamiento en ellos trabajando, hasta dormido. En todos mis cuadernos hubieseis podido ver grandes ojos negros dibujados a la pluma con sus largas cejas. Era una obsesión.

¡Ah! cuando mamá Jaime, con la mirada brillante de placer, partía al paso más rápido de sus largas piernas, en dirección al pasaje del Salmón, con un nudo de corbata inédito, Dios sabe qué locos deseos me entraban de bajar brincando la escalera y de gritarle: «¡Espérame!» Pero no. Algo me decía en mi interior que no obraría bien yendo allá abajo y por lo menos tenía el valor de continuar en mi potro... y decir: «¡No! gracias, Jaime; me quedo a trabajar»

Así pasó algún tiempo. A la larga con el auxilio de la Musa conseguiría indudablemente arrojar a los ojos negros de mi cerebro. Desgraciadamente, cometí la imprudencia de volverlos a ver. Aquello era ya irremediable. Perdí la cabeza y el corazón. Ved en qué circunstancias:

Desde las confidencias que me hiciera a orillas del río, mamá Jaime no había vuelto a hablarme de sus amores, pero yo ya comprendía en su aspecto que las cosas no marchaban como él hubiera querido... El domingo, cuando volvía de casa Pierrotte, estaba siempre triste. Por la noche oía sus suspiros...

Si le preguntaba: «¿Qué tienes, Jaime?», me respondía bruscamente: «No tengo nada» Pero yo comprendía que tenía algo, sólo por el tono en que lo decía. El tan bueno, tan paciente, se mostraba irascible conmigo y a veces me miraba como si estuviésemos enfadados. Claro que yo me sospechaba que en todo aquello había grandes contrariedades amorosas, pero como Jaime se obstinaba en no decirme nada tampoco yo me atrevía a hablarle. No obstante, un domingo que había regresado más sombrío que de ordinario, quise saber la verdad de todo.

-¡Vamos! Jaime, ¿qué tienes? -le dije acogiéndole las manos– . ¿Es que las cosas no andan bien por allá abajo?

-Pues bien ¡no!.. van muy mal -me respondió el pobre muchacho descorazonado.

-Pero, en fin, ¿qué pasa? ¿Es que Pierrotte se ha fijado en algo?... ¿Es que por ventura se opone?..

–¡Oh! no, Daniel, no es Pierrotte el que se opone... Es ella que no me ama, que no me amará nun-

ca.

-¡Qué locura Jaime! ¿Cómo puedes saber que no te amará nunca?.. ¿Es que ni siquiera le has dicho que la amas?.. ¿Verdad que no?.. Pues entonces...

-Aquel a quien ella ama no ha hablado; no tiene necesidad de hablar, para ser amado...

-Verdaderamente, Jaime, ¿crees que el flautista?..

Jaime no pareció haber oído mi pregunta.

-Aquel a quien ella ama no ha hablado -dijo por segunda vez.

Y no pude saber nada más.

Librodot

-Aquella noche no se durmió mucho en el campanario de San Germán.

Jaime se pasó casi toda la noche a la ventana mirando las estrellas y suspirando. Ya pensaba: «Si fuese allá abajo para ver las cosas de cerca... Después de todo, Jaime puede equivocarse. La señorita Pierrotte, indudablemente, no ha comprendido todo el amor que se encierra en los pliegues de su corbata... Puesto que, Jaime no se atreve a hablar de su pasión, quizás haría yo, bien en hablar por él... Sí, sí, eso es; yo iré, hablaré a esa joven filistea y luego veremos»

Al día siguiente, sin decir nada a mamá Jaime, puse en práctica mi hermoso pensamiento. Dios es testigo de que al ir allá abajo no tenía ningún pensamiento oculto. Iba allí por Jaime, nada más que por Jaime... No obstante, cuando vi el ángulo del pasaje del Salmón la antigua casa Lalouette con sus pinturas verdes y el letrero Porcelanas y cristales, noté unas ligeras palpitaciones en el corazón que debían haberme servido de advertencia... Entré. El almacén estaba desierto. En el fondo, el hombre-flauta comía; aun entonces tenía la flauta sobre el mantel, a su lado. «¡Que Camila pueda dudar entre esta flauta y mamá Jaime! ¡vamos, no es posible!..» me decía mientras subía. «En fin, ahora lo veremos...

Encontré a Pierrotte en la mesa con su hija y la dama de gran mérito. Los ojos negros no estaban allí, muy afortunadamente. Cuando yo entré, hubo una exclamación de sorpresa. «¡Por fin, aquí está!

-exclamó Pierrotte con su voz de trueno-. Es el caso de decirlo... Tomará café con nosotros.

»Me hicieron sitio. La dama de gran mérito fue a buscarme una linda taza con flores doradas, y me senté al lado de la señorita Pierrotte...

Estaba muy bonita aquella noche la señorita Pierrotte. En sus cabellos casi encima de la oreja -no es ése el sitio en que se colocan hoy–, había puesto una pequeña rosa encarnada, tan encarnada... Entre nosotros, creo que, aquella rosa tenía algo de hechicería de tal modo embellecía a la pequeña filistea... «¡Ah! señor Daniel -me dijo el cevenolés con una risa afectuosa y llena de bondad-, ya se ve que todo ha terminado entre nosotros y que usted no quiere venir a vernos...» Intenté excusarme y hablar de mis trabajos literarios. «Sí, sí, ya conozco los trabajos del barrio Latino», dijo el cevenolés. Y se echó a reír de muy buena gana mirando a la dama de gran mérito de que tosía significativamente con aire de inteligencia y me enviaba puntapiés por debajo de la mesa.

Para aquellas buenas gentes, barrio Latino significaba orgías, violines, bailes, fuegos artificiales, cacharros rotos y otras muchas más cosas. ¡Ah! si yo les hubiese contado mi vida de cenobita en el campanario, Germán, a buen seguro que se habrían extraña mucho. Pero, ya se sabe, cuando se es joven no le desagrada a uno pasar por mala persona. Ante las acusaciones de Pierrotte, yo adoptaba un afectado aire de modestia y me defendía débilmente: «¡No! ¡no! yo le aseguro... ¡No es lo que usted se figura!»

¡Cómo se hubiera reído Jaime si me hubiera visto!

Cuando hubimos terminado de tomar café, se oyó un trino de flauta en el patio. Es que llamaban a Pierrotte al almacén. Apenas hubo vuelto la espalda la dama del gran mérito se fue a su vez a la cocina a hacer una partida con la cocinera. Entre nosotros, creo que el principal mérito de aquella dama consistía en embrollar las cartas con mucha habilidad...

Cuando vi que me dejaban solo con la pequeña rosa encarnada pensé: «Este es el momento», y ya tenía el nombre de Jaime en los labios, pero la señorita Pierrotte no me dio tiempo de hablar. En voz baja sin mirarme, me dijo de pronto: «¿Es esa señorita de Cucu-Blanc la que no le deja venir a casa de los amigos?» Al principio creía que se reía;

¡pero no! no reía. Parecía incluso, muy emocionada, a juzgar por el color subido de sus mejillas y por su voz ahogada. Sin duda habían hablado de Cucu-Blanc delante de ella y se imaginaba confusamente cosas que no eran. Hubiera podido desengañarla con una palabra pero no sé qué ridícula vanidad me la impidió... Entonces, viendo que no le contestaba la señorita Pierrotte se volvió hacia mi y, levantando sus grandes pestañas que hasta entonces había tenido bajas, me miró... Miento. No fue ella la que me miró; fueron los ojos negros, arrasados en lágrimas y llenos de tiernos reproches. ¡Ah! ¡queridos ojos negros! ¡delicias de mi alma!

Aquello no fue más que una aparición. Las largas cejas volvieron a inclinarse de nuevo, casi inmediatamente, y los ojos negros desaparecieron; volvía estar al lado de la señorita Pierrotte. Enseguida sin esperar una nueva aparición, me puse a hablar de Jaime. Empecé por decir cuán bueno, leal, valiente y generoso era. Le contó aquella abnegación incansable aquella maternidad siempre despierta que le convertía en una verdadera madre celosa. Era Jaime el que me mantenía el que me vestía el que atendía a todas mis necesidades, Dios sabe a precio de qué trabajos, de qué privaciones. Sin él, yo estaría aún allá abajo, en aquella cárcel negra de Sarlande donde tanto había sufrido...

Al llegar a este punto de mi discurso, la señorita Pierrotte parece enternecerse y veo deslizarse una lágrima a lo largo de su mejilla. Yo, ingenuamente, creí que aquello era por Jaime, y me dije: «¡Adelante! esto va bien», y redoblé mi elocuencia. Hablé de las melancolías de Jaime y de aquel amor profundo y misterioso que lo roía el corazón. ¡Ah! tres o cuatro veces dichosa la mujer que...

Aquí, la pequeña rosa encarnada que llevaba la señorita Pierrotte en los cabellos resbaló, no sé cómo, y vino a caer a mis pies. Precisamente en aquel momento, buscaba yo un medio delicado de hacer comprender a la joven Camila que era ella la mujer tres o cuatro veces dichosa de la cual Jaime, se había enamorado. La rosa encarnada al caer, me proporcionó lo que yo deseaba. ¡Cuando digo que tenía algo de hechicería aquella rosa! La recogí rápidamente, pero me guardé muy bien de devolvérsela.

«Será para Jaime, de parte de usted», dije a la señorita Pierrotte con la más fina de mis sonrisas. «Para Jaime, si usted así lo quiere», contestó la señorita Pierrotte suspirando; pero en aquel momento aparecieron los ojos negros y me miraron con ternura diciéndome no es para Jaime, es para ti! »¡Y si hubieseis visto qué claramente lo decían, con qué candor inflamado, con qué pasión púdica e irresistible! No obstante, vacilé aún y se vieron obligados a repetirme: «¡Sí!.. para ti... para ti» Entonces besó la pequeña rosa y la guardé en el pecho.

Aquella noche cuando Jaime volvió, me encontró, como de costumbre, inclinado sobre el banco de las rimas, y no sospechó que hubiese salida en todo el día. Por desgracia cuando me desnudaba la rosa encarnada que había guardado en el pecho, rodó por el suelo hasta los pies de la cama: todas las hechicerías están llenas de malicias. Jaime la vio, la recogió y la contempló largo rato. No sé quién de los dos estaba más encarnado, si la rosa o yo.

-La reconozco -me dijo-, es una rosa del rosal de allá abajo, del que hay en la ventana del salón.

Y después añadió devolviéndomela:

-A mí nunca me ha dado ninguna.

Y dijo esto tan tristemente que los ojos se me llenaran de lágrimas.

-Jaime, amigo Jaime, te juro que hasta esta noche...

Me interrumpió con dulzura: «No te excuses, Daniel. Estoy seguro de que no has hecho nada para traicionarme... Yo lo sabía, sabía que eras tú a quien amaba. Acuérdate de la que te dije: «Aquel a quien ella ama no ha hablado, no tiene necesidad de hablar

para ser amado» Dicho esto, el pobre muchacho se puso a pasear agitadamente por la habitación.

Yo le miraba inmóvil, con la rosa encarnada en la mano. «Lo que ha ocurrido debía ocurrir, continuo al cabo de un momento. Ya hacia tiempo que yo había previsto esto. Ya sabía que si, te veía acabaría todo para mí... Por eso es por lo que tardé tanto en

decidirme a llevarte allá abajo. Estaba celoso de ti por anticipado. ¡Perdóname! ¡pero la amaba tanto!..

Un día, en fin, quise intentar la prueba y te llevó conmigo. Aquel día querido, comprendí que todo había acabado para mí. Al cabo de cinco minutos te miró como nunca había mirado a nadie. Tú también lo advertiste, no lo niegues. La prueba es que has estado más de un mes sin volver por allá abajo; pero ¡pobre de mí! eso no me ha servido de gran cosa....

Para almas como la suya al contrario, los ausentes no pierden nada... Cada vez que iba a su casa no hacía más que hablarme de ti, y tan ingenuamente, con tanta confianza y amor... Era un verdadero suplicio. Ahora todo ha terminado... Lo prefiero así»

Jaime me habló así, con la misma dulzura y la misma sonrisa resignada. Todo lo que decía me causaba pena y placer a la vez. Pena porque veía que era desgraciado; placer, porque veía a través de cada una de sus palabras a los ojos negros, que brillaban llenos de mí. Cuando terminó, me aproximé a él, algo avergonzado, pero sin dejar la rosa encarnada:

«Jaime, ¿es que ahora ya no me querrás?» Jaime sonrió estrechándome contra su corazón «Tonto, ahora te querré más»

Y era verdad. La historia de la rosa encarnada no disminuyó en nada la ternura de mamá Jaime, ni siquiera su humor. Yo creo que sufría mucho, pero no lo daba a entender Ni un suspiro, ni una queja nada.

Igual que antes, continuó yendo allá abajo los domingos y haciendo buena cara a todos. Lo único que suprimió fueron los nudos de la corbata. Por lo demás, siempre tranquilo y noble trabajando hasta matarse y marchando valerosamente por el camino de la vida con la mirada fija en un solo objeto, la reconstrucción del hogar... ¡Oh Jaime! ¡Mi mamá Jaime!

En cuanto a mí, desde el día en que pude amar a los ojos negros libremente, sin remordimientos, me arrojé sin reservas en aquella pasión. No me movía de casa de Pierrotte. Había conquistado todos los corazones ¡al precio de qué cobardías, santo Dios!

Llevaba azúcar al señor Lalouette, hacía partidas con la dama de gran mérito... nada ahorraba. En aquella casa yo me llamaba Deseo de agradar... Regularmente, Deseo de agradar Regaba a casa de Pierrotte a mediodía. A aquella hora Pierrotte estaba en el almacén, y Camila sola en el salón con la dama de gran mérito. Desde que yo llegaba los ojos negros se me aparecían y casi en el mismo instante la dama de gran mérito nos dejaba solos. Aquella noble dama que el cevenolés había dado a su hija como señora de compañía se creía desembarazada de todo servicio cuando me veía. Pronto, pronto a la cocina y adelante las cartas. Ya comprenderéis que no me quejaba ¡figuraos! a solas con los ojos negros.

¡Dios mío! ¡Las horas tan agradables que he pasado en aquel salón! Casi siempre llevaba un libro, uno de mis poetas favoritos, y leía algunos pasajes a los ojos negros, que se llenaban de bellas lágrimas, o despedían relámpagos, según las circunstancias. Durante este tiempo, la señorita Pierrotte, bordaba unas zapatillas para su padre o bien tocaba al pianó una de sus eternas réveries de Rosellen. Algunas veces, no obstante, aquella burguesita en los pasajes más patéticos de nuestra lectura, hacía una reflexión absurda como por ejemplo: «Es necesario que venga el afinador» , o bien: «Se me han

escapado dos puntos» Entonces, cerraba el libro despechado y no quería seguir adelante; pero los ojos negros tenían una cierta manera de mirarme que me apaciguaban enseguida y yo continuaba.

Era sin duda una gran imprudencia dejarnos solos siempre en aquel salón. Pensad que entre los dos los ojos negros y Deseo de agradar -no reunían treinta y cuatro años... Afortunadamente, la señorita Pierrotte no nos dejaba nunca y era una celadora muy juiciosa muy avisada muy despierta cual corresponde a las personas encargadas de la vigilancia de los polvorines... Un día aun me acuerdo, estábamos sentados, los ojos negros y yo, una tibia tarde de primavera en un sofá del salón. El balcón estaba entre abierto y las grandes cortinas caían hasta el suelo ¡Leímos el Fausto aquel día!.. Terminada la lectura el libro me resbaló de las manos; permanecimos un momento, el uno contra el otro, sin hablar, en el silencio del mediodía... Tenía apoyada su cabeza sobre mi hombro. Por su corpiño entreabierto veía yo unas medallitas de plata que brillaban en su garganta... De pronto se presentó la señorita

Pierrotte. Había que ver cómo me envió al otro extremo del sofá y, después, ¡qué sermón, Virgen santa! «Eso que hacéis, está muy mal, queridos niños, nos dijo... Es abusar de la confianza que os demuestran... Hay que hablar al padre de vuestros proyectos... ¡Vamos! Daniel, ¿cuándo le hablará usted?» Prometí hablar a Pierrotte así que hubiese terminado mi gran poema. Esta promesa apaciguó un poco a nuestro centinela pero, por si acaso, desde aquel día quedó prohibido a los ojos negros sentarse en el sofá al lado de Deseo de agradar.

¡Oh! era muy rígida aquella señorita Pierrotte. Figuraos que al principio no quería permitir a los ojos negros que me escribiesen; al fin, no obstante, accedió, con la condición de que le enseñaría las cartas.

Desgraciadamente, la señorita Pierrotte no se con formaba con leer aquellas adorables cartas llenas de pasión que me escribían los ojos negros; a lo mejor intercalaba frases como ésta:

-... Esta mañana estoy muy triste. He encontrado una araña en mi armario. Araña por la mañana, disgusto seguro.

O bien:

-No se pone una casa con huesos de melocotón...

Y por último la eterna cantinela:

-Hay que hablar al padre de nuestros proyectos...

A lo que respondía yo invariablemente:

-¡Cuando haya terminado mi poema!..

VIII
UNA LECTURA EN EL PASAJE DEL SALMÓN

Por fin terminé el famoso poema. Fue esto al cabo de cuatro meses de trabajo, y me acuerdo que cuando llegué a los últimos versos ya no podía escribir más; de tal modo me temblaban las manos de fiebre de orgullo, de placer, de impaciencia.

En el campanario de San Germán, aquello fue un acontecimiento. Jaime, en aquella ocasión, fue por una sola vez, el Jaime de otros tiempos, el Jaime de las encuadernaciones y de los pucheritos de cola.

Me confeccionó un magnífico cuaderno para copiar en él, de su propia mano, mi poema Cada verso le arrancaba gritos de admiración, pataleos de entusiasmo, pero yo no tenía tanta confianza en mi obra.

Jaime me amaba demasiado, y por lo tanto no podía ser un buen crítico. Yo hubiera querido leer mi

poema a alguna persona imparcial. Desgraciadamente, no conocía a nadie.

Sin embargo, en el restaurant, no me habían faltado ocasiones de hacer amistades. Desde que éramos ricos, yo comía en la mesa de los escogidos, en la sala del fondo. Se encontraban allí una veintena de jóvenes, escritores, músicos, pintores, arquitectos, o por mejor decir, el germen de todo ello.

-Hoy ya ha granado el germen; muchos de aquellos jóvenes son célebres, y cuando veo su nombre en los periódicos, me entra una tristeza muy grande a mí, que no soy nada-. Cuando me senté por primera vez a aquella mesa, todos me acogieron con los brazos abiertos; pero como yo era demasiado tímido para mezclarme en sus discusiones, pronto se olvidaron de mí, y me encontré tan solo entre ellos como cuando comía en mi mesita. Yo escuchaba pero no hablaba.

Una vez por semana venía a comer con nosotros un poeta muy famoso, de cuyo nombre ya no me acuerdo, pero a quien aquellos señores llamaban Baghavat, del título de uno de sus poemas. Ese día bebíamos Burdeos de a diez y ocho sueldos; después, a los postres, recitaba un poema indio. Los poemas indios eran su especialidad. Tenía uno titulado Lakçamana otro Daçaratha otro Kalatcala otro Bhagiratha y, además, Cudra, Cunocepa, Viçvamitra... pero el más hermoso de todos era Baghavat. ¡Ah! cuando el poeta recitaba Baghavat, la sala se venía abajo. Los admiradores aullaban, pataleaban, se subían a las mesas. Yo tenía a mi derecha a un pequeñín, arquitecto, con la nariz rola que empezaba a sollozar desde el primer verso, y todo el tiempo que duraba la lectura se lo pasaba enjugándose los ojos con mi servilleta...

Yo, por seguir la corriente, chillaba más que nadie, pero en el fondo no me entusiasmaba mucho el tal Baghavat. Todos sus poemas indios venían a ser por el estilo. Siempre había un lotus, un cóndor, un elefante y un búfalo; algunas veces el lotus se llamaba loto, pero por lo demás, completamente igual; después ni pasión, ni verdad, ni fantasía. Solamente rimas sobre rimas. Una mixtificación... Esto es lo que yo pensaba del gran Baghavat y quizá, yo le hubiese juzgado con menos severidad si a mí también

me hubiesen pedido versos; pero nadie me pedía nada y. esto hacía que fuese implacable... Por lo demás, no era yo el único que sustentaba semejante opinión respecto de la poesía india. Mi vecino de la izquierda no era tampoco de los entusiastas. ¡Singular personaje el tal vecino! Aceitoso, raído, reluciente, con una gran frente calva y una larga barba en cuyos pelos había enredados siempre algunos fideos. Era el más viejo de la mesa y desde luego el más inteligente. Como todos los espíritus cultivados, no se prodigaba y hablaba poco. Todos le respetaban y decían de él: «Es un sabio... es un pensador» Por mi parte, al ver la mueca irónica que se dibujaba en sus labios cuando escuchaba los versos del gran Baghavat, había concebido de mi vecino de la izquierda la más alta opinión: «He aquí un hombre, de gusto, pensaba... ¡Y si le hablase de mí poema!..»

Una noche cuando ya habíamos terminado de cenar, hice traer una botella de aguardiente e invitó al pensador a tomar una copita conmigo, pues conocía su vicio. Aceptó. Mientras bebíamos, yo procuré hacer recaer la conversación sobre Baghavat y empecé por decirle pestes de los lotus, de los cóndores, de los elefantes y de los búfalos... ¡El colmo de la audacia, porque son tan rencorosos los elefantes!.. Mientras yo hablaba el pensador se iba sirviendo copitas de aguardiente sin decir nada. De

cuando en cuando sonreía y meneaba la cabeza en señal de aprobación murmurando: «Ua... ua...»

Enardecido por aquel primer éxito, le confesé que yo también había compuesto un gran poema y deseaba conocer su opinión. «Ua... ua...» gruñó otra vez el pensador sin pestañear. Viendo a mi hombre tan bien dispuesto me dije: «¡Este es el momento!», y saqué mi poema del bolsillo. El pensador, sin emocionarse, se echó la copa de aguardiente y me miró tranquilamente mientras yo desenrollaba mi manuscrito, pero en el momento supremo puso su mano de viejo borracho en mi hombro y me dijo:

«Una palabra joven antes de empezar... ¿Cuál es su criterio de usted?»

Yo le miré con inquietud.

–¡Su criterio de usted! -dijo el terrible pensador levantando la voz-. ¿Cuál es su criterio?

¡Ay! ¡mi criterio!... yo no lo tenía es más, nunca había pensado en tenerlo; y esto se veía en seguida en la extrañeza de mi mirada en el rubor de mis mejillas en mi confusión.

El pensador se levantó indignado: «¡Cómo! desgraciado joven ¿usted no tiene criterio?.. Entonces es inútil que me lea su poema... Ya sé por anticipado lo que vale» Se bebió dos o tres copitas que quedaban en el fondo de la botella tomó su sombrero y salió dirigiéndome furibundas miradas.

Por la noche cuando conté mi aventura al amigo Jaime, montó en cólera. «Tu pensador es un imbécil, me dilo. ¿Qué es lo que se hace con el criterio?.. ¿Lo tienen acaso los jilgueros?.. ¡Un criterio!.. ¿y qué es eso? ¿Dónde se fabrica? ¿Habrase visto?.. ¡Al diablo el vendedor de criterio!..» ¡Mi buen Jaime! La afrenta que acabábamos de sufrir mi obra maestra y yo, le había hecho saltar las lágrimas. «¡ Oye, Daniel, continuó al cabo de un instante, tengo una idea...

Puesto que quieres leer tu poema ¿Y si lo leyeses en casa de Pierrotte, un domingo?..»

-¿En casa de Pierrotte?.. Pero, Jaime...

-¿Por qué no?.. ¡Caramba! Pierrotte no es un águila pero tampoco es un topo. Tiene mucho sentido común... Camila sería un crítico excelente, aunque algo parcial... La dama de gran mérito ha leído mucho... Y el mismo viejo pájaro de Lalouette no es tan tonto como parece... Además, Pierrotte conoce en París a personas muy distinguidas que podría invitar para el día de la lectura... ¿Qué te parece? ¿Quieres que le hable?...

La idea de ir a buscar jueces en el pasaje del Salmón me parecía un tanto descabellada; sin embargo, sentía tal prurito de leer mis versos, que, después dé haber torcido el ceño, acepté la proposición de Jaime. Al día siguiente habló a Pierrotte. Que el buen Pierrotte llegase a comprender de lo que se trataba es cosa muy dudosa pero como veía una ocasión de ser agradable a los hijos de la señorita el valeroso cevenolés dijo que sí sin vacilar, e inmediatamente comenzó a repartir invitaciones.

Jamás el saloncito de Camila se había visto tan concurrido. Pierrotte, para honrarme, había invitado a cuanto había de mejor en el mundo de la porcelana. La noche de la lectura además del personal acostumbrado, teníamos allí al señor y a la señora de Passajon, con su hijo el veterinario, uno de los más brillantes alumnos de la Escuela de Alfort; a Ferrouillat menor, francmasón, elocuente orador, que acababa de obtener un éxito de todos los demonios en la logia del Gran Oriente; después a los Fougeroux, con seis hijas alineadas como tubos de órgano, y por último a Ferrouillat el mayor, un miembro del Caveau[8], el héroe de la velada. Podéis figuraros mi emoción al encontrarme en frente de aquel importante areópago. Como les habían dicho que

[8] Célebre sociedad compuesta por artistas y literatos que existió en París hasta mediados del siglo XIX: y que acostumbraba celebrar sus reuniones, en una taberna y de ahí su nombre de Caveau; cueva o bodega.

estaban allí para juzgar un poema, todas aquellas buenas gentes se habían creído en el deber de adoptar una cara de circunstancias, frías, inexpresivas, serias. Hablaban entre ellos en voz baja y gravemente, moviendo la cabeza como magistrados.

Pierrotte, que no comprendía la razón de tanto misterio, los miraba extrañado... Cuando todos hubieron llegado, se procedió a colocarles.. Yo me senté de espaldas al piano; el auditorio, en semicírculo, a mi alrededor, a excepción del viejo Lalouette que mascullaba su azúcar en su sitio habitual. Después de un momento de tumulto, se hizo el silencio y con voz emocionada empecé mi poema...

Era un poema dramático, pomposamente titulado la Comedia pastoral... En los primeros días de su cautividad en el colegio de Sarlande Poquita Cosa se divertía en contar a sus alumnos historietas fantásticas, llenas de grillos, de mariposas y otros insectos.

Con tres de aquellos cuentos, dialogados y puestos en verso, había hecho mi Comedia pastoral. El poema estaba dividido en tres partes, pero aquella noche en casa de Pierrotte, no leí más que la primera. Pido permiso para transcribir aquí aquel fragmento de la Comedia pastoral, no como un trozo escogido de literatura sino como una pieza justificativa para añadir a la Historia de Poquita Cosa. Figuraos por un momento, mis queridos lectores, que estáis sentados en el saloncito de Pierrotte, alrededor del piano, y que Daniel Eyssette, trémulo de emoción, recita ante vosotros.

LAS AVENTURAS DE UNA MARIPOSA AZUL

El teatro representa la campiña. Son las seis de la tarde y el sol esta en su ocaso. Al levantarse el telón, una mariposa azul y una coccinela del sexo masculino, hablan encaramadas en una brizna de helecho. Se han encontrado por la mañana y han pasado el día juntas. Como es tarde, **la coccinela** tiene deseos de retirarse.

LA MARIPOSA

¡Cómo!.. ¿quieres irte ya?..

LA COCCINELA

¡Caramba! es necesario que regrese ¡Ya veis, es tan tarde!

LA MARIPOSA

Espera un poco ¡qué diantre! Nunca es demasiado tarde para volver a casa... Yo, al menos, me aburro mucho en casa ¿y tú ? ¿Quieres cosa más estúpida que una puerta una pared y una ventana cuando fuera hay sol, rocío, amapolas y, sobre todo, aire puro? Si las amapolas no son de tu gusto, puedes decirlo...

LA COCCINELA

¡Ay! señor, las adoro.

LA MARIPOSA

¡Pues bien! entonces, tonta no te vayas quédate conmigo. Ya lo ves; aquí se está bien el aire es dulce...

LA COCCINELA

Sí, pero

LA MARIPOSA (empujándola hacía la hierba) ¡Eh! revuélcate en la hierba; nos pertenece.

LA COCCINELA (agitándose)

¡No! dejadme. Os digo que es preciso que me
marche.

LA MARIPOSA

¡Chist! ¿oyes?

LA COCCINELA (asustada)
¿Qué?
LA MARIPOSA
Esa codorniz que canta en la viña de al lado; hermosa canción para este hermoso día de verano. ¡Y qué bien se oye desde aquí!..
LA COCCINELA
Sin duda pero...
LA MARIPOSA
Cállate.
LA COCCINELA
¿Por qué?
LA MARIPOSA
Porque hay hombres.
(Pasan hombres)
LA COCCINELA (en voz baja, después de un momento de silencio) El hombre es un ser muy malvado, ¿verdad?
LA MARIPOSA.
Muy malvado, sí.
LA COCCINELA
Siempre tengo miedo de que uno de ellos me aplaste tienen unos pies tan grandes y yo un cuerpo tan endeble... Vos, es verdad, no sois tampoco muy grande pero al menos tenéis alas.
LA MARIPOSA
¡Pardiez! querido, si esos pesados campesinos te dan miedo, encarámate sobre mi espalda; ¡yo soy muy fuerte! mis alas no son de piel, de cebolla como las de algunas señoritas, y te llevaré a donde quieras y por tan largo tiempo como quieras.
LA COCCINELA
¡Oh! no, señor, ¡gracias! Jamás me atrevería...
LA MARIPOSA
¿Tan difícil es de subirte a mis espaldas?
LA COCCINELA
¡No, pero...
LA MARIPOSA
¡Sube, pues, tonto!
LA COCCINELA
Vos me conduciréis a mi casa desde luego; porque si no fuera así...
LA MARIPOSA
Tan pronto partamos, tan pronto habremos llegado.
LA COCCINELA (encaramándose sobre su camarada) Es que por la noche en mi casa rezamos. ¿Comprendéis?
LA MARIPOSA
Sin duda... un poco más hacia atrás. Así... Ahora, silencio. (Salen volando; el diálogo continúa en el aire) ¡Querido, esto es maravilloso! No pesas nada.
LA COCCINELA
(asustada) ¡Ah!.. señor...
LA MARIPOSA
¡Bien! ¿y qué?
LA COCCINELA
No veo nada... La cabeza irle da vueltas quisiera bajar...
LA MARIPOSA

Librodot

¡No seas simple! Si la cabeza te da vueltas, cierra los ojos. ¿Los has cerrado?

LA COCCINELA (cerrando los ojos)

sí...

LA MARIPOSA

¿Te encuentras mejor?

LA COCCINELA (con esfuerzo)

Sí, un poco mejor.

LA MARIPOSA (riendo con disimulo)

Decididamente no sois muy buenos aeronautas en tu familia...

LA COCCINELA

¡Oh! sí...

LA MARIPOSA

No es culpa vuestra si aún no se ha encontrado la dirección de los globos...

LA COCCINELA

¡Oh! no...

LA MARIPOSA

Habéis llegado, señor.

(Se posa sobre un lirio)

LA COCCINELA (abriendo los ojos)

¡Perdón! Pero... no es aquí donde yo vivo.

LA MARIPOSA

Ya lo sé, pero como aún es temprano, he querido traerte a casa de un lirio amigo mío... ¿Creo que está permitido refrescar el pico?

LA COCCINELA

¡Oh! no tengo tiempo

LA MARIPOSA

Nada más que un segundo...

LA COCCINELA

Además, aun no he hecho mi presentación en el mundo...

LA MARIPOSA

¡Ven pues! Te haré pasar por tino de mis basta-
dos. Ya te aseguro que serás bien recibido...

LA COCCINELA

Y, además, es tan tarde...

LA MARIPOSA

¡Te digo que no es tarde! oye la cigarra...

LA COCCINELA (en voz, baja)

Y, además... no tengo dinero...

LA MARIPOSA (arrastrándola)

¡Ven! El lirio no cobra.

(Entran en casa del lirio. -Cae el telón)

En el segundo acto, cuando se levanta el telón, es casi de noche... Se ve a los dos camaradas salir de casa del lirio... La Coccinela está algo embriagada.

LA MARIPOSA (tendiendo el lomo)

¡Y ahora, en marcha!

LA COCCINELA (encaramándose valerosamente)

¡En marcha!

LA MARIPOSA

¿Qué tal? ¿Cómo encuentras a mi lirio?

LA COCCINELA

Es encantador, querido os da su bodega sin conoceros...

LA MARIPOSA (mirando al cielo)

¡Oh! ¡oh! Febo mete la nariz en la ventana; despachémonos pronto...

LA COCCINELA

Despachemos; ¿por qué?

LA MARIPOSA

¿Ya no tienes prisa por volver a tu casa?..

LA COCCINELA

Mientras llegue a tiempo para la oración... Además, no vivo muy lejos... mi casa está ahí detrás...

LA MARIPOSA

Pues si tú no tienes prisa, yo tampoco.

LA COCCINELA (con efusión)

¡Eres el mejor muchacho del mundo!.. No sé, por qué todos los seres que habitan sobre la tierra no han de ser tus amigos. Dicen de ti: «¡Es un bohemio! ¡un holgazán! ¡un poeta! ¡un saltarín!..»

LA MARIPOSA

¡Toma! ¿y quién dice eso?

LA COCCINELA

¡Dios mío! El escarabajo...

LA MARIPOSA

¡Ah! sí, ése me llama saltarín porque él tiene vientre.

LA COCCINELA

Es que no es él únicamente quien te detesta...

LA MARIPOSA

¡Ah! diantre...

LA COCCINELA

Tampoco los caracoles te tienen mucha simpatía.

¡Bueno! ni los escorpiones, ni las hormigas.

LA MARIPOSA

¿De veras?

LA COCCINELA (confidencialmente)

No hagas nunca el amor a la araña; te encuentra horroroso.

LA MARIPOSA

La han informado mal.

LA COCCINELA

¿Sí, eh?.. pues las orugas son de la misma opinión...

LA MARIPOSA

Lo creo... Pero, dime, en el mundo donde tú vives porque al fin y al cabo tú no eres del mundo de orugas, ¿soy tan mal visto?

LA COCCINELA

¡Caramba! eso es según la edad; la juventud está de tu parte; los viejos, generalmente, dicen que no tienes bastante sentido moral.

LA MARIPOSA (con tristeza)

Ya veo que no cuento con muchas simpatías, En fin...

LA COCCINELA

¡A fé mía! no, ¡pobre mariposa! La ortiga te araña el sapo te odia y hasta el grillo habla de ti despectivamente.

LA MARIPOSA

Acaso tú también me odias, como todos esos bribones?

LA COCCINELA

¿Yo?.. al contrario, te adoro ¡se está tan bien sobre tus espaldas! Y, después, me llevas siempre a casa de los lirios, y eso me divierte mucho... Oye, si por casualidad estuvieses fatigado, no tengo inconveniente en que descansemos un ratito... ¿supongo que no estás cansado?

LA MARIPOSA

Cansado no, pero sí me parece que pesas más.

LA COCCINELA (señalando a los lirios)

Entonces, entremos aquí y descansarás.

LA MARIPOSA

¡Gracias!.. ¿Más lirios?

(En voz baja y con aire libertino)

Preferiría ir al lado...

LA COCCINELA

¿A casa de la rosa?.. ¡Oh! no, nunca...

LA MARIPOSA (arrastrando a su compañero)

¡Vamos! nadie nos verá.(Entran discretamente en casa de la rosa) -Cae el telón.

En el tercer acto...

Pero yo no quisiera mis queridos lectores, abusar por más tiempo de vuestra paciencia. Los versos, en los tiempos que corren no gustan, ya lo sé. Por lo tanto, acabo aquí y voy a contentarme con contar someramente el resto de mi poema.

En el tercer acto ya ha cerrado la noche... Los dos camaradas salen juntos de casa de la rosa... La mariposa quiere conducir a casa de sus padres a la coccinela pero ésta se niega; está completamente embriagada hace cabriolas sobre la hierba y lanza gritos sediciosos... La mariposa la lleva a la fuerza a su casa. Se separan a la puerta después de prometerse que pronto se volverán a ver... Entonces la mariposa se va en la soledad de la noche. También está

algo embriagada pero con una embriaguez triste; se acuerda de las confidencias de la coccinela y se pregunta amargamente por qué hay tantos seres que la detestan, cuando no ha hecho daño a nadie... Un cielo sin luna y un viento que sopla en la obscuridad de la noche. La mariposa tiene miedo y frío; pero se consuela pensando que su camarada está ya en seguridad en el fondo de su camita bien caliente... En la sombra se ven grandes pajarracos nocturnos que atraviesan la escena en silencio. De cuando en cuando brilla el relámpago. Insectos repugnantes están emboscados detrás de las piedras y señalan burlonamente la mariposa. «¡Ya te tenemos!», se dicen los unos los otros. Y mientras que la infortunado, va de un lado a otro, llena de espanto, un cardo, al pasar la atraviesa con su espada un escorpión la despanzurra con sus pinzas, una enorme araña velluda la arranca un faldón de su manto de raso azul y, finalmente, un murciélago le rompe los lomos de un aletazo. La mariposa cae, herida de muerte... Y mientras agoniza sobre la hierba las ortigas se alegran y los sapos dicen: «¡ Muy bien hecho!»

Al alba las hormigas que iban al trabajo, encontraron el cadáver al borde del camino. Le miraron apenas al pasar y se alejaron sin quererle enterrar.

Las hormigas no trabajan por nada... Afortunadamente una cofradía de necróforos acertó a pasar por allí. Estos son, como saben ustedes, unos animalitos negros que han hecho voto de enterrar a los muertos... Piadosamente, se uncen a la difunto, mariposa y la arrastran hasta el cementerio... Una curiosa multitud se agolpa al paso de la comitiva

y cada uno hace sus reflexiones en alta voz... Los grillos, sentados a las puertas de sus casas dicen gravemente:

«¡ Amaba demasiado las flores!» «¡Era demasiado trasnochador!», añaden los caracoles; y los escarabajos de enorme vientre se pavonean en sus vestidos de oro refunfuñando: «¡Demasiado bohemio!

¡demasiado bohemio!» Entre toda aquella multitud, ni una palabra de pesar por el pobre muerto; únicamente en los campos inmediatos, las grandes azucenas han cerrado en señal de luto y las cigarras han enmudecido.

La última escena tiene lugar en el cementerio de las mariposas. Después que los necróforos han llevado a cabo su obra un saltón solemne que ha seguido, el cortejo se aproxima a la fosa y, poniéndose sobre la espalda empieza el elogio del muerto. Desgraciadamente le falta la memoria y se queda con las patas al aire, gesticulando durante, una hora y tropezando a cada período... Cuando el orador ha terminado, se retiran todos, y entonces, en el cementerio desierto, se ve salir de detrás de una tumba a la coccinela de las primeras escenas, que, deshecha en lágrimas, se arrodilla sobre la tierra fresca de la fosa y reza una plegaria conmovedora por su pobre camarada que yace allí...

IX
VENDERÁS PORCELANAS

Al último verso de mi poema Jaime, entusiasmado, se levantó para decir bravo, pero se detuvo al verla cara azorada de aquellas buenas gentes.

Verdaderamente, creo yo que el caballo del Apocalipsis, haciendo interrupción en el saloncillo, no hubiera producido más estupor que mi mariposa azul. Los Passajon, los Fougeroux, sorprendidos de lo que acababan de oír, me miraban atónitos; los dos Ferrauillat se hacían signos. Nadie decía una palabra. Podéis pensar lo a. gusto que estaría yo...

De pronto, en medio del silencio y de la consternación general, una voz -¡ y qué voz! -delgada empañada fría sin timbre, una voz de fantasma salió de detrás del piano y me hizo estremecer en mi asiento.

Era la primera vez, en diez años, que, se oía hablar al hombre de la cabeza de pájaro, al venerable Laloutte. «Me alegro mucho de que hayan matado a esa mariposa dijo el singular viejo masticando un terrón de azúcar con aire feroz, ¡les tengo odio, a las mariposas!..»

Todos se echaron a reír, y comenzó la discusión sobre mi poema. El miembro del Caveau encontró la obra un poco demasiado larga y me recomendó mucho que, la redujese a una o dos canciones, género esencialmente francés. El alumno de Alfort, sabio naturalista me hizo observar que la coccinela tiene alas, lo que quitaba toda verosimilitud a mi fábula Ferrouillat menor pretendía haber leído en alguna parte todo aquello. «No les hagas caso, me dijo Jaime en voz baja, es una obra maestra» En cuanto a Pierrotte, no decía nada; parecía muy preocupado.

Quizás el buen hombre, sentado al lado de su hija todo el tiempo que había durado la lectura había sentido temblar entre sus manos una manecita demasiado impresionable o sorprendido una mirada demasiado ardiente; sea lo que fuere, es lo cierto que Pierrotte temía aquella noche –es el caso de decirloun aire especial, que permaneció toda la velada pegado al corpiño de Camila que no pude decir una palabra a los ojos negros y

que me retiré muy temprano sin querer oír una canción nueva del miembro del Caveau, quien nunca me perdonó el desaire.

Dos días después de aquella lectura tan memorable recibí de la señorita Pierrotte una carta tan breve como elocuente: «Venga pronto, mi padre lo sabe todo» Y más abajo mis queridos ojos negros habían añadido: «Le amo»

La gran noticia lo confieso, me turbó un poco.

Precisamente en aquellos días me dedicaba a visitar a los editores con mi manuscrito, y me ocupaba mucho menos de los ojos negros que de mi poema.

Además, la idea de una explicación con Pierrotte no me seducía... Así, a pesar del apremiante llamamiento de los ojos negros, estuve algún tiempo sin comparecer por allá abajo, diciéndome in mente para tranquilizarme sobre mis intenciones: «Cuando haya

vendido mi poema» Desgraciadamente no lo vendí.

En aquellos tiempos -no sé si ahora ocurre igual-, los señores editores eran unos señores muy afables, muy corteses, muy generosos y muy benévolos pero tenían un defecto capital, y es que jamás se les encontraba en casa. Como ciertas estrellas demasiado pequeñas que no se revelan más que con la ayuda de los potentes telescopios del Observatorio, aquellos señores no estaban tampoco visibles para la multitud. No importa a qué hora llegaseis; siempre os decían que habíais de volver...

¡Dios! ¡las tiendas que yo llegué a correr! ¡las puertas que tuve que empujar! las estaciones que hice ante los escaparates de las librerías preguntándome con el corazón palpitante: «¿Entro? ¿no entro?» En el interior hacía calor. Siempre había unos hombrecitos calvos, muy ocupados, que os respondían de detrás de un escritorio colocado en lo alto de una doble escalera. En cuanto, al editor, invisible... Todas las noches volvía a casa.. triste, cansado, enervado. «¡Valor!, me decía Jaime, mañana serás más afortunado» Y al día siguiente me ponía de nuevo en campana amado de mi manuscrito.

De día en día lo encontraba más pesado, más incómodo. Al principio lo llevaba debajo del brazo, orgullosamente, como un paraguas nuevo; después va me daba vergüenza y lo ocultaba en el pecho, con el abrigo cuidadosamente abotonado por encima.

Así pasaron ocho días. Llegó el domingo y Jaime, según su costumbre, fue a comer a casa de Pierrotte, pero fue solo. Estaba tan cansado de mi caza de las estrellas invisibles, que me quedé todo el día acostado... Por la noche cuando regresó, vino a sentarse al borde de mi cama y me dijo entre malhumorado y risueño:

-Oye, Daniel, haces muy mal en no ir por allá abajo. Los ojos negros lloran, están desolados; se mueren de pena... Hemos hablado de ti toda la noche... ¡Ah, bribón! te quieren más de lo que tú te mereces...

Al decir esto, la pobre mamá Jaime tenía las lágrimas en los ojos.

-¿Y Pierrotte? -pregunté yo tímidamente-. ¿Qué dice Pierrotte?

-Nada... Sólo que le extraña mucho de no verte...

Es necesario que vayas, Daniel; irás, ¿no es verdad?

-Mañana mismo, te lo prometo.

Mientras hablábamos, Cucu-Blanc, que acababa de entrar en su casa la emprendió con su interminable canción: ¡Tolocototiñán! ¡Tolocototifián!.. Jaime se echó a reír: «¿No sabes?, me dijo en voz baja los ojos negros están celosos de nuestra vecina... Creen que es su rival... Por más que yo me he esforzado en decirles de lo que se trataba do han querido creerme... ¡Los ojos negros celosos de Cucu-Blanc! Es chocante ¿verdad? Yo aparenté que me reía como él, pero en el fondo estaba avergonzado al pensar que era yo el culpable de que los ojos negros tuviesen celos de Cucu-Blanc.

Al día siguiente, después del mediodía, me fui al pasaje del Salmón. Yo hubiera querido subir directamente al cuarto piso y hablar con los ojos negros antes de ver a Pierrotte, pero el cevenolés me espiaba a la puerta del pasaje y no pude evitarlo. No tuve más remedio que seguirle a la tienda y sentarme a su lado, detrás del escritorio. De cuando en cuando llegaba hasta nosotros un discreto trino de flauta.

-Señor Daniel -me dijo el cevenolés con una seguridad de lenguaje y una facilidad de elocución que nunca había observado en él-, lo que quiero saber de usted es bien sencillo y no me costará gran cosa exponérselo. Es el caso de decirlo... la pequeña le ama a usted... ¿la quiere usted también a ella?

-Con toda mi alma señor Pierrotte.

-Entonces todo va bien. He aquí ahora lo que yo pienso proponerle... Usted el es muy joven y la pequeña también para pensar en casarse antes de tres años. Son, pues, tres años, los que tiene usted por delante para hacerse una posición... Yo no sé si piensa usted continuar toda la vida con el comercio de mariposas azules, pero sé muy bien lo que haría en su lugar... Es el caso de decirlo; plantaría mis historietas, entraría en la antigua casa Lalouette, me pondría al corriente del negocio de la porcelana y me las arreglaría de modo que Pierrotte, que ya se va volviendo viejo, pudiese encontrar en mí un asociado al mismo tiempo que un yerno... ¡Eh! ¿qué dice usted a eso, compadre?

Después de hablar así, Pierrotte me dio un fuerte codazo y se echó a reír... Seguramente el pobre hombre crea colmarme de felicidad al ofrecerme vender porcelana a su lado; no tuve el valor de enfadarme, ni siquiera de contestar; estaba aterrado...

Los platos, los vasos, los globos, todo danzaba a mi alrededor. Sobre un estante, en frente del escritorio, me miraban con aire picaresco y parecían decirme blandiendo sus cayados: «¡Venderás porcelana!» Un poco más lejos, unos mamarrachos chinos, con trajes color violeta movían sus venerables cabezas como para aprobar lo que habían dicho los pastores: «¡Sí... sí... venderás porcelana!..» Y allá abajo, en el fondo, la flauta irónica silbaba dulcemente: «Venderás porcelana... venderás porcelana...» Era para volverse loco.

Pierrotte creyó que la emoción y la alegría me habían cortado la palabra.

-Ya hablaremos de eso esta noche -me dijo para darme tiempo a reponerme.- Ahora suba usted a ver a la pequeña... Es el caso de decirlo... el tiempo le debe parecer muy largo.

Subí a ver a la pequeña que encontré instalada en el saloncillo, bordando sus eternas zapatillas en compañía de la dama de gran mérito... ¡Que mi querida Camila me perdone! Jamás la señorita Pierrotte me pareció tan Pierrotte como aquel día; jamás la tranquilidad con que manejaba la aguja y contaba sus puntos me causó tanta irritación. Con sus deditos encarnados, sus mejillas en flor, su aire apacible me parecía una de aquellas pastoras de loza que me habían gritado de una manera tan impertinente:

«¡Venderás porcelana!» Afortunadamente, también los ojos negros estaban allí, un poco velados, un poco melancólicos, pero tan ingenuamente alegres de volverme a ver, que me sentí muy emocionado.

Pero esto no duró largo tiempo. Detrás de mí, casi pisándome los talones, hizo Pierrotte su entrada. Sin duda ya no tenía tanta confianza en la dama de gran mérito.

A partir de aquel momento, desaparecieron los ojos negros, y la porcelana triunfó en toda la línea.

Pierrotte estaba muy alegre, muy parlanchín, verdaderamente insoportable; los «es el caso de decirlo»

llovían con la abundancia de un chaparrón. Después una comida ruidosa y larga demasiado larga... Al levantarnos de la mesa, Pierrotte me llevó aparte, para renovarme

Librodot

su proposición. Yo había tenido tiempo de reponerme y le dije con bastante sangre fría que la cosa era para pensarla y que le respondería al cabo de un mes.

El cevenolés debió quedar muy extrañado de mi poca prisa de aceptar sus ofrecimientos, pero tuvo el buen gusto de no demostrarlo.

-Conformes -me dijo-, de aquí a un mes.

Y no hablamos más... ¡No importa! el golpe estaba dado. Durante toda la velada el siniestro y fatal «Venderás porcelana» resonó en mis oídos. Lo oía en el crujido de la cabeza de pájaro, que acababa de entrar con la señora Lalouette e instalarse en el rincón del piano, lo oía en los trinos del flautista en la Rêverie de Rosellen que la señorita Pierrotte no dejó de tocar; lo leía en los gestos de todas aquellas muñecas burguesas, en el corte de sus vestidos, en el dibujo de la tapicería en la alegoría del péndulo -Venus cogiendo una rosa de la que sale volando un amorcillo descolorido-, en la forma de los muebles, en los menores detalles de aquel antipático salón, en el que las mismas personas decían las mismas cosas

todos los días, en el que el mismo piano tocaba todas las noches la misma révierie... ¿Dónde os ocultáis, pues, bellos ojos negros?..

Cuando a mi regreso de aquella enojosa velada conté a mamá Jaime las proposiciones de Pierrotte, indignóse aún más que yo:

-¡Daniel Eyssette, comerciante de porcelanas!...

¡Quisiera verlo! –me decía rojo por la cólera-. Es como si se propusiera a Lamartine que vendiese cajas de cerillas, o a Sainte Beuve que despachara escobas... ¡Vaya con el viejo imbécil de Pierrotte!..

Después de todo, no hay que guardarle resentimiento; ¿qué sabe el pobre hombre de esas cosas?

Cuando vea el éxito de tu libro y los elogios que te dediquen los periódicos, cambiará bonitamente de tocata.

Sin duda Jaime; pero para que los periódicos hablen de mí, es necesario que mi libro se publique y, ya estoy viendo que no llegará a publicarse... ¿Por qué?.. Muy sencillo, querido porque nunca puedo echar la vista a un editor; esos señores jamás están en casa para los poetas. Ya ves, hasta el gran Baghavat se ve obligado a publicar sus versos por su cuenta...

–¡Pues bien! nosotros haremos lo mismo –dijo Jaime descargando un puñetazo sobre la mesa-; Imprimiremos el poema por nuestra cuenta.

Le miré con estupefacción.

-Por nuestra cuenta...

-Sí , pequeño, por nuestra cuenta... Precisamente el marqués está haciendo imprimir el primer volumen de sus memorias... Yo veo a su impresor todos los días. Es un alsaciano de nariz colorada que parece un buen muchacho. Estoy seguro de que nos

concederá crédito... ¡Pardiez! le pagaremos a medida que se venda tu libro... ¡Vamos! ya está dicho; mañana mismo iré a ver a mi hombre.

Efectivamente, Jaime fue a casa del impresor y volvió encantado: «Es un hecho, me dijo con aire de triunfo; desde mañana comienzan a componer tu libro. Nos costará nueve cientos francos, una bagatela, y yo le firmaré letras de trescientos, pagaderos cada tres meses. Ahora fíjate bien en lo que te voy a decir. Venderemos el volumen a tres francos y tiraremos mil ejemplares; son, por lo tanto, tres mil francos los que nos debe producir tu libro... ¿lo oyes bien? tres mil francos. De ahí hemos de pagar al impresor, después la comisión de un franco por ejemplar a los libreros que vendan la obra y por último los ejemplares regalados a los periodistas...

Nos quedará, claro como el agua de manantial, un beneficio de mil cien francos. ¿Eh? Es muy bonito para un principiante...»

¡Ya lo creo que era bonito!.. No más caza de las estrellas invisibles, no más plantones humillantes a la puerta de las librerías, y luego, mil cien francos que serían dedicados íntegramente a la reconstrucción del hogar... ¡Qué alegría aquel día en el campanario de San Germán! ¡Qué de proyectos! ¡qué de sueña! ¡Y después, los días siguientes, qué pequeñas dichas saboreadas sorbo a sorbo!.. ir a la imprenta corregir las pruebas, discutir el color de la cubierta ver el papel salir húmedo aún de la prensa con vuestros pensamientos estampados, acudir dos veces, tres veces, a casa del encuadernador, y volver por fin con el primer ejemplar y abrirlo temblando con las puntas dé los dedos... ¡Decid! ¿hay nada más delicioso en el mundo?

El primer ejemplar de la Comedia pastoral ¿quién lo duda? pertenecía de derecho a los ojos negros.

Yo se lo llevé aquella misma noche acompañado de mamá Jaime, que quería presenciar mi triunfo. Hicimos nuestra entrada en el salón, orgullosos y radiantes. Allí estaban todos.

-Señor Pierrotte -dije al cevenolés-, permítame usted que ofrezca a Camila mi primera obra.

Y puse el volumen en aquella linda y querida mano, que se estremeció de placer. ¡Oh! ¡si hubieseis visto las expresivas gracias que me enviaron los ojos negros y cómo resplandecieron al leer mi nombre sobre la cubierta! Pierrotte estaba menos entusiasmado y oí que preguntaba a Jaime cuánto podía dar un volumen de aquellos.

-Mil cien francos -respondió Jaime con aploma. Y a continuación se pusieron a hablar largamente, en voz baja pero yo no les escuchaba. Estaba entregado por completo a la alegría de ver a los ojos negros inclinar sus grandes pestañas de seda sobre las páginas de mi libro y luego levantarlas hacia mí con admiración... ¡Mi libro! ¡los ojos negros! Dos dichas que debía a mamá Jaime...

Aquella noche antes de volver a casa fuimos a dar una vuelta por las galerías del Odeón para juzgar el efecto que hacía la Comedia pastoral en los escaparates de las librerías.

-Espérame -dijo Jaime-; voy a ver cuántos han vendido.

Le esperé paseándome y mirando con el rabillo del ojo cierta cubierta roja con filetes negros que se abría como una flor en primer término del escaparate. Jaime vino a reunírseme al cabo de un instante; estaba; pálido de emoción.

-Querido –me dijo-, ya se ha vendido uno. No puede empezar mejor...

Le estreché la mano silenciosamente. Estaba demasiado emocionado para hablar, pero para mi fuero me interno decía: «Hay alguien en París que acaba de sacar tres francos de tu bolsillo para comprar esta producción de tu cerebro, alguien que te lee, que te juzga... ¿Quién será? Querría conocerle...»

¡Ay! por mi desgracia iba bien pronto a conocer al terrible lector.

Al día siguiente de la aparición de mi volumen me disponía a desayunarme en el restaurant, al lado del feroz pensador, cuando Jaime, muy sofocado, se precipitó en el comedor.

-¡La gran noticia! -me dijo arrastrándome fuera-; me marcho esta noche a las siete con el marqués...

Vamos a Niza a ver a su hermana que está moribunda... Tal vez permaneceremos allí bastante tiempo... no te preocupes de nada... El marqués me dobla el sueldo y podré enviarte cien francos cada mes. Bueno, ¿qué tienes? Ya te has puesto pálido.

Vamos, Daniel, nada de niñerías. Vuelve allá dentro, acaba tu desayuno y bébete media botella de Burdeos, eso te dará valor. Yo voy corriendo a despedirme de Pierrotte, a avisar al impresor, a hacer que envíen ejemplares a los periodistas... No tengo un minuto que perder... A las cinco nos veremos en casa.

Yo le vi descender a grandes zancadas por la calle de San Benito y después entré en el restaurant, pero no Pude comer ni beber nada encargándose el pensador de vaciar la media botella. La idea de que mamá Jaime estaría lejos de mí al cabo de algunas horas, me apretaba el corazón. Por más que me esforzaba en pensar, en mi libro y en los ojos negros, nada podía distraerme del pensamiento de que Jaime iba a partir y de que yo me quedaría solo, completamente solo en París, dueño de mí mismo y responsable de mis acciones.

Me reuní con él a la hora convenida. También estaba muy emocionado, pero afectó hasta el último momento la más grande alegría. Hasta el último momento también me mostró la generosidad de su alma y el ardor admirable con que me amaba. No pensaba más que en mí, en mi bienestar, en mi vida.

Con el pretexto de hacer su baúl, inspeccionaba todo lo que me pertenecía.

-Tus camisas en aquel rincón, ¿ves, Daniel?.. los pañuelos al lado, las corbatas detrás.

-No es tu baúl el que arreglas Jaime, es mi armario...

Armario y baúl, cuando todo estuvo presto, envió a buscar mi coche y, partimos para la estación.

En el camino, Jaime me hacía sus recomendaciones.

Las había le todos géneros.

-Escríbeme con frecuencia... Todos los artículos, que se publiquen sobre tu libro me los envías, especialmente el de Gustavo Planche. Haré una carpeta y los coleccionaré en ella. Será el libro de oro de la familia Eyssette... A propósito, ya sabes que la lavandera pasa los martes... Sobre todo no te dejes deslumbrar por el éxito... Porque claro que lo vas a tener muy grande y los éxitos parisienses son peligrosos. Afortunadamente ahí está Camila para guardarte de las tentaciones... Sobre toldo, mi querido Daniel, lo que te pido, es que vayas a menudo allá abajo y que no hagas llorar a los ojos negros.

En aquel momento pasábamos por delante del Jardín de Plantas. Jaime se echó a reír.

-¿Te acuerdas? -me dijo-. Hace cuatro o cinco meses pasamos una noche por aquí.. ¡Eh!.. ¡Qué diferencia entre el Daniel de entonces y el de ahora!..

Verdaderamente has hecho una bonita carrera en cuatro meses...

Mi buen Jaime creía con toda sinceridad que yo había hecho mucha carrera en poco tiempo, y yo también, pobre simple, estaba convencido.

Llegamos a la estación y el marqués ya se encontraba allí. Conocí de lejos al extravagante hombrecillo, con su cabeza de erizo blanco y dando saltitos de un extremo al otro de la sala de espera.

-¡Pronto, pronto, adiós! -me dijo Jaime.

Y tomando mi cabeza entre sus anchas manos besó tres o cuatro veces con todas sus fuerzas y corrió a reunirse con su verdugo.

Al verle desaparecer, experimenté una singular sensación.

Me encontré de repente más pequeño, más despreciable más tímido, más niño, como si mi hermano, al marcharse se hubiese llevado la medula de mis huesos, mi fuerza mí audacia y la mitad de mi estatura. La multitud que me rodeaba me daba miedo. Volví a ser Poquita Cosa...

Caía la noche. Lentamente, por el camino más largo, por las calles más solitarias, Poquita Cosa volvió al su campanario. La idea de encontrarse en aquella habitación vacía le entristecía horriblemente.

Hubiera querido quedarse fuera hasta la mañana siguiente.

No obstante, era necesario volver.

Al pasar por delante de la portería le gritó el conserje:

-¡Señor Eyssette, una carta!..

Era un sobre pequeño, elegante, perfumado, satinado; escritura de mujer más fina; más felina que la de los ojos negros... ¿De quién podría ser?... Vivamente rompió el sobre, y en la escalera a la luz del gas, leyó:

«Señor vecino:

«La Comedia pastoral está desde ayer sobre mi mesa pero le falta una dedicatoria. ¿Sería usted tan amable que quisiera venir esta noche a mi casa a ponerla y a tomar una taza de te?.. Es entre artistas, ¿sabe usted?

»IRMA BOREL.»

Y más abajo:

«La dama del primero»

¡La dama del primero!... Cuando Poquita Cosa leyó esta firma un estremecimiento le corrió por todo el cuerpo. La vio tal como se le había aparecido una mañana bajando la escalera entre un torbellino de terciopelo, hermosa fría imponente, con su pequeña cicatriz blanca en un ángulo del labio. Y al pensar que una mujer semejante había comprado su libro, el corazón le saltaba de orgullo.

Permaneció un momento en la escalera con la carta en la mano, preguntándose si subiría a su casa o se detendría en el primer piso; pero, de pronto, le vino a la memoria la recomendación de Jaime: «Sobre todo, no hagas llorar a los negros» Un secreto presentimiento le decía que si iba a casa de la dama del primero, los ojos negros llorarían y Jaime se disgustaría mucho. Entonces Poquito, Cosa se puso resueltamente la carta en el bolsillo y se dijo: «No iré»

X
IRMA BOREL

Fue Cucu-Blanc quien le abrió.

-Porque no tengo necesidad de deciros que a los cinco minutos de haberse jurado que no iría el muy vanidoso de Poquita Cosa ya estaba llamando a la puerta de Irma Borel.

Al verle la horrible negra dibujó una sonrisa de ogro de buen humor y le hizo un sigilo con su enorme mano reluciente y negra. Después de haber atravesado dos o tres salones muy pomposos, se detuvieron ante una misteriosa puertecita a través de la cual se oían casi ahogados por el espesor de las tapicerías -gritos roncos, sollozos, imprecaciones, risas convulsivas. La negra llamó y, sin esperar a que le hubiesen contestado, introdujo a Poquita Cosa.

Sola en una rica estancia acolchonada de seda de color malva y resplandeciente de luz, Irma Borel daba largos pasos declamando. Un amplio peinador, azul celeste, cubierto de blondas, flotaba a su alrededor como una nube. Una de las mangas del

peinador, levantada hasta el hombro, dejaba ver un brazo de hielo de una incomparable pureza blandiendo, a modo de puñal, un cortapapeles de nácar.

Con la otra mano, ahogada en encajes, sostenía un libro abierto...

Poquita Cosa se detuvo deslumbrado. Jamás la dama del primero le había parecido tan hermosa.

Por de pronto estaba menos pálida que cuando su primer encuentro. Al contrario, fresca y rosada, pero de una rosa algo velado, tenía el aspecto aquél día de una linda flor de almendro, y la blanca cicatriz del ángulo del labio aún parecía más blanca. Después, sus cabellos que no pudo ver la primera vez, la embellecían dulcificando lo que en su cara había de altivez y casi de dureza. Eran unos cabellos rubios, de un rubio ceniciento, abundantes, que le ponían como un nimbo de oro, alrededor de la cabeza.

Cuando vio a Poquita Cosa la dama interrumpió en seco su declamación. Arrojó sobre un sofá el libro y el cuchillo de nácar, bajó con un gesto adorable la manga del peinador y fue al encuentro de su visitante tendiéndole cordialmente la mano.

-¡Buenas noches, vecino! -dijo con gentil sonrisa-; me sorprende usted en pleno furor trágico; estoy aprendiendo el papel de Clitemnestra...

Le hizo sentar en un diván, a su lado, y la conversación quedó iniciada.

-¿Se ocupa usted de arte dramático, señora? (No se atrevió a decir «vecina»)

-¡Oh! no crea usted, un capricho... como me he ocupado de escultura y de música... No obstante esta vez creo que he encontrado mi verdadera vocación... ¡Voy a debutar en el Teatro Francés!..

En aquel momento, un enorme pájaro de moño amarillo vino, con gran estrépito de alas a abatirse sobre la encrespada cabeza de Poquita Cosa.

-No tenga usted miedo -dijo la dama riéndose de su azoramiento-, es mi cacatúa... un hermoso animal que traje de las islas Marquesas.

Tomó el pajarraco, lo acarició, le dijo dos o tres palabras en español y lo dejó sobre un travesaño dorado que había en el otro extremo del salón... Poquita Cosa abría unos ojos tamaños como platos. La negra la cacatúa el Teatro Francés, las islas Marquesas.

–¡Qué mujer tan singular! -se decía con admiración.

La dama volvió a sentarse a su lado y continuó la conversación. Al principio, la Comedia pastoral hizo todo el gasto. La dama la había leído y releído muchas veces; sabía de memoria algunos pasajes y los recitaba con entusiasmo. Jamás la vanidad de Poquita Cosa se había encontrado tan halagada. Lo preguntó su edad, su país, el género de vida que llevaba si frecuentaba el mundo, si estaba enamorado... A todas aquellas preguntas, respondía con el mayor candor, de tal modo, que al cabo de una hora la dama del primero conocía a fondo a mamá Jaime, la historia de la famílla Eyssette y de aquel pobre hogar que los niños habían jurado reconstruir. En cambio ni una palabra de la señorita Pierrotte. Se habló solamente de una joven del gran mundo que se moría de amor por Poquita Cosa y de un padre bárbaro ¡pobre Pierrotte! que contrariaba su pasión.

En medio de estas confidencias, entró un nuevo personaje en el salón. Era un viejo escultor de blancas melenas que había dado lecciones a la dama, en los tiempos en que ésta se dedicaba a la escultura.

–Juraría -dijo a media voz mirando maliciosamente a Poquita Cosa-, juraría que es un pescador de coral napolitano.

-Precisamente -dijo riendo, y después, volviéndose al pescador de coral que parecía muy sorprendido de oírse designar así -: ¿Se acuerda usted de la mañana en que nos encontramos por primera vez?

Usted iba con el cuello desnudo, la camisa entreabierta los cabellos en desorden y un cántaro de arcilla en la mano... yo creí tener delante a uno de esos pequeños pescadores de coral que se encuentran en la bahía de Nápoles... Y por la noche hablé de usted a mis amigos; pero entonces no sospechábamos que el pequeño pescador de coral era un gran poeta y que en el fondo de su cántaro de arcilla había la Comedia pastoral.

No queráis saber lo encantado que estaría Poquita Cosa al verse tratar con una admiración respetuosa. Mientras se inclinaba y sonreía con modestia CucuBlanc introdujo a un nuevo visitante, que no era otro que el gran Baghavat, el poeta indio, mi compañero de mesa. Al entrar se fue directamente a la dama tendiéndole un libro con cubierta verde.

-Aquí le devuelvo a usted sus mariposas -dijo-. ¡Vaya una literatura extravagante!..

Un gesto de la dama le detuvo. Comprendió que el autor estaba allí y miró a su alrededor con tina sonrisa forzada. Hubo un momento de silencio y de embarazo, del que la entrada de un tercer personaje nos sacó. Era el profesor de declamación, un horroroso jorobado, de cara descolorida peluca roja y sonrisa afectada. Parece que, sin su joroba aquel jorobado hubiese sido el mas grande actor de su época; pero como su defecto no le permitía salir a las tablas, se consolaba formando discípulos y diciendo p s todos los cómicos.

En el momento en que apareció, le gritó la dama:

-¿ Ha visto usted a la israelita? ¿Cómo ha estado esta noche?

La israelita era la gran trágica Raquel, entonces en el apogeo de su gloria.

-Cada día está peor -dijo el profesor encogiéndo- se de hombros-. Esa muchacha no tiene nada... Es una grulla, una verdadera grulla.

-Una verdadera grulla -añadió la discípula y después los otros dos repitieron con convicción: «Una verdadera grulla»

Al cabo de un instante pidieron a la dama que recitase algo.

Sin hacerse de rogar, se levantó, cogió el cortapapeles, levantó la manga de su peinador y comenzó a declamar.

¿Bien o mal? Poquita Cosa se hubiese visto muy embarazado para dar su opinión. Deslumbrado por aquel brazo de nieve, fascinado por aquella cabellera de oro que se agitaba frenéticamente, miraba pero no escuchaba. Cuando la dama hubo terminado, aplaudió más fuerte que nadie y declaró a su vez que Raquel no era más que una grulla una verdadera grulla.

Soñó toda la noche con aquel brazo de nieve y aquellos cabellos de oro. Después, llegado el día cuando quiso sentarse en el banco de las rimas, el brazo encantado fue a tirarle de la manga. Entonces, no pudiendo versificar y no queriendo salir de casa, se puso a escribir a Jaime y a hablarle de la dama del primero.

«¡Ah! ¡amigo mío, qué mujer! Sabe de todo, lo conoce todo. Ha hecho sonatas, ha pintado cuadros.

Sobre su chimenea tiene una linda Colombina en barro cocido que es obra suya. Ahora desde hace tres meses se dedica a la tragedia y ya declama mejor que la Raquel.

-Parece decididamente que esta Raquel no es más que una grulla-. En fin, querido, una mujer como nunca has podido soñar. Lo ha visto todo, ha estado en todas partes. Tan pronto te dice:

«Cuando yo estaba en San Petersburgo...», después, al cabo de un momento te hace saber que prefiere la bahía de Río Janeiro a la de Nápoles. Tiene una cacatúa que trajo de las islas Marquesas, una negra que adquirió en Puerto Príncipe... Pero tú ya conoces a su negra es nuestra vecina Cucu-Blanc. Y no creas, a pesar de su aire feroz, la tal Cucu-Blanc es una excelente muchacha pacífica discreta fiel y no habla más que por

refranes como el buen Sancho. Cuando los que van por el primero quieren saber algo a propósito de su ama si es caja da si hay algún señor Borel por el mundo, si es tan rica como dicen Cucu-Blanc les responde en su jerga: Negozio cabrito no zon negozio carnero, o bien: Ez el zapato quien zabe zi medias tienen agujero. Por este tenor tiene un centenar, y los indiscretos nunca pueden saber a qué atenerse con ella... A propósito, ¿sabes a quién he encontrado en casa de la dama del primero?... Al poeta indio del restaurant, al gran Baghavat en persona. Parece que está muy enamorado de ella y le hace hermosos poemas en los que la compara sucesivamente con un cordero, con un lotus y con un búfalo, perola dama no hace gran caso de tales homenajes. Además, debe estar acostumbrada a ellos. Todos los artistas que vienen a su casa y te respondo que los hay muy famosos, están también enamorados. ¡Es tan bella tan extrañamente bella!.. En verdad, yo temería por mi corazón si éste no tuviese ya dueño. Afortunadamente ahí están los ojos negros para defenderme... ¡Queridos ojos negros! esta noche iré a pasar la velada con ellos y todo el tiempo hablaremos de mi querida mamá Jaime»

Cuando Poquita Cosa acababa esta carta llamaron dulcemente a la puerta. Era la dama del primero, que le enviaba por mediación de Cucu-Blanc, una invitación para ir al Teatro Francés a ver en su paleo a la grulla. Hubiera aceptado de muy buena gana pero se acordó de que no tenía frac y dijo que no. Esto le puso de muy mal humor. «Jaime debería haberme comprado un frac, se decía... Es indispensable.

Cuando se publiquen los artículos será necesario que yo vaya a dar las gracias a los periodistas...

¿Cómo podré hacerlo si no tengo frac?..» Por la noche fue al pasaje del Salmón, pero aquella visita no le distrajo. El cevenolés reía demasiado fuerte y la señorita Pierrotte era demasiado morena. Los ojos negros se esforzaban en hacerle señas y en decirlo dulcemente: «¡Amadme!»en el lenguaje simbólico de las estrellas pero el ingrato no quería oír nada. Después de la comida cuando hubieron llegado los Laloutte, fue a instalarse triste y cabizbajo en un rincón, y mientras el piano dejaba oír su inevitable rèverie, él se figuraba a Irma Borel, como una reina en su palco descubierto, con su brazo de nieve manejando el abanico y sus cabellos de oro brillando bajo las luces de la sala. «¡Me daría mucha vergüenza si me viese aquí!» pensaba.

Pasaron muchos días sin nuevos incidentes. Irma Borel no daba señales de vida. Entre el primero y el quinto piso parecían interrumpidas las relaciones.

Todas las noches Poquita Cosa sentado al banco de las rimas, oía entrar la victoria de la dama y, sin que se diese cuenta el ruido sordo del coche le bacía estremecer. Ni siquiera podía oír sin emoción a Cucu-Blanc cuando subía a su casa; si se hubiese atrevido le habría preguntado noticias de su ama... A pesar de todo, no obstante, los ojos negros aún eran dueños de la plaza. Poquita Cosa pasaba largas a su lado.

El demás tiempo, se encerraba en su casa para buscar rimas, con gran embelesamiento de los gorriones que venían a verle de todos los tejados de la vecindad, porque los gorriones del país latino son como la dama de gran mérito y tienen unas ideas especiales sobre las bohardillas de los estudiantes.

En cambio, las campanas de San Germán -las pobres campanas consagradas al Señor y enclaustradas toda la vida como carmelitas -se congratulaban de ver a su amigo Poquita Cosa sentado ante su mesa y, para darle ánimos, le dedicaban su mejor música.

Mientras tanto, se recibieron noticias dé Jaime.

Se había instalado en Niza y daba minuciosos pormenores de su instalación... «Hermoso país, mi querido Daniel; ¡y cómo te inspiraría este mar que tengo bajo de mis balcones! No creas que yo gozo mucho de él; no salgo nunca... El marqués dicta todo el día. ¡Diablo de hombre! Algunas veces, entre dos frases, levanto la cabeza, veo una pequeña vela en el horizonte y ya me tienes otra vez de narices sobre el papel... La

señorita de Hacqueville continúa siempre muy enferma... Desde aquí la oigo toser de continuo... Yo mismo, apenas puse el pie en esta ciudad, atrapé un resfriado que no quiere irse...»

Un poco más abajo, hablando, de la dama del primero, Jaime decía «Si quieres creerme, no vuelvas más a casa de esa mujer. Es demasiado complicada para ti, y, además ¿por qué no decírtelo? adivino en ella una aventurera... ¡Mira! ayer precisamente he visto en el puerto un bric-barca holandés que venía de dar la vuelta al mundo y traía productos del Japón, de Chile y una tripulación abigarrada como una carta geográfica...

¡Pues bien! querido, creo que Irma Borel se parece á ese navío. Para un bric-barca es una cosa muy buena haber viajado mucho, pero para una mujer, ya es distinto. En general, las que han visto mucho mando, lo hacen ver a los demás... ¡Desconfía Daniel, desconfía! y sobre todo, te lo suplico, no hagas llorar a los ojos negros...»

Estas últimas palabras fueron directamente al corazón de Poquita Cosa. La persistencia de Jaime en velar por la dicha de aquella que no había querido amarle le pareció admirable. «¡Oh! no, Jaime, no tengas miedo, no la haré llorar», se dijo, e inmediatamente adoptó la firme resolución de no volver más a casa de la dama del primero... Fiaos de Poquita Cosa para las grandes resoluciones.

Aquella noche cuando la victoria rodó bajo los pórticos, apenas si paró atención. La canción de la negra no le distrajo en lo más mínimo. Era una noche tempestuosa y pesada de septiembre... Trabajaba con la puerta entreabierta. De pronto, oyó crujir, la escalera de madera que conducía a su habitación.

Bien pronto distinguió un ligero ruido de pasos y un roce de telas. Alguien subía seguramente... ¿pero quién?

Cucu-Blanc ya hacía mucho tiempo que había entrado en su habitación... Quizá la dama del primero que iba a dar algún encargo a su negra...

A esta idea Poquita Cosa sintió latir su corazón con violencia; pero tuvo el valor de permanecer sentado ante su mesa... Los pasos se oían más próximos cada vez, deteniéndose en el rellano... Hubo un memento de silencio; después un ligero golpecito a la puerta de la negra que no respondió.

-Es ella -se dijo sin moverse de su sitio.

De repente, una luz perfumada se esparció por la estancia.

Rechinó la puerta y alguien entró.

Entonces, sin volver la cabeza Poquita Cosa preguntó temblando:

-¿Quién va?

XI
ÉL CORAZÓN DE AZÚCAR

Ya va para dos meses que Jaime ha partido y aun no habla de volver. La señorita de Hacqueville ha muerto. El marqués, escoltado por su secretario, pasea su dolor por toda Italia sin interrumpir ni un sólo día la terrible tarea de dictar sus memorias.

Jaime, rendido por el cansancio, encuentra apenas tiempo de escribir a su hermano algunas líneas fechadas en Roma Nápoles, Pisa, Palermo. Pero si la procedencia de aquellas cartas varía a menudo, el texto no cambia mucho: «¿Trabajas mucho?.. ¿Cómo van los ojos negros?.. ¿ Ya se ha publicado el artículo de Gustavo Planche?.. ¿Has vuelto a casa de Irma Borel?» A estas preguntas, siempre las mismas, Poquita Cosa

responde invariablemente que trabaja mucho, que la venta del libro va muy bien y los ojos negros también; que no ha vuelto a ver a Irma Borel, ni oído hablar de Gustavo Planche.

¿Qué hay de verdad en todo esto?... La última carta escrita por Poquita Cosa en una noche de fiebre y de tempestad, nos lo dirá:

«Señor Jaime Eyssette, en Pisa.
»Domingo, a las diez de la noche.

»Jaime, te he engañado. Desde hace dos meses no hago más que engañarte. Te escribo que trabajo y desde hace dos meses mi tintero está seco. Te escribo que la venta de mi libro va bien y en dos meses no se ha vendido más que un solo ejemplar. Te escribo que no he vuelto a ver a Irma Borel y hace dos meses que no salgo de su casa. En cuanto a los ojos negros ¡ay!.. ¡Oh Jaime, Jaime! ¿por qué no te he escuchado? ¿Por qué he vuelto a casa de esa mujer?

»Tenías razón, es una aventurera nada más. Al principio la creía inteligente. No lo es... todo lo que dice es simple imitación. No tiene cerebro, ni entrañas. Es trapacera cínica y malvada. En sus accesos de cólera la he visto moler a su negra a latigazos, tirarla al suelo y pisotearla. Y además de esto, es una mujer que no cree en Dios ni en el diablo, pero que acepta ciegamente las predicciones de las somnámbulas. En cuanto a su talento como trágica aunque se esfuerce en tomar lecciones de un engendro de jorobado y en pasar todo el día en su casa con unas bolitas elásticas en la boca estoy seguro de que en ningún teatro la querrán. En la vida privada en cambio, sí que es una excelente cómica.

»Como haya llegado a caer en las garras de esa criatura yo que tanto amo todo lo que es bueno y sencillo, es cosa que no te, podría explicar, mi pobre Jaime; lo que sí te juro es que ahora ya me he librado de ella y todo ha terminado, todo, todo... ¡Si supieses qué cobarde era y cómo me trataba!.. Le había contado toda mi historia; le hablé de ti, de nuestra madre, de los ojos negros... Es para morirse de vergüenza. Yo le había dado todo mi corazón y le había entregado toda mi vida pero ella nunca me había entregado nada de la suya. Yo no sé ni quién es ni de dónde viene. Un día le pregunté si había sido casada y se echó a reír. Ya recordarás una pequeña cicatriz que tiene en el labio; es una cuchillada que recibió en su país, en Cuba. Quise saber quién le había hecho aquello y, me respondió con la mayor naturalidad: «Un español llamado Pacheco», y ni una sola palabra más. Eso es estúpido, ¿verdad?

¿Es que conozco yo al tal Pacheco? ¿No crees que debiera haberme dado alguna explicación?... Una cuchillada no es una cosa tan natural ¡qué diablo!

Pero ya verás... los artistas que la rodean le han dado fama de original, y ella se atiene a esta fama...

Odio a esos artistas, querido. Figúrate que esas gentes a copia de vivir entre cuadros Y estatuas, se llegan a figurar que ya no hay nada más en el mundo. Te hablan siempre de forma de línea de color, de arte griego, del Partenón. Examinan tu nariz, tus brazos, tu barba. Buscan en ti un tipo, el gálibo, el carácter; pero por lo que respecta a lo que late en el pecho, a nuestras pasiones, a nuestras lágrimas, a nuestras angustias, de eso se preocupan tanto como de una cabra muerta. Ahora han descubierto esas buenas gentes que mi cabeza tiene carácter, pero que mí poesía no vale gran cosa. ¡Bonita manera de animarme!

»Al principio de nuestras relaciones, esa mujer había creído poner la mano sobre un niño prodigio, un gran poeta de bohardilla– ¡me ha fastidiado con su bohardilla! - Más tarde cuando su cenáculo le demostró que yo no era más que un imbécil, me retuvo

Librodot

al su lado por el carácter de mi cabeza. Este carácter, hay que decirlo, varía según las personas. Uno de sus pintores, que veía en mí un tipo italiano, me hacía servir de modelo para un pifferaro; otro, para un vendedor de violetas argeIino, otro... ¡qué sé yo!

Con más frecuencia aún me veía obligado a permanecer disfrazado en su casa y para complacerla debía conservar todo el día mis oropeles y figurar en su salón, al lado de la cacatúa. Así hemos pasado muchas horas, yo vestido de turco, fumando una larga pipa sentado en un rincón de su chaise-longue, ella al otro extremo, declamando con sus bolas elásticas en la boca e interrumpiéndose de cuando en cuando para decirme: «¡Qué cabeza tan característica tiene usted, mi querido Dani-Dan!» Cuando yo era turco, me llamaba Dani-Dan; cuando era italiano, Danielo; nunca Daniel... Tendré, además, el honor de figurar bajo esos dos aspectos en la próxima Exposición de pintura y podrá, verse en el catálogo:

«Joven pifferaro de la señora Irma Borel.» «Joven fellah de la señora Irma Borel» Y éste seré yo... ¡qué vergüenza!

»Me interrumpo un instante, Jaime. Voy a abrir la ventana y a respirar un poco del aire de la noche.

Me ahogo... No puedo más»

A las once.

«El aire me ha sentado muy bien. Dejando la ventana abierta puedo continuar escribiéndote.

Llueve, está obscuro, suenan las campanas. ¡Qué triste es esta habitación! ¡Querido cuartito! Tanto que le amaba y tanto que me aburre ahora. Ella es quien me lo ha hecho odiar; ha venido demasiadas veces. Ya comprenderás, me tenía aquí, al alcance de la mano, en la misma casa; esto le era muy cómodo.

¡Oh! nuestra habitación ya no es la misma...

»Que estuviese o no en casa entraba a todas horas y lo registraba todo. Una noche la encontré huroneando en un cajón donde tengo lo que me es más querido en el mundo: las cartas de nuestra madre, las tuyas y las de los ojos negros; éstas encerradas en una caja dorada que tú debes conocer. En el momento en que yo entré, Irma Borel tenía la caja en la mano y se disponía a abrirla. No tuve más que el tiempo de abalanzarme sobre ella y arrebatársela.

»-¿Qué hace usted ahí? -grité indignado.

»Ella adoptó su aire más trágico.

»-He respetado las cartas de su madre de usted; pero éstas me pertenecen las quiero... Déme esa caja.

»-¿Para qué?»

»-Para leer las cartas que contiene...

»–¡Nunca! -le dije–. Yo no conozco nada de su vida de usted y usted conoce toda la mía.

»-¡Oh! ¡Dani-Dan! -aquel día me tocaba hacer de turco-. ¡Oh! ¡Dani-Dan! ¿Es posible que usted me reproche eso? ¿Es que usted no entra en mi casa cuando quiere? ¿Por ventura no conoce usted a todos los que me visitan?...

»Mientras hablaba con su voz más zalamera intentaba apoderarse de la caja.

»-¡Pues bien! -le dije-, puesto que es así, le permito que la abra; pero con una condición...

»-¿Cuál?

»-Quiero que me diga a dónde va usted todas las mañanas de ocho a diez.

» Se puso pálida y me miró fijamente en los ojos... Nunca le había hablado de eso. Y no es que me faltasen deseos precisamente. Aquella misteriosa salida de todas las

mañanas me intrigaba me inquietaba como la cicatriz, como Pacheco y como todo lo relacionado con aquella extraña existencia.

Yo hubiera querido saberlo, pero al mismo tiempo tenía miedo de saberlo.. Adivinaba en aquello algún misterio, alguna infamia que me hubiera obligado a huir... Aquel día no obstante, tuve el valor de interrogarla. Esto la sorprendió mucho, Vaciló un momento y después me dijo con voz sorda:

»-Déme la caja y lo sabrá todo.

»Entonces, le di la caja ¡qué infamia! ¿verdad, Jaime? La abrió con un estremecimiento de placer y se puso a leer todas las cartas -había unas veinte - lentamente, a media voz, sin saltar una línea.

Aquella historia de amor, fresca y púdica parecía interesarle mucho. Yo ya se la había contado, pero a mi manera, haciendo pasar a los ojos negros por una joven de la más alta aristocracia a quien sus padres no dejaban casar con el pequeño plebeyo de Daniel Eyssette ya conoces mi ridícula vanidad.

»De cuando en cuando interrumpía su lectura para decir «¡Toma! ¡es muy bonito esto!»; o bien:

«¡Oh! ¡oh ! para una joven de la nobleza...» Después, a medida que las había leído, las aproximaba a la bujía y las veía quemarse con una risa maligna. Yo la dejaba hacer; quería saber a donde iba todas las mañanas de ocho a diez...

»Entre aquellas cartas, había una escrita en papel de la casa Pierrotte, papel timbrado, con tres pequeños platos verdes en un ángulo y debajo: Porcelanas y cristales. Pierrotte, sucesor de Lalouette... ¡Pobres ojos negros! sin duda un día en el almacén, habían sentido deseos de escribirme, y habían echado mano del primer papel que encontraron... ¡Figúrate qué descubrimiento para la trágica! Hasta entonces había creído, toda mi historia de una joven noble y de unos padres tiranos; pero cuando hubo llegado a esta carta lo comprendió todo y soltó una ruidosa carcajada.

«–Vaya con la joven patricia, la perla del faubourg... se llama Pierrotte y vende platos en el pasaje del Salmón... ¡Ah! ahora comprendo por qué no me quería dar la caja...

»Y reía, reía...

»Querido, no sé lo que me pasó en aquel instante; la vergüenza el despecho, la rabia... Ya ni veía. Me arroje sobre ella para arrancarle las cartas. Ella tuvo miedo, retrocedió un paso y al retirarse tropezó, y cayó, lanzando un grito agudo. La horrible negra la oyó desde la habitación inmediata y acudió enseguida desmida horrible despeinada. Quise impedirle entrar, pero de un revés de su gruesa mano aceitosa me clavó contra la pared, y se interpuso entre su ama y yo.

»La otra mientras tanto, se había levantado y lloraba o lo hacía ver. Sin dejar de sollozar, continuaba registrando en la caja.

»-¿Sabes -decía a su negra -por qué ha querido pegarme?.. Porque he descubierto que su señorita noble no lo es tanto como él dice y vende platos en un pasaje... Toma mira -añadió la trágica-, mira las prendas de amor que le daba su cacharrera... Cuatro pelos del moño y un ramo de violetas de a sueldo...

Aproxima la lámpara Cucu-Blanc.

»La negra obedeció; los cabellos y las flores ardieron chisporroteando; yo dejaba hacer, estaba aterrado.

»-¡Oh! ¡oh! ¿qué es esto? -continuó la trágica desenvolviendo un papel de seda-. ¿Un diente?.. ¡No! esto parece azúcar... A fe mía sí... es un corazoncito de azúcar.

Ay! en la feria de los prados de San Gervasio, los ojos negros habían comprado aquel corazoncito de azúcar y me lo habían ofrecido diciéndome:

»-Le doy a usted mi corazón.

»La negra le dirigía una mirada de gula.

»–¿Lo quieres, Cucu-Blanc? -le gritó su ama-, ¡pues bien! atrápale...

»Y se lo arrojó como a un perro... Esto es quizá ridículo pero cuando oí el azúcar crujir entre la dentadura de la negra me estremecí de la cabeza a los pies. Me pareció, que era el propio corazón de los ojos negros el que aquel monstruo de dientes negros devoraba tan alegremente.

»¿Creerás, quizá, mi pobre Jaime, que después de esto acabó todo entre nosotros? Pues bien querido, si al día siguiente de aquella escena hubieses entrado en casa de Irma Borel, la hubieses encontrado ensayando el papel de Herminia con su jorobado, y, en un rincón, sobre una estera, al lado de la cacatúa a un joven turco, casi echado, fumando en una gran pipa cuyo tubo de goma le hubiese podido dar tres veces la vuelta a su cuerpo... ¡Qué cabeza tan característica tiene usted, mi querido Dani-Dan!

»¿Pero al menos, dirás, a cambio de tu infamia habrás sabido lo que querías saber, lo que hacia ella todas las mañanas de ocho a diez? Sí, Jaime, lo he sabido pero no hasta hoy y después de una escena terrible -¡la última desde luego! -que voy a contarte...

Pero ¡chist!.. Alguien sube... ¿Si fuese ella que quisiera..? Es muy capaz, aun después de lo que ha pasado. ¡Espera!... Voy a cerrar la puerta con doble llave... No entrará, no tengas miedo...

»Es preciso que no entre.»

A media noche.

«No era ella: era su negra. Me extraña también no haber oído su coche... Cucu-Blanc acaba de acostarse. A través del tabique, oigo el glu-glu de la botella y el horrible estribillo... tolocototiñán... Ahora ronca; se diría que es el péndulo de un enorme reloj.

»He aquí cómo han terminado nuestros tristes amores:

»Hace tres semanas, aproximadamente, el jorobado que le da lecciones declaró que ya estaba en sazón para los grandes éxitos trágicos y que quería hacerla oír, así como a otros de sus discípulos.

»Ya tienes a mi trágica encantada... Como no había un teatro a mano, se convino en convertir en sala de espectáculos el taller de uno de esos señores, y en enviar invitaciones a los directores de todos los teatros de París... En cuanto a la obra de presentación, después de largas discusiones, se decidió que fuese a Atalia... De todas las obras del repertorio, es ésta la que los discípulos del jorobado saben mejor.

Para ponerla no había necesidad más qué de algunos pequeños toques y algún que otro ensayo de conjunto. ¡Vaya pues, por Atalia!.. Como Irma Borel era demasiado gran señora para molestarse los ensayos se hicieron en su casa. Cada día el jorobado llevaba a sus alumnos, cuatro o cinco jóvenes, altas, secas, solemnes, envueltas en chales de a trece francos y medio, y tres o cuatro pobres diablos con fraques de papel teñido de negro y cabezas de náufrago... Se ensayaba todo el día excepto de ocho a diez; porque a pesar de los preparativos de la representación, las misteriosas salidas no se habían interrumpido. Irma, el jorobado, los alumnos, todo el mundo trabajaba con encarnizamiento. Durante dos días se olvidó de dar la comida a la cacatúa. En cuanto, al Joven Dani-Dan nadie se ocupaba de él...

En suma todo iba bien; el taller estaba engalanado, el teatro construido, los trajes dispuestos, las invitaciones hechas. Pero he aquí que tres o cuatro días antes de la representación, el joven Eliacin -una niña de diez años, la sobrina del jorobado -cayó enferma... ¿Qué hacer? ¿Dónde encontrar un Eliacin, un niño capaz de aprender su papel en tres días?..

Consternación generaI. De pronto, Irma Borel se vuelve hacia mí:

»-¿Y si se encargase usted, Dani-Dan?

»-¿Yo? Usted bromea... ¿a mi edad?

»–Nadie diría que es un hombre... Queridito, usted no representa más allá de quince años; en escena vestido y pintado, representaría doce... Además, el papel entra de lleno en el carácter de su cabeza.

»-Me resistí todo cuanto pude pero fue necesario pasar por lo que ella quería como siempre. Soy tan cobarde...

«Se celebró la representación... ¡Ah! si estuviese de humor, cómo te divertirías con el relato de la jornada... Se había contado con que asistirían los directores del Gimnasio y del Teatro Francés, pero parece que esos señores tenían otras ocupaciones, y nos hubimos de contentar con un director de los arrabales, traído a última hora. De todos modos, aquel espectáculo de familia no fue completamente mal... Irma Borel fue muy aplaudida... Yo, por mi parte, opinaba que aquella Atalia cubana era demasiado enfática, que carecía de expresión, y hablaba el francés como una curruca española; pero ¡qué importa! sus amigos, los artistas no hilaban tan delgado. El traje era auténtico, el tobillo fino, el cuello admirablemente colocado... Era todo lo que se necesitaba. En cuanto a mí, el carácter de mi cabeza me valió también un envidiable éxito, no tan envidiable, sin embargo, como el de Cucu-Blanc en el papel mudo, de la nodriza. Verdad es que la cabeza de la negra tenía aún más carácter que la mía. Así, cuando en el quinto acto apareció llevando sobre el enorme puño cerrado la cacatúa -su turco, su negra su cacatúa la trágica había querido que, figurásemos todos en la obra -moviendo con extrañeza sus grandes y feroces ojos blancos, hubo en la sala una formidable explosión de aplausos. «¡Qué éxito!»,

decía Atalia resplandeciente...

»¡Jaime! ¡Jaime!.. Oigo su coche que entra. ¡Oh! ¡miserable mujer! ¿Dé dónde puede venir tan tarde?

Ha olvidado, sin duda la horrible escena de esta mañana ¡y yo aún estoy temblando!

»La puerta ha vuelto a cerrarse... ¡Mientras no suba ahora!

«¡Ya ves si es terrible la vecindad de una mujer a la que se odia!»

«La representación de que te hablo tuvo lugar hace tres días.

»Durante esos tres días ha estado alegre, dulce, afectuosa encantadora. No ha pegado ni una vez a su negra. Me ha pedido muchas veces noticias tuyas, me ha preguntado si tosías aún, y, no obstante, Dios sabe que no te quiere... Hubiera debido sospechar algo.

»Esta mañana entró en mi habitación cuando daban las nueve. ¡Las nueve!.. ¡Nunca la había visto a semejante hora! Se aproximó a mí y me dijo sonriendo:

»–Son las nueve.

»Después, de pronto, adoptó un aire solemne.

»-Amigo mío -me dijo-, he engañado a usted.

Cuando nos encontramos yo no era libre. Había un hombre de por medio, un hombre al que debo mi lujo, mis comodidades, todo lo que tengo.

»Ya te decía Jaime, que había alguna infamia en aquel misterio.

»-... Desde el día en que conocí a usted me fue porque sé que es usted demasiado orgulloso para compartir mi amor con otro, y si no lo rompí, es porque me costaba renunciar a esta existencia indolente y dorada para la cual he nacido... Pero ahora ya no puedo vivir así... Esta mentira me pesa esta traición de todos los días me vuelve loca... Y si usted aún me quiere, después de la confesión que acabo de hacerle, estoy dispuesta a dejarlo todo y a irme a vivir con usted en un rincón, donde usted quiera.

»Estas últimas palabras «donde usted quiera» las dijo en voz baja cerca de mí, casi con su boca sobra la mía para hacerme perder la razón.

»No obstante, tuve el valor de responderle y hasta con sequedad, que yo era pobre, que ni siquiera ganaba para mí y que no podía hacerla mantener por, mí hermano Jaime.

»Ante esta respuesta levantó la cabeza con aire de triunfo:

Pues bien! ¿y si yo hubiese encontrado para los dos un medio honroso y seguro de ganarnos la vida sin tener que dejarnos el uno al otro, qué diría usted?

«Entonces sacó de uno de sus bolsillos un pliego de papel timbrado que comenzó a leerme...

»Era un contrato para los dos en un teatro de los arrabales; ella a razón de cien francos al mes, yo de cincuenta. Todo estaba dispuesto, no había más que firmar.

»La miré, espantado... Sentía que me arrastraba a un abismo y por un momento temí no ser bastante fuerte para resistir... Acabada la lectura del documento, sin dejarme tiempo de contestar, se puso a hablarme febrilmente de los esplendores dela carrera teatral y de la vida gloriosa que nos esperaba libres, altivos, lejos del mundo, entregados por completo a nuestro arte y a nuestro amor.

»Habló demasiado, lo que fue una torpeza porque me dio tiempo a reponerme, a invocar a mamá Jaime en el fondo de mi corazón, y cuando hubo terminado, pude decirle con mucha frialdad:

»-No quiero ser cómico...

»No creas por ello que renunció a su intento, y comenzó de nuevo su discurso.

»Trabajo perdido... A todo lo que ella pudiese decirme, no contestaba más que una cosa:

»-No quiero ser cómico...

»Irma empezaba a perder la paciencia.

»-Entonces -me dijo palideciendo-, prefiere usted que vuelva allá abajo de ocho a diez y que las cosas continúen como hasta ahora...

»A esto respondí un poco menos fríamente:

»-Yo no prefiero nada... Me parece muy bien quo quiera usted ganarse honradamente la vida y que no se lo deba todo a las generosidades de un señor de ocho a diez... Lo único que le repito es que no me siento con la menor vocación teatral y que no será cómico.

»Su cólera estalló imponente.

»-¡Ah! no quieres ser cómico... ¿Qué serás, pues, entonces?.. ¿te creerás poeta por ventura?, ¡se cree poeta!.. ¡pero si no tienes ninguna de las condiciones necesarias, pobre loco!.. Es decir, que porque ha impreso a sus expensas un detestable libro que nadie quiere, se cree poeta... Pero, desgraciado, tu libro es idiota todos me lo dicen... En dos meses que está a la venta no se ha vendido más que un ejemplar, y aun éste porque yo lo he comprado... Tú poeta ¡vamos, hombre!.. No hay más que tu hermano que crea semejante tontería... ¡Es un infeliz, el pobre!.. y te escribe unas cartas muy preciosas... Es para reventar de risa con su artículo de Gustavo Planche...

Y mientras tanto, se mata de trabajar para que a ti no te falte nada... y tú, ¿qué haces en ese tiempo, qué haces? Ni tú lo sabes... Porque tu cabeza tiene un cierto carácter, te crees que ya basta; te vistes de turco y te figuras que ya no hay nada más que hacer...

Además, te prevengo que de algún tiempo a esta parte tu cabeza pierde de carácter lastimosamente...

te vuelves feo, muy feo. Toma mírate... estoy segura de que si volvieses a tu doncella Pierrotte, ya no te querría... Y, no obstante, sois tal para cual... Habéis nacido los dos para vender loza en el pasaje del Salmón. Eso te estará mejor que ser cómico.

»Estaba anhelante, casi sin respiración. Jamás has visto locura semejante. Yo la miraba sin decir nada.

Cuando hubo terminado, me aproximé a ella con un temblor en todo el cuerpo, y le dije tranquilamente:

»-No quiero ser cómico.

»Diciendo esto fui hacia la puerta la abrí y, se la mostré.

»-¡Marcharme! -dijo burlonamente-. Oh aún no... me queda bastante por decir.

»No pude contenerme más. Una oleada de sangre me subió a la cabeza.. Tomé uno de los morillos de la chimenea y me precipité hacia ella... Te juro que entonces sí que abandonó la plaza... Querido, en aquel momento comprendí al español Pacheco.

»Cogí el sombrero y bajé detrás de ella. He corrido todo el día de un lado a otro, como un borracho... ¡Ah! si me hubieses visto... Un momento he tenido la idea de ir a casa de Pierrotte, de arrojarme a sus pies, de pedir gracia a los ojos negros. He ido hasta la puerta del almacén, pero no me he atrevido a entrar... Hace ya dos meses que no voy por allí. Me han escrito y no he contestado. Han venido a verme y me he ocultado. ¿Cómo podrían perdonarme?..

Pierrotte estaba en su escritorio. Parecía muy triste...

He permanecido un instante mirándole de pie ante las vidrieras; después he huido llorando.

»Al llegar la noche he vuelto a casa. He llorado mucho tiempo, en la ventana y después he empezado a escribirte. Estaré escribiéndote toda la noche.

Así me parece, que estás aquí, que hablo contigo, y esto me consuela.

»-¡Esa mujer es un monstruo! ¡Qué segura estaba de mí! Tenía razón al considerarme como un juguete de sus caprichos... ¡figúrate! me ha llevado a representar comedias a los arrabales... ¡Aconséjame, Jaime, sufro mucho, no sé qué hacer..! Me hecho mucho daño ¡ya lo ves! he perdido la confianza; tengo miedo. ¿Qué hacer?.. ¿trabajar?.. ¡Ay! ella tiene razón, yo no soy poeta mi libro no se ha vendido... ¿Y cómo te las arreglarás para pagar?..

»Mi vida está rota. No tengo voluntad para nada... Hay nombres predestinados. Se llama Irma Borel. Borel en nuestro país significa verdugo... ¡Irma Verdugo!.. Es el hombre que merece... Querría marcharme de allí. Esta habitación md es odiosa...

Además, me expongo a encontrarla en la escalera...

Puedes estar tranquilo, porque si sube... Pero no subirá. Me ha olvidado ya. Tiene a los artistas que la consuelen...

»¡Ah! ¡Dios mío! ¿qué es lo que oigo?.. Jaime, hermano mío, es ella. Te digo que es ella... reconozco sus pasos... Está ahí, cerca de mí... Siento su respiración... Su ojo pegado a la cerradura me mira me quema me...

»Esta carta no salió para su destino.

XII
«TOLOCOTOTIÑÁN»

He llegado a las páginas más sombrías de mi historia; a los días de vergüenza y de miseria que Daniel Eyssette pasó al lado de aquella mujer, haciendo de cómico en los alrededores de París. ¡Cosa singular! aquella época de mi vida accidentada ruidosa como un torbellino, me ha dejado más remordimientos que recuerdos.

Todo aquel rincón de mi memoria está enmarañado, no veo nada nada...

¡Pero, esperad!.. No tengo más que cerrar los ojos, y repetir dos o tres veces aquel estribillo extravagante y melancólico: ¡Tolocototiñán! ¡Tolocototiñán!

En seguida como por ensalmo, mis recuerdos adormecidos se despiertan, las horas muertas salen de sus tumbas, y veo a Poquita Cosa tal corno era entonces, en una casa nueva del bulevar Montparnasse entre Irma Borel que ensayaba sus papeles, y Cucu-Blanc que cantaba continuamente:

¡Tolocototiñán! ¡Tolocototiñán!

¡Puaf! ¡horrible casa! aun la veo ahora con sus mil ventanas, su pasamanos verde y polvoriento, sus puertas numeradas, sus largos corredores blancos ,oliendo a pintura fresca... ¡tan nueva y ya suela!..

Allí dentro había ciento ocho departamentos, y en cada departamento una familia. ¡Y qué familias!.. En todo el día no se oían más que escándalos gritos, amenazas, golpes; por la noche los chillidos de los niños, pies desnudos sobre el pavimento, y después el balanceo uniforme y pesado de las cunas. De cuando en cuando, para variar, visitas de la policía.

Allí, en aquel antro de siete pisos, fue el que Irma Borel y Poquita Cosa eligieron para nido de amor...

¡Triste nido y bien apropiado para ellos! Fueron allí porque así estaban cerca del teatro; y, además, como en todas las casas nuevas, no pagaban mucho alquiler. Por cuarenta francos al mes, tenían dos habitaciones en el segundo piso, con un balcón corrido sobre el bulevar; el mejor departamento de la casa...

Entraban siempre a media noche después de terminada la función. Era un espectáculo siniestro pasar por las grandes calles desiertas, sin ver más que hombres vestidos de blusa mujeres desgreñadas y casacas de policías.

Atravesaban deprisa por el centro de la calle. Al llegar, encontraban un poco de carne fría en un ángulo de la mesa y a Cucu-Blanc que les esperaba...

porque Irma Borel había conservado a su negra. El señor de Ocho a Diez le había tomado su cochero, sus muebles, su vajilla. Irma Borel se había quedado con Cucu-Blanc, la cacatúa y la ropa. Esta desde luego, no la usaba más que en escena porque las colas de terciopelo y de moaré no se habían hecho para barrer las calles de las afueras... Sólo la ropa ocupaba una de las dos habitaciones. Allí estaban los trajes colgados en perchas de acero y sus grandes pliegues de seda y sus colores chillones contrastaban extrañamente con el piso deslucido y los pobres muebles. En aquella habitación, además, dormía la negra.

Allí había instalado su jergón, su herradura y su botella de aguardiente; sólo que, por miedo a un incendio, no se le dejaba luz. Así, por la noche cuando ellos volvían, Cucu-Blanc, acurrucada en su jergón, a la claridad de la luna tenía el aspecto, entre aquellas ropas misteriosas, de una vieja hechicera encargada por Barba Azul de la custodia de las siete ahorcadas... La otra habitación, la más pequeña era para ellos y la cacatúa. Había el sitio justo para una cama, tres sillas, una mesa y la rinconera con sus travesaños dorados. Por estrecho y triste que fuera aquel lugar, nunca salían de él. El tiempo que les dejaba libre el teatro, lo pasaban en casa aprendiendo sus papeles, y aquello era podéis creerlo, una horrible mezcolanza. De un extremo al otro no se oían más que sus rugidos dramáticos: «¡Mi hija devolvedme me hija!

-¡Por aquí, Gaspar! -¡Su nombre, su nombre, miserable! Y por encima de todo esto los gritos desgarradores de la cacatúa y la voz aguda de Cucu-Blanc que canturreaba continuamente:

¡Tolocototiñán ¡Tolocototiñán!

Irma Borel era dichosa. Aquella vida le gustaba; ,aquella apariencia de hogar de artistas pobres la divertía. «No echo nada de menos», decía a menudo.

¿Qué podía echar de menos? El día en que le fatigase la miseria o se cansase de beber vino ordinario y dé comer aquellas repugnantes salsas obscuras que se agarraban

a la garganta el día en que se despidiese del arte dramático de los arrabales, sabía perfectamente que reanudaría su existencia anterior. Para encontrar todo lo que había perdido, no tenía más que levantar un dedo.

Seguramente era este pensamiento el que le daba valor y le hacía decir: «No echo nada de menos» Es verdad, ella no echaba nada de menos, pero, ¿y él?..

Habían debutado los dos en Gaspar el Pescador, uno de los más hermosos fragmentos de la hojalatería melodramática. Ella fue muy aplaudida y no ciertamente por su talento -mala voz, gestos ridículo- si no por sus brazos de nieve, por sus vestidos de terciopelo. El público de allá abajo no estaba habituado a esas exhibiciones de carne deslumbrante, y de telas gloriosas de a cuarenta francos el metro.

En la sala decían: «¡Es una duquesa!», y aquellos macacos maravillados aplaudían hasta romperse las manos...

El no tuvo igual éxito. Se le encontraba demasiado pequeño; además, tenía miedo y vergüenza. Hablaba en voz baja como si se confesase. «¡Más alto, más alto!», le gritaban. Pero su garganta se oprimía ahogando las palabras al salir. Fue silbado... ¡Qué queréis!, Irma decía bien no había nacido para aquello. Después de todo, el ser un mal poeta no era una razón para ser un buen cómico.

La criolla le consolaba como mejor podía: «No han comprendido el carácter de tu cabeza...», le decía sonriendo, pero el director no se equivocó sobre el carácter de su cabeza. Después de dos representaciones tempestuosas le llamó a su despacho y le dijo: «Pequeño, el drama no es tu fuerte. Nos hemos equivocado. Probemos el vaudeville, me parece que los papeles cómicos te irán bien» Y desde el día siguiente, probó el vaudeville. Representó los galanes cómicos, los ridículos petimetres, a los que se hace beber gaseosa en lugar de champagne, y que corren por la escena sujetándose el vientre con las manos, los simples de peluca roja que lloran igual que terneros, los campesinos enamorados que giran estúpidamente los ojos diciendo: «Señorita la amo a usted mucho... de veras, la amo más que...»

Representó los Juanitos, los timoratos, todos aquellos que son feos, que hacen reír, y la verdad me obliga a decir que no salió mal de su empeño. El desgraciado tenía éxito, ¡hacía reír!

Explicaos esto si podéis. Cuando estaba en escena caracterizado, la cara embadurnada y lleno de oropeles es cuando Poquita Cosa se acordaba más de Jaime y de los ojos negros. En medio de una mueca o de una gracia estúpida es cuando la imagen de todos aquellos seres queridos, a los que tan cobardemente había hecho traición, se erguía de pronto ante él.

Casi todas las noches, los macacos del lugar podrían dar fe de ello, se veía obligado a detenerse en seco en lo mejor de una escena y se quedaba en pie, mudo, con la boca abierta y mirando al público... En aquellos momentos, su alma se escapaba, saltaba por encima de todo, atravesaba el techo del teatro de un aletazo, y se marchaba muy lejos de allí, a dar un beso a Jaime y otro a la señorita Eyssette y a pedir perdón a los ojos negros...

-¡Vaya la amo a usted mucho! -decía de pronto, la voz del apuntador, y entonces, el desgraciado Poquita Cosa, arrancado de su sueño, caído del cielo, paseaba a su alrededor una mirada de extrañeza en la que se pintaba un azoramiento tan natural, tan cómico, que todos los espectadores estallaban en una carcajada. En el argot de bastidores, eso es lo que se llama un efecto. Sin querer, había encontrado un efecto.

La compañía de la que formaban parte, visitaba muchos pueblos. Era una especie de compañía ambulante que tan pronto representaba en Grenelle como en Montparnasse o en Sèvres, o el Sceaux o en Saint-Cloud. Para ir de un sitio al otro, se acomodaban en un ómnibus del teatro -un viejo ómnibus arrastrado por un caballo tísico-. Por el

camino, se cantaba, se jugaba a las cartas. Los que no sabían sus papeles, se metían en un rincón y repasaban su parte. Poquita Cosa era de éstos.

Allí se quedaba taciturno y triste, como todos los grandes cómicos, con el oído cerrado a todas las trivialidades que zumbaban a su alrededor. Por bajo que hubiese caído, aquella comiquería ambulante aun estaba por debajo de él. Tenía vergüenza de encontrarse en semejante compañía. Las mujeres eran viejas presuntuosas, marchitas, pintadas, amaneradas, sentenciosas. Los hombres, seres vulgares, sin ideal, sin ortografía hijos de peluqueros o de vendedores callejeros, que se habían hecho cómicos por amor a la ociosidad, por holgazanería por los trajes, por exhibirse en las tablas con justillos dorados o redingots a lo Suvarof, Lovelaces de arrabal, siempre preocupados de su elegancia, gastando su sueldo en la peluquería y diciéndoos con aire de convencimiento: «Hoy he trabajado mucho», después de haber pasado cinco horas en hacerse unas botas Luis XV con dos metros de papel barnizado...

Verdaderamente, no valía la pena de burlarse del salón de Pierrotte para venir a parar a esta galera.

A causa de su aire sombrío y de su orgulloso silencio, sus camaradas no le querían. «Es un hipócrita», decían. La criolla en cambio, había conquistado todos los corazones. Reinaba en el ómnibus como una princesa reía cordialmente, echaba la cabeza atrás para mostrar su hermoso cuello, tuteaba a todos, a los hombres les llamaba «viejo mío» y a las mujeres «pequeña», y, en suma obligaba incluso a los más ariscos a decir de ella:

«Es una buena muchacha» Una buena muchacha... ¡qué sarcasmo!

Así rodando, riendo -cada chiste hubiera ruborizado a un cabo de gastadores-, se llegaba al lugar de la representación. Terminada ésta, se desnudabante-dos en un abrir y cerrax de ojos y el coche les conducía rápidamente a París. El camino estaba completamente obscuro. Se hablaba en voz baja las.

rodillas se buscaban en la obscuridad. De cuando en cuando, se oía una risa ahogada... En el fielato del faubourg del Maine se detenía el ómnibus. Todos descendían o iban en cortejo a acompañar a Irma Borel hasta la puerta de su chiribitil, donde Cucu-Blanc, casi borracha les esperaba con su triste canción:

¡Tolocototiñán! ¡Tolocototiñán!

Al verlos a los dos, tan juntitos, se hubiera podido creer que se amaban. ¡No! no se amaban. Se conocían demasiado para amarse. El sabía que era mentirosa fría sin entrañas. Ella por su parte, sabía que era débil y blando hasta la cobardía... Ella se decía: «El día menos pensado, viene su hermano y me lo roba para devolvérselo a su cacharrera» Y él:

«Cualquier día, cansada de la vida que lleva, se fugará con cualquier señor de Ocho a Diez, y yo me quedaré aquí solo en el fango!..» El eterno temor de perderse el uno al otro, era la única demostración de amor que había en ellos. No se amaban, y, sin embargo, estaban celosos.

Es verdaderamente singular que donde no hay amor pueda haber celos!... Y, no obstante, era así...

Cuando ella hablaba familiarmente a alguien del teatro, él se ponía pálido. Cuando él recibía una carta ella se precipitaba y la abría con trémulas manos... Casi siempre era una carta de Jaime. La leía hasta el final, con gesto burlón, y después la arrojaba, sobre un mueble: «Siempre lo mismo», decía desdeñosamente. ¡Ay! ¡sí! siempre lo misino, es decir, el sacrificio, la generosidad, la abnegación. Con seguridad que era por eso por lo que tanto detestaba al hermano...

El buen Jaime no tenía la menor sospecha. No dudaba de nada. Se le escribía que todo iba bien que de la Comedia pastoral se habían vendido las tres cuartas partes de los

ejemplares y que al vencimiento da las letras se encontraría en casa de los libreros todo el dinero necesario, para pagarlas.

Confiado y bueno como siempre, continuaba enviando todos los meses los cien francos a la calle de Bonaparte, donde Cucu-Blanc iba a recogerlos.

Con los cien francos de Jaime y el sueldo del teatro, hubieran tenido bastante para vivir, sobre todo, en aquel pobre barrio. Pero ni uno ni otro sabían, como vulgarmente se dice, lo que es el dinero; él, porque jamás lo había tenido, ella porque siempre había tenido demasiado. ¡Qué derroche Dios mío! Desde el día. 5 del mes, la caja -una pequeña zapatilla javanesa de paja de maíz -estaba vacía. Por de pronto había que mantener a la cacatúa y ella sola gastaba tanto como una persona de tamaño natural.

Después el blanquete, los polvos de arroz, las pomadas y, en fin, todo el aparato de la pintura dramática. Además, los ejemplares de los dramas estaban estropeados, viejos, y la señora los quería nuevos. Por último, necesitaba flores, muchas flores.

Hubiera pasado mejor comer, antes que ver los floreros vacíos.

En dos meses, la casa estuvo acribillada de deudas. Se debía al propietario, al restaurant, al conserje del teatro. De cuando en cuando, se presentaba Por la mañana: algún acreedor y daba un espectáculo.

Aquellos días, agotados todos los medios, le acudía al impresor de la Comedia pastoral y se le tomaba prestado algún luis de parte de Jaime. El impresor, que tenía entre manos el segundo volumen de las famosas memorias y que sabía que Jaime continuaba al servicio del marqués, abría su bolsa sin desconfianza. De luis en luis, se de llegaron a deber cuatrocientos francos que, unidos a los novecientos de la Comedia pastoral, elevaban la deuda de Jaime a mil trescientos francos.

¡Pobre mamá Jaime! ¡qué de desastres le esperaban a su regreso! Daniel desaparecido, los ojos negros arrasados en lágrimas ni un solo ejemplar vendido y mil trescientos francos a pagar. ¿Cómo resolvería el conflicto?.. La criolla no se preocupaba

gran cosa; pero él, Poquita Cosa no tenía otro pensamiento. Era una obsesión, una angustia perpetua.

Era inútil que intentase aturdirse trabajar como un forzado (¡Y qué trabajo, justo Dios!) aprender nuevas bufonadas, estudiar ante el espejo nuevas muecas siempre el espejo le devolvía la imagen de Jaime en lugar de la suya; entre las líneas de su parte, en

vez de Langlumeau, de Josías y de otros personajes de vaudeville no veía más que él nombre de Jaime; ¡Jaime, Jaime y siempre Jaime!

Cada mañana miraba el calendario con terror y, contando los días que le separaban del vencimiento de la primera letra se decía estremeciéndose: «¡Un mes nada más... tres semanas!» Porque él sabía muy bien que a la primera letra protestada se descubriría todo y que el martirio de su hermano comenzaría entonces. Esta idea le perseguía hasta en sueños.

Algunas, veces se despertaba sobresaltado; con el corazón oprimido, cl rostro inundado de lágrimas, con el confuso recuerdo de una pesadilla terrible y singular que había tenido.

Esta pesadilla siempre la misma se repetía casi todas las noches. Era en una habitación desconocida en la que había un gran armario con viejos herrajes. Jaime estaba allí, pálido, horriblemente pálido, tendido sobre un sofá; acababa de morir.

Camilo, Pierrotte estaba allí también y, de pie ante el armario, trataba de abrirlo para sacar una sábana pero no podía conseguirlo y, mientras con la llave, a tientas, buscaba la cerradura se la oía decir con una voz desgarradora: «-No puedo abrir... ¡He llorado tanto!.. no veo...»

Aunque él hubiera querido defenderse aquella pesadilla le impresionaba más de lo razonable. Desde que cerraba los ojos, veía a Jaime tendido en el sofá, y a Camila ciega,

ante el armario... Todos estos terrores, todos estos remordimientos, le volvían cada vez más sombrío, más irritable. La criolla por su parte, no era más sufrida. Además, sentía vagamente que se le escapaba -sin que supiese dónde-, y esto la exasperaba. A cada momento se repetían las escenas terribles, los gritos, los insultos, como si fuesen lavanderas.

Ella le decía: «Vete con tu Pierrotte, que te dé corazones de azúcar»

Y él, con rapidez: «Vuelve con tu Pacheco que te cortará los labios»

Ella le llamaba: «¡Burgués!»

Y él le respondía: «¡Bribona!»

Después, deshechos en lágrimas, se perdonaban generosamente, para empezar de nuevo al día siguiente.

Así es cómo vivían, mejor dicho, cómo se encenagaban juntos, remachados al mismo hierro, tirados en el mismo charco... Esa existencia fangosa, esas horas miserables son las que hoy desfilan ante mis ojos, cuando canturreo el estribillo de la negra, el extraño y melancólico:

¡Tolocototiñán! ¡Tolocototiñán!

XIII
EL RAPTO

Era una noche aproximadamente a las nueve, en el teatro de Montparnasse. Poquita Cosa que tomaba parte en la primera. pieza había terminado su trabajo Y subía a su cuarto. En la escalera se cruzó con Irma Borel, que se disponía a ir a escena. Estaba deslumbrante, envuelta en raso y terciopelo, el abanico en la mano como Celimena.

-Sal a la platea -le dijo al pasar-, hoy me siento en vena... creo que estaré muy bien.

Poquita Cosa apresuró el paso hacia su cuarto y se desnudó con rapidez. Aquel cuarto, que compartía con dos camaradas, era una habitación sin abertura alguna baja de techo, y alumbrada con petróleo. Dos o tres sillas con asiento de paja formaban el mobiliario. A lo largo de las paredes pendían trozos de espejo, pelucas desgreñadas, andrajos adornados de lentejuelas terciopelos raídos, dorados amarillentos.

En el suelo, en un rincón, botes de pomada sin tapa, brochas de polvos sin plumas...

Poquita Cosa estaba allí, y se disponía a desnudarse, cuando oyó a un maquinista que le llamaba desde abajo: «¡Señor Daniel! ¡señor Daniel!» Salió de su cuarto e inclinado sobre la húmeda madero, del pasamanos, preguntó: «¿Quién?» Después, como nadie le contestase bajó, tal como estaba apenas vestido, embadurnado de blanco y rojo, con su gran peluca amarilla que le caía sobre los ojos.

En la parte baja de la escalera tropezó con alguien.

-¡Jaime! -gritó retrocediendo.

Era Jaime... Se miraron un momento sin hablar.

Al fin, Jaime unió las manos y murmuró con una voz dulce y sollozante: «¡Oh Daniel!» Esto fue bastante. Poquita Cosa conmovido hasta el fondo de sus entrañas miró a su alrededor como un niño temeroso y dijo quedo, tan quedo que apenas sí su hermano pudo oírle: «Llévame de aquí, Jaime»

Jaime se estremeció, y tomándole de la mano, le arrastró fuera del teatro. Un coche esperaba a la puerta; subieron los dos. «¡Calle de las Damas, en Batignolles, gritó mamá Jaime. «¡Es mi barrio!», respondió alegremente el cochero, y el carruaje se puso en movimiento.

Había llegado a París dos días antes. En Palermo una carta de Pierrotte, que corría desde hacía tres meses por esos mundos, le puso en guardia.

Aquella carta breve y sin frases, le daba cuenta de la desaparición de Daniel.

Al leerla Jaime lo adivinó todo y se dijo «El niño hace tonterías... Es preciso que vaya» Y sin esperar más pidió un permiso al marqués.

-¡Un permiso! -dijo el buen hombre dando un salto-. ¿Está usted loco?.. ¿Y mis memorias?..

-Nada más que ocho días, señor marqués, el tiempo de ir y volver; se trata de la salvación de mi hermano.

-¿Y qué me importa a mí su hermano de usted?¿Es que no le previne al admitirle a mi servicio?

¿Ha olvidado usted nuestros tratos?

-No, señor marqués, pero...

-Nada de peros. Obrará con usted como con los otros.'Si usted abandona su colocación por ocho días, no hay necesidad de que vuelva ya. Reflexiónelo bien, se lo suplico... ¡Y qué caramba! Mientras usted hace sus reflexiones, siéntese ahí y le dictaré.

-Ya está todo reflexionado, señor marqués. Me voy.

-¡Vaya usted, al diablo!

Inmediatamente el intratable viejo tomó su sombrero y se dirigió al consulado francés para pedir un nuevo secretario.

Jaime partió la misma noche.

Al llegar a París, corrió a la calle de Bonaparte.

«¿Mi hermano está arriba?», preguntó al portero que fumaba su pipa en el patio, a horcajadas sobre la `fuente. El portero se echó a reír y respondió con aire cazurro: «Hace tiempo que no le veo»

Quería echárselas de discreto, pero una moneda de cien sueldos le soltó la lengua. Entonces contó que desde hacía tiempo el pequeño del quinto y la dama del primero habían desaparecido, que se ocultaban no sabía dónde en algún rincón de París, pero juntos, porque Cucu-Blanc iba a preguntarle todos los meses si había; algo para ellos. Añadió que el señor Daniel, al marcharse se habla olvidado de dejar las llaves y le debía el alquiler de cuatro meses, sin contar otras menudencias.

-Está bien -dijo Jaime-; todo será pagado.

Y sin perder un minuto, sin tomarse tiempo si quiera para sacudirse el polvo del viaje, se puso en busca de su hijo.

Primeramente fue a casa del impresor, pensando con razón, que puesto que allí estaba el depósito general de la Comedia pastoral, Daniel debía ir con frecuencia.

-Iba a escribirle -dijo el impresor al verle entrar-. Ya sabe usted que la primera letra vence dentro de cuatro días.

Jaime respondió con serenidad: «Sí, ya lo sé; desde mañana me dedicaré a visitar a los libreros. Tienen dinero mío. La venta ha ido muy bien»

El impresor abrió desmesuradamente sus grandes ojos azules de alsaciano.

-¿Cómo?.. ¿Que la venta ha ido muy bien?

¿Quién le ha dicho eso?

Jaime palideció, presintiendo una catástrofe.

-Mire en ese rincón -continuó el alsaciano -ese montón de libros. Es la Comedia pastoral. En cinco meses que está a la venta no se ha despachado más que un ejemplar.

Al final, los libreros se han cansado y me han devuelto todos los ejemplares que tenían en depósito. Ahora todo eso no es bueno más que para venderlo a peso de papel. Es una lástima porque está muy bien impreso.

Cada palabra de aquel hombre caía sobre la cabeza de Jaime como un bastonazo, pero lo que le causó mayor impresión fue el saber que Daniel había; pedido dinero al impresor en su nombre.

-Ayer mismo -dijo, el implacable alsaciano -me envió a una horrible negra pidiéndome dos luises; pero se los negué. Primero porque ese misterioso comisionado con cabeza de deshollinador, no me inspiraba gran confianza y después, porque ya lo comprenderá usted, señor Eyssette, yo no soy rico, y su hermano me debe ya más de cuatrocientos francos.

-Ya lo sé -contestó altivamente mamá pero pierda cuidado, que ese dinero le será reembolsado bien pronto.

Después salió precipitadamente, por miedo a mostrar su emoción. Ya en la calle se vio obligado a sentarse en un guardacantón. Las piernas no querían obedecerle... Su hijo en fuga su colocación perdida el dinero que tenía que devolver al impresor, la habitación, el portero, el vencimiento de la letra... todo esto le daba vueltas en el cerebro y le volvía loco...

Dé pronto se levantó. «Primero, las deudas, se dijo, es lo más apremiante» Y a pesar de la fea conducta de su hermano para con los Pierrotte, fuese sin vacilar allá abajo.

Al entrar en el almacén de la antigua casa Lalouette, Jaime vio detrás del escritorio una gruesa cara amarilla y fofa que al pronto no reconoció; pero al ruido que hizo la puerta aquella cara se levantó y al ver al que acababa de entrar, lanzó un retumbante: «Es el caso de decirlo», que no podía dejar lugar a dudas... ¡Pobre Pierrotte! El disgusto de su hija había hecho de él otro hombre. El Pierrotte de antes, tan jovial, tan rubicundo, ya no existía. Las lágrimas que la pequeña derramaba desde hacía cinco meses, habían enrojecido sus ojos y rebajado sus mejillas. En sus labios descoloridos, la risa detonante de los antiguos tiempos, había sido substituida por una sonrisa fría y silenciosa la sonrisa de las viudas y de las amantes abandonadas. Aquél no era ya Pierrotte, era Ariadna o Nina.

Por lo demás, en el almacén de la antigua casa Lalouette él era el único que había cambiado. Los pastores pintados, los chinos con sus panzas color violeta sonreían siempre beatíficamente desde lo alto de sus estanterías, entre los vasos de Bohemia y los platos rameados. Las ventrudas soperas relucían siempre en las mismas vitrinas, y en la trastienda la misma flauta trinaba siempre discretamente.

-Soy yo, Pierrotte –dijo -mamá Jaime procurando

afirmar la voz-, vengo a pedirle un gran favor. Deseo que me preste mil quinientos francos. Pierrotte, sin responder, abrió su caja hizo sonar algunos escudos y después, cerrando el cajón, se levantó tranquilamente.

-No los tengo aquí, señor Jaime. Espere un poco que voy a buscarlos arriba.

Antes de salir, añadió con aire contristado: «No le digo que suba usted porque eso le causaría demasiada pena»

Jaime suspiró: «Tiene usted razón, Pierrotte, vale más que no suba»

A los cinco minutos bajó el cevenolés con dos billetes de mil francos, y se los puso en la mano.

Jaime no los quería tomar. «No necesito más que mil quinientos» Pero el cevenolés insistía:

-Se lo ruego, señor Jaime, guárdelo todo. Es lo que me prestó la señorita para comprar un substituto. Si no los acepta usted, es el caso de decirlo, me ofendería mortalmente.

Jaime no se atrevió a rehusarlos; guardó el dinero en su bolsillo y, tendiendo la mano al cevenolés, le dijo simplemente: «¡Adiós, Pierrotte, y gracias!» Pierrotte le retuvo la mano.

Así permanecieron algún tiempo, emocionados y silenciosos, el uno frente al otro. Los dos tenían el nombre de Daniel en los labios, pero no se atrevían a pronunciarlo, por un idéntico sentimiento de delicadeza... ¡Se comprendían tan bien aquel padre y aquella madre!.. Jaime fue el primero en desprenderse. Sentía, que las lágrimas le acudían a los ojos. El cevenolés le acompañó hasta el pasaje. Al llegar allí, el pobre hombre no pudo contener por más tiempo la amargura de que rebosaba su corazón y comenzó con un aire de reproche: «¡Ah! señor Jaime... señor Jaime... ¡el caso de decirlo!..» Pero estaba demasiado emocionado para acabar su traducción y hubo de contestarse con repetir: «Es el caso de decirlo... es el caso de decirlo...»

¡Oh! sí, ¡era el caso de decirlo!..

Al dejar a Pierrotte, Jaime volvió a casa del impresor. A pesar delas protestas del alsaciano quiso devolverle inmediatamente los cuatrocientos francos que había prestado a Daniel. Le dejó, además para no tener que preocuparse más de ello, el importe de las tres letras, después de la cual, sintiéndose con el corazón más aligerado, se dijo:

«Busquemos al niño» Desgraciadamente era ya demasiado tarde para empezar la caza el mismo día; además, la fatiga del viaje, la emoción, la tosecita seca y continua que le minaba desde hacía tiempo, habían aniquilado totalmente a la pobre mamá Jaime, que hubo de volver a la calle de Bonaparte para tomarse algún descanso.

¡Ah! cuando entró en el cuartito y a los últimos rayos de un pálido sol de octubre vio todos los objetos que le hablaban de su hijo, la mesita delante de la ventana su vaso, su tintero, sus pipas cortas como las del abate Germán; cuando oyó sonar las campanas de San Germán, un poco enronquecidas por el huracán, cuando el Angelus de la tarde -aquel Angelus melancólico que Daniel tanto amaba-, fue a batir sus alas contra los vidrios húmedos, sólo una rnadre podría decir lo que mamá Jaime sufrió...

Dio dos o tres vueltas por la habitación, mirándolo todo, abriendo todos los armarios, con la esperanza de encontrar algo que le pusiera sobre la pista del fugitivo. Pero ¡ay! los armarios estaban vacíos.

No habían dejado en ellos más que algunos trapos.

Toda la habitación acusaba el desastre y el abandono. Se veía bien que no habían partido, se habían fugado. En el suelo, en un rincón, se veía un candelero, en la chimenea debajo de un montón de papel quemado, una caja blanca con filetes dorados.

Aquella caja era la de las cartas de los ojos negros.

Ahora la encontraba entre las cenizas. ¡Qué sacrilegio!

Continuando sus investigaciones, descubrió en un cajón de la mesa algunas hojas cubiertas de una escritura irregular, febril, la escritura de Daniel cuando estaba inspirado. «Esto es un poema seguramente», se dijo mamá Jaime aproximándose a la ventana para leer. Efectivamente, era un poema un poema lúgubre que empezaba así «Jaime, te he engañado. Durante dos meses no he hecho más que engañarte...» Esta carta no había salido, pero no por ello dejaba de llegar a su destino.

Esta vez, la Providencia había hecho el servicio de correos.

Jaime la leyó de cabo a rabo. Cuando llegó al párrafo en que se hablaba. de un contrato en Montparnasse propuesto con tanta insistencia rehusado con tanta energía dio un salto de alegría.

-Ya sé dónde está -exclamó, y, guardando la carta en el bolsillo, se acostó, ya tranquilo, pero aun-, que estaba aniquilado por el cansancio, no pudo dormir, a causa de aquella maldita tos... A la primera claridad de la aurora una aurora de otoño, perezosa y fría se levantó con rapidez. Su plan estaba hecho.

Recogió las pocas ropas que quedaban en el fondo de los armarios las puso en su baúl, sin olvidar la cajita de las cartas, dijo un último adiós al viejo campanario de San Germán y partió dejándolo todo abierto, la puerta la ventana los armarios, para que no quedase nada de su vida en aquel departamento

que en lo sucesivo sería habitado por otros. Después, pagó los alquileres atrasados y sin contestar a las preguntas del portero, tomó un coche y se hizo conducir al hotel Pilois, calle de las Damas, en Batignnolles. El dueño del hotel era un hermano del viejo P el cocinero del marqués. No se alquilaban habitación por menos de un trimestre, y eso a personas recomendadas. Así, en el barrio, la casa gozaba de una reputación excelente. Vivir en el hotel Pilois era un certificado de buenas costumbres. Jaime, que se había captado la confianza del cocinero de Hacqueville llevó a su hermano de parte de aquél, un cesto de botellas de vino de Marsala.

Esta recomendación fue bastante y, cuando pidió tímidamente formar parte de los huéspedes del hotel, le dieron sin vacilar una bonita habitación del piso tajo, con dos ventanas que daban al jardín. Este no era muy grande: tres o cuatro acacias -un cuadro de verdura indigente -la verdura de Batignolles-, una higuera sin higos, una parra enfermiza algunos crisantemos, y pare usted de contar; no era mucho, pero sí lo suficiente para alegrar la estancia que era triste y húmeda... Jaime, sin perder un instante, hizo su instalación, clavó los clavos, guardó la lencería puso una rinconera para las pipas de Daniel, colocó el retrato de la señora Eyssette a la cabecera de la cama y, en fin, arregló lo mejor que pudo para hacer desaparecer de allí aquel aire de banalidad característico de las habitaciones amuebladas, después, cuando hubo tomado posesión se persignó con el pulgar y salió. Al salir advirtió al señor Pilois que aquella noche por excepción, volvería quizás un poco tarde y le rogó que le tuviese preparada en su habitación una buena cena para dos, sin olvidar el vino añejo. En lugar de alegrarse de aquel extraordinario, el bueno del señor Pilois se ruborizó hasta las orejas como un cura novel ante una confesión escabrosa.

-El caso es que -dijo con aire embarazado-, yo no sé... El reglamento del hotel se opone... tenemos sacerdotes aquí...

Jaime sonrió: «¡Ah! muy bien ya comprendo... Lo que le asusta a usted son los dos cubiertos... Tranquilícese mi querido señor Pilois, no se trata de una mujer» Y aparte, bajando hacia Montparnasse; se decía: «Y, sin embargo, sí, es una mujer, una mujer sin valor, un niño sin juicio al que nunca hay qué volver a dejar solo»

Ahora quiero que me digáis por qué mamá Jaime estaba tan seguro de hallarme en Montparnasse. Yo hubiera podido, desde el tiempo en que escribí la terrible carta podía haber abandonado el teatro, podía incluso no haber entrado... ¡Pero no!, El instinto maternal le guiaba. Tenía la convicción de encontrarme allí y de llevarme con él la misma noche; únicamente que para ello había de encontrarme solo, pues en caso contrario, aquella mujer le impediría ejecutar sus planes. Por esta razón no se dirigió directamente al teatro en busca de informes: una sola palabra podía dar la voz de alerta... Prefirió consultar buenamente los carteles y así lo hizo.

Los carteles de los teatros de los arrabales se colocan a la puerta de las tabernas, detrás de un alambrado, casi como los anuncios de matrimonio en las poblaciones de Alsacia. Jaime, al leerlos lanzó una exclamación de alegría.

En el teatro de Montparnasse se representaba aquella noche el drama en cinco actos María Juana y en la representación tomaban parte Irma Borel, Deseado Serrault, Guigne, etc.

Precedido de:

Amor y Ciruelas, vaudeville en un acto por los señores Daniel y Antonino y la señorita Leontina.

-Perfectamente -se dijo-. No trabajan juntos; así daré el golpe sobre seguro.

Entró en un café del Luxemburgo para esperar la hora del rapto.

Al llegar la noche se dirigió al teatro. El espectáculo había comenzado ya. Por espacio de una hora estuvo paseándose bajo la galería delante de la puerta con los guardias municipales.

De cuando en cuando los aplausos del interior llegaban hasta él como el rumor de una tempestad lejana y se le oprimía el corazón al pensar que aquellos aplausos podían ser provocados por las muecas de su hijo... Hacia las nueve, una oleada de gente se precipitó hacia la calle. El vaudeville acababa de terminara personas que aun se reían. Se oían silbidos, voces, aplausos, patadas... ¡Qué caramba! ¡Aquélla no era la salida de los Italianos!

Aun esperó un momento perdido en aquella batahola; después, cuando ya finalizaba el entreacto y volvían todos al teatro, se deslizó por un callejón obscuro y húmedo al lado del edificio, donde estaba la entrada de los artistas, y preguntó por la señorita Irma Borel.

-Imposible -le contestaron-. Está en escena...

¡Era precisamente lo que deseaba el muy astuto!

Con su aire más tranquilo respondió: «Puesto que no puedo ver a la señora Irma Borel, hagan el favor de llamar al señor Daniel; le daré el encargo que tengo para ella.

Un minuto después mamá Jaime habla reconquistado al niño y le llevaba velozmente al otro extremo de París.

XIV
LA PESADILLA

-Mira ¿ves, Daniel? me dijo mamá, Jaime cuando entramos en la habitación del hotel Pilois-; igual que la noche de tu llegada a París.

Como aquella noche en efecto, nos esperaba un apetitoso refrigerio sobre un blanco mantel: el pastel olía muy bien, el vino tenía un aire venerable la llama clara de las bujías reía en el fondo de los vasos...

Y, no obstante, no obstante, no era lo mismo. Hay felicidades que no se reanudan. La cena era la misina pero faltaban los mejores de nuestros antiguos invitados, los hermosos ardores de la llegada los proyectos de trabajo, los sueños de gloria y sobre todo aquella santa confianza que anima el apetito y la risa. Ni uno ¡ay! ni uno solo de aquellos comensales del tiempo pasado había querido acudir a la casa del señor Pilois. Se habían quedado todos en el campanario de San Germán; hasta la Expansión, que nos había prometido ser de los nuestros, a última hora nos envió recado de que no contásemos con ella.

¡Oh! no, no era lo misino. Lo comprendí tan bien que en lugar de alegrarme la observación de Jaime me llenó los ojos de lágrimas. Estoy seguro de que en el fondo de

su corazón sentía tantos deseos de llorar como yo, pero tuvo el valor de contenerse y me dijo adoptando un afectado aire de alegría:

-¡Vamos, Daniel, ya has llorado bastante! No has hecho otra cosa desde hace tina hora. (En el coche mientras él me hablaba no había hecho sollozar sobre su hombro.) ¡Vaya una acogida rara! Me recuerdas los peores días de mi historia, los tiempos de los pucheros de cola y del «¡ Jaime, eres un asno! ¡Vamos! Seque usted sus lágrimas, joven arrepentido y mírese en el espejo, eso le hará reír.

Me miré al espejo, pero esto no me hizo reír...

Me dio vergüenza... Llevaba mi peluca amarilla hundida hasta la frente, las mejillas llenas de colorete y, mezcladas con todo el sudor, las lágrimas.

¡Era repugnante! Hice un gesto de disgusto y arranqué mi peluca; pero en el momento de ir a tirarla reflexioné y fui a colgarla en un sitio bien visible de la pared.

Jaime me miró con extrañeza. «¿Por qué la pones ahí, Daniel? Es muy feo ése trofeo de guerra apache... Se creerá la gente que hemos arrancado el cráneo de Polichinela» Y yo, muy gravemente: «No, Jaime, no es un trofeo. Es mi remordimiento, palpable y visible que quiero tener siempre ante mí»

Pasó como la sombra de tina amarga sonrisa por los labios de Jaime; pero casi enseguida recobró su risueño aspecto.

-¡Bah! dejemos eso; ahora que ya te has lavado la cara y has recobrado tu bello palmito, sentémonos a la mesa mi joven erizado; me estoy muriendo de hambre.

Esto no era verdad. Jaime no tenía apetito, ni yo tampoco. Por mucho que me esforzase en hacer buena cara a la cena todo lo que comía quedaba detenido en mi garganta y eso que mi ración de pastel estaba bien regada por las lágrimas. Jaime, que me espiaba con el rabillo del ojo, me dijo al cabo de un instante: «¿Por qué lloras? ¿Es que te disgusta estar aquí? ¿Es que te sabe mal que te haya sacado de allá abajo?»

Yo le contesté tristemente: «Haces muy mal en decirme eso, Jaime, pero te he dado derecho yo mismo.

Aun continuamos algún tiempo comiendo, o más pronto haciendo ver que comíamos. Al fin, impaciente de aquella comedia Jaime rechazó su plato y dijo: «Decididamente, no resulta la cena; haremos mejor en acostarnos...»

En nuestro país hay un proverbio que dice: «Las penas y el sueño no hacen buenos compañeros en la cama» Aquella noche pude comprobarlo. Mi mayor disgusto era pensar en todo el bien que me había hecho Jaime y en todo el mal que yo le había devuelto, comparar mi vida a la suya mi egoísmo a su abnegación, mi alma de niño cobarde a su corazón de héroe que había tomado por divisa: «No hay más que una dicha en el mundo, la dicha de los otros»

También me decía: «Ahora mi vida ya está rota. He perdido la confianza de Jaime, el amor de los ojos negros, la propia estimación... ¿Qué será de mí?»

Tan espantosos pensamientos me tuvieron despierto hasta la mañana... Jaime no durmió tampoco.

Le oí volverse de derecha a izquierda sobre su almohada y toser con una tosecita seca que me hacía asomar las lágrimas a los ojos. Una de las veces le pregunté en voz muy queda: «¿Toses mucho, Jaime?

¿Es que estás enfermo?» El me respondió: «No tengo nada... ¡Duerme!..» Y yo comprendí que estaba más enfadado conmigo que lo que quería aparentar.

Esta idea aumentó mi disgusto y me puse a llorar debajo del cobertor, tanto y tanto, que acabé por dormirme. Si las penas impiden el sueño, las lágrimas son un narcótico.

Cuando me desperté, ya era entrado el día. Jaime no estaba a mi lado. Creí que había salido, pero al levantar las cortinas le vi al otro extremo de la habitación, acostado

Librodot

sobre un sofá, y muy pálido ¡tan pálido!.. No sé qué horrible idea atravesó por mi cerebro. «¡Jaime!», gritó lanzándome hacia él... Dormía y mi grito no le despertó. ¡Cosa singular! su rostro tenía en el sueño una expresión de sufrimiento resignado que nunca le había visto y que no obstante, no era nueva para mí.

Sus rasgos adelgazados, su cara alargada la palidez de sus mejillas la transparencia enfermiza de sus manos, todo esto me daba mucha pena pero me hacía la impresión de que no era la primera vez que la sentía.

No obstante, Jaime nunca había estado enfermo.

Jamás le había visto aquel círculo amoratado en los ojos, ni aquel rostro descarnado... ¿En qué mundo anterior había tenido yo la visión de aquellas cosas?.. Repentinamente el recuerdo de mi pesadilla se presentó a mi imaginación. ¡Sí! era aquél el Jaime de la pesadilla pálido, horriblemente pálido, tendido sobre el sofá, muerto... Jaime ha muerto y, eres tú, Daniel Eyssette, quien lo ha matado... En aquel momento entró tímidamente por la ventana un rayo de sol gris y fue a correr como un lagarto sobre aquel rostro inanimado... ¡Qué alegría! Ved al muerto que resucita se frota los Ojos, y viéndome, de pie ante él, me dice dulcemente: ¡Buenos días, Daniel! ¿Has dormido bien? Yo demasiado y para no despertarte me he dejado caer en este sofá.

Y, mientras que me habla bien tranquilamente, siento que mis piernas tiemblan aún ante el recuerdo de la terrible visión que acabo de tener y digo en el secreto eterno de mi corazón:

-¡Eterno Dios, conservadme a mamá Jaime!

A pesar del triste despertar, la mañana fue bastante alegre. Incluso supimos hallar un eco de nuestras antiguas alegres risas al advertir, mientras me vestía, que por todo traje poseía unos pantalones cortos y un chaleco teatral que llevaba puestos en el momento del rapto.

-¡Pardiez! querido -me dijo Jaime-. No se puede pensar en todo. No hay más que los Don Juanes sin delicadeza que piensen en el ajuar cuando roban a una bella... Pero, de todos modos, no tengas miedo... Te vestiremos de nuevo. Ya ves, igual que a tu llegada a París.

Decía esto para distraerme, pero sabía perfecta, Decía esto para d mente, como yo, que no era igual.

-¡Vamos! Daniel -me dijo al ver que volvía a ponerme triste-, no pensemos más en el pasado. Tenemos ante nosotros una vida nueva; entremos en ella sin remordimientos, sin desconfianza y tratemos únicamente de que no nos haga las mismas jugarretas que la vida antigua... Lo que pienses hacer en lo sucesivo, hermano mío, no te lo pregunto, pero me parece que, si quieres comenzar un nuevo poema, el sitio es muy bueno para trabajar. La habitación es tranquila. Hay pájaros que cantan en el jardín. Puedes poner la mesa delante de la ventana...

Le interrumpí vivamente: ¡No! Jaime, se acabaron los poemas, se acabaron las rimas. Son caprichos que te cuestan demasiado caros. Lo que yo quiero ahora es hacer como tú, trabajar, ganarme la vida y ayudarte, con todas mis fuerzas a reconstruir el hogar»

Y él, sonriente y tranquilo: «He ahí unos proyectos muy hermosos, señora mariposa azul, pero no es eso lo que se le pide. No se trata de que se gane usted la vida y si solamente usted promete... ¡Pero, basta! Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora vamos a comprar la ropa»

Tuve necesidad, para poder salir, de endosarme de sus redingotes que me llegaba hasta los píes y me daban el aspecto de un músico piamontés; no me faltaba más que el arpa. Algunos meses antes, si yo hubiese tenido que atravesar las calles con tal atavío, me hubiese muerto de vergüenza; pero ahora tenía otras preocupaciones y las mujeres

podían mirarme al pasar con sus ojos burlones; no era lo mismo que en los tiempos de mis chanclos de goma... ¡Oh! ¡no! no era lo mismo...

-Ahora que ya estás presentable -me dijo mamá Jaime cuando salíamos del bazar–, te voy a llevar al hotel Pilois; después iré a la ferretería donde llevaba los libros antes de mi partida para ver si aún les hago falta... El dinero de Pierrotte no será eterno... Es preciso, que piense en el cocido.

Tuve deseos de decirle: «Bueno, Jaime, vete tú a la ferretería yo iré solo al hotel Pilois»; pero comprendí que temía que me volviese a Montparnasse, y no le dije nada. ¡Ah, si hubiese podido leer en mi alma!.. Para tranquilizarme le dejé que me condujese al hotel Pilois, pero apenas hubo vuelto la espalda me eché yo también a la calle. También yo tenía mis gestiones que hacer.

Cuando volví era muy tarde. En la bruma del jardín, una sombra se paseaba agitadamente. Era mamá Jaime. «Has hecho bien en llegar ahora me dijo temblando, porque me disponía a ir a Montparnasse...»

Tuve un movimiento de cólera. «Dudas demasiado mí, Jaime, y eso no es generoso... ¿Es que hemos de estar siempre así? ¿Es que nunca me devolverás tu confianza? Te juro, por lo que más pueda querer en el mundo, que no vengo de donde tú crees, que esa mujer ha muerto para mí, que ya no la volveré a ver, que me has reconquistado por entero, y que ese terrible pasado al cual me arrancó tu ternura no me ha dejado más que remordimientos, ¡pero ni un recuerdo!.. ¿Qué es necesario que te diga más para convencerte? Quisiera poder abrirte mi pecho y verías que no miento»

No recuerdo lo queme contestó; pero sí que en la sombra movía tristemente la cabeza como si dijese:

«¡Ay! quisiera creerte; pero...» Y, no obstante, le hablaba con toda sinceridad. Sin duda, yo solo no hubiera tenido el valor para- arrancarme de los brazos de aquella mujer, pero ahora que ya la cadena estaba rota experimentaba un alivio indecible. Como aquellas personas que intentan suicidarse por el carbón y que arrepentidos en el último momento, cuando ya la asfixia les estrangula y les paraliza de pronto llegan los vecinos, la puerta vuela a pedazo, el aire salvador circula en la habitación y los pobres suicidas lo aspiran con delicia, dichosos de vivir aún y prometiendo no volver a intentarlo. Lo mismo yo, después de cinco meses de asfixia moral, humeaba a plenas narices el aire puro y fuerte de la vida honrada llenaba mis pulmones, y en Dios y en mi alma os juro que no sentía el menor deseo de volver a comenzar... Esto es lo que Jaime no podía creer y todos los juramentos del mundo no le hubieran convencido de mi sinceridad... ¡Pobre muchacho! ¡Le había hecho tantas!

Pasamos aquella primera velada en casa sentados ante el fuego, como en invierno, porque la habitación era húmeda y la niebla del jardín nos penetraba hasta la medula de los huesos. Después, ya lo sabéis, cuando se está triste, parece que consuela un poco la lumbre... Jaime trabajaba hacía números. Durante su ausencia el dueño de la ferretería había querido llevar los libros por sí mismo, de lo que había resultado un hermoso galimatías y una tal confusión de Debe y Haber, que se necesitaba un mes de trabajo asiduo para poner las cosas en su lugar. De buena gana hubiera ayudado a Jaime en aquella operación, pero las mariposas azules no entienden de aritmética, y después de una hora pasada sobre aquellos gruesos libros rayados de encarnado y cargados de extravagantes jeroglíficos, arrojé la pluma con rabia.

Jaime, en cambio, salía a las mil maravillas de aquel atolladero. Con la cabeza baja embestía contra las cifras más espesas y las altas columnas no le arredraban. De cuando en cuando, en medio del trabajo, se volvía hacia mí y me decía algo inquieto por mi silencio:

-Se está bien aquí, ¿verdad? Supongo que no te aburres...

No me aburría no; pero me entristecía mucho verle trabajar tanto y pensaba lleno de amargura:

«¿Para qué estoy en el mundo?.. No sé hacer nada.

No soy bueno las que para atormentar a todo el mundo y hacer llorar a los ojos que me aman...» Diciéndome esto pensaba en los ojos negros y miraba dolorosamente la cajita de filetes dorados que Jaime había puesto tal vez adrede sobre la cúpula cuadrada del reloj. ¡Cuántas cosas me recordaba aquella cajita! ¡Cuántos discursos elocuentes me dirigía desde lo alto de su zócalo de bronce!.. «Los ojos negros te habían dado su corazón... ¿qué has hecho, de él me decía; lo has tirado como pasto a las bestias... Se lo ha comido Cucu-Blanc»

Y yo guardando aún un germen de esperanza en el fondo del alma, intentaba hacer un llamamiento a la vida y resucitar todas aquellas antiguas venturas muertas por mi propia mano. Yo pensaba: «Cucu-Blanc se lo ha comido... Cucu-Blanc se lo ha comido...»

... Aquella larga velada melancólica pasada ante la hoguera uno trabajando y el otro soñando, os dará una idea de cuál había de ser nuestra vida en lo sucesivo. Todos los días que se sucedieron fueron por estilo de aquella velada... Desde luego; no era Jaime, el que soñaba. Allí le teníais desde las diez sobre sus libros, hundido hasta el cuello en los números. Yo, durante aquel tiempo, atizaba el fuego y de cuando en cuando decía a la cajita de filetes de oro: «Hablemos un poco de los ojos negros, ¿quieres?» Porque hablar de esto con Jaime, ni pensarlo. Por una razón o por otra, evitaba siempre cuidadosamente toda conversación sobre el particular. Ni siquiera una palabra sobre Pierrotte. Nada... Por esto yo tomaba. El desquite con la cajita y nuestras conversaciones no acababan nunca.

Hacia el mediodía, cuando le veía bien enfrascado en sus libros, ganaba la puerta a paso de gato y me marchaba diciéndole tímidamente: «Hasta luego, Jaime» Jamás me preguntaba dónde iba pero yo comprendía por su gesto de contrariedad y por el tono inquieto con que me decía: «¿Te vas?», que no tenía mucha confianza en mí. La idea de aquella mujer le perseguía siempre y pensaba: «Si la vuelve a ver, estarnos perdidos...»

Y, ¿quién sabe? Quizá tuviese razón. Quizá si hubiése vuelto a ver a la hechicera hubiese sufrido de nuevo el encanto que ejercía sobre mi pobre voluntad con su cabellera de oro y su blanca cicatriz en el labio... Pero, ¡a Dios gracias! no la volví a ver.

Un señor de Ocho a Diez cualquiera le había hecho olvidar, sin duda a su Dani-Dan y jamás oí hablar de ella ni de su negra Cucu-Blanc.

Una noche al regreso de una de mis misteriosas correrías, volví a casa muy alegre. «¡Jaime! ¡Jaime!

Una buena noticia... He encontrado una colocación... Hace diez días que la estaba buscando sin decirte nada... Ahora ya es un hecho... Estoy colocado... Desde mañana entro como celador general en la institución Ouly, aquí en Montmartre, cerca de casa... Iré desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche... Lo único que siento es que serán muchas las horas que pasaré alejado de ti, pero al menos me ganaré la vida y podré aliviarte un poco»

Jaime levantó la cabeza y me respondió con bastante frialdad: «¡A fe mía! querido, has hecho bien en venir en mi auxilio... La carga sería demasiado pesada para mí solo... No sé lo que tengo, pero de algún tiempo a esta parte me siente muy cansado» Un acceso de tos le impidió continuar.

Dejó caer la pluma con aire de tristeza y fue a echarse sobre el sofá... Al verle allí tendido, pálido, horriblemente pálido, la terrible visión de mi pesadilla pasó una vez más ante mis ojos, pero no fue más que un relámpago... Casi en el acto mamá, Jaime se levantó y se echó a reír viendo mi cara asustada.

-Estoy no es nada tonto. Un poco de fatiga... He trabajado demasiado en los últimos meses... Ahora que tú tienes una colocación, me tomaré un poco de descanso y en ocho días; estaré bueno.

Hablaba con tanta naturalidad y con un aire tan risueño, que mis tristes presentimientos se alejaron y en un mes largo no oí en mi cerebro el batir de sus negras alas...

Al día siguiente entré en la institución Ouly.

A pesar de su pomposo título, la institución Ouly no era más que una pequeña y miserable escuela cuya propietaria era una señora anciana a la que los niños llamaban «buena; amiga» Había allí dos docenas de arrapiezos, pero de los más pequeños, de esos que van a clase con el desayuno en un cesto y siempre llevan fuera el faldón de la camisa.

Estos eran nuestros alumnos. La señora. Ouly les enseñaba canciones y, yo les iniciaba en los misterios del alfabeto. Además, estaba encargado de vigilar sus juegos en un patio donde habría gallinas y un pavo que aquellos señores tenían mucho miedo.

Algunas veces también, cuando la «buena amiga» tenía su ataque de gota, era yo el que barría la escuela, tarea bien poco digna de un celador general, y que yo, no obstante, hacía gustoso, tanto era lo queme sentía dichoso de poderme, ganar la vida...

Por la noche al volver al hotel Pilois, ya encontraba la comida en la mesa y a mamá Jaime que me esperaba... Después de la comida algunas vueltas por el jardín, después la velada al lado del fuego. Esta era nuestra vida de siempre. De cuando en cuando recibíamos una carta del señor o de la señora Eyssette; éstos eran grandes acontecimientos. La señora Eyssette, continuaba viviendo con el tío Bautista; el señor Eyssette viajaba siempre por la Compañía Vinícola. Los negocios no iban del todo mal. Las deudas de Lyón estaban pagadas en sus tres cuartas partes. Dentro de uno o dos años todo estaría arreglado y se podría pensar en volver a vivir juntos...

Yo era de opinión de hacer venir, mientras tanto, a la señora Eyssette al hotel Pilois con nosotros, pero Jaime no quería.

«No, aún no, decía con aire singular, aún no...

¡Esperemos!» Y esta respuesta siempre la misma me destrozaba el corazón. «Aun desconfía de mí, pensaba. Tiene miedo de que haga alguna locura estando aquí la señora Eyssette... Por eso es por lo que quiere esperar aún...» Yo me equivocaba... No era por eso por lo que Jaime decía: «¡Esperemos!»

XV

Lector, si eres lo que se llama un espíritu fuerte, si los sueños te hacen reír, si nunca has sentido en el corazón la mordedura del presentimiento de las cosas futuras, si eres un hombre positivo, una de esas cabezas de hierro a las que sólo la realidad impresiona y no dejan entrar ni un átomo de superstición en sus cerebros, si no quieres en ningún caso creer en lo sobrenatural ni admitir lo inexplicable no acabes de leer estas memorias. Lo que me queda por decir en estos últimos capítulos es verdad como la verdad eterna; pero tú no lo creerás.

Era el 4 de diciembre...

Yo volvía de la institución Ouly, aún más deprisa que de ordinario. Por la mañana había dejado a Jaime en casa quejándose de una gran fatiga y, estaba en ascuas hasta saber de él. Al atravesar el jardín me enredó entre las piernas del señor Pilois, de pie,

cerca de la higuera y hablando en voz baja con un personaje joven y de corta estatura que parecía muy ocupado en abotonar sus guantes.

Quise excusarme y pasar de largo, pero el señor Pilois me detuvo.

-¡Una palabra señor Daniel!

Después, volviéndose hacia el otro, añadió:

-Es el joven en cuestión. Creo que usted haría bien previniéndole...

Me detuve muy intrigado. ¿De qué quería prevenirme aquel buen hombre? ¿De que sus guantes e demasiado estrechos para sus manazas? Ya lo ve ¡pardiez!..

Hubo un momento de embarazoso silencio. El señor Pilois, con la nariz en el aire, miraba a su higuera como para buscar unos higos que no existían.

El hombre de los guantes continuaba en su ocupación... Al fin, no obstante, se decidió a hablar, pero sin dejar de apretar sobre los botones de los guantes ¡no faltaría más!

-Señor -me dijo -, hace veinte años que soy médico del hotel Pilois, y me atrevo a afirmar...

No le dejé terminar su frase. Lo adiviné todo, «Usted viene de ver a mi hermano, le dije temblando. Está muy enfermo, ¿verdad?»

No creo que el médico aquel fuese un malvado, pero en aquel momento eran sobre todo sus guantes lo que le preocupaba y sin pensar en que hablaba al hijo de Jaime, sin tratar de amortiguar el golpe, me respondió brutalmente: «¡Si está enfermo! ya lo creo... No pasará de esta noche»

Fue un golpe bien asestado, os respondo de ello.

La casa el jardín, el señor Pilois, el médico, todo se puso a dar vueltas a mi alrededor. Me vi obligado a apoyarme contra la higuera... ¡Tenía el puño pesado el médico del hotel Pilois!.. Por lo demás, él no advirtió nada y continuó con la mayor tranquilidad, sin dejar de abrochar sus guantes: «Es un caso fulminante de tisis galopante... No hay nada que hacer, por lo menos nada serio... Además me han avisado

demasiado tarde como siempre.

-No es culpa mía doctor -dijo el bueno del señor Pilois que persistía en buscar higos con la mayor atención, un medio como otro de ocultar las lágrimas-, no es culpa mía. Yo ya sabía desde hace tiempo que ese pobre señor Eyssette está enfermo y con frecuencia le ha aconsejado que se hiciera visitar por un médico, pero no quiso nunca. Seguramente tenía miedo de asustar a su hermano. ¡Estaban tan unidos los pobres niños!

Un sollozo desesperado me brotó del fondo de las entrañas..

-¡Vamos! ¡muchacho, valor! -me dijo el hombre de los guantes con aire de bondad-. ¿Quién sabe? La ciencia ha pronunciado su última palabra pero la naturaleza aún no... Volveré mañana por la mañana.

Hizo una pirueta y se alejó con un suspiro de satisfacción; ¡acababa de abrochar uno de sus guantes!

Permanecí aún un momento en el jardín para secar mis ojos y tranquilizarme un poco; después, haciendo un llamamiento a todo mi valor, entré en la habitación con aire resuelto.

Lo que vi al abrir la puerta me aterró. Jaime, para dejarme la cama sin duda se había; hecho poner un colchón sobre el sofá, y allí le encontré, pálido, horriblemente pálido, y en todo parecido al Jaime de mi pesadilla.

Mi primera idea fue la de arrojarme sobre él, tomarle en los brazos y llevarle a la cama o a otro sitio con tal ¡Dios mío! de que no estuviese allí. Después me hice esta reflexión: «No podrás, pesa demasiado» Y entonces, viendo a mi madre Jaime, extendido sin remisión en aquel sitio donde la pesadilla decía que había de morir, me

abandonó el valor; aquella máscara de alegría forzada que se adapta para tranquilizar a los moribundos, no pudo sostenerse ya sobre mis mejillas y fui a caer de rodillas cerca del sofá, derramando un torrente de lágrimas.

Jaime se volvió, hacia mí penosamente.

-Eres tú, Daniel... Has encontrado al médico, ¿verdad? No obstante, yo había recomendado a ese gordinflón que no te asustara. Pero veo por tu aspecto que no te ha ocultado nada y que lo sabes todo... Dame la mano, hermanito... ¿Quién diablos debía de pensar cosa igual? Hay gentes que van a Niza para curarse del pecho y yo he ido para ponerme enfermo. Mira si te afliges tanto me quitarás todo el valor; ahora mismo ya soy más cobarde...

Esta mañana después de tu partida he comprendido que esto se acababa. He enviado a buscar al cura de San Pedro, y me ha venido a ver y volverá enseguida a traerme los Santos Sacramentos... Esto lo hago principalmente por mamá... ¿sabes?.. El cura es una buena persona... Se llama como tu amigo del colegio de Sarlande.. No pudo decir más y cayó derribado sobre la almohada cerrando los ojos. Yo creí que se moría y me puse a gritar con todas mis fuerzas:

«¡Jaime, amigo mío!» Con la mano me hizo señas muchas veces de que callase.. En aquel momento se abrió la puerta y entró el señor Pilois en la habita-ción seguido de un hombre corpulento que rodó hasta el sofá gritando: «¿Qué es lo que me han dicho, señor Jaime?.. Es el caso de decirlo...»

-¡Buenos días, Pierrotte! -dijo Jaime abriendo los ojos-; ¡buenos días, mi buen amigo! Ya estaba seguro de que vendría usted al primer aviso... Déjale sentar ahí, Daniel; tenemos que hablar.

Pierrotte inclinó su enorme cabeza hasta los pálidos labios del moribundo, y así permanecieron un buen rato, hablando en voz baja... Yo, inmóvil en medio de la habitación, les miraba. Aun tenía mis libros bajo el brazo. El señor Pilois me los quitó suavemente y me dijo algo que yo no oí; después fue a encender las bujías y puso sobre la mesa una gran servilleta blanca... «¿Para qué pondrá el cubierto?

me preguntaba... ¿Es que vamos a comer?.. ¡pero, no si no tengo apetito!»

La noche caía. Fuera en el jardín, los otros huéspedes y el servicio se hacían signos mirando hacia nuestras ventanas. Jaime y Pierrotte hablaban aún.

De cuando en cuando oía la recia voz del cevenolés, que decía sollozante: «Sí, señor Jaime... Sí, señor Jaime...» Pero yo no me atrevía a aproximarme... Al fin, el mismo Jaime me llamó y me hizo sentar su cabecera al lado de Pierrotte.

-Daniel, mi querido Daniel -me dijo después de una larga pausa-, me entristece mucho tener que dejarte, pero hay una cosa que me consuela: no te

dejo solo en la vida... Te queda Pierrotte, el buen Pierrotte, que te perdona y se compromete a reem-plazarme a tu lado...

-¡Oh! ¡sí! señor Jaime, me comprometo... es el caso de decirlo... me comprometo...

-Ya lo ves, mi pobre pequeño -continuó mamá Jaime-; solo, nunca conseguirías reconstruir el hogar... No lo digo para disgustarte, que eres un pésimo reconstructor de hogares... Pero creo que con la ayuda de Pierrotte, podrás realizar nuestro sueño...

No te pido que intentes ser un hombre; pienso como el abate Germán que serás un niño toda tu vida.

Pero te suplico que al menos seas un buen niño y sobre todo... aproxímate un poco, que te diré esto al oído... y sobre todo que no hagas llorar a los ojos negros.

Aquí, mi pobre Jaime se interrumpió un momento y después continuó:

-Cuando todo haya acabado, escribirás a papá y a mamá, pero será preciso que les prepares antes... Si les dijeses eso de una vez se afectarían demasiado...

¿Comprendes ahora por qué no quería dejar venir a la señora Eyssette? No quería que estuviese aquí...

Estos son trances muy amargos para las madres...

Se interrumpió de nuevo y miró hacia la puerta.

-Dios viene a verme -dijo sonriendo, y pos hizo señal de que nos apartásemos.

Era el Viático que llegaba. Sobre el blanco mantel, en medio de los cirios, fueron colocados la Hostia y los Santo Oleos. Después, el sacerdote se aproximó a la cama y comenzó la ceremonia...

Cuando hubo finido -¡oh! ¡y qué largo me pareció aquel tiempo!-, Jaime me llamó dulcemente a su lado...

-Bésame -me dijo, y su voz era tan débil que parecía hablarme, de muy lejos...

¡Debía estar muy lejos, en efecto, después de doce horas que la tisis galopante lo había arrojado sobre sus escuálidos lomos y lo llevaba hacia la muerte al triple galope!..

Entonces, al aproximarme para besarle mi mano se encontró con su mano, con su querida mano mojada por los sudores de la agonía.. Yo me apoderé de ella y no volví a abandonarla... Permanecimos así no sé cuánto tiempo; quizás una hora quizás una eternidad, no podría decirlo... El ya no me, veía ni me hablaba. Únicamente, y esto muchas veces, su mano se agitaba en la mía como para decirme: «Ya sé que estás ahí» De pronto, su pobre, cuerpo se estremeció de pies a cabeza. Vi sus ojos abrirse y mirar a su alrededor como buscando a alguien y como yo me inclinase sobre él, le oí decir por dos veces muy dulcemente... «¡Jaime, eres un asno!.. ¡Jaime, eres un asno!..» Después nada... Estaba muerto... .

.. «¡Oh! ¡la pesadilla!..

Hizo mucho viento aquella noche. Diciembre enviaba puñados de granizo contra los vidrios. Sobre la mesa a un extremo de la habitación, un Cristo de plata resplandecía entre dos cirios. Ante él, de rodillas un sacerdote desconocido rezaba con voz fuerte entre el ruido del viento... Yo no rezaba ni lloraba ya... No tenía más que una fija, la de calentar la mano de mi bien amado que tenía estrechamente apretada entre las mías. ¡Ay! cuando más se aproximaba la mañana más fría y más pesada se volvía aquella mano...

De pronto, el sacerdote que rezaba ante el Cristo se levantó y me dio una palmadita sobre el hombro.

-Prueba de rezar -me dijo-, eso te hará bien.

Entonces únicamente le reconocí... Era mi antiguo amigo del colegio de Sarlande el abate Germán persona con su hermoso rostro mutilado y su aspecto de dragón con sotana... El sufrimiento me había anonadado de tal modo, que no me extrañó verle allí... Me pareció la cosa más natural del mundo...He aquí cómo había ocurrido.

El día en que Poquita Cosa abandonaba el colegio, el abate Germán le había dicho: «Yo también tengo un hermano en París; un excelente sacerdote... pero, ¿qué conseguiría con darte la dirección?.. Estoy seguro de que no irías a verle» ¡Para que veáis lo que hace el destino! El hermano del abate era cura de la iglesia de San Pedro dé Montmartre y es a él a quien el pobre Jaime había llamado en su lecho de muerte.

Precisamente entonces, el abate Germán se hallaba de paso en París, hospedado en casa de su hermano... Por la noche del 4 de diciembre al volver el cura a casa dijo:

-Vengo de llevar la Extremaunción a un desgraciado niño que se está muriendo cerca de aquí. ¡Es preciso rogar por él, abate!

El abate respondió: «Mañana cuando diga mi misa lo haré. ¿Cómo se llama?..»

-Espera... es un apellido del Mediodía bastante, difícil de retener... Jaime Eyssette... sí, eso es, Jaime Eyssette...

Este nombre recordó al abate cierto pequeño pasante de su conocimiento, sin perder ni un minuto, corrió al hotel Pilois... Al entrar me vio de pie, asido a la mano de Jaime. No quiso distraer mi dolor y despidió a todos los que había en la habitación diciendo que se quedaría a velar conmigo; después se arrodilló y, ya muy entrada la noche asustado de mi inmovilidad, me golpeó en el hombro y se dio a conocer.

A partir de aquel momento, me es imposible recordar lo que pasó. El fin de quella noche terrible el día que la siguió, el otro día y aun otros muchos días, no me han dejado más que confusos recuerdos. Hay una gran laguna en mi memoria. No obstante, me acuerdo -pero como de cosas ocurridas hace siglos- de una marcha interminable sobre el cieno de las calles, detrás del coche negro. Me veo andando, con la cabeza desnuda entra Pierrotte y el abate Germán. Una lluvia fina mezclada con granizo, nos azota el rostro; Pierrotte lleva un enorme paraguas, pero lo sostiene con tanta torpeza y la lluvia cae tan abundante que la sotana del abate chorrea... ¡Cómo llueve! Cerca de nosotros, junto al coche va un señor de elevada estatura completamente vestido de negro, que lleva un bastoncito de ébano.

Es el maestro de ceremonias, una especie de chambelán de la muerte. Como todos los chambelanes, lleva capa de seda espada calzones cortos y sombrero de copa... ¿Es una alucinación de mi cerebro?..

Aquel hombre se parece al señor Viot, el celador general del colegio de Sarlande. Es alto como él, tiene como él la cabeza inclinada sobre el hombro y cada vez que me mira se dibuja en sus labios la sonrisa fría y glacial del terrible hombre de las llaves.

No es el señor Viot, pero, es quizá su sombra. El coche negro avanza siempre, pero tan lentamente, tan lentamente... Me parecía que no íbamos a llegar nunca... Por fin llegamos a un jardín triste y lleno de un cieno amarillento en el que nos hundíamos hasta las rodillas. Nos detenemos al borde de un hoyo muy profundo. Unos hombres vienen con una gran caja muy pesada que es necesario hacer bajar hasta allí. La operación es difícil. Las cuerdas, rígidas a causa de la lluvia no corren. Oigo a uno de aquellos hombres que grita: «¡Los pies delante! ¡los pies delante!» Enfrente de mí, al otro lado del hoyo, la sombra del señor Viot, con la cabeza inclinada sobre el hombro, continúa sonriéndome con dulzura. Alto, delgado, estrangulado en su traje de luto, se destaca sobre el gris del cielo, como una enorme langosta negra mojada...

Después me quedo solo con Pierrotte... Descendemos por el fauboutg Montmartre... Pierrotte busca un coche pero no lo encuentra. Yo voy a su lado, con el sombrero en la mano; me parece que aun voy detrás del féretro... A lo largo del faubourg las gentes se vuelven para ver a aquel hombre corpulento que llama a los cocheros llorando, y a aquel niño que va con la cabeza descubierta bajo la lluvia persistente...

Caminamos continuamente, sin detenernos. Yo estoy cansado y la cabeza me pesa... Por fin, he ahí el pasaje del Salmón, la antigua casa Lalouette con sus canalones pintados, chorreando un agua verdusca... Sin entrar en la tienda subimos a las habitaciones de Pierrotte... Al llegar al primer piso me faltan las fuerzas. Imposible ir más lejos; mi cabeza me... Entonces Pierrotte me toma entre sus brazos, y mientras me sube a su casa más muerto que vivo y temblando por la fiebre, oigo el ¡granizo que azota la claraboya del pasaje y el agua de los canalones que cae con estruendo en el patio... ¡Cómo llueve!

XVI

EL FIN DE LA PESADILLA

Poquita Cosa está enfermo; Poquita Cosa se muere...

Delante del pasaje del Salmón, una extensión cu-bierta de paja puesta allí para amortiguar los ruidos y que se renueva cada dos días, hace decir a las gentes de la calle: Algún viejo ricacho que se debe estar muriendo allá arriba...» No, no es ningún viejo ricacho el que se muere, es Poquita Cosa... Todos los médicos le han desahuciado. Dos fiebres tifoideas en dos años, es demasiado para sus sesos de pájaro mosca. ¡Vamos!, ¡pronto! ¡enganchad el coche negro! ¡Que la gran langosta prepare su varita de ébano y su sonrisa desolada! Poquita Cosa está enfermo; Poquita Cosa se muere.

¡Hay que ver qué consternación en la antigua casa Lalouette! Pierrotte no duerme ni descansa; los ojos negros se desesperan. La dama de gran mérito hojea su Raspail con frenesí, suplicando al bienaventurado San Alcanfor que haga un nuevo milagro en favor del querido enfermo... El salón está condenado, el piano muerto, la flauta muda. Pero lo más doloroso de todo ¡oh! lo más doloroso es un pequeño bulto negro sentado en un rincón de la casahaciendo media de la mañana a la noche sin decir nada y con gruesas lágrimas que le corren por sus mejillas.

Mientras que en la antigua casa Lalouette se lamentan así día y noche Poquita Cosa está tranquilamente acostado en una gran cama con colchones de pluma, sin sospechar todas las lágrimas que hace derramar a su alrededor. Tiene los ojos abiertos, pero no ve nada; los objetos no llegan hasta su alma. Tampoco oye nada, nada más que un zumbido, sordo, un rumor confuso, como si tuviera por orejas dos cuernos marinos, esos enormes cuernos de bordes rosados en los que parece oírse el ronquido del mar. No habla, no piensa; diríais que es una flor enferma... Mientras tenga una compresa de agua sobre la cabeza y un pedazo de hielo en la boca es todo lo que pide. Cuando el hielo se ha fundido, cuando el fuego de su cráneo ha desecado la compresa lanza un gruñido; ésta es toda su conversación.

Muchos días transcurren así -días sin horas, días de caos-, después, súbitamente, una mañana Poquita Cosa experimenta una sensación singular. Le parece que acaban de extraerle del fondo del mar. Sus ojos ven sus orejas oyen. Respira su pie toca tierra... La máquina de pensar, que dormía en un rincón del cerebro, con sus ruedecitas finas como cabellos de hada se despierta y se pone en movimiento; primero lentamente, después un poco más deprisa después con una rapidez loca -¡tic! ¡tic! ¡tic! -hasta parecer que va a romperse. Se conoce que aquella linda máquina no está hecha para dormir y que quiere recuperar el tiempo perdido... ¡Tic! ¡tic! ¡tic!.. Las ideas se cruzan, se enredan como hebras de seda: «¿Dónde estoy, Dios mío?.. ¿Qué hago en esta cama?.. ¿Y esas tres damas que hay cerca del balcón, qué hacen?.. ¿Y quién es ese pequeño bulto negro que me vuelve la espalda?.. Se diría que...»

para mejor mirar a aquel bulto negro que cree reconocer, Poquita Cosa se incorpora penosamente sobre el codo y, se inclina hacia fuera de la cama; después, se echa hacia atrás, aterrorizado... Allí, delante de él, en medio de la habitación, acaba de ver un armario de nogal con incrustaciones de hierro.

Poquita Cosa reconoce aquel armario; lo ha visto ya en una pesadilla en una horrible pesadilla... ¡Tic! ¡tic! ¡tic! La máquina de pensar corre como el viento... ¡Oh! Ahora Poquita Cosa ya tiene memoria El hotel Pilois, la muerte de Jaime, el entierro, la llegada a casa de Pierrotte bajo la lluvia todo lo ve, de todo se acuerda.¡Ay! al renacer a la vida el desgraciado niño ha renacido al dolor; y su primera palabra es un gemido...

A este gemido, las tres mujeres que, trabajan junto al balcón, se estremecen. Una de ellas la más joven se levanta gritando: «¡el Hielo! ¡hielo!» Y corro presurosa a la chimenea a tomar un pedazo de hielo que presenta a Poquita Cosa; pero Poquita Cosa no quiere hielo... Dulcemente rechaza la mano que busca sus labios -¡una mano muy fina para ser la de una enfermera! -y, por sí acaso, dice con voz trémula:

-¡Buenos días, Camila!..

Camila Pierrotte se sorprende tanto al oír hablar al moribundo, que permanece allí sobrecogida con el brazo extendido, la mano abierta y el pedazo de claro hielo que tiembla entre sus dedos rosados por el frío.

-¡Buenos días, Camila! -repite Poquita Cosa.

Es usted, la reconozco perfectamente, ¡ya locreo!.. Ahora mi cabeza ya está clara... Y usted, ¿me ve Usted?.. ¿Puede verme usted?

Camila abre desmesuradamente los ojos.

-Si le veo, Daniel... ¡Ya lo creo!..

Entonces, a la idea de que el armarlo ha mentido, de que Camila Pierrotte no está ciega y de que la pesadilla la horrible pesadilla no es verdad hasta el fin, Poquita Cosa cobra nuevo valor y se aventura a hacer otras preguntas.

-He estado muy enfermo, ¿verdad, Camila?

-¡Oh! sí, Daniel, muy enfermo...

Es que hace mucho tiempo que estoy en cama?..

-Mañana hará tres semanas...

-¡Misericordia! ¡tres semanas!.. ¡Tres semanas

que mi pobre Jaime..!

No acaba la frase y oculta la cabeza debajo de la almohada, sollozando.

En aquel momento entra Pierrotte en la habitación; le acompaña un nuevo médico. (Por poco que la enfermedad hubiese durado, habría desfilado toda la Academia de Medicina.) Es el ilustre doctor Brum Brum, un buen mozo que no pierde el tiempo ni se distrae abrochando sus guantes a la cabecera de los enfermos. Se aproxima a Poquita Cosa le toma el pulso, le mira los ojos y la lengua y después, dirigiéndose a Pierrotte:

-¿Qué me viene llorando usted?.. ¡Pero si ese muchacho está curado!..

-¡Curado! -dice el buen Pierrotte juntando las manos.

-Tan curado, que ahora mismo va usted a tirar ese hielo por el balcón y a darle un ala de pollo rociada con una buena copa de vino... ¡Vamos! no se aflija usted más pequeña; dentro de ocho días, estará levantado ese joven burla la muerte, le respondo de ello... De aquí allá, que esté bien tranquilo en su cama evitadle toda emoción, todo sobresalto, eso es lo principal... Por lo demás, dejemos hacer a la naturaleza; ella le cuidará mejor que ustedes y mejor que yo...

Después de haber hablado así el ilustre doctor Brum Brum, da un papirotazo al joven burla la muerte, dirige una sonrisa a la señorita Camila y se aleja ágilmente, escoltado por el buen Pierrotte que llora de alegría y repite continuamente: «¡Ah! Señor doctor, es el caso de decirlo...»

Mientras tanto, Camila quiere hacer dormir al enfermo, pero éste se niega con energía:

-No se marche usted, Camila, yo se lo ruego... No me deje solo... ¿Cómo quiere que duerma con lodisgustado que estoy?

-Sí, Daniel, es preciso... Es preciso que duerma usted... Necesita reposo... El médico lo ha dicho...

¡Vamos! sea razonable cierre los ojos y no piense en nada... Pronto volveré a verle y si usted ha dormido, me quedaré aquí un buen rato.

-Ya duermo... ya duermo -dijo Poquita Cosa, cerrando los ojos; después, animándose otra vez añadió–: Una pregunta Camila; ¿quién es esa señora vestida de negro que siempre, está aquí? ¡Una señora vestida de negro!..

-Sí, ya lo sabe usted, una señora que trabaja con ustedes al lado del balcón... Ahora no está... Pero tengo la seguridad de que la he visto...

-¡Oh! ¡no! Daniel, usted, se equivoca... He trabajado aquí toda la mañana con la señora Tribou, su antigua amiga la señora Tribou, ¡ya sabe! la que usted llamaba la dama de gran mérito, y ésta no va vestida de negro... continúa llevando el mismo traje

verde.... No, seguramente no hay ninguna señora de luto en toda la casa... Usted ha debido soñarlo...

¡Vaya! me voy... Duerma usted mucho...

Canilla Pierrotte se retira apresuradamente, confusa y con las mejillas encarnadas, como si hubiese mentido.

Poquita Cosa se queda solo, pero no duerme. La máquina de las sutiles ruedecitas hace de las suyas, en su cerebro. Las hebras de seda se cruzan; se enredan... El piensa en su bien amado que duerme entre la hierba en Montmartre; piensa también en los ojos negros, en aquellas bellas antorchas sombreadas que la Providencia parecía haber encendido para él y que ahora...

De pronto, la puerta de la habitación se entreabre dulcemente, como si alguien quisiera entrar; pero en el mismo momento se oye a Camila Pierrotte decir en voz baja:

-No vaya... Si se despertase la emoción le matarla...

La puerta vuelve a cerrarse dulcemente, como se había abierto. Por desgracia, un faldón negro ha quedado prisionero en ella y Poquita Cosa desde su cama ve aquel faldón negro...

El corazón le da un salto en el pecho, sus ojos se llenan de luz y, apoyándose sobre un codo, grita con todas sus fuerzas: «¡Madre! ¡madre! ¿por qué no viene usted a besarme?»

La puerta vuelve a abrirse. La señora vestida de negro -que ya no puede contenerse más- se precipita en la habitación, pero en lugar de dirigirse al lugar donde se encuentra Poquita Cosa, va hacia el otro extremo del cuarto, con los brazos abiertos y llamando:

-¡Daniel! ¡Daniel!

-Por aquí, mamá... -grita Poquita Cosa que lo tiende los brazos riendo-. Por aquí, ¿es que no me ve usted?..

Y entonces la señora Eyssette, vacilando, tanteando a su alrededor con las manos trémulas responde con una voz desgarradora:

-¡Ay! ¡no! -mi querido tesoro, no te veo... Jamás te veré... ¡Estoy ciega!

Al oír esto, Poquita Cosa lanza un grito y cae derribado sobre la almohada...

Cierto, no es una cosa extraordinaria que después de veinte años de miseria y de sufrimientos, con dos hijos muertos, el hogar destruido, su marido lejos, no es extraordinario, repito, que la pobre madre Eyssette tenga sus divinos ojos quemados por las lágrimas... Pero, para Poquita Cosa ¡qué coincidencia con su pesadilla! ¡Qué golpe tan terrible le tenía aún reservado el destino! ¿Es que no será preciso morir después de esto?..

¡Pues bien! ¡no!.. Poquita Cosa no morirá. No debe morir. ¿Qué sería de la pobre madre ciega?

¿Dónde encontraría lágrimas para llorar a un tercer hijo? ¿Qué sería del padre, Eyssette, esa víctima del honor comercial, ese judío errante de la vinicultura que no tiene ni aún tiempo para venir a besar a su hijo enfermo ni para llevar una flor a su hijo muerto? ¿Quién reconstruiría el hogar, ese hermoso hogar donde los dos viejos vendrán

un día a calentar sus pobres manos heladas?... ¡No! ¡no! Poquita Cosa no quiere morir. Al contrario, se agarra a la vida con todas sus fuerzas... Le han dicho que para curarse más pronto era preciso no pensar, y él no piensa: no hablar, y él no habla; no llorar, y él no llora... Es un placer verle en su cama con su aire apacible los ojos muy abiertos, jugando para distraerse con las borlas del edredón. Una verdadera convalecencia de canónigo...

A su alrededor, toda la casa Lalouette está a sus órdenes. La señora Eyssette pasa los días al pie de la cama con su media la querida ciega tiene tal costumbre de manejar las largas agujas, que lo hace como en sus mejores tiempos. La dama de gran mérito, también está allí; de cuando en cuando asoma por la puerta la bondadosa cara de Pierrotte. Hasta el flautista sube cinco o seis veces diarias a preguntar noticias. Sólo que, hay que decir la verdad, no es el enfermo el que le atrae; es la dama de gran mérito... Desde que Camila Pierrotte le declaró formalmente que no quería nada con él, el fogoso instrumento dirigió sus fuegos a la viuda Tribou, que no por ser menos joven y menos rica que la hija del cevenolés, estaba desprovista de encantos ni de economías. El hombre flauta no había perdido el tiempo con aquella romántica matrona; a la tercera sesión ya vagaba en el aire la palabra matrimonio y se hablaba de establecer una herboristería en la calle de los Lombardos, con las economías de la viuda.

Para no dejar que se durmiesen tan bellos proyectos es para lo que subía con tanta frecuencia el joven virtuoso a la habitación de Poquita Cosa.

¿Y la señorita Pierrotte? ¡Ni se habla de ella! ¿Es que ya no está en la casa? Sí, siempre; sólo que desde que el enfermo está fuera de peligro no entra casi nunca en la habitación. Cuando viene es por un momento y para acompañar a la ciega al comedor; pero a Poquita Cosa ni una palabra... ¡Oh! ¡cuán lejos están los tiempos de la rosa encarnada los tiempos en que para decir «Le amo», los ojos negros se abrían como dos flores de terciopelo. En su cama el enfermo suspira pensando en aquellas dichas pasadas; pero él lo ha querido. No tiene derecho de quejarse.

Y, no obstante, ¡hubiese sido tan bueno en medio de tantos duelos y de tantas tristezas, tener un poco de amor para consuelo del corazón! ¡poder llorar sobre un hombro amante!.. «¡En fin!.. la cosa no tiene remedio, se dice el pobre niño, no pensemos más en eso... ¡tregua a los ensueños! Ahora no se trata de ser dichoso en la vida; se trata de cumplir el deber... Mañana hablaré a Pierrotte»

En efecto, al día siguiente, a la hora en que el cevenolés atraviesa la habitación a paso de lobo, para bajar al almacén, Poquita Cosa que le está espiando desde el alba detrás de las cortinas de la cama le llama dulcemente:

-¡Señor Pierrotte! ¡señor Pierrotte!

Pierrotte se aproxima a la cama entonces, él enfermo, muy emocionado, sin levantar los ojos, le dice:

-Ahora mi buen señor Pierrotte, que ya estoy en vías de curación, tengo necesidad de hablar seriamente con usted. No quiero darle las gracias por todo lo que está haciendo por mi madre y por mí...

Viva interrupción del cevenolés: «Ni una palabra más sobre eso, señor Daniel; todo lo que hago, debo hacerlo. Así lo había convenido con el señor Jaime»

-¡Sí! ya sé, Pierrotte, que a. todo lo que quiero decirle sobre ese capitulo, me responderá usted siempre lo mismo... No es, pues, de eso, de lo que quiero hablarle. Al contrario, si le he llamado es para pedirle un nuevo favor. Sé que su dependiente va a dejarle; ¿quiere tomarme en su lugar? Se lo ruego, Pierrotte óigame hasta el fin no me diga que no hasta haberme oído hasta el fin. Ya lo sé, después de mi cobarde conducta no tengo derecho a vivir entre ustedes. Hay en la casa alguien a quien mi presencia hace sufrir a quien mi vista es odiosa... ¡y es muy justo que sea así!.. Pero si yo me arreglo de

modo que no me vea nunca si me comprometo a no subir aquí, si estoy siempre en el almacén, si hago como esos perrazos que siempre están en el corral sin entrar nunca en la habitación, en tales condiciones, ¿aceptaría usted mis servicios?

Pierrotte está a punto de tomar entre sus gruesas manos la cabeza rizada de Poquita Cosa y besarla con todas sus fuerzas, pero se contiene y dice tranquilamente:

-¡Caramba! oiga usted, señor Daniel, antes de contestarle tengo necesidad de consultar a la pequeña... En cuanto a mí, su proposición no me desagrada del todo, pero no sé si la pequeña... En fin, con verlo basta. Ya debe haberse levantado... ¡Camila! ¡Camila!

Camila Pierrotte, madrugadora como tina abeja se disponía regar su rosal encarnado sobre la chimenea del salón. Llegó con un peinador, los cabellos echados hacia atrás, a la china fresca alegre, oliendo a flores.

-¡Toma! aquí está la pequeña -dijo el cevenolés -el señor Daniel me pide entrar en nuestra casa como substituto del dependiente... Sólo que como supone que su presencia te ha de ser muy penosa...

-¡Muy penosa! -interrumpió Camila Pierrotte cambiando de color.

No dijo nada más; pero los ojos negros se encararon de completar la frase. ¡Sí! los ojos negros, los e antes, se presentaron ante Poquita Cosa profundos como la noche luminosos como las estrellas y con una expresión, de amor tan grande tan apasionada que el pobre enfermo sintió su corazón inflamado.

Entonces Pierrotte dijo riendo picarescamente:

-¡Caramba! Ya os explicaréis los dos... Seguramente hay alguna mala inteligencia entre vosotros.

Y se fue a repiquetear una bourrée de su país sobre los vidrios; después, cuando creyó que los niños se

habían suficientemente explicado –¡oh! ¡Dios mío! apenas si habían tenido tiempo de decirse tres palabras -se acercó a ellos mirándoles:

-¿Y bien?

-¡Ah! ¡Pierrotte -dijo Poquita Cosa tendiéndola las manos-, es tan buena como usted!... ¡me ha perdonado!

A partir de este momento, la convalecencia del enfermo marcha con botas de siete leguas... ¡Ya lo creo! los ojos negros no se separan ni un instante de la habitación. Se pasan los días haciendo proyectos para el porvenir. Se habla de matrimonio, de la reconstrucción del hogar. Se habla también de la querida mamá Jaime y su nombre hace aún derramar ardientes lágrimas. ¡Pero no importa! en la antigua casa Lalouette hay amor. Esto se adivina. Y si alguien se extraña de que el amor pueda florecer así entre los duelos y las lágrimas, que vaya a ver en los cementerios todas esas lindas florecitas que brotan, entre las hendiduras de las tumbas.

Por lo demás, no creáis, que la pasión hace olvidar su deber a Poquita Cosa. Por bien que esté en su gran cama, entre la señora Eyssette y los ojos negros, tiene prisa de estar curado, de levantarse y de balar al almacén. Y no es, ciertamente, que la porcelana le atraiga; pero arde en deseos de comenzar una vida de abnegación y de trabajo, de la cual mamá, Jaime le dio el ejemplo. Después de todo, es preferible vender platos en un pasaje, como decía la trágica Irma que barrer la institución Ouly o hacerse silbar en Montparnasse. En cuanto a la Musa ya no se habla de ella. A Daniel Eyssette le gustan aún los versos, pero no los suyos; y el día que el impresor, cansado de guardar en su casa los novecientos noventa y nueve ejemplares de la Comedia pastoral, se decide a enviarlos al pasaje del Salmón, el desgraciado poeta tiene valor para decir: -Hay que quemar todo eso.

A lo que Pierrotte, más prudente, responde:

-¡Quemarlo!.. no a fe mía... prefiero guardarlo en el almacén. Ya le encontraré empleo... Es el caso de decirlo... Precisamente tengo que hacer en breve un envío de hueveras a Madagascar. Parece que en aquel país, desde que vieron a la mujer de un misionero inglés comer huevos pasados por agua, no quieren comer los huevos de otro modo... Con su permiso, señor Daniel, sus libros servirán para embalar las hueveras.

En efecto: quince días después, la Comedia pastoral se ponía en camino para el país del ilustre RanaVolo. ¡Quiera Dios que tenga éxito que en París!

... Y ahora lector, antes de dar por terminada esta historia quiero introducirte una vez más en el salón.

Es un domingo, al mediodía un hermoso día de invierno -frío seco y buen sol-. Toda la casa Lalouette resplandece. Poquita Cosa está completamente curado y sé ha levantado por primera vez. Por la mañana, en honor de tan dichoso acontecimiento, se ha sacrificado a Esculapio unas cuantas docenas de ostras regadas con un famoso vino blanco de la Turena. Ahora están todos reunidos en el salón, donde se disfruta de bienestar; la chimenea chisporrotea. Sobre los vidrios cargados de granizo, el sol intenta pasar sus rayos.

Delante de la chimenea Poquita Cosa sentado sobre un taburete, a los pies de la pobre ciega habla en voz baja con la señorita Pierrotte, más encarnada que la encarnada rosa que lleva en el pecho. Se comprende ¡está tan cerca del fuego!.. De cuando en cuando, un chillido de murciélago -es la cabeza de pájaro que picotea en un rincón-, o bien un grito de angustia -es la dama de gran mérito que está en peligro, de perder al juego el dinero de la herboristería-. Os ruego os fijéis en el aire triunfal de la señora

Lalouette, que gana y en la sonrisa inquieta del flautista que pierde.

¿Y el señor Pierrotte?.. ¡Oh! el señor Pierrotte no está lejos. Está allá abajo, en el marco del balcón, casi oculto por la cortina entregado a una labor silenciosa que le absorbe, y le hace sudar. Ante él, sobre un velador, compases, lápices, reglas cartabones, tinta china pinceles y un pliego de papel de dibujo que cubre de signos singulares... La obra parece gustarle. Cada cinco minutos levanta la cabeza, laladea y sonríe complacido.

¿Qué es, pues, aquel misterioso trabajo?..

Esperad; vamos a saberlo... Pierrotte ha terminado. Sale de su escondrijo, se coloca detrás de Camila y de Poquita Cosa y de pronto les pone ante los ojos su obra diciendo: «¡Qué tal! ¿Qué os parece esto, jóvenes enamorados?»

Dos exclamaciones le responden:

-¡Oh! ¡papá!.. ¡Oh! ¡señor Pierrotte!..

-¿Qué es eso?.. ¿qué es eso?.. -pregunta la pobre ciega que se ha despertado sobresaltada.

Y Pierrotte alegremente:

–¿Que qué es esto, señora Eyssette?.. Es... es el caso de decirlo... Es un modelo de la nueva muestra que pondremos sobre la puerta dentro de algunos meses... ¡Vamos! señor Daniel, léalo en voz alta para que, podamos juzgar el efecto.

En el fondo de su corazón, Poquita Cosa dedica una última lágrima a sus mariposas azules y tomando el papel con sus dos manos.

-¡Vamos! sé hombre, Poquita Cosa! -lee en voz alta y firme esta muestra en la que su porvenir está escrito en letras de a palmo:

Porcelanas y Cristales
Antigua casa Lalouette
EYSSETTE Y PIERROTTE
sucesores

FIN

Librodot